

DAVID MARÍN HERNÁNDEZ

**ESTUDIO Y EDICIÓN DIGITAL DE
HONORÉ DE BALZAC
*HISTORIA DE LOS TRECE***

Traducción anónima
Cádiz, 1844

Edita

Proyecto de investigación I+D, HUM-1511
La traducción como actividad editorial en la Andalucía del siglo XIX:
Catálogo y archivo digitalizado

Málaga, 2010

Una traducción anónima de *Histoire des Treize*

David Marín Hernández
Universidad de Málaga

1. Sobre la obra original

La publicación de la trilogía *Histoire des Treize* (1833-1835) marca un giro estilístico en la producción literaria de Balzac. En las tres entregas de esta obra los elementos prototípicos del relato romántico apuntan ya hacia concepciones más propias de la escritura realista. De toda su prolífica y variada obra, las tres novelas de esta serie son las que presentan un romanticismo más marcado. El hecho de que Balzac dedicase las tres novelas de la trilogía respectivamente a Berlioz, Listz y Delacroix nos demuestra también hasta qué punto estaba identificado con el movimiento romántico en todas sus facetas artísticas. Además de pasiones exaltadas, de personajes desesperados por amores imposibles, de continuas sorpresas argumentales y de personajes dotados de capacidades extraordinarias, resultan especialmente interesantes los ingredientes propios de la novela gótica y del relato fantástico que Balzac introdujo en la trilogía (Petitier, 2002: 45).

Se ha destacado también que el elemento de unión argumental entre los tres episodios es una sociedad secreta integrada por los trece miembros a los que alude el título. El secretismo de las asociaciones de malhechores, ingrediente habitual en muchos relatos románticos, estaba fuertemente enraizado en el imaginario balzaquiano. La seducción que experimentaba el novelista romántico ante los grupos marginales se debía, entre otras razones, a que el secretismo de dichos colectivos permitía al narrador plasmar en la novela uno de sus estilemas preferidos: «desvelar» realidades profundas inadvertidas por la mirada del profano. Las continuas falsas apariencias constituyen el *leitmotiv* del relato de Balzac, como ha puesto de relieve la crítica más actual (Hanoosh, 1991: 128 y siguientes; Petitier, 2002: 46). Los rostros, las vestimentas, los gestos, los idiolectos de los personajes son signos —enigmáticos y, en ocasiones, engañosos— que si se rastrean e interpretan adecuadamente pueden desvelar los impulsos que de su comportamiento. Las famosas *fisionomías* de Balzac, presentes en muchas de las páginas de esta trilogía, son un buen ejemplo de ello. El relato se nos presenta como una forma de descubrimiento de verdades ocultas (los engranajes del sistema social fundamentalmente). El narrador romántico —y, en ocasiones, algunos de sus personajes— están dotados de una *capacidad hermenéutica* (Dumassy: 2006) que les permite decodificar los signos sociales y llegar a captar un sentido de la realidad no visible para quienes no saben mirarla adecuadamente.

Pero son fundamentalmente las calles de París las que adquieren protagonismo en *Histoire des Treize* en tanto que signos materiales que remiten a significados ocultos. La descripción con la que arranca *Ferragus, chef des Dévorants* es una declaración de intenciones por parte de Balzac: París es un *texto* que sólo puede ser interpretado por quien sabe observarlo con perspicacia; cada calle de la capital *significa* algo y, además, transmite su significado a sus habitantes. La reputación de las calles parisinas no es el resultado de la clase social de quienes viven en ellas, sino que, al contrario, éstas parecen cobrar vida y personalidad por sí mismas; llegan incluso a impregnar con su aura semiótica a quienes transitan por ellas. Resulta revelador que toda la trama de la novela se active cuando uno de los personajes se topa casualmente en una calle de mala reputación con una conocida a la que nunca habría imaginado en tal lugar: los

respectivos *significados* de la mujer y de la calle no encajan, y, al no hacerlo, plantean un enigma que debe resolverse.

Son justamente estas observaciones sobre la capital francesa las que nos muestran algunos de los rasgos realistas que presenta la trilogía, que hacen de *Histoire des Treize* una obra de transición en la extensa producción literaria de Balzac. Las minuciosas descripciones de París —en ocasiones de un marcado tono naturalista, como en las primeras páginas de *La Fille aux yeux d'or*—, así como las reflexiones sociológicas dispersas en esta trilogía nos muestran la naturaleza realista que iría adquiriendo progresivamente la obra de Balzac. Son muchos los pasajes de la trilogía en los que resulta visible la preocupación del novelista por mostrar los vínculos entre el mundo interior de sus personajes y su entorno social. Tanto la naturaleza de los sentimientos como su modo de expresarse están determinados por el ambiente social, por el momento histórico que les ha tocado vivir. El entorno en el que los personajes conviven determina los lazos sentimentales que los vinculan.

2. Sobre la traducción

La traducción que se ofrece en esta edición digital se publicó en Cádiz en 1844, sin indicar el nombre del traductor, por la Imprenta de *El Comercio*. Aunque en esta fecha ya habían aparecido en Francia las tres novelas que componían *Histoire des Treize*, en esta edición sólo se tradujeron las dos primeras entregas de la trilogía. La traducción gaditana se caracteriza, en general, por seguir fielmente el texto original. Precisamente por ello, algunos desvíos en la traducción de los títulos de las novelas resultan llamativos. En primer lugar, el título de la primera de las novelas que componen la trilogía no guarda ninguna relación con el original: *Ferragus, chef des Dévorants* aparece traducido por *Una muger desgraciada*. Una posible explicación de este desvío es que tan sólo un año antes se había publicado en Madrid, también de forma anónima, otra traducción de esta misma novela de Balzac. La traducción literal del título francés (*Ferragus, jefe de los Devorantes*) ya había sido utilizada en esta edición madrileña, por lo que es posible que los responsables de la Imprenta de *El Comercio* decidiesen difuminar el parecido entre ambas publicaciones optando por un nuevo título.

Este nuevo título, por otra parte, refleja la preocupación de la edición gaditana por subrayar las vetas más sentimentales de la obra de Balzac en detrimento de aquellos otros aspectos más cercanos a la novela negra. El personaje de Ferragus y su banda de Devorantes hacen referencia a una sociedad secreta de malhechores, de manera que, al mencionarlos en el mismo título de la novela, Balzac estaba adscribiendo su relato al género negro. Parece que la editorial gaditana consideró que dicho género literario no iba a resultar especialmente atractivo a los lectores españoles; por el contrario, para los editores de la imprenta de *El Comercio* el principal aliciente de la obra era la historia sentimental entre Jules Desmaret y su esposa Clémentine. Esto explicaría que muchos de los cambios introducidos por el traductor en la versión española apuntasen en la misma dirección: reducir los elementos más sórdidos del texto francés para insistir en los más pasionales. El cambio de título formaría parte de esta estrategia: el malvado personaje de Ferragus desaparece del título de la novela para que su lugar lo ocupe la desgraciada Clémentine —la desgraciada mujer a la que se hace alusión en el nuevo título—.

La traducción del prefacio de la trilogía respalda esta hipótesis. En este paratexto, además de un breve resumen sobre los trece enigmáticos personajes que integraban la sociedad secreta de los Devorantes, Balzac ofreció también a sus lectores algunas pistas acerca del género literario al que se adscribían las tres novelas. Al adelantar estas claves interpretativas, el novelista mencionó concretamente la novela gótica de terror de Ann Radcliffe; la historia de esta sociedad secreta es tan negra como cualquiera de las novelas de Mme. Radcliffe, decía Balzac: «Depuis la mort de Napoléon, un hasard que l'auteur doit taire encore a dissous les liens de cette vie secrète, curieuse, autant que peut l'être *le plus noir des romans de madame Radcliffe*» (subrayado mío). Sin embargo, el traductor español debió de pensar que esta referencia a la novela negra podría restar lectores a la publicación, de manera que optó por cambiar el género literario del texto y convertirlo en una novela sentimental: «Después de la muerte de Napoleón, un acaso que el autor debe callar todavía disolvió los lazos de esta vida secreta, curiosa, tanto como puede serlo *la mas melancólica de las novelas de Mad. Radcliffe*» (subrayado mío).

Cabe destacar igualmente los descuidos filológicos que presenta la traducción gaditana. A la hora de determinar el texto original sobre el que el traductor había de trabajar se tomaron decisiones discutibles. No parece que el criterio fundamental de esta edición fuese el de ofrecer a los lectores españoles la versión del texto original más acorde con la voluntad literaria de Balzac, pues se trabajó con una de las primeras ediciones francesas, que no reflejaba ninguno de los cambios realizados por el novelista galo en ediciones posteriores. En 1844, año en que se publicó en Cádiz esta traducción, ya había aparecido en Francia *La Fille aux yeux d'or*, la tercera novela con la que se cerraba la trilogía *Histoire des Treize*, de manera que la editorial gaditana estaba presentando a los lectores españoles una versión incompleta de esta obra, pues tan sólo ofrecía la traducción de las dos primeras entregas (aunque, de forma poco honesta, agrupó estas dos novelas bajo el título de la trilogía sin hacer ninguna advertencia sobre la amputación a la que había sometido al texto). O bien esta editorial desconocía la existencia de una tercera novela en la trilogía de Balzac, o bien, aun sabiendo que ya se había publicado este tercer episodio, optó por prescindir de él (no es irrelevante, a la hora de intentar elucidar las razones de esta decisión, que *La Fille aux deux d'or* sea, desde el punto de vista temático, la más audaz de las tres novelas que conforman la mencionada trilogía: quizás la homosexualidad de la *muchacha de ojos de oro* pudo influir en que el traductor español no incluyese esta novela pese a formar parte de la *Historia de los Trece*).

Por otra parte, los textos originales de las dos primeras novelas habían sido modificados por Balzac en posteriores reediciones. Estas modificaciones, importantes para la interpretación de la novela pese a no ser muy extensas, pasaron desapercibidas al responsable de la traducción gaditana, ya que estaba trabajando con una edición anticuada de la novela francesa. Para comprobar la importancia de los cambios introducidos por Balzac, baste señalar uno de los más visibles: la segunda de las novelas de la trilogía, *Ne touchez pas la hache*, pasó a titularse en posteriores reediciones *La Duchesse de Langeais*, título definitivo de la obra por el que se la conoce actualmente. En la edición de Cádiz, sin embargo, sigue apareciendo el primero de los títulos: *No toquéis el hacha*.

La presencia de este título hace pensar que la traducción gaditana publicada en la Imprenta de *El comercio* se realizó a partir de la edición de Mme. Charles-Béchet

publicada en París en 1834, ya que sólo en esta edición se utiliza este título¹ (Balzac lo cambió definitivamente por el de *La Duchesse de Langeais* en la siguiente edición publicada por Charpentier en 1840). Además, a partir de esta segunda edición de Charpentier se suprimió la división en capítulos de la primera novela de la trilogía, pues esta segmentación era tan sólo la huella de la primera publicación por entregas en la *Revue de Paris*. Puesto que la edición de Cádiz mantiene estos cuatro capítulos en los que Balzac dividió inicialmente la obra, parece claro que el traductor estaba trabajando con una edición original anterior a la de 1840. Esta hipótesis se confirma al cotejar con más detalle la traducción española con las distintas ediciones que existen de la novela francesa: ninguna de las adiciones que el novelista galo introdujo a partir de la edición de 1840 aparecen en la traducción gaditana.

Estos errores en la determinación del texto original no parecen deberse a descuidos motivados por las prisas en la preparación de la edición, sino sencillamente a que el rigor filológico no figuraba entre las prioridades de la mayoría de editores de la época. En otras palabras: puesto que el objetivo de estas traducciones no era difundir la obra de Balzac en su versión más fiel a los textos originales, sino utilizar sus dotes de fabulador y la intriga de sus novelas para rentabilizar el negocio editorial, no importaba recurrir a un texto ya obsoleto siempre y cuando éste garantizase el éxito comercial de la publicación. Prueba de que no era la falta de tiempo o la premura en la preparación de las ediciones lo que justificaba estos deslices es que prácticamente cincuenta años después —cuando ya había pasado tiempo suficiente para que los editores españoles se percatasen de los cambios que Balzac había introducido en la trilogía *Histoire des Treize*—, todavía se seguía publicando en España la misma versión obsoleta de esta obra a la que se había recurrido en la traducción gaditana: la revista *El Imparcial* publicó por entregas (entre el 18 de agosto y el 16 de septiembre de 1892) la misma traducción editada en Cádiz en 1844, con los mismos errores que se cometieron en esta edición: se seguía utilizando el falso título *Una muger desgraciada*; se seguía dividiendo esta primera novela en capítulos (recordemos que ya en 1833 el novelista francés había suprimido esta división); se seguía utilizando el título *No toquéis al hacha* en lugar de *La duquesa de Langeais*²; y, por supuesto, seguía sin mencionarse la existencia de *La muchacha de los ojos de oro*, la tercera y última novela de *Historia de los Trece*.

No es difícil imaginar la reflexión de los editores: mientras la novela siguiese captando la atención de los lectores y empujándolos a comprar las nuevas entregas de la novela, poco importaba que el texto no respondiese a la voluntad estilística de Balzac. Y, ciertamente, el texto, incluso en la primera versión elaborada apresuradamente por el novelista para cumplir con los plazos de la *Revue de Paris*, lograba captar la atención de los lectores. Las dotes de fabulador de Balzac eran reconocidas incluso por sus más acérrimos enemigos, quienes extendieron el tópico de que Balzac era un buen novelista aunque un mal escritor. No hay duda de que *Historia de los Trece* fue un auténtico *best-seller* durante bastantes años. El éxito, tanto en Francia como en España, fue inmediato. Apenas tres años después de que apareciese la primera traducción española, la novela

¹ Cabe igualmente la posibilidad de que la traducción se realizase a partir de la edición de Jean-Pierre Méline publicada en 1835 en Bruselas, pues también en esta edición se mantiene el título inicial *Ne touchez pas la hache*.

² Este descuido de *El Imparcial* resulta especialmente llamativo, porque el 25 de agosto de 1878 ya había anunciado en sus propias páginas una nueva traducción de *La duquesa de Langeais* realizada por Ángel Romeral; es decir, en este diario ya se tenía constancia de que el título *No toquéis al hacha* había quedado desfasado, pese a lo cual continuaron empleándolo en la publicación por entregas de 1892.

era ya conocida ampliamente entre los lectores de nuestro país, hasta el punto de que se había realizado una adaptación teatral. Resulta significativa la publicidad de dicha adaptación publicada el 27 de marzo de 1846 en el diario *El Español*: «¿Quién no ha oído hablar de *Historia de los Trece*, una de las mas bellas novelas de Balzac? De ella han sacado una pieza que se representa en nuestros teatros; pero que es un reflejo pálido al lado la excelente obra del novelista, donde tan bien pintadas están las costumbres francesas».

La traducción gaditana de *Historia de los Trece* confirma lo ya apuntado por otros investigadores (Montesinos, 1950; 1974: 84). Los lectores españoles del siglo XIX tenían un conocimiento muy parcial de la obra de Balzac debido, entre otras razones, a que los criterios por los que se guiaban muchas de las editoriales eran fundamentalmente comerciales; aquellos aspectos de las novelas de Balzac que no contribuyesen a la venta de libros resultaban superfluos. Desde esta perspectiva, se consideraba innecesario realizar una investigación filológica que permitiese determinar cuál era la edición del texto original más rigurosa, pues esto implicaba más trabajo pero no forzosamente más rentabilidad económica. Esta actitud explica la existencia de traducciones como la que se presenta en las siguientes páginas. Podemos concluir, por lo tanto, que pese a las numerosas traducciones de las que fue objeto su obra, los lectores españoles tardaron en tener un conocimiento cabal de Balzac.

Referencias bibliográficas

- DUMASY, L., Ch. MASSOL y M. CORREDOR (dirs.) (2006): *Stendhal, Balzac, Dumas: un récit romantique?* Toulouse : Presses Universitaires de Mirail.
- HANNOOSH, M. (1991): «La femme, la ville et le réalisme : fondements épistémologiques dans le Paris de Balzac», *Romanic Review*, 82:2, 127-145.
- MONTESINOS, J. F. (1950): «Notas sueltas sobre la fortuna de Balzac en España», *Revue de littérature comparée*, XXIV, 309-338.
- (1972): *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*. Madrid: Castalia.
- PETITIER, P. (2002): «La mélancolie de Ferragus», *Romantisme*, 117, 45-58.

ENLACES A EDICIONES DIGITALES DE *HISTOIRE DES TREIZE*

- Edición de J. P. Méline, Bruselas, 1835:
http://books.google.fr/books?id=Z7I5AAAAcAAJ&printsec=frontcover&dq=histoire+des+treize&hl=es&ei=logMTOSMIImdOIqg8L4K&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=2&ved=0CCsQ6AEwAQ#v=onepage&q&f=false
- Edición de Charpentier, París, 1840:
http://books.google.fr/books?id=2VMOAAAAQAAJ&printsec=frontcover&dq=histoire+des+treize&hl=es&ei=logMTOSMIImdOIqg8L4K&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCYQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false
- Edición de l'Académie de Paris, 1842-1848 (en la biblioteca digital Gallica):
<http://gallica.bnf.fr/Search?ArianeWireIndex=index&p=1&lang=ES&q=histoire+des+treize>

- Edición de Daumier, París, 1855:
http://books.google.fr/books?id=Q5AGAAAAQAAJ&pg=PA1&dq=histoire+des+treize&hl=es&ei=loqMTOSMIIImdOIqg8L4K&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3&ved=0CDAQ6AEwAg#v=onepage&q=histoire%20des%20treize&f=false

ESCENAS DE LA VIDA DE PARIS,



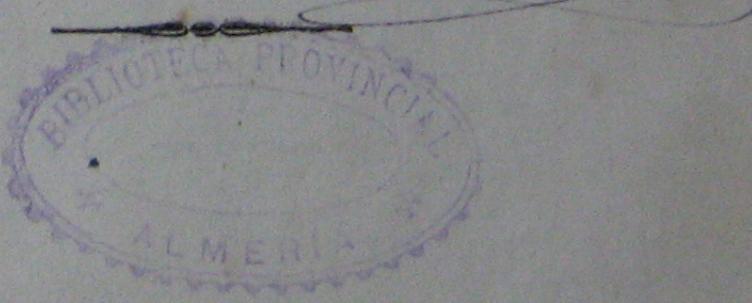
HISTORIA DE LOS TRECE.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

HONORATO DE BALZAC.

M. Junín y Lara



Cádiz, --1844.

Imprenta de EL COMERCIO, calle del Vestuario,
número 97.

ESCENAS DE LA VIDA DE PARIS.

HISTORIA DE LOS TRECE.

PREFACIO.

Se juntaron, en tiempo del imperio y en Paris, trece hombres igualmente penetrados del mismo pensamiento; dotados de bastante energia para ser fieles al mismo pensamiento; bastante honrados entre ellos para no hacerse traicion, aunque sus intereses se hallasen opuestos; bastante profundamente ppliticos para disimular los vinculos sagrados que los unian; bastante fuertes para sobreponerse á todas las leyes; bastante osados para emprenderlo todo, y bastante afortunados por haber casi siempre conseguido sus designios; habiendo corrido los mayores peligros, pero callando siempre sus derrotas; inaccesibles al miedo y no habiendo temblado ni delante del principe, ni delante del verdugo, ni delante de la inocencia; habiéndose aceptado todos, tales como eran, sin hacer caso de las preocupaciones sociales; criminales sin duda, pero ciertamente notables por algunas de las calidades que hacen los grandes hombres. En fin, para que nada faltase á la triste y misteriosa poesia de su historia, todos han quedado reconocidos, aunque todos hayan realizado las mas extravagantes ideas que sugiere á la imaginacion el fantástico poder falsamente atribuido á los Manfred, á los Fautos, á los Melmoth; y todos hoy dia están destrozados, dispersos al menos. Todos, en efecto, han vuelto á entrar pacificamente bajo el yugo de las leyes civiles, lo mismo que Morgan, el Aquiles de los Piratas, se hizo, de destructor, colono tranquillo, y dispuso sin remordimientos, á la luz del fuego doméstico, de millones amontonados en la sangre, á la rojiza claridad de los incendios.

Despues de la muerte de Napoleon, un acaso que el autor

debe callar todavía disolvió los lazos de esta vida secreta, curiosa, tanto como puede serlo la mas melancólica de las novelas de Mad. Radcliffe.

El permiso bastante extraño de contar á su manera algunas de las aventuras ocurridas á estos hombres, respetando enteramente la decencia, no le ha conocido sino recientemente por uno de estos héroes anónimos á quienes la sociedad entera fué sometida ocultamente, y en quienes se cree haber sorprendido un vago deseo de celebridad.

El autor conoce muy bien las leyes de la narración para ignorar á lo que obliga este corto prefacio; pero sabe bien la HISTORIA DE LOS TRECE para estar cierto de no hallarse nunca debajo del interés que debe inspirar este programa. Los dramas repugnantes y sangrientos, las comedias llenas de terror, las novelas en que ruedan cabezas cortadas en secreto, se lo han dicho. Si algun lector no estuviese harto de los horrores servidos en caliente al público desde algún tiempo á esta parte podia revelarle las atrocidades tranquilas, las tragedias sorprendentes de familia, por poco que se manifestase el deseo de saberlas. Pero ha elegido con preferencia las aventuras mas benignas, aquellas en que escenas puras suceden á la tormenta de las pasiones, en que la muger despide rayos de virtudes y de belleza; porque, en honor de los Trece, se encuentran tales en su historia que, quizá, tendrán el honor de ponerse, un dia, en parangon con la de los filibusteros, aquí pueblo aparte, tan curiosamente enérgico, tan atractivo no obstante sus crímenes.

FERRAGUS es un sobrenombre tomado, según una antigua costumbre, por un jefe de devorantes. El dia de su elección, estos jefes continuan, como los papas en su exaltacion, por las dinastias devoradoras el nombre que mas le agrada. Así los devorantes tienen MOJA-LA-SOPA IX, FERRAGUS XXII, TUTANO XIII, MASCA-FIÉRRO IV. &c.

Ahora, que son los devorantes? Devorantes es el nombre de una de las tribus de COMPAÑEROS perteneciente en tiempos pasados á la grande asociación mística formada entre los oficiales de la cristiandad para reedificar el templo de Jerusalen. Este gremio existe todavía en Francia en el pueblo. Pero sus tradiciones, poderosas en cabezas poco ilustradas, en personas que no están bastante instruidas para faltar á sus juramentos, podrían servir á formidables empresas, si algún genio grosero quisiera apoderarse de estas diversas sociedades.

En cuanto á los Trece, el autor se conoce muy fuertemente apoyado por los pormenores de esta historia casi romancesca para abdicar todavía uno de los mas bellos poderes de autor, de novelas de que hay ejemplo, y que, sobre el castillo de la literatura, podría adjudicarse á alto precio, y cargo-

al público con tantos volúmenes como le ha dado la CONTemporanea.

Los Trece eran hombres todos templados como lo fué Trelawney, el amigo de lord Byron, y, se dice, el original del Corsario. Eran fatalistas, gentes de valor y de poesía, pero aburridos de la vida poltrona que pasaban, arrastrados hacia los giochi asiáticos por fuerzas tanto mas escesivas cuanto que dormian mucho tiempo hacia y se despertaban mas furiosas.

Hubo pues en Paris trece hermanos que se pertenecian, se desconocian todos en el mundo, y se hallaban todos reunidos, por la noche, como conspiradores, no ocultándose ningun pensamiento, usando sucesivamente de un caudal semejante al del Viejo de la Montaña; teniendo los pies en todos los salones, las manos en todas las arcas, los codos en la calle, sus cabezas en todas las almohadas; y, sin escrupulo, haciendo servir todo á sus caprichos. Ningun jefe los manda; nadie puede abrogarse el poder; tan solo la pasion mas viva, la circunstancia mas exigente pasaba la primera. Fueron trece reyes desconocidos, pero en realidad reyes, y mas que reyes: jueces y verdugos, que, habiendo hecho alas para recorrer la sociedad de alto á bajo, desdenaron ser en ella cualquier cosa, porque lo podian todo. Si el autor sabe las causas de su abdicacion, las dirá.

Ahora, le es permitido comenzar la relacion del episodio que le ha seducido mas particularmente en esta historia por el olor enteramente parisienne de los pormenores, y por la rareza de los contrastes.



PRIMER EPISODIO.

UNA MUGER DESGRACIADA.

I.

JULIA.

Hay en Paris ciertas calles deshonradas tanto como puede serlo un hombre culpable de infamia; luego hay calles nobles, calles simplemente honradas, calles jóvenes sobre cuya moralidad el público aun no se ha formado opinion; despues calles asesinas, calles mas viejas que viejas son las viudas viejas, calles estimables, calles siempre limpias, calles siempre sucias, calles artesanas, trabajadoras, mercantiles. En fin, las calles de Paris tienen calidades humanas, y nos imprimen, por su fisionomia, ciertas ideas contra las cuales estamos sin defensa. Hay calles de mala compagnia donde no querriais vivir, y calles donde fijariais de buena gana vuestra residencia. Algunas ealles, como la de Montmartre, tienen una hermosa cabeza, y concluyen en cola de pescado. La calle de la Paz es una ancha calle, una grande calle; pero no despierta ninguno de los pensamientos graciosamente nobles que sorprenden un alma impresionable en medio de la calle Real, y le falta ciertamente la magistral que reina en la plaza Vendome. Si os pasais en las calles de la isla de San Luis, no pidais razon de la tristeza nerviosa que se apodera de vos, sino á la soledad, al aspecto triste de las casas, á los grandes palacios desiertos. Esta isla, el cadáver de los usentistas, es como la Venecia de Paris. La plaza de la Bolsa es charchatera, activa, prostituida; no es hermosa

6
sino en luna clara, á las dos de la mañana: por el dia es un compendio de Paris; durante la noche, es como un sueño de la Grecia. La calle Travesera San Honorato no es una calle infame? No hay allí casitas malas de dos ventanas, donde de piso en piso, se hallan los vicios, los crímenes, la miseria? Las calles estrechas, espuestas al norte, donde no da el sol sino tresó cuatro veces al año, son calles asesinas, que matan impunemente; la justicia del dia no se mete en ello; pero antiguamente el Parlamento hubiera quizá citado al teniente de policia para vestigiarle *por esas causas*, y hubiera al menos expedido algun decreto contra la calle, como en tiempos pasados lo dió contra las pelucas del cabildo de Beauvais. Entre tanto Mr. Benoist de Chateaunef ha probado que la mortandad de estas calles era doble que la de las demás. Para resumir estas ideas con un ejemplo, la calle Fromentau no es á la vez mortifera y de mala vida?

Estas observaciones, incomprendibles fuera de Paris, serán sin duda cogidas por los hombres de estudio y de pensamiento, de poesía y de placer, que saben recoger, correteando en Paris, la masa de goces flotantes, á toda hora, entre sus murallas; por aquellos para quienes Paris es el mas delicioso de los monstruos; allá una linda muger; mas lejos, un pobre viejo; aquí, todo nuevo como la moneda de un nuevo reinado; en aquel rincón, elegante como una muger á la moda. Monstruo completo por otra parte! Sus desvanes, especie de cabeza llena de ciencia y de genio; sus primeros pisos, estómagos afortunados; sus tiendas, verdaderos pies: de allí, salen todos los azotacállés, todos los atragados. Luego, que vida siempre activa en el monstruo! Apenas el último bullicio de los últimos coches de baile cesa en el corazón cuando ya sus brazos se mueven en las barreras, y él se mueve, se menea lentamente. Todas las puertas erujen, giran sobre sus goznes, como las membranas de un cangrejo grande, invisiblemente meneadas por treinta mil hombres ó mugeres, cada una ó cada uno de los cuales vive en seis pies cuadrados, posee allí una cocina, un taller, una cama, hijos, un jardín, no vé allí claro, y debe verlo todo. Entonces insensiblemente las articulaciones erujen, el movimiento se comunica, la calle habla. Al medio dia, todo tiene vida; las chimeneas humean, el monstruo come; luego rugie, después sus diez pies se mueven. Bello espectáculo! pero oh Paris! quien no ha admirado tus sombríos paisages, tus travesuras de luz, tus callejuelas sin salida profundas y silenciosas; quien no ha oido tus mormullos entre las doce y las dos de la noche, no conoce aun nada de tu verdadera poesía, ni de tus raros y anchos contrastes.

Hay un pequeño número de aficionados, de personas que no andan nunca descabezadas, que catan su Paris, que poseen tan

7
bien su fisonomía que ven en ella una verruga, un grano, un barrillo. Para los otros, Paris es siempre la monstruosa maravilla, osombroso conjunto de movimiento, de máquinas y de pensamientos, la ciudad de las cien mil novelas, la cabeza del mundo. Empero, para estos, Paris es triste ó alegre, feo ó bonito, vivo ó muerto; para ellos, Paris es una criadora; cada hombre, cada fracción de casa es un lóbulo del tejido celular de aquella grande cortesana, cuya cabeza, corazón, y costumbres químicas conocen ellos perfectamente. También, estos son los amantes de Paris! Levantan las narices en un rincón de una calle, seguros de hallar allí el cuadrante de un reloj; dicen á un amigo cuya caja está vacía: Tomad por aquel pasadizo, allí hay un despacho de tabaco, á la izquierda, junto á un pastelero que tiene una muger muy linda. Viajar en Paris es, para estos poetas, un lujo costoso. ¿Cómo no gastar algunos minutos á vista de los dramas, los desastres, las figuras, los pintorescos accidentes, que os asaltan en medio de aquella móvil reina de las ciudades, vestida toda de carteles de anuncios, y que sin embargo no tiene un rincón de propiedad, por ser tan complaciente con los vicios de la nación francesa? ¿A quien no ha acontecido salir, por la mañana, de su casa para ir a las estrechadas de Paris, y hallarse todavía en el centro á la hora de comer sin haber podido salir de él? Estos sabrá escusar este primer paso vagamundo que, sin embargo, se resume por una observación eminentemente útil y nueva, tanto como una observación puede ser nueva en Paris, donde no hay nada nuevo, ni aun la estatua puesta de ayer, sobre la cual un muchachuelo ha puesto ya su nombre.

Si pues, hay calles, ó fines de calles, hay ciertas casas, desconocidas, en la mayor parte, á las personas del gran mundo, en las cuales una muger perteneciente á este mundo no podría ir sin hacer pensar de ella las cosas más cruelmente ofensivas. Si esta muger es rica, si tiene coche, si se halla á pie, disfrazada, en alguno de aquellos pasos estrechos del país parisense, arriesga allí toda su reputación de muger honrada. Pero si, por acaso, está así á eso de las nueve de la noche, las conjecturas que un observador puede tomarse la libertad de hacer llegan á ser espantosas por sus consecuencias. En fin si esta muger es joven y linda; entra en alguna casa de una de estas calles; si la casa tiene un callejón largo y oscuro, húmedo y hediondo; si en el extremo del callejón temblequea la luz palida de un farol, y si con la luz de él se diseña la horrible cara de una vieja con los dedos descarnados; en verdad, lo decimos por lo que interesa á las mugeres jóvenes y bonitas, esta muger es perdida. Está á merced del primer conocido suyo que la encuentre en estos pántanos parisenses. Pero hay calle en Paris donde

este encuentro puede llegar á ser el drama mas espantosamente horrible, un drama lleno de sangre y de amor, un drama de la escuela moderna. Por desgracia, esta conviccion, este dramático, será, como el drama moderno, comprendido por pocas personas; es una lástima contar una historia á un público que no conoce todo el mérito local de él. ¿Pero quien puede lisonjearse de ser nunca comprendido? Todos morimos desconocidos. Esta es la divisa de las mugeres y de los autores.

Luego, á las ocho y media de la noche, en la calle de Pagevin, en el tiempo en que la calle de Pagevin no tenía una piedra que no oyese una palabra infame; y en la dirección de la calle Soly, la mas angosta y la menos transitable de todas las calles de París, sin exceptuar la esquina mas frecuentada de la calle mas desierta; á principio del mes de Febrero, hay unos trece años de esta aventura, un jóven, por uno de los acasos que no acontecen dos veces en la vida, á pie, en la esquina de la calle Pagevin para entrar en la calle de los Viejos-Agustinos, al lado derecho donde se halla precisamente la calle Soly.....

Allí, el jóven, que vivía en la calle de Bourbon, halló en una muger, á algunos pasos de la cual iba él muy indiferentemente, vagas semajanzas con la mas linda muger de París, una casta y delicada persona, de quien estaba en secreto apasionadamente enamorado, y enamorado sin esperanza: era casada.

En un momento su corazon dió un brinco; un calor intolerable brotó de su diafragma, y pasó á todas sus venas; tuvo frío en las espaldas; y sintió en su cabeza un estremecimiento superficial. Amaba, era jóvon, conocía á París: y su perspicacia no le permitía ignorar todo lo que había de infamia posible para una muger elegante, rica, jóven y bonita, en pasearse allí con pie criminalmente furtivo. *Ella*, en aquel lodo, á aquella hora.....

El amor que el jóven tenía á esta muger podrá parecer muy romancesco, y tanto mas cuanto que era oficial de la guardia real. Si lo hubiese sido de infantería, la cosa sería aun verosímil; pero oficial superior de caballería, pertenecía á la arma francesa que exige mas rapidez en sus conquistas, que saca mas vanidad de su uniforme y de sus costumbres amorosas. No obstante, la pasión de este oficial era verdadera; y, á muchos corazones jóvenes, parecerá grande. Amaba á aquella muger porque era virtuosa, y amaba su virtud, su gracia decente, su imponente santidad, como los mas queridos tesoros de su pasión desconocida. Aquella muger era verdaderamente digna de inspirar uno de aquellos amores platónicos que se encuentran como las flores en medio de las páginas sangrientas y de las atrocidades de la edad media; de ser secretamente el principio de todas las

acciones de un hombre jóven; amor tan elevado, tan puro como el cielo cuando está azul; amor sin esperanza, al cual se entrega, porque no engaña nunca; amor pródigo de goces desenfrenados, por otra parte, sobre todo en una edad en que el corazon está enardecido, la imaginación mordiente, y en que los ojos de un hombre ven muy claro.

Hay en París por la noche efectos inconcebibles, y solamente los que se divierten en observarlos saben cuan fantástica llega á ser la muger, entre dos luces. Ya la criatura que séguis por casualidad, ó de intento, os parece esbelta; ya las medias, si son blancas, os hacen creer en piernas finas y elegantes; luego el cuerpo, aunque envuelto en un pañolón, una capa, se manifiesta jóven y voluptuoso en la sombra; en fin la claridad incierta de una tienda ó de un reverbero dan á la desconocida un brillo fugaz, que despierta, enciende la imaginación y la lanza mas allá de lo verdadero. Entonces los sentidos se comuvieren, todo se colora y anima; la muger toma un aspecto enteramente nuevo; su cuerpo se embellece: por momentos, no es ya una muger, es un demonio, un fuego fátno, que os arrastra con un ardiente magnetismo hasta una casa decente donde la pobre muger, teniendo miedo de vuestros pasos, ó de vuestras botas retumbantes, os da con la puerta cochera en los hocicos sin miraros.

La luz vacilante que despedían los vidrios de una zapatería iluminó de repente, precisamente de medio para abajo el cuerpo de la muger que se hallaba delante del jóven. Ah! ciertamente, *ella* sola era así arqueada; ella sola tenía aquel casto paso que da realce inocentemente á las bellezas de las formas mas atractivas. Era su pañolón de mañana y su sombrero de terciopelo de mañana. En su media de seda gris, ni una mosca, ni una salpicadura. El pañolón estaba bien ceñido al cuerpo, cuyos deliciosos contornos delineaba vagamente; luego, el jóven había visto sus blancos hombros en el baile, y sabía todos los tesoros que cubría aquel pañolón. Por la manera con que una parisienne se envuelve en su pañolón, por la manera con que levanta el pie en la calle, un hombre de talento adivina el secreto de su carrera misteriosa. Hay no sé que de trepidación, de ligero en la persona y en el andar: parece que pesa menos, anda, anda, ó mas bien desfila como una estrella, arrebatada por un pensamiento que venden los pliegues y soltura de su traje.

El jóven apresuró su paso, se adelantó á la muger, y se volvió para verla.... Fuego! había desaparecido en un callejón cuya puerta de cancel y contrapeso crujía y sonaba. El jóven volvió y vió á aquella muger subir en el extremo del callejón, no sin recibir el obsequioso saludo de una portera vieja, por una

tertiosa escalera cuyos primeros escalones estaban muy alumbrados; y subia guapa y vivamente, como debe subir una muger falta de paciencia

— De qué? . . . se dijo el jóven, que volvió atras para resguardarse en la pared del otro lado de la calle. Y lo miró todo, el desgraciadol.

Era una de aquellas casas, de que hay millares en Paris, in noble, vulgar, reducida, amarillenta, con cuatro cuerpos y tres ventanas. La tienda y el entresuelo pertenecian á un zapatero. Las persianas del primer cuerpo estaban cerradas. Donde iba? El jóven creyó oír el sonido de una campanilla en la habitacion del segundo piso. En efecto, se movió una luz en una pieza de dos ventanas muy alumbradas, é iluminó prontamente la tercera, enuya oscuridad anunciaba una primera habitacion, sin duda el salon ó el comedor de la casa. Pronto la silueta del sombrero se dibujó vagamente, la puerta se cerró, la primera pieza quedó oscura; luego las dos últimas ventanas volvieron á tomar su color rojizo.

Allí, el jóven oyó decir: *cuidado y recibió un golpe en la espalda.*

— No atendeis á nada! dijo una voz gruesa. Era la de un jornalero que llevaba al hombro una gruesa tabla.

El jornalero pasó. Era el hombre de la Providencia, diciendo á este curioso: — En qué te metes? Piensa en tu servicio, y deja á los parisienes en sus asuntos.

El jóven cruzó los brazos; luego, no habiendo visto á nadie, dejó caer por sus mejillas lágrimas de rabia sin enjugarlas. En fin; la vista de las sombras que jugueteaban en aquellas dos ventanas iluminadas haciéndole mal, miró á la parte superior de la calle de los Viejos-Agustinos, por casualidad, como un hombre desesperado, y vió un coche de alquiler parado á lo largo de la pared, en un sitio donde no había ni puerta de casa ni luz de tienda.

— Es ella? no es ella?

La vida ó la muerte para un amante. Y este amante esperaba. Estubo allí durante un siglo de veinte minutos. Despues, la muger bajó; y entonces reconoció á la que amaba secretamente. Sin embargo quiso dudar todavia. La desconocida se dirigió al coche, y subió á él.

— La casa estará siempre ahí, podré siempre registrarla, dijo para si el jóven.

Y siguió el coche corriendo, á fin de disipar sus últimas dudas, y pronto salió de ellas.

El coche paró en la calle de Richelieu, delante de la tienda de un almacén de flores, cerca de la calle de Menars. Luego la señora, habiéndose apeado, entró en la tienda, pagó al co-

chero, y salió despues de haber escogido unas plumas. Plumas para cabellos negros! Morena como era, se puso las plumas en la cabeza para ver el efecto. El oficial creia oír la conversacion de esta muger con las floristas.

— Señora, nada sienta mejor á las morenas! Las morenas tienen precisamente alguna cosa en los contornos, y las plumas dan á su prendido una *suavidad* que les falta. La señora duquesa de*** dice que esto da á la muger algo de vago, de osianico, y de *como debe ser*.

— Bien. Enviadme las pronto.

Luego la señora volvió gallardamente hacia la calle de Menars, y entró en su casa.

Cuando se cerró la puerta del palacio donde vivia, el jóven amante, habiendo perdido todas sus esperanzas, y, doble desgracia! sus mas caras creencias, anduvo en Paris como un hombre embriagado, y se halló pronto en su casasin saber como había ido allí.

Se dejó caer en un sillón, puso los pies sobre los morillos de la chimenea, la cabeza entre sus manos, secando y aun quemando sus botas mojadas. Este fué un momento horrible, uno de aquellos momentos en que, en la vida humana, el caracter se modifica, y en que la conducta del mejor hombre depende de la felicidad ó de la desgracia de su primera accion. Providencia ó Fatalidad, elegid!

Este jóven pertenecia á una buena familia cuya nobleza no era por otra parte muy antigua; pero hay tan pocas familias antiguas en el dia que todas las jóvenes son antiguas sin disputa! Su abuelo había comprado una plaza de consejero en el Parlamento de Paris, donde llegó á ser presidente. Sus hijos, dotados de un buen caudal, entraron en el servicio; y, por sus alianzas, llegaron á la Corte. La revolucion barrió esta familia; pero quedó de ella una vieja viuda testarda que no quiso emigrar; que, puesta en prisión, amenazada de morir, y salvada el 9 Terciidor, recobró sus bienes. Hizo venir, en tiempo útil, en 1804, á su nieto Augusto de Maulincour, único vestago de los Charbannon de Maulincour, que fué criado por la buena viuda con el triple cuidado de madre, de muger noble y de viuda testarda. Luego, cuando vino la restauracion, el jóven, entonces de diez y ocho años, entró en la casa real, siguió á los príncipes á Gante, fué hecho oficial en los guardias de corps, salió de estos para servir en la de línea, fué llamado á la guardia Real, donde se hallaba entonces, de veinte y tres años, jefe de escuadron de un regimiento de caballeria, posicion soberbio y debida á su abuela, que, á pesar de su edad, sabía muy bien gobernarse.

Esta doble biografia es el resumen de la historia general y

particular, excepto las variantes, de todas las familias que emigraron, que tenian deudas y bienes, viudas y agilibus.

La baronesa de Maulincour tenia por amigo al Vidame de Pamiers, antiguo comendador de la orden de Malta. Esta era una de aquellas amistades eternas fundadas en lazos sexagenarios, y que nada puede concluirse, porque en el fondo de estas amistades hay siempre secretos del corazon humano, admirables de adivinar cuando hay tiempo de ello, pero insípidos de explicar en veinte linens, y que harian el texto de una obra en cuatro tomos, divertida como puede serlo EL DRAN DE KILLERINE, una de aquellas obras de que hablan las personas jóvenes, y que juzgan sin haberla leido.

Augusto de Maulineour pertenecia pues al arrabal de San German por su abuela y por el vidame, y le bastaba tener dos siglos de fecha para tomar la apariencia y las opiniones de los que pretenden subir hasta Clodoveo. Era un joven alto, endeble, delicado en apariencia, hombre de honor y de verdadero valor por otra parte. Se batia en duelo sin vacilar por un si, por un no, pero no se habia aun hallado en ningun campo de batalla, y llevaba en el ojal de la casaca la cruz de la Legion de honor. Era una de las faltas vivientes de la restauracion, quizá la mas perdonable. La juventud de aquel tiempo no fué la juventud de ninguna época. Se encontró entre los recuerdos del imperio y los recuerdos de la emigracion, entre las tradiciones viejas de la corte y los estudios concienzudos de la clase media, entre la religion y los bailes de etiqueta, entre dos fees politicas, entre Luis XVIII, que veia adelante, y Carlos X, que veia atras; luego, obligada á respetar la voluntad del rey, aunque el trono se engañase. Con esta juventud incierta en todo, ciega y perpicaz no se contó para uada por los viejos celosos de conservar las riendas del Estado en sus manos débiles, mientras que la monarquia podia salvarse con su retirada, y con el acceso de esta joven Francia de que en el dia los viejos doctrinarios, los emigrados de la restauracion, se burlan todavia. Augusto de Maulineour era una rutina de las ideas que pesaban entonces sobre esta juventud; y he aqui como.

El vidame era todavia, á los ochenta y siete años, un hombre de mucho talento, habiendo visto mucho, vivido mucho, narrando bien, hombre de honor, caballero, pero que tenia, respecto á las mugeres, las opiniones mas detestables. Las amaba y las despreciaba. Su honor sus sentimientos? Tararira! Bagatelas y monerias. Junto á ellas creia en ellas, el antes de ahora monstru! no las contradecia nunca y las hacia valer; pero, entre amigos, cuando se trataba de ello, el vidame sentaba por principio que engañar á las mugeres, enredarlas, debia ser toda la ocupacion de las personas jóvenes que se estra-

vian queriendo mezclarse en otra cosa en el Estado. Es pena, so tener que trazar un retrato tan añejo, porque figura en todas partes, y literariamente, está casi tan usado como el de un granadero del Imperio; pero el vidame tuvo sobre el destino de Mr. de Maulincour una influencia que es necesario consagrar. Lo moralizaba á su manera, y queria convertirlo á las doctrinas del gran siglo de la galanteria.

La viuda, muger cariñosa y religiosa, sentada entre su vidame y Dios, modelo de gracia y de amabilidad, pero dotada de una persistencia del buen gusto que triunfa de todo con el tiempo, habia querido conservar á su nieto las bellas ilusiones de la vida y le habia educado en los mejores principios. Le dió todas sus delicadezas é hizo de él un hombre tímido, un verdadero tonto en la apariencia. Su sensibilidad, conservada pura y no usandose fuera, le quedó tan púdica, tan cosquillosa, que se ofendia vivamente por acciones y máximas á que el mundo no daba ninguna importancia. Avergonzado de su susceptibilidad, el joven la ocultaba bajo una seguridad engañosa, y sufría en silencio, pero se burlaba, con los demas, de cosas que, solo, admiraba. Tambien se engaño, porque, siguiendo un capricho bastante comun del destino, encontró en el objeto de su primera pasion, él, hombre de amable melancolia y espiritualista en amor, una muger que habia tomado horror á la sensibilidad alemana.

Entonces el joven dudó de si, se puso pensativo, y se envolvió en sus penas, quejándose de no ser comprendido. Despues, como daseamos tanto mas violentamente las cosas, cuanto mas difícil nos es obtenerlas, continuó adorando las mugeres con aquella ingeniosa ternura y aquellas delicadezas cuyo secreto ellas poseen, pero cuyo monopolio quieren conservar. En efecto, aunque las mugeres se quejan de ser mal amadas por los hombres, sin embargo no les gustan mucho aquellos cuya alma es medio femenina. Toda su superioridad consiste en hacer creer á los hombres que les son inferiores en amor, tambien dejan muy voluntariamente un amante, cuando es bastante experimentado para arrebatarles los temores con que ellas quieren engalanarse: estos deliciosos tormentos de los celos en valde, estas perturbaciones de la esperanza engañada, estas vanas esperas, en fin todo el séquito de sus buenas miserias de muger. Tienen horror á los Grandisson. Qué cosa hay mas contraria á su naturaleza que un amor tranquilo y perfecto? Quieren emociones, y la felicidad que no se conoce ya no es felicidad para ellas. Las almas bastante poderosas para poner lo infinito en el amor constituyen, en la naturaleza femenina, excepciones angelicas, y son entre las mugeres lo que los bellos talentos entre los hombres. Fuera de este amor, no hay sino disposicio-

nes, irritaciones pasajeras, despreciables, como todo lo que es pequeño.

En medio de los secretos desastres de su corazon, mientras que buscaba una muger con quien pudiese comprometerse, doctrina que, para decirlo de paso, es la gran doctrina amorosa de nuestra epoca, Augusto encontró en el mundo mas lejano del suyo, en la segunda esfera del mundo de plata en que el banco superior ocupa la primera linea, una criatura perfecta, una de esas mugeres que tienen no sé que de santo y de sagrado, que inspiran tanto respeto que el amor necesita da todos los auxilios de una larga familiaridad para declararse. Augusto se entregó pues todo entero á las delicias de la mas interesante y de la mas profunda de las pasiones, á un amor paramente admirativo. Estas delicias fueron los innumerables deseos reprimidos, visos de pasion tan vagos y tan profundos, tan fugitivos y tan sorprendentes, tan imperceptibles que no se sabe á que compararlos; se parecen á las fragancias, á los nublados, á los rayos del sol, á las sombras, á todo lo que en la naturaleza puede en un momento brillar y desaparecer, revivir y morir, dejando en el corazon largas emociones. En el momento en que el alma es todavía bastante joven para concebir la melancolia, las lejanas esperanzas, y hallar en la muger mas que una muger, no es la mayor felicidad que puede acaecer á un hombre amar lo suficiente para experimentar mas alegría tocando un guante blanco, rosándose con los cabellos, escuchando una frase, dirigiendo una mirada, que la posesion mas fogosa da al amor aferrado? Así, las personas impugnadas, las feas, las desgraciadas, los amantes desconocidos, las mugeres ó los hombres tímidos, conocen solos los tesoros que encierra la voz de la persona amada; sus vibraciones, que tienen su origen y su principio en el alma misma, ponen tan violentamente los corazones en relacion, llevan allí el pensamiento tan suavemente y son tan poco engañosas que una sola inflexion es á menudo todo un desenlace. Que encantos no prodiga al corazon de un poeta el sonido armonioso de una voz dulce? Que de ideas despierta! que frescura derrama en ella! El amor está en la voz antes de ser manifestado por la mirada. Augusto, poeta á la manera de los amantes, porque hay poetas que sienten y poetas que expresan, los primeros son los mas felices; Augusto pues había saboreado todos estos júbilos primeros, tan amplios, tan secundos. Ella poseía el órgano mas adulador que la muger puede desear para poder engañar á su gusto; tenía aquella voz argentina que, dulce al oido, no es estrepitosa sino para el corazon que turba y conmueve, que acarieja desconcertandolo.

Y esta muger iba por la noche á la calle de Soly, cerca de la de Pagevin; y esta magnifica paisana, la muchacha

El vidame tuvo razon.

Si hacia traicion á su marido, nos vengariamos!....

Habia aun amor en él si.... La duda filosofica de Descartes es una cortesania cuya virtud es menester honrar siempre. Dieron las diez.

En este momento el baron de Maulincour se acordó que esta muger debia ir al baile á una casa donde él podia concurrir. Sin detenerse se vistió, partió llegó, la buscó con aire de indiferencia en los salones.

La señora de la casa, viéndolo tan atrafagado, le dijo:

—No veis á Mad. Julia?.... aun no ha venido.

—Buenas noches, querida.... dijo una voz.

Augusto y la señora se volvieron. Mad. Julia estaba allí. Acababa de llegar, vestida de blanco, sencilla y noble, peinada precisamente con las plumas que el joven baron le habia visto escoger en el almacen de flores. Esta voz de amor traspasó el corazon de Augusto. Si hubiese sabido conquistar el menor derecho que le permitiese estar celoso de aquella muger, hubiera podido petrificarla diciendole:

—Calle de Soly!....

Pero cuando él, extraño, hubiese mil veces repetido esta palabra al oido de Mad. Julia, esta le hubiera preguntado con admiracion que es lo que queria decir. La miró con aire estúpido.

Para las personas malignas y que de todo se rien, es quizá una grande diversion saber el secreto de una muger, saber que su castidad miente, que su cara tranquila oculta un pensamiento profundo, que hay algun espantoso drama en su frente pura. Empero hay ciertas almas que se contristan realmente con semejante espectáculo; y muchos de los que se rien de ello, vuelven á sus casas, solos con su conciencia, maldicen el mundo y desprecian á semejante muger.

Así era Augusto de Maulincour en presencia de Mad. Julia. Situacion rara! No hay entre ellos otras relaciones que las que se establecen en el mundo entre personas que se dicen algunas palabras siete ó ocho veces en el invierno; y le pedía cuenta de una felicidad de que ella no era cómplice. La juzgaba sin quererle saber la acusacion. Muchos jóvenes se han hallado así, al volver á sus casas, desesperados de haber roto para siempre con una muger adorada en secreto. Estos son los monologos desconocidos, dichos á las paredes de una habitacion solitaria, tempestades nacidas y calmadas sin haber salido del fondo de los corazones, admirables escenas del mundo moral, para las cuales seria menester un pintor.

Mad. Julia fué á sentarse, dejando á su marido, que dió vuelta al salon; pero, cuando estuvo sentada, se halló como su-

—Pero no me habeis quizá respondido nunca.

—Es verdad.

—Bien sabia que erais falsa como lo son todas las mugeres.

Y Mad. Julia continuó sonriendose.

—Escuchad, caballero, os decia la verdadera razon, os parecia ridículo, y pienso que no hay falsedad en no decir los secretos de que el mundo tiene hábito de burlarse.

—Todo secreto quiere, por decirlo así, una amistad de que no soy digno sin duda, señora. Pero no podeis tener sino nobles secretos, y me creeis capaz de chancear sobre las cosas respetables?....

—Si, dijo ella, como todos los demas, os reis de los sentimientos de las pobres mugeres; los calumniasis. Por otra parte, no tengo secretos; quiero á mi marido á la faz del mundo, lo digo, estoy orgullosa de ello; y si os burlais de mí al saber que no bailo mas que con él, tendré la mas mala opinion de vuestro corazon.

—No habeis nunca bailado con nadie, desde que os casasteis?

—Nunca, caballero.... Y no he dado el brazo á nadie, y no he sentido el contacto de ninguno en el mundo.

—Vuestra medico no os ha tomado tampoco el pulso?....

—Y bien! veis como os burlais?....

—No, señora, os admiro, porque os comprendo. Pues dejais oir vuestra voz, pues os dejais ver, pues permitid á nuestros ojos que os admiren?....

—Ah! estas son mis penas, dijo ella interrumpiendole, querria que fuese posible á una muger casada vivir con su marido como una novia vive con su amante; porque entonces?....

—Entonces por qué estabais hace dos horas, á pie, disfrazada, en la calle de Soly?....

—Que es eso de la calle de Soly?... dijo ella.

Y su voz tan pura no dejó penetrar ninguna conmocion, y ninguna faccion vaciló en su semblante, y no se sonrojó, y quedó tranquila.

—Que! no subisteis al segundo piso de una casa situada calle de los Viejos-Agustinos, esquina á la de Soly? No teniais un coche de alquiler á los diez pasos, y no fuisteis á la calle de Rí. chelien, á casa de la florista, donde escogisteis las plumas que estan en este momento en vuestra cabeza?....

—No he salido esta noche de mi casa.

Mintiendo asi, estaba ella impasible y burlona; se abanicaba; pero el que hubiese tenido derecho de pasar la mano sobre su cintura, eu medio de la espalda, la hubiera quizá encontrado sudosa.

En este momento, Augusto se acordó de las lecciones del vidame, y dijo á Mad. Julia:

—Entonces era una persona que se os parecia estremamente,

—Caballero, dijo ella, si sois capaz de seguir á una muger y de sorprender sus secretos, me permitireis que os diga que eso es malo, muy malo, y os hago el honor de no creeros.

El se fué, se colocó junto á la chimenea, y pareció pensativo. Bajó la cabeza; pero su vista estaba fija disimuladamente sobre Mad. Julia, que, no pensando en la colocacion de los espejos, le dirigió dos ó tres miradas llenas de terror. Mad. Julia hizo una seña á su marido, cuyo brazo tomó, levantandose para pasearse en los salones.

Cuando pasó junto á Mr. de Manlincon, este, que hablaba con un amigo suyo, dijo en voz alta, como si respondiese á una pregunta:

—Es una muger que ciertamente no dormirá tranquila esta noche.

Mad. Julia se paró, le lanzó una mirada imponente llena de desprecio, y continuó su paseo, sin saber que una mirada mas, si hubiese sido sorprendida por su marido, podia poner en cuestion su felicidad y la vida de dos hombres.

Augusto, victima de una rabia que sofocó en las profundidades de su alma, salió pronto jurando penetrar hasta el corazón de esta intriga. Antes de irse, buscó á Mad. Julia, á fin de verla otra vez; pero había desaparecido. Que drama echade en aquella cabeza joven, eminentemente romancesca como todas aquellas que no han conocido el amor en toda la extension que le dan! Adoraba á Mad. Julia bajo una nueva forma, la amata con la rabia de los celos, con las delirantes angustias de la esperanza; porque, infiel á su marido, esta muger venia á ser vulgar, podia entregarse á todas las felicidades del amor afortunado; y su imaginacion le abria entonces la inmensa carrera de los placeres de la posesion. En fin, si habia perdido al ángel, hallaba al mas delicioso de los demonios. Se acostó, haciendo mil castillos en el aire, justificando á Mad. Julia por algun beneficio romancesco, pero no creyendo en ella. Luego resolvio dedicarse enteramente desde el dia siguiente á buscar las causas, los intereses, el modo que ocultaba este misterio. Era una novela digna de leerse; ó mejor, un drama digno de representarse, en el cual tenia su papel.

II.

FERRAGUS.

Es una cosa muy bella el oficio de espia, cuando se hace por su cuenta y en provecho de una pasion. Es proporcionarse los placeres del ladrón siendo hombre honrado. Pero es menester resignarse á hervir de cólera, á bramar de impaciencia, á helarse los pies en el lodo, á tener frio y á abrasarse, á devorar falsas esperanzas. Es preciso ir, bajo la fé de una indicacion, hacia un fin ignorado, errar el golpe, jurar, echar pestes, improvisarse á si mismo elegias, ditirambos, esclamar tonitramente delante de un transeunte inofensivo que os admira; luego derribar á las vendederas con su fruta, correr, pararse, quedar delante de una reja, hacer mil suposiciones.... Pero esta es la caza, la casa en Paris, la caza con todos sus accidentes, menos los perros, la escopeta y los gritos! Nada hay comparable con estas escenas sino las de la vida de los jugadores. Luego es necesario un corazon lleno de amor ó de venganza para emboscarse en Paris, como un tigre que quiere saltar sobre su presa, y para gozar entonces de todos los accidentes de Paris y de un barrio, prestandole un interes mas que el de que ellos abundan ya; y, entonces, no se necesita tener un alma multiplicada? porque es vivir de mil pasiones, de mil sentimientos justos.

Augusto de Maulineour se había lanzado á aquella ardiente existencia con amor, porque sentia todas sus desgracias y todos sus placeres. Andaba disfrazado en Paris, observaba por todas las esquinas de la calle Pagevin ó de la calle de los Viejos Agustinos; y despues de tres dias, como un cazador, corría de la calle de Menars á la calle de Soly, de la calle de Soly á la de Menars, sin conocer ni la venganza ni el precio con que sus pasos serian castigados ó recompensados. No habia aun llegado a aquella impaciencia que tuerce las entrañas y hace sudar, trabajaba sin esperanza, pensando que Mad. Julia no se

atreveria durante los primeros días á volver á donde habia sido sorprendida. Tambien consagró estos primeros días á iniciarse en todos los secretos de la calle. Novel en este oficio, no se atrevia á preguntar al portero, ni al zapatero de la casa á que iba Mad. Julia; pero esperaba poder crearse un observatorio en la casa que estaba frente á la habitacion misteriosa. Estudiaba el terreno, y queria conciliar la prudencia y la impaciencia, su amor y el secreto.

Luego, en los primeros días del mes de Marzo, en medio de los planes que meditaba para dar un gran golpe, y dejando su atalaya despues de una de aquellas centinelas continuas que no le habian aun enterado de nada, se volvia á eso de las cuatro á su casa, donde le llamaba un asunto relativo á su servicio, cuando le cogio, en la calle Coquilliere, uno de aquellos hermosos aguaceros que engruesan de pronto los arroyos, y cada gota de los cuales hace una ampolla al caer en los charcos de agua de los caminos publicos. Entonces un peon de Paris estu obligado á pararse al instante, á refugiarse en una tienda ó en un café, si es bastante rico para pagar allí su hospitalidad forzada; ó, segun la urgencia, bajo una puerta cochera, asilo de la gente pobre ó mal vestida. Como es que ninguno de nuestros pintores ha intentado todavia reproducir la fisonomia de un enjambre de parisienes agrupados, en tiempo de tempestad, bajo el soportal de una casa? donde encontrar un cuadro mas rico?

No hay desde luego un peon meditabundo y filosofo, que observase con placer, ya los surcos hecho por la lluvia sobre el fondo gris de la atmosfera, especie de cinceladuras semejantes á las rayas caprichosas del vidrio, ya los remolinos de agua blanca que el viento hace rodar en polvo luminoso sobre los techos, las caprichosas inundaciones de los conductos hervorosos, llenos de espuma, y otras mil frioleras admirables estudiadas con delicia por los vagos, á pesar de los escobazos que les regala el amo de la casa?

Luego hay el peon hablador que se queja, y conversa con la portera, cuando esta descansa sobre su escoba como un granadero sobre su fusil;

El peon indigente, fantasticamente pegado contra la pared, sin ningun cuidado de sus harapos habituados al contacto de las calles;

El peon sabio que estudia, deletrea ó lee los anuncios sin acabarlos;

El peon zumbon que se burla de las personas á quienes le sucede alguna desgracia en la calle, y se rie de las mugeres enlodadas y hace muecas á los que ó á las que están en las ventanas;

El peon silencioso que mira á todas las rejas, á todos los pisos;

El peón industrial, armado de una bolsa ó provisto de un paquete, traduciendo la lluvia por utilidades y pérdidas;

El peón amable que llega como una bomba; diciendo:— Ah! que tiempo, señores!... y que saluda á todo el mundo;

En fin el verdadero vecino de París, hombre de paraagua, experto en aguaceros, que lo ha previsto, salido á pesar del consejo de su mujer, y que se ha sentado en la silla del portero.

Según su carácter, cada miembro de esta sociedad fortuita contempla el cielo, se va saltando para no enlodarse, y porque tiene prisa, ó porque ve a ciudadanos marchando contra viento y marea, ó porque el patio de la casa siendo húmedo y catarralmente mortal, la orilla, dice un proverbio, es peor que el parque. Cada cual tiene sus motivos. No queda más que el peón prudente, el hombre que, para volverse á poner en camino, espía algunos espacios azules en medio de las nubes rojadas.

Mr. de Maulincour se refugió pues, con toda una familia de peones, en el soportal de una casa vieja cuyo patio se semejaba á un gran cañón de chimenea. Había en sus paredes borrosas, llenas de salitre y verdosas, tantos plomos y conductos, y tantas canales en los cuatro cuerpos del edificio, que se hubiera creido que eran las cascadas chicas de Saint-Cloud. El agua corría de todas partes; hervía, saltaba, murmuraba; era negra, blanca, azul, verde; sonaba, cundía bajo la escoba de la portera, vieja sin dientes, hecha á las tempestades, y que al parecer las bendecía, tirando á la calle mil restos cuyo inventario curioso revelaba la vida y los hábitos de la casa. Había recortes de india, hojas de té, pétalos de flores artificiales, descoloridas, rotas; desperdicios de la verdura, papeles, fragmentos de metales. A cada escobada, la vieja dejaba seco el caño, aquella bendita negra, cortada en cuadros de juegos de damas, con la que se encarnizan los porteros.

El pobre amante examinaba este cuadro, uno de los miles que el móvil París ofrece cada día; pero lo examinaba maquinalmente, como hombre absorbido por sus pensamientos, cuando alzando la vista se halló de manos á boca con un hombre que acababa de entrar.

Era, á lo menos en apariencia, un mendigo, pero no el mendigo de París, creación sin nombre en los lenguajes humanos; era un tipo nuevo de todas las ideas excitadas por la palabra mendigo.

El desconocido no se distinguía por su carácter originalmente parisíense que nos sorprende bastante á menudo en los infelices que Charlot ha representado algunas veces. Son figuras groseras rodadas por el fango, de voz ronca, de narices rojas y bulbosas; bocas desprovistas de dientes, aunque amenazadoras;

humildes y terribles, en las cuales la inteligencia profunda que brilla en los ojos parece ser un contrasentido. Algunos de estos vagabundos descarados tienen la tez jaspeada, llena de grietas, votadas; la frente cubierta de rugosidades; los cabellos claros y sucios, como los de una peluca desechada; todos alegres en su degradación, y degradados en sus alegrías; todos marcados con el sello del vicio. Echan su silencio como una reconvención, y su actitud revela espantosos pensamientos. Viven entre el crimen y la limosna; no tienen ya remordimientos, y giran prudentemente al rededor del patibulo sin caer en él, inocentes en medio del vicio, y viciosos en medio de su inocencia. Hacen á menudo reir, pero siempre hacen pensar. Uno os representa la civilización achaparrada, comprende todo: el honor de la patria, la cárcel, la virtud; luego es la malicia del crimen vulgar, y los primores de una fechoría elegante. El otro es reservado, bufón profundo, pero estúpido. Todos tienen veleidades de orden y de trabajo, pero son empujados en su fango por una sociedad que no quiere informarse de los poetas, los grandes hombres, las personas intrépidas y de organizaciones magníficas que puede haber allí entre los mendigos, estos gitanos de París, pueblo sumamente malo, como todas las masas que han sufrido, habituado á soportar males inauditos, y que un fatal poder mantiene siempre al nivel del cieno. Todos tienen una idea, una esperanza, una felicidad: el juego, la lotería ó el vino.

No había nada de esta vida extraña en el personage clavado muy descuidadamente en la pared, delante de Mr. de Maulincour, como un capricho delineado por un artista hábil, detrás de algún cuadro de su taller. Era este un hombre alto y seco, cuya cara aplomada descubría un pensamiento profundo y glacial. Secaba la compasión en el corazón de los curiosos, por una actitud llena de ironía y una mirada triste que anunciaban su pretensión de tratar como iguales tuyos. Su cara era de un blanco sucio, y su cráneo arrojado, sin pelo, tenía una vaga semejanza con un trozo de granito. Algunos mechones lisos y entrecaneos, colocados á los lados de su cabeza, bajaban sobre el cuello de su vestido mugriento y abotonado hasta el pescuezo. Se parecía á la vez á Voltaire y á don Quijote; era burlón y melancólico, lleno de desprecio, de filosofía, pero medio enagulado. Parecía que no tenía camisa; su barba era larga, y su ruin corbata negra muy usada, rota, de uba ver un pescuezo protuberante, fuertemente surcado, compuesto de venas gruesas como cuerdas. Un ancho círculo oscuro, acardenalado, se diseñaba debajo de cada uno de sus ojos. Parecía tener á lo menos sesenta años. Sus manos estaban blancas y aseadas. Llevaba botas descalcañadas y abiertas; su pantalón azul, remendado en muchas partes, estaba blan-

quendo por una especie de pelusa que lo hacia innoble.
Sea que sus vestidos mojados exalasen un olor fétido, sea que tuviese en el estado normal el hedor de miseria que tienen los chiribitiles parisienses, lo mismo que las oficinas, las encritas, los hospederías tienen el suyo, olor fétido y rancio, de que nada puede dar idea, los inmediatos á este hombre se retiraron y lo dejaron solo. Lanzó sobre ellos, luego sobre el oficial su mirada tranquila y sin expresion, la mirada tan célebre de Mr. de Talleyrand, mirada triste y sin color, especie de velo impene trable debajo de la cual un alma fuerte oculta profundas emociones y los mas exactos calculos acerca de los hombres, las cosas y los acontecimientos. Ninguna arruga de sus facciones se alteró; su boca y su frente quedaron impasibles; pero sus ojos se briaron con un movimiento de lentitud noble y casi trágica. Hubo en fin todo un drama en el movimiento de sus párpados ciertos.

El aspecto de esta figura estoica hizo nacer en Mr. de Maulincourt una de aquellas ideas vagabundas que comienzan por una interrogacion vulgar y comprenden todo un mundo de pensamientos.

La tempestad había pasado. Mr. de Maulincourt no divisó de aquel hombre mas que el faldon de su redingote que daba en el guardarueda; pero cuando dejó su lugar para irse, halló á sus pies una carta que acababa de caer, y creyó que salía de la faltriquera del desconocido cuando le vió meter en ella el pañuelo de que se había servido. El oficial cogió la carta para darsele, y leyó involuntariamente el sobre:

A Monsieur

Monsieur Ferrogusse,

Calle de los Grandes Agustinos, esquina á la calle de Soly.

París.

La carta no tenía sello ninguno, y la indicación impidió á Mr. de Maulincourt restituirla; porque hay pocas pasiones que no lleguen á ser improbus con el tiempo.

El barón tuvo un presentimiento de la oportunidad de entrar en la casa misteriosa para ir allí á darla a aquel hom-

bre, no dudando que habitase en la casa sospechosa. Ya las sospechosas, vagas como las primeras luces del dia, le hacían establecer relaciones entre este hombre y Mad. Jalja. Los amantes celosos lo suponen todo; y suponiéndolo todo, escogiendo las conjeturas mas probables es como los jueces, los amantes y los observadores penetran la verdad que les interesa.

— Es á él la carta; es de Mad. de Julia?

Mil cuestiones juntas le fueron hechas por su imaginacion inquieta; pero á las primeras palabras se sonrió.

He aquí textualmente, en el esplendor de su frase natural, la carta, á la cual era imposible añadir nada, ni quitar nada de la carta misma, pero que ha sido necesario puntuar al publicarla: porque no hay en el original, ni comas, ni puntos, ni ningun signo de ortografia, hecho que tenderia á destruir el sistema de los puntos con los cuales los autores modernos han procurado pintar los grandes desastres de todas las pasiones.

"ENRIQUE"

"En el número de los sacrificios que me he impuesto respecto á vos se hallaba el de no daros mas noticias de mi, pero una voz irresistible me ordena os haga conocer vuestros crímenes contra mí. Sé de antemano que vuestra alma endurecida en el vicio no se dignará tenerme lástima. Vuestro corazón está sordo á la sensibilidad. No lo está á los gritos de la naturaleza, pero poco importa; debo haceros saber hasta que punto os habeis hecho culpable y el horror de la posicion en que me habeis puesto. Enrique, sabias todo lo que he sufrido de mi priugra falta, y habeis podido sumirme en la misma desgracia y abandonarme á mi desesperacion y á mi dolor. Si, lo confieso, la ergencia que tenia de ser amada y de ser estimada de vos me dió el valor de sopportar mi suerte. Pero hoy que me queda? no me habeis hecho perder todo lo que tenia de mas caro, todo lo me apegaba á la vida; padres, amigos, honor, reputaciones, os lo he sacrificado todo, y no me queda mas que el oprobio, la deshonra, y, lo digo sin sonrojarme, la miseria, no me faltaba á mi desgracia sino la certidumbre de vuestro desprecio y de vuestro odio; ahora que la tengo, tendré el valor que mi proyecto exige. Mi partido está tomado, y el honor de mi familia lo manda; voy pues á poner un término á mis sufrimientos.... No hagais ninguna reflexion acerca de mi proyecto, Enrique. Es horroso, lo sé, pero mi estado me fuerza

Si ayuda ni sostén, sin un amigo paan consolarme, pue-
do vivir? no. La suerte lo ha decidido. Así dentro de dos días
Enrique, dentro de dos días Ida no será ya digna de vuestra
estimación; pero recibid el juramento que os hago de tener mi
conciencia tranquila pues nunca he cesado de ser digna de vues-
tra amistad. O Enrique, amigo mio, porque no cambiaré nun-
ca para vos, premetedme que me perdonareis la barrera que voy
á abrazar. Mi amor me ha dado el valor, me sostendrá en la vir-
tud. Mi corazon ademas lleno de tu imagen será para mí un
preservativo contra la seducción.

"No olvideis nunca que mi suerte es obra vuestra, y juzgaos.
Ojalá el cielo no os castigue de vuestros crímenes, de rodillas le
pido vuestro perdón, porque, lo conozco, no faltaria mas á mis
males que el dolor de saber que erais desgraciado. A pesar de
la escasez en que me hallo, reusaré toda especie de socorro vues-
tro. Si me hubieseis amado, hubiera podido recibirlos como
procedentes de la amistad, pero un beneficio escitado por la
piedad, mi alma lo rechaza, y seria yo mas cobarde recibien-
dolo que el que me lo propusiera. Tengo una gracia que pedi-
ros: no sé el tiempo que debo estar en casa de Mad. Meynar-
die, sed bastante generoso para evitar parecer delante de mí.
Vuestras dos últimas visitas me hicieron un mal de que me re-
sentiré largo tiempo: no quiero entrar en pormenores acerca de
vuestra conducta á este respecto. Me odiais, esta palabra está
grabada en mi corazon y lo hiela de frío. Ay! en este mo-
mento cuando tengo necesidad de todo mi valor es el que me
abandonan todas mis facultades. Enrique, amigo mio, antes que
haya puesto una barrera entre nosotros, dame una última prue-
ba de tu estimación: escribeme, respondeme, dime que me es-
timas todavía aunque no me ames ya. A pesar de que mis ojos
sean siempre dignos de encontrar los vuestros, no solicito en-
trevista: lo temo todo de mi debilidad y de mi amor. Pero por
favor escribidme una palabra inmediatamente, me dará el valor
que necesito para soportar mis adversidades. Adios, autor de
todos mis males, pero el solo amigo que mi corazon ha elegido
y que no olvidará nunca.

„IDA“

La vida de una joven soltera cuyo amor engañado, placeres
funestos, dolores, miserias y espantosa resignación, estaban
reasumidas en tan pocas palabras, el poema desconocido, pero
esencialmente parisense, escrito en esta carta sucia, obraron du-
rante un momento en Mr. de Maulincour, y concluyó por pre-

guntarse si esta Ida sería alguna parienta de Mad. Julia, y si la
cita de la noche, de que casualmente había sido testigo, no
era para alguna obra caritativa. Que el pobre viejo hubiese se-
ducido á Ida, esta seducción tenía algo de prodigioso. Jugué-
tando en el laberinto de sus reflexiones que se embarazaban
y se destruían una con otra, el barón llegó cerca de la calle de
Pesgevin, y vió un coche de alquiler parado al extremo de la
calle de los Viejos-Agustinos que confina con la calle Mont-
martre. Todos los cocheros le decían alguna cosa.

— Y sería ella?

Y su corazon palpitaba con un movimiento fogoso y febril.
Empujó la puerta de contrapeso, pero bajando la cabeza y obe-
decido á una especie de vergüenza, porque oía una voz secre-
ta que le decía:

— Por qué pones el pié en este misterio?

Sabió algunos escalones, y se halló cara á cara con la vieja
portería.

— Mr. Ferragus?

— No conozco....

— Qué, Mr. Ferragus no vive aquí?....

— No tenemos eso en la casa....

— Pero mi buena muger....

— No soy una buena muger, caballero, soy conserje.

— Pero, señora, repuso el barón, tengo que entregar una
carta á Mr. Ferragus.....

— Ah! si teneís una carta, dijo ella cambiando de tono, que-
reis que la vea?

Augusto enseñó la carta liada, y la vieja meneando la cabe-
za con aire de duda, titubeó, pareció querer dejar su cuarto
para ir á instruir al misterioso Ferragus de este incidente im-
previsto; luego dijo:

— Pnes bien! subid, caballero, debeis saber donde está

Sin responder á esta frase, por la cual esta vieja astuta po-
día tenderle un lazo, el oficial subió gallardamente la escale-
ra, y llamó con viveza á la puerta del segundo piso. Su instin-
to de amante le decía: —Ella está ahí!

El desconocido del soportal, el Ferragus ó al autor de los
males de Ida abrió el mismo, y se presentó vestido con una ba-
ta de florones, un pantalon de moletón blanco, los pies calza-
dos con lindas chinelas de tela, la cabeza aseada; y Mad. Ju-
lia, cuya cabeza descollaba sobre el dintel de la puerta de la
segunda pieza, perdió el color y cayó sobre una silla.

— Que teneis, señora? gritó el oficial arrojándose hacia ella.

Pero Ferragus estendió el brazo y rechazó con viveza al ofi-
cial con un movimiento tan seco que Augusto creyó haber re-
cibido en el pecho el golpe de una barra de hierro.

—Atrás! caballero, dijo este hombre. Que nos queréis? correríais por el barrio hace cinco ó seis horas.... Seriais un espia?

—Sois Mr. Ferragus?

—No, señor.

No obstante, repuso Augusto, debo entregaros este papel, que perdisteis en el portal de la casa donde estabamos los dos durante la lluvia.

Al hablar y dar la carta á este hombre, el baron no pudo dejar de echar una mirada á la vivienda donde estaba; y la halló muy bien decorada, aunque sencillamente. Había fuego en la chimenea; y, muy cerca de ella, una mesa servida más sumtuosamente que lo que permitía la aparente situación de aquel hombre ó la medianía de su casa. En fin, sobre un confidante de la segunda pieza, que le fué posible ver, divisó un montón de oro, y oyó un ruido que no podía ser producido sino por llanto de muger.

—Este papel me pertenece, os doy gracias, dijo el desconocido, volviéadose de manera que comprendiese el baron que deseaba verlo fuera.

Demasiado curioso para poner atención en el examen profundo de que era objeto, Augusto no vió al desconocido devorarle con miradas medio magnéticas; pero, ciertamente si hubiese encontrado aquel ojo de basilisco, hubiera quizá comprendido el peligro que le amenazaba. Demasiado apasionado para pensar en sí mismo, Augusto saludó, bajó y volvió á su casa, procurando hallar un sentido en la reunión de estas tres personas: Ida, Ferragus y Mad. Julia; ocupación que, moralmente, equivalía á buscar el arreglo de los de las tablitas irregulares del quebradero de cabeza chino, sin tener la clave del juego. Pero Mad. Julia lo había visto, Mad. Julia le había mentido. Maulincourt se propuso ir á hacer una visita á aquella muger el dia siguiente. Ella no se podía negar á verle, tenía los pies y las manos en aquella tenebrosa intriga. La echaba ya de Sultan, y pensaba en pedir imperiosamente á Mad. Julia que le revelase todos sus secretos.

En aquel tiempo, Paris temía la fiebre de las construcciones, porque si Paris es un monstruo, es seguramente el mas maníaco de los monstruos. Tiene mil caprichos; ya edifica como un gran señor que gusta mucho de hacer obras; despues, deja sus obras y se hace militar; se viste de pies á cabeza de guardia nacional, hace el ejercicio y fuma; de repente abandona los ensayos militares, tira su cigarro; luego se desconsuela, hace bancarrota, vende sus muebles en la plaza del Chatelet, deposita su balance; pero algunos dias despues, arregla sus negocios, se mete en fiesta y danza. Un dia come azúcar á ma-

nos llenas, hasta hartarse; ayer compraba papel Weynen, hoy el monstruo tiene dolor de muelas y se aplica un olexifarmaco sobre todas sus paredes; mañana hará sus provisiones de pasta pectoral. Tiene sus muelas por los meses, por la estación, por el año, como sus manitas de un dia. Luego, en el momento en que todo el mundo edificaba y destruía alguna cosa, aun no se sabe que, había muy pocas calles que no vieran las andamias de grandes palos, forradas de tablas colocadas sobre atravesanos y fijadas de piso en piso en los miedinales. Hay algo de marítimo en los palos, en las escalas, en las cuerdas, en los gritos de los albañiles.

Luego, á doce pasos de la casa de Maulincourt, uno de estos edificios esfumeros estaba levantado delante de una casa que se estaba construyendo de piedra. La muchedumbre se agolpó de pronto. Todos los albañiles bajaron, gritando, jurando y diciendo que el birlocho de Mr. de Maulincourt había hecho estremecer á su grua. Dos pulgadas mas y al oficial le hubiera caído la piedra en la cabeza. El criado había muerto, el carrozage se había roto. Este fué un acontecimiento para el barrio; los periódicos lo referían. Mr. de Maulincourt, seguro de no haber hecho nada, se quejó; la justicia intervino; pero, formada la sumaria, se probó que un muchacho armado con una alfagia; estaba de guardia y gritaba á los transeuntes que se apartasen. El asunto quedó en eso. Mr. de Maulincourt ya por causa de su criado, ya por su susto, estubo en cama algunos días. La trasera de su birlocho, al romperse, le había hecho contusiones; luego el estremecimiento nervioso causado por la sorpresa le produjo fiebre.

No fué á casa de Mad. Julia.

Diez días despues de este acontecimiento, y á su primera salida, se dirigía al bosque de Boloña, en su birlocho compuesto, cuando al bajar la calle de Borgoña, en el lugar donde está el albañil, en frente de cámara de los diputados, se rompió por en medio el eje, y el baron iba con tanta rapidez que la rotura tuvo por efecto hacer juntarse las dos ruedas tan violentamente que podían haberle roto la cabeza á no haberle preservado la resistencia que opuso su gorra. No obstante recibió una herida grave en un costado. Por segunda vez en diez días fué llevado casi muerto á casa de la viuda desconsolada.

Este segundo accidente le dió alguna desconfianza, y pensó, pero vagamente, en Ferragus y en Mad. Julia. Para aclarar sus sospechos, guardó el eje roto y mandó llamar á su maestro de coches. Este vino, miró el eje, la rotura, y probó dos cosas á M. de Maulincourt.

Primero. El eje no era de su obrador; no salía de allí ninguno en que no gravase toscamente las iniciales de su nom-

bre y no podia explicar por que medio hubiese sido sustituido aquel eje.

Segundo. La rotura del eje sospechoso habia sido preparada por una especie de viento ó reboilladura hecha con bastante habilidad.

—Vaya! señor baron, mucha habilidad es menester para haber hecho esto tan bien..... porque se juraria que es natural.....

Mr. de Maulincourt suplicó á su maestro de coches que no dijese nada de esta aventura, y se tuvo por debidamente avisado, Estas dos tentativas de asesinato eran urdidas con una habilidad que denotaba enemistad de personas superiores.

—Es una guerra á muerte, dijo moviéndose en su cama; una guerra de salvajes! una guerra de sorpresa, de emboscada, de traicion, declarada en nombre de Mad. Julia! A que hombre pues pertenece esta? De qué poder dispone pues este Ferragus?....

En fin Mr. de Maulincourt, aunque valiente, aunque militar, no pudo dejar de estremecerse; porque en medio de todos los pensamientos que le asaltaron, tuvo uno contra el cual se halló sin defensa y sin ánimo: no emplearán luego el veneno sus enemigos secretos?

Pronto dominado por los temores que su debilidad momentánea, la dieta y la fiebre aumentaban mas, hizo venir á una vieja que habia muchos años que servia á su abuela, vieja que lo queria casi como una madre, lo sublime de lo comun. Siu declararse enteramente a ella, la encargó de comprar secretamente y diariamente, en parages diferentes, los alimentos que le eran necesarios; recomendándole los guardase debajo de llave, y los trajese ella misma, sin permitir que nadie se le acercase cuando los sirviese.

Finalmente, tomó las precauciones mas minuciosas para precaverse de aquel género de muerte. Se hallaba en cama, solo, enfermo, y pudo pensar cómodamente en su propia defensa, sola necesidad bastante perspicaz para permitir al egoismo humano no olvidar nada. Empero el desgraciado enfermo habia empouzonado su vida con el temor; y á pesar suyo, la sospecha tiñó todas sus horas con sus tristes matices.

Sin embargo estas dos lecciones de asesinato le enseñaron una de las virtudes mas necesarias á los hombres politicos; comprendió el grande disimulo de que es preciso usar en el juego de los grandes intereses de la vida. Callar su secreto no es nada; pero callarse de autemano, pero saber olvidar un hecho por espacio de treinta años, si es preciso, á la manera de Ali Baja, para asegurar una venganza meditada durante treinta años, es un bello estudio en un pais donde hay pocos hombres que sepan disimular durante treinta dias.

Mr. de Maulincourt no vivia mas que por Mad. Julia. Estaba perpetuamente ocupado en examinar los medios que podia emplear en esta lucha no conocida para triunfar de adversarios desconocidos. Su pasion anónima á esta mujer crecia con todos estos obstáculos. Mad. Julia estaba siempre presente á sus pensamientos y á su corazon, mas atractiva entonces por sus vicios presuntos, que por las virtudes ciertas que habian hecho que fuese un ídolo para él.

El enfermo, queriendo reconocer las posiciones del enemigo, creyó poder sin peligro iniciar al viejo vidame en los secretos de su situacion. El comendador lo amaba como un padre ama á sus hijos; era fino, hábil, tenia un talento diplomático. Escuchó pues al baron, meneó la cabeza, y los dos hablaron del particular.

El buen vidame no participó de la confianza de su joven amigo, cuando Augusto le dijo que en el tiempo en que vivian, la policia y el poder estaban en disposicion de conocer todos los misterios, y que, si fuese preciso, hallaria en ellos poderosos auxiliares.

El viejo le respondió que la policia era la mas inhábil que habia en el mundo, y el poder lo mas débil en las cuestiones individuales; que ni la policia ni el poder sabian leer en el fondo de los corazones, y que todo lo que debia discretamente pedírselle era buscar las causas de un hecho, para lo que el poder y la policia eran muchas veces impropios, porque les faltaba esencialmente aquel interés personal que lo revela todo al que tiene necesidad de saberlo todo; pero que ningun poder humano podia impedir ni á un asesino, ni á un envenenador, llegar sea al corazon de un príncipe, sea al estómago de un hombre honrado.

El comendador aconsejó fuertemente al baron se fuese á Italia, de Italia á Grecia, de Grecia á Siria, de Siria á Asia, y no volver hasta haber convencido á sus enemigos de su arrepentimiento, y haber asi hecho tácitamente la paz con ellos.... si no estarse en su casa, en su alcoba, porque á todo trance, podia asi garantizarse de los tiros de Ferragus; y no salir de ella sino para destruirlo con toda seguridad. El anciano le prometió emplear toda la astucia que el cielo le habia dispensado para, sin comprometer á nadie, llevar sus observaciones hasta la casa de su enemigo, y darle buena cuenta de ello.

El comendador tenia un viejo Fígaro retirado, el mas maligno mono que ha tomado figura humana, en otro tiempo vivo como un diablo, haciendo todo de su cuerpo como un forzado, prevenido como un ladrón, fino como una mujer, pero decidido de genio, por falta de ocasiones, despues de la nueva constituta-

cion de la sociedad parisense, que echó á un lado los criados de comedia. Este Scapin jubilado era adicto á su amo como á un ser superior; pues el astuto vidame añadia cada año al salario de su antiguo preboste de galanteria una fuerte suma, lo que corroboraba la amistad natural de este con los lazos del interés, y valía al anciano una asistencia que no emplearía la querida mas amante con su amigo enfermo. De esta perla de los viejos criados de teatro, restos del siglo ultimo, ministro incorruptible, sin tener pasiones que satisfacer, fué de quien se fiaron el comendador y Mr. de Maulincour.

— El señor baron lo echaria á perder todo, dijo este gran hombre de libres, llamado á la consulta. Que el señor baron soma, beba y duerma tranquilamente..... Todo lo tuvo sobre mí.

En efecto, echo días despues de la conferencia, en el momento en que Mr. de Mauliacour, perfectamente restablecido de su indisposicion, almorcaba con su abuela y el vidame, entró Justino, para hacer su relacion. Luego, con aquella falsa modestia que afectan las personas de talento, dijo así que la viuda se fué á su habitacion:

— Ferragus no es el nombre del enemigo que persigue al señor baron. Ese hombre, ese diablo, se llama Graciano Enrique Victor Juan José Bourignard. El señor Graciano Bourignard es un antiguo fletador de buques, en otro tiempo rico, y principalmente uno de los mas lindos mozos de Paris, un Lovelace capaz de seducir á Grandisson. Aquí paran mis noticias. Ha sido simple artesano, y los compañeros del orden de los Devorantes le han elegido, en su tiempo, por jefe, bajo el nombre de Ferragus XXII. La policia deberá saber esto. Este hombre se ha mudado; no vive ya en la calle de los Viejos Agustinos, pára ahora en la calle Joquelet. Mad. Julia Desmaret va á verlo todos los días. Muy á menudo su marido, cuando va á la Bolsa, la lleva á la calle Vivienne, ó la muger lleva á su marido a la Bolsa. El vidame conoce muy bien estas cosas para exigir que le diga si el marido es el que lleva á la muger, ó la muger á su marido; pero Mad. Julia es tan linda que pondria por ella. Todo esto es muy positivo. Mi Bourignard juega á menudo; con vuestro perdón, es un farsante que ama las mugeres, y que da sus paseos como un hombre de condicion. Por lo demas, gana á menudo, se disfraza como un cómico, y pasa la vida mas original del mundo. No dudo que tenga muchos domicilios, y la mayor parte del tiempo se entrega á lo que el señor comendador llama *investigaciones parlamentarias*. Si el caballero lo desea, se puede sin embargo desbacerse de él honrosamente en atencion á sus hábitos. El viejo perillan es fino. Ultimamente dejó caer una moneda de oro en su escalera, y dijo á la portera que

no era suya. Este capitalista habla de mudarse otra vez. Ahora, el caballero vidame y el señor baron tienen alguna cosa que mandarme.....

— Justino, estoy contento de tí, replicó el vidame, no adelantes mas sin orden mia; pero ten aqui cuidado de todo, de manera que el señor baron no tenga nada que temer.

— Querido hijo mio, prosiguió el vidame, vuelve á tu vida, y olvida á Mad. Julia....

— No, no, dijo Augusto, no cederé la plaza á Graciano Bourignard, quiero tenerlo amarrado y á Mad. Julia tambien.

Por la noche, el baron Augusto de Maulincour, recientemente promovido á un grado superior en una compañía de guardias de corps, fué al baile, al Eliseo-Borbon, de la señora duquesa de Berri. Allí, ciertamente, no había ningun peligro que temer por el.

El baron de Maulincour salió de allí sin embargo á ovacuar un lance de honor, lance que era imposible arreglar. Su adversario, el marques de Ronquerolles, tenia las mas fuertes razones para quejarse de Augusto, y Augusto habia dado lugar á ello por su antigua amistad con la hermana de Mr. de Ronquerolles, la condesa de Serizy. Esta señora que no amaba la sensibilidad alemana, era muy exigente en las mas mínimas menudencias de su trage de mogigata. Por una de aquellas fatalidades inesplicables, Augusto dijo una chanza que Mad. de Serizy tomó á mal y de la cual se ofendió su hermano. La explicacion tuvo lugar en un rincon, en voz baja. Como personas de buena sociedad, no hicieran bulla.

Tan solo el dia siguiente, la sociedad del arrabal de San Honorato, del arrabal de San German, y el castillo hablaron de esta aventura, Mad. de Serizy fué defendida con calor, y se le echó toda la culpa á Maulincour. Sin embargo intervinieron personajes angustos; se les pusieron testigos de mayor distincion á Mr. de Maulincour y á Mr. de Roquerolles, y se tomaron todas las precauciones en el acto para que ninguno fuese muerto.

Cuando Augusto se halló frente á su adversario, hombre de buen genio, á quien nadie negaba sentimientos de honor, no pudo ver en él el instrumento de Ferragus, jefe de los Devorantes, pero tuvo un secreto deseo de obedecer á inesplicables presentimientos examinando al marques.

— Señores, dijo á los testigos, no me niego ciertamente á aguantar el fuego de Mr. de Ronquerolle; pero, antes, declaro que he tenido la culpa, le doy las satisfacciones que exigiera de mi, hasta públicamente si lo desea, porque cuando se trata de una muger, no podra, lo creo, deshonrar á un hombre caballero. Apelo pues á su razon y á su generosidad, de lo necio que es,

en nuestros días, batirse cuando la justicia puede sucumbir..... Mr. de Rouquerolles no admitió este modo de concluir en negocio, y entonces el barón, sospechando más, se acercó á su adversario, y le dijo:

— Pues bien señor marqués, empeñadme delante, de estos señores, vuestra palabra de caballero de no traer á este lance de honor ninguna razón de venganza, si no la de que se trata públicamente.....

— Caballero, esta pregunta no debe hacerse.....

Y Mr. de Roquerolles fué á ponerse en su puesto. Estaba convencido de antemano, que los dos adversarios se contentarían con tirar cada uno un tiro. Mr. de Rouquerolles, á pesar de la distancia determinada que parecía hacer la muerte de Mr. de Maulincour muy problemática, por no decir imposible, hizo caer al barón. La bala le atravesó afortunadamente las costillas, sin la mayor lesión, dos dedos debajo del corazón.

— Veis muy bien, caballero, dijo el oficial de guardias, que es por haber querido vengar pasiones muertas....

Mr. de Rouquerolles creyó que Augusto había muerto, y no pudo contener una sonrisa sardónica al oír estas palabras.

— De la hermana de Julio Cesar, caballero, no se debe sospechar.

— Siempre Mad. Julia.... respondió Augusto.

Empero perdió el sentido, sin poder acabar un chiste mordaz que espiró en sus labios. Aunque perdió mucha sangre, su herida no era de peligro. Despues de quince días, durante los cuales la viuda y el vidame le prodigaron una asistencia de viejos, asistencia cuyo secreto solo lo da una larga experiencia de la vida, una mañana, su abuela le dió golpes crueles. Le reveló las mortales inquietudes á que eran entregados sus largos y últimos días. Había recibido una carta firmada con una F, en la cual se le contaba muy pormenor la historia del espionaje á que se había humillado su nieto. En esta carta, se echaban en cara á Mr. de Maulincour acciones indignas de un hombre honrado. Había puesto, se decía, una vieja en la calle de Menars, en la parada de los coches de alquiler, vil espia ocupada en la apariencia en vender agua á los cocheros, pero en realidad encargada de espiar los pasos de Mad. Julia Desmaret. Había espiado al hombre mas inofensivo del mundo para penetrar todos los secretos, cuando de estos secretos dependía la vida ó la muerte de tres personas. El solo pues había querido la lucha cruel en que, herido ya tres veces, sucumría inevitablemente, porque se había jurado su muerte, y sería solicitada por todos los medios humanos. Maulincour no podía ya evi-

tar su suerte prometiendo respetar los secretos de aquellas tres personas, porque era imposible creer en la palabra de un caballero capaz de bajarse tanto como los agentes de policía para turbar, sin razón, la vida de una muger inocente y de un respectable anciano.

La carta no fué nada para Augusto en comparacion con las reconvenencias cariñosas que le hizo aguantar la baronesa de Maulincour. Faltar al respeto y á la confianza de una muger, espiarla sin tener derecho á ello! Y se debia espiar á la muger de quien se es amado? Fué un torrente de aquellas excelentes razones que no prueban nunca nada, y que pusieron, por primera vez en su vida, al jóven barón en una de las grandes coleras humanas de donde salen, donde brotan las acciones mas capitales de la vida.

— Pues este duelo es un duelo á muerte, dijo en forma de conclusión, debo matar á mi enemigo por todos los medios que puedo tener á mi disposicion.

Al punto el comendador fué á ver, de parte de Mr. de Maulincour, al jefe de la policia particular de Paris, y sin mezclar ni el nombre ni la persona de Mad. Julia en la relacion de esta aventura, aunque ella fuese su nudo secreto, le dió parte de los temores que causaba á la familia de Maulincour el personage desconocido bastante osado para jurar la pérdida de un oficial de guardias, á la faz de las leyes y de la policia. El jefe de la policia levantó con sorpresa sus gafas verdes, se sonó muchas veces las narices, ofreció tabaco al vidame, que, por dignidad, dijo que no lo gastaba, aunque tenía la nariz empadurnada. Luego el jefe tomó sus notas, y prometió que, con Videcq y sus sabuesos, daria, dentro de pocos días, buena cuenta a la familia de Maulincour de aquel enemigo, diciendo que no había misterios para la policia de Paris.

Algunos días despues, el jefe fué á ver al vidame á casa de Manlincour, y halló al jóven barón perfectamente restablecido de su última herida. Entonces, les dió, en estilo administrativo, las gracias por las indicaciones que habían tenido la bondad de darle, haciendoles saber que Bourignard era un hombre sentenciado á veinte años de trabajos públicos, pero milagrosamente escapado durante el transporte de la cadena de Bicetre á Tolon. Por espacio de trece años, la policia había infructuosamente intentado volverlo á coger, despues de haber sabido que había venido con mucha frescura á vivir en Paris, donde había evitado las pesquisas mas activas, aunque estuviese mezclado en muchas intrigas tenebrosas. En pocas palabras, este hombre, cuya vida ofrecía las mas curiosas particularidades, iba a ser ciertamente cogido en uno de sus domicilios, y entregado

a la justicia. El bureaucrata terminó su relación oficiosa diciendo á Mr. de Maulincour que si daba tanta importancia á este punto que quisiese ser testigo de la captura de Bourignard, podía ir el dia siguiente á las ocho de la mañana á la calle de Santa Fé, á una casa cuyo número le dió.

Mr. de Maulincour se dispuso de ir á buscar aquella certeza, confiando, con el santo respeto que la policía inspira en Paris, en la diligencia de la administración.

Tres días después, no habiendo leído nada en los periódicos acerca de este arresto, que debía dar materia á algún artículo curioso, Mr. de Maulincour concibió inquietudes que disipó la carta siguiente:

"Señor baron.

"Tengo el honor de anunciaros que no debeis conservar ya ningun temor tocante al asunto de que se tratá. El llamado Graciano Bourignard, por otro nombre Ferragus, ha fallecido ayer, en su domicilio, calle de Joquelet, número 7. Las sospechas que debíamos concebir acerca de su identidad han sido plenamente desvanecidas por los hechos. El médico de la prefectura de policía fué por nosotros agregado al del corregimiento, y el jefe de la policía de seguridad hizo todas las comprobaciones necesarias para tener una plena certidumbre. Por otra parte, la moralidad de los testigos que han firmado el acto de fallecimiento, y los testimonios de los que han asistido al dicho Bourignard en sus últimos momentos, entre otros los del respectable cura de la iglesia Buena-Nueva, con el cual confesó, en el tribunal de la penitencia, porque murió como cristiano, no nos han permitido conservar las menores dudas.

"Recibid, señor baron, &c."

Mr. de Maulincour, la viuda y el vidame, respiraron con un placer indecible. La buena señora abrazó á su nieto, dejando caer una lágrima, y le dejó para ir á dar gracias á Dios con una oración. La querida viuda, que hacia una novena por la salud de Augusto, creyó que Dios la había oido.

—Y bien! dijo el comendador, ahora puedes ir al baile de que me hablabas: no tengo ya objeciones que oponerte . . .

Mr. de Maulincour se dió tanta más prisa en ir á aquel baile cuanto que Mad. Julia debía hallarse en él. Esta fiesta era dada por el banquero de una corte extranjera, en la cual las dos sociedades de Paris se encontraban como en un terreno neutral. Augusto recorrió los salones sin ver á la mujer que ejercía sobre su vida una tan grande influencia. Entró en un

retrete todavía desierto, donde había mesas de juego preparadas que esperaban los jugadores, y se sentó en un diván, entregado á los pensamientos mas contradictorios acerca de Mad. Julia.

Un hombre lo cogió por el brazo, y el barón quedó pasmado al ver al pobre de la calle Coquillière, al Ferragus de Ida, al habitante de la calle de Sply, al Bourignard de Justino, al forzado de la policía, al muerto del dia anterior.

— Caballero, ni un grifo, ni una palabra, le dijo Bourignard, cuya voz reconoció, pero que ciertamente hubiera parecido desfigurado á otro cualquiera. Estaba vestido elegantemente, llevaba las insignias de la orden de Toison de Oro, y una placa en su frac.

— Caballero, prosiguió con una voz que silbaba como la de una hiena, autorizais todas mis tentativas poniendo de vuestra parte la policía. Pereceréis, caballero. Amais á Mad. Julia? Sois amado de ella? con que derecho quereis turbar su reposo, desuigrar su virtud? . . .

Entró una persona, y Ferragus se levantó para irse.

— Conoceis á este hombre? preguntó Mr. de Maulincour, cogiendo á Ferragus por el pescuezo, pero este se desasió distramente, y agarrando á Mr. de Maulincour por los cabellos, le zamarreó como por burla varias veces la cabeza:

— Es pues absolutamente preciso plomo para hacerlo sabio! dijo él.

— No personalmente, caballero, respondió el testigo de esta escena, pero sé que el caballero es Mr. de Funcal, portugués muy rico.

Mr. de Funcal había desaparecido. El se puso en su busca sin poder hallarlo, y, cuando llegó debajo del pórtico, vió, en un brillante carro, á Ferragus, que se sonreía burlonamente mirandole, y partía muy de prisa.

— Caballero, por favor, dijo Augusto cuando volvió al retrete, donde vive Mr. de Funcal? . . .

— Lo ignoro, pero aquí os lo dirán sin duda.

El baron, habiendo preguntado al dueño de la casa, supo que el conde de Funcal vivía en la embajada de Portugal.

Entonces, en el momento en que creía sentir aun los dedos helados de Ferragus en sus cabellos, vió a Mad. Julia en todo el brillo de su belleza, colorada, graciosa, natural, resplandeciente con aquella santidad femenil de que se había enamorado. Esta criatura, infernal para él, no excitaba ya en su corazón mas que odio, y este odio rebozó cruel, terrible en sus miradas. Acechó el momento de hablarle sin ser oido de nadie, y le dijo:

— Señora, vuestros matones me han errado ya tres veces.

— Que quereis decir, caballero? respondió ella poniendose encarnada. Sé que os han acontecido muchos accidentes pesados, en los cuales he tomado mucha parte; pero como puedo yo estar en ellos para alguna cosa?

— Sabéis que hay matones dirigidos contra mi por el hombre de la calle de Soly!

— Caballero!....

— Señora, al presente no seré solo en pediros cuenta, no de mi dicha, sino de mi sangre.....

En este momento se arrimó Mr. Julio Desmarests.

— Que decís á mi muger, caballero?

— Venid á informaros á mi casa, si lo deseais, caballero

Y Maulincour se fué, dejando á Mad. Julia pálida y casi desmayada.



Quien no ha admirado su apariencia de superioridad en el momento en que tiemblan por los misteriosos tesoros del amor? Quien no ha estudiado su soltura, su facilidad, su tranquilidad de

III.

LA MUGER ACUSADA.

Hay pocas mugeres que no se hayan encontrado, una vez en su vida, respecto á un hecho incontestable, delante de una interrogacion precisa, aguda, cortante; una de aquellas cuestiones cruelmente hechas por sus maridos; y cuya sola aprension da un leve frio, cuya primer palabra entra en el corazon como entraria el agudo acero de un puñal. De aquel axioma: *No hay muger que no haya mentido.* Mentira oficiosa, mentira venial, mentira sublime, mentira horrible; pero mentira; pero obligacion de mentir. Despues, admitida esta obligacion, no es menester mentir bien? Asi las mugeres mienten admirablemente en Francia. Nuestras costumbres les enseñan perfectamente la impostura! En fin la muger es tan sencillamente indiscreta, tan linda, tan graciosa, tan veraz en la mentira; reconoce tan bien la utilidad de ella para evitar, en la vida social, los choques violentos á que no resistiria la felicidad, que les es necesaria como el algodon donde meten sus perlas. La mentira llega á ser para ellas el fondo del idioma, y la verdad una excepcion; la dicen, cuando son virtuosas, por capricho ó por especulacion. Luego, segun su caracter, ciertas mugeres se ríen cuando mienten; unas lloran; otras se ponen graves; algunas se irritan. Despues de haber comenzado en la vida por sentir insensibilidad á los homenajes que mas les lisongean, concluyen muchas veces por mentirse á si mismas.

Quien no ha admirado su apariencia de superioridad en el momento en que tiemblan por los misteriosos tesoros del amor? Quien no ha estudiado su soltura, su facilidad, su tranquilidad de

Ánimo en los grandes apuros de la vida? Entonces, en ellas, nada prestado, el embuste corre como la nieve cae del cielo. Despues, con que arte descubren lo verdad en otros! Con que finura emplean la lógica, á propósito de la cuestión apasionada que las entrega siempre algun secreto de corazon en un hombre bastante ingenuo para proceder con ellas con interrogacion? Preguntar á una muger no es entregarse á ella? No sabrá ella todo lo que quiere ocultar? y no sabrá callar hablando? Y algunos hombres tienen la pretension de lucir con la muger de Paris! con una muger que sabe guardarse de las puñaladas diciendo:

Que es lo que os he hecho? Por que quereis saberlo? Ah! que celoso sois! Y si no quisiera responderos?

Finalmente con una muger que posee ciento treinta y siete mil maneras de decir NO, e inconcebibles variaciones para decir SI! El tratado del no y del sí no es una de las mas hermosas obras diplomáticas, filosóficas, logográficas y morales que nos quedan que hacer? Empero, para completar esta obra dia bóbica, no sería menester un genio androgeno? así nunca se intentará. Luego, de todas las obras inéditas no es la mas conocida, la mejor practicada por las mugeres? Habeis nuna estudiado la marcha, el asiento, la *de involtura* de una mentira? Examinad!

Mad. Desmarests estaba sentada en la derecha de su coche, y su marido á la izquierda. Habiendo sabido reponerse de su emoción, al salir del baile, Mad. Julia afectaba una tranquila serenidad. Su marido no le había dicho nada, y nada le decía aun. Julio miraba por la puertecilla las negras paredes de las casas silenciosas por donde pasaba; pero de repente, como impulsado por un pensamiento determinante, al volver una esquina, examinó á su muger que parecía tener frio, no obstante el capote forrado de pieles que tenía puesto. La encontró como penitiva. De todas las cosas que se comunican, la reflexion y la gravedad son las mas contagiosas.

—Que es lo que ha podido decirte Mr. de Maulincour para afectarte tan vivamente? preguntó Julio. Y que es lo que quiere que vaya yo á saber á su casa?

—No podrá decirte en su casa mas de lo que yo te diga ahora, respondió ella.

Despues, con aquella sutileza femenil que deshonra siempre un poco á la virtud. Mad. Julia esperó otra pregunta.

El marido volvió á mirar hacia las casas y continuó sus estudios sobre las pueras cocheras. Una interrogacion mas no era una sospecha, una desconfianza? Sospechar de una muger es un crimen en a sor. Julio había ya muerto á un hombre sin haber dudado de su muger.

Clemencia no sabía todo lo que había de pasion verdadera,

de reflexiones profundas en el silencio de su marido, como Julio ignoraba el drama terrible que oprimia el corazon de su Clemencia. Y el coche seguia andando en Paris silencioso, llevando dos esposos, dos amantes que se idolatraban, y que suavemente apoyados, reunidos en los cojines de seda, estaban no obstante separados por un abismo. En estos elegantes coches que vuelven del baile, entre doce y dos de la noche, que de escenas raras no pasan, en particular en los cupés cuyas interiores alumbran la calle y el coche; aquellos cuyos cristales están claros; en fin los cupés del amor legitimo, donde las parejas pueden reñir sin ser vistos por los transeuntes, porque el estado civil da el derecho de regañar, de pegar, de abrazar á una muger en coche y fuera, en todas partes. Tambien cuantos se critos no se revelan á los peones nocturnos, á los jóvenes que van al baile en coche, pero obligados, por cualquier causa que sea, á irse á pie.

Esta era la primera vez que Julio y Clemencia se hallaban así cada uno en su lado. El marido se arrimaba ordinariamente á su muger.

—Hace mucho frio..., dijo Mad. Julia.

Pero el marido no oyó, estudiaba todas las muestras negras que había encima de las tiendas.

—Clemencia, dijo en fin, perdoname la pregunta que voy á dirigirte.

Y se acercó, la cogió por el cuerpo y la arrimó á sí.

—Dios mio, ya estamos en ello!... pensó la pobre muger.

—Y bien! repuso ella adelantándose á la pregunta,quieres saber lo que me decia Mr. de Maulincour? Te lo diré, Julio; pero no será sin terror. Podemos tener secreto uno para otro? Te veo luchando hace mas de un momento entre la conciencia de nuestro amor y temores vagos: nuestra conciencia no es clara, y tus sospechas no te parecen muy tenebrosas? Por qué no permanecer en la claridad que agrada? Cuando te lo hubiere contado todo, desistirás de saber mas; y sin embargo no sé yo misma lo que ocultan las extrañas palabras de ese hombre. Pues bien! entonces quizá habrá entre yosotros dos algún lance fatal. Mejor querria que olvidasemos los dos este mal momento. Pero, en todo caso, júrame esperar que esta singular aventura se esplique naturalmente. Mr. de Maulincour me ha declarado que los tres accidentes de que tu me has hablado: la piedra que cayó sobre su criado, su caida del birlocho, y su duelo atento á Mad. de Serizy, eran efecto de una conjuracion que yo había tramado contra él. Despues me amenazó con explicarte el interes que me movia á asesinarle. Comprendes alguna cosa de todo esto? Mi turbacion procedió de la impresion que me causó la vista de su cara marcada de locura, sus ojos hoscos y sus

palabras violentamente cortadas por una agitacion interior. Creí que estaba loco. Esto es todo. Ahora no seria muger si no hubiese advertido que, de un año á esta parte, he sido, como se dice, la pasion de Mr. de Maulinconr. Nunca me ha visto mas que en el baile, y sus conversaciones eran insignificantes, como todas las que se tienen en el baile. Quizá quiere desunirnos para encontrarme un dia sola y sin defensa! Lo ves bien? Ya tus cejas se frunceen! Oh! aborrezco cordialmente al mundo. Somos tan felices sin él, por qué irlo á buscar? Julio, te lo suplico, prometeme olydar todo esto. Mañana, sabremos sin duda que Mr. de Maulineour se ha vuelto loco.

—Qué cosa tan singular!... dijo Julio para sí al bajar del coche en el peristilo de su escalera.

Dio los brazos á su muger, y subieron á sus habitaciones.

Para desenvolver esta historia en toda la verdad de sus por menores, para seguir su curso en todas sus vueltas y revueltas, es menester divulgar aqui algunos secretos del amor, introducirse debajo del artesonado de una alcoba, no descaradamente, sino á la manera del Trilby de Carlos Nodier, no espantar ni á Dougal, ni á Jeannie, no ahuyentar á nadie, ser tan casto como quiere serlo nuestra noble lengua francesa, tan atreyido como ha sido el pincel de Dafne y Chloe: problema dificil para quien nunca ha manejado la brocha, para quien conoce poco la lengua francesa.

La alcoba de Mad. Julia era un lugar sagrado. Ella, su marido, la criada podian solo entrar en ella. La opulencia tiene bellos privilegios, y los mas enviables son los que permiten desarrollar los sentimientos en toda su estension; fecundarlos con el cumplimiento de sus mil caprichos; rodearlos del brillo que los engrandece, del esmero que los purifica, de las delicadezas que los hacen mas atractivos.

Si aborreceis las comidas sobre la yerba y los convites mal servidos; si experimentais un gran placer en ver un mantel adamascado deslumbrante en blancura, un servicio de plata sobredorada, porcelana de una claridad esquisita, una mesa guarnecida de oro, rica en cinceladuras, alumbrada por diales bugia; luego, debajo de globos de plata blasonados, los milagros de la cocina mas escogida; entonces, para ser conseciente, debeis dejar la guardilla en lo alto de las casas, las mozuelas en las calles; abandonar las guardillas, las mozuelas, las paraguas, los zuecos articulados á las gentes que pagan su comida con papel; despues, debeis comprender el amor como un principio que no se desarrolla en toda su gracia sino sobre las alfombras de la Savonnerie, bajo la luz del ópolo de una lámpara de marmol, entre paredes calladas y cubiertas de seda, delante de un hogar dorado, en una habitacion libre

del ruido de los vecinos, de la calle, de todo, por las persianas, por los postigos, por las ondeantes cortinas. Os hacen falta espejos en los cuales las formas jueguetean, y que repiten hasta lo infinito á la muger que se quisiera multiplique, y que el amor multiplica muchas veces; luego divanes muy bajos; despues una cama que, semejante á un secreto, se deja descubrir sin ser mostrada; despues, en esta habitacion con el piso alto, pieles para los pies desnudos, bugaís debajo de fanales en medio de museliñas, para leer á toda hora de la noche; y las flores que no trastornen la cabeza, y las telas con que se hubiera contenido Ana de Austria

Mad. Julia habia realizado este delicioso programa. Como muger de gusto podia hacer mucho, aunque, sin embargo, haya en el arreglo de estas cosas un sello de personalidad que da á un adorno, á una friolera, un carácter inimitable. Hoy, mas que nunca, reina el fanatismo de la individualidad. Mientras mas tienden las leyes á una imposible igualdad, mas nos separamos de ella por las costumbres. Tambien las persianas ricas comienzan, en Francia, á hacerse mas exclusivas en sus gustos y en las cosas que les pertenecen, que lo han sido de treinta años á esta parte.

Mad. Julia sabia á que le obligaba este programa, y habia puesto en su casa todo en armonia con un lujo que pegaba tan bien al amor. Porque los *mil y quinientos francos y mi Sofia*, ó la pasion en la choza, son palabras de hambrientos á quienes el pan bazo basta en un principio, pero que, llegando a entonarse si aman realmente, concluyen por echar menos las riquezas de la gastronomia. El amor tiene horror al trabajo y á la miseria. Mejor quiere morir que vivir con estrechez.

La mayor parte de las mugeres, al volver del baile, impacientes por acostarse tiran, á un lado los trages, sus flores, los rabilletes, cuyo olor se ha marchitado; dejan sus zapatos debajo de un sillón, andan con chinelas; se quitan los peinados, deshacen sus trenzas sin cuidado alguno. Poco les importa que sus maridos vean los broches, los alfileres dobles, los bucles artificiales que sostienen los elegantes edificios del peinado ó del prendido. Entonces nada de misterios, todo cae delante del marido; nada de disimulo para el marido; el corsé, la mayor parte del tiempo, corsé lleno de precauciones, queda allí, si á la doncella medio dormida se le olvida recogerlo. En fin los ahuecadores de ballena, las escotaduras de tafetan engomado, los trapos engañadores, los cabellos vendidos por el peluquero, toda la falsa muger está allí dispersa. *Disjecta membra poetae*, la poesia artificial tan admirada por aquellos para quienes habia sido concebida, elaborada, ocupa los rincones. Entonces, al amor de un marido que bosteza, se presenta una verdadera mu-

ger que bostezas, que viene en un desorden sin elegancia, cubierta la cabeza con un gorro ajado, el del dia anterior, el de mañana.

—Porque, ademas, caballero, si quereis un lindo gorro para echarlo á perder todas las noches, aumentad mi pension.

Y esta es la vida tal como es. Una muger es siempre vieja y desagradable á su marido, pero siempre rozagante, primorosa y compuesta para otros, para el rival de todos los maridos, para el mundo que calumnia ó despedaza á todas las mugeres.

Inspirada por un amor verdadero, porque el amor tiene, como todos los demas seres, el instinto de su conservacion, Mad. Julia obraba enteramente de otra manera, y hallaba, en los constantes beneficios de su felicidad, la fuerza necesaria para cumplir estos deberes minuciosos de que es preciso no dispensarse nunca, porque perpetuan el amor. Estos cuidados, estos deberes, no proceden por otra parte de una dignidad personal que sienta á las mil maravillas? No son estas lisonjas? Mad. Julia, pues, habia prohibido á su marido la entrada del gabinete donde dejaba su adorno de baile, y no salia de él sin estar vestida para la noche, graciosamente adornada para las misteriosas fiestas de su corazon.

Yendo á esta alcoba, siempre elegante y graciosa, Julio veia alli una muger coquetamente envuelta en un elegante peinador, los cabellos sencillamente recogidos en gruesas trenzas sobre la cabeza, porque, no temiendo el desorden, no le robaba al amor ni la vista, ni el tacto; una muger siempre mas sencilla, mas bella entonces que lo era para el mundo; una muger que se habia reanimado en el agua, y todo cuyo artificio consistia en estar mas blanca que sus muselinas, mas fresca que el perfume mas fresco, mas seductora que la mas hábil cortesana, en fin siempre cariñosa, y por tanto, siempre amada.

Esta admirable inteligencia del oficio de muger fué el gran secreto de la emperatriz Josefina para agradar á Napoleón, como lo habia sido en otro tiempo el de Cesonia para Cayo Caligula, el de Diana de Poitiers para Enrique II. Empero si fué largamente productivo para las mugeres que contaban siete ócho lustros, que arman en las manos de las jóvenes! Entonces un marido sufre con delicias todas las felicidades de su fidelidad.

Luego, volviendo a su casa despues de aquella conversacion, que le habia helado de espanto, y que todavia le causaba las mas vivas inquietudes, Mad. Julia puso un esmero particular en su adorno nocturno. Quiso ponerse y se puso atractiva. Confiada en sus ventajas, fué de puntillas, puso sus manos sobre

los ojos de Julio, que estaba pensativo, el codo apoyado sobre la chimenea, y un pie en el guardafuego; luego le dijo al oido:

—En qué pensais?

—En ti, respondió él.

—En mí sola?

—Sí....

—Oh! vaya un sí bien arriesgado.

En seguida se acostaron.

Antes de dormirse, dijo Mad. Julia para si:

—Indubitablemente Mr. de Maulincourt será la causa de alguna desgracia!.... Julio está preocupado, distraido, y oculta pensamientos que no me dice.....

Serian las tres de la madrugada cuando Mad. Julia despertó con un presentimiento que le había tocado al corazon durante su sueño. Tuvo una percepcion a la vez fisica y moral de la ausencia de su marido.

Ademas una voz le había dicho:—Julio padecerá, Julio llorará.....

Volvió la cabeza, se sentó, halló frio el sitio de su marido, y lo vió sentado delante de la chimenea, los pies sobre el guardafuego, la cabeza apoyada en el espaldar de un gran sillón. Sus mejillas estaban llenas de lágrimas.

Se bajó Julia vivamente de la cama, y de un brinco se puso junto á su marido.

—Julio, que tienes?.... estás malo?.... habla!.... di!.... dimelo.....

En un momento le dirigió cien palabras que expresaban el cariño mas profundo. Julio se echó á los pies de su muger, le besó las manos, y le respondió derramando nuevas lágrimas.

—Querida Clemencia, soy muy desgraciado!.... No es amar sino desconfiar de su amiga, y tu eres mi amiga: te adoro teniendo sospechas de ti.... Las palabras que aquel hombre me dijo esta noche me han tocado al corazon; han quedado á pesar mio para desconcertarlo. Hay en ellas oculto algun misterio. En fin, me sonrojo de ello, tus explicaciones no me han satisfecho. Mirazon me da luces que mi amor me hace repeler.. Es un combate horroroso. Podia yo estar allí, junto á a tí, al lado de tu cabeza y sospechando pensamientos que me serian desconocidos?

—Oh! te creo! te creo! le gritó él vivamente viéndola sonreir con tristeza, y abrir la boca para hablar. No me digas nada, no me reconvengas! La menor palabra tuya me mataría. Por otra parte podrás decirme una sola cosa que no me haya yo dicho desde las tres? Si, desde las tres, estoy aquí, mirándote dor-

mir, tan tranquila, tan hermosa! Oh! si, siempre me has dicho todos tus pensamientos, no es así? Estoy solo en tu alma?... Contemplandote, clavado mis ojos en los tuyos, lo veo todo en ellos perfectamente. Tu vida es siempre tan pura como clara tu mirada. No, no hay secreto detrás de un ojo tan transparente.

Se levantó y le dió un beso en los ojos.

—Déjame que te manifieste que hace cinco años que lo que cada dia acrecienta mi felicidad, es saber que no tienes ninguno de los afectos naturales que disminuyen un poco el amor. No tienes hermana, ni padre, ni madre, ni compañera, y yo no he estado ni encima, ni debajo de nadie, en tu corazón; lo he ocupado yo solo. Clemencia, repíteme todas la delicias del alma que tan a menudo me has dicho, consuelame, soy desgraciado. Tengo ciertamente una sospecha odiosa que echarme en cara, y tú no tienes nada en el corazón que te atormente! Querida mía, di, podria yo estar así a tu lado? Como habian de estar sobre la misma almohada dos cabezas cuando una de ellas padece y la otra está tranquila?....

—En qué piensas pues?.... gritó repentinamente viendo á Clemencia cogitabunda, cortada, y que no podía contener las lágrimas.

—Pienso en mi madre!.... respondió ella con tono grave. Tú no conoces, Julio, el dolor de una muger obligada á acordarse de las despedidas moribundas de su madre, oyendo tu voz, la mas dulce de las músicas, y pensar en la solemne presión de sus manos heladas al sentir las caricias de las tuyas en un momento en que me colmas de testimonios de tu delicioso amor.

Levantó á su marido, lo abrazó con una fuerza nerviosa, superior á la de un hombre, le compuso el pelo, y lo cubrió de lágrimas.

—Ah! quisiera ser picada viva por tí! dime que te hago feliz, que soy para tí, la mas bella de las mugeres, que soy mil mugeres para tí!... Eres amado como no lo será nunca hombre alguno... No sé lo que quieren decir las palabras *deber* y *virtud*; te amo por tí, soy feliz en amarte, y te amaré siempre, hasta mi ultimo aliento. Estoy algo orgullosa con mi amor; me creo destinada á no experimentar mas que un sentimiento en mi vida. Lo que voy á decirte es horroroso, quizá, estoy contenta con no tener hijos, y no los deseo. Me siento mas esposa que madre. Y bien! tienes algun temor? Escuchame, amor mio, promete olvidar, no aquella hora de afecto y de dudas, sino las palabras de ese loco Julio, lo exijo; prométeteme no verle, ni ir á su casa. Estoy convencida que si das un paso mas en este laberinto, rodarémos á un abismo, ó pereceré, pero con tu nombre en los labios, y tu corazón en el mio. Por qué me colocas tan elevada en tu corazón, y tan baja en reali-

lidad? Quel tú que das crédito á tantas personas con tus bienes, no me haras limosna de una sospecha, y por la primera vez en tu vida en que puedes probarme una fe sin límites, me destronarás de tu corazón! Entre un fatuo y yo, crees á aquel. Oh! Julio!.....

Se paró, se recogió los cabellos que le caían sobre la cara y cuello; luego con un acento que traspasaba el corazón, añadió:

—He dicho demasiado, una palabra debia ser suficiente. Si tu alma y tu frente conservan alguna nube, por leve que pueda ser, sábelo.... moriré!....

—Oh! mataré á ese hombre!.... dijo Julio para sí cogiendo á su muger y llevándola á su cama.

—Durmamos en paz, ángel mio, repuso, lo he olvidado todo, te lo juro....

Clemencia se durmió con esta dulce palabra, mas dulcemente repetida. Luego, Julio, mirándola dormida, se dijo á sí mismo:

—Tiene razon, cuando el amor es tan puro, una sospecha lo empañia. Para esta alma tan cándida, para esta flor tan delicada, una mancha, sí, esto debe ser la muerte.

Cuando entre dos seres que se quieren uno á otro, y cuya vida se cambia á todo momento, cae de repente un nublado; aunque se disipe, deja en las almas algunos rastros de su paso. Entonces, ó el cariño se aviva mas, así como la tierra se embellece despues de la lluvia, ó el sentimiento resuena todavía, como el trueno lejano en un cielo puro: es imposible volverse á hallar en la vida anterior, y es menester que el amor crezca ó disminuya.

En el almuerzo, Mr. Julio y su esposa tuvieron el uno con el otro atenciones un poco afectadas. Las miradas abundaba de una alegría casi forzada, y parecía que eran el esfuerzo de personas solícitas en engañarse á si mismas. Julio tenía dudas involuntarias, y su muger, temores ciertos. No obstante, seguros uno de otro habían dormido. Este estado de mortificación era efecto de una falta de felicidad, el recuerdo de su escena nocturna? Ellos mismos no lo sabian. Empero se habían amado, se amaban muy puramente para que la impresión, á la vez cruel y benéfica, de aquella noche no dejase algunos rastros en sus almas; entonces, deseosos los dos de hacerlos desaparecer, y queriendo ser ambos el primero, no podían abstenerse de pensar en la causa primitiva de su primera desavenencia.

Para las almas amantes, estas no son desazones; la pena está aun muy lejana; es una especie de duelo difícil de pintar. Si hay relaciones entre los colores y las agitaciones del alma,

mir, tan tranquila, tan hermosa! Oh! si, siempre me has dicho todos tus pensamientos, no es así? Estoy solo en tu alma?... Contemplandote, clavado mis ojos en los tuyos, lo veo todo en ellos perfectamente. Tu vida es siempre tan pura como clara tu mirada. No, no hay secreto detrás de un ojo tan transparente.

Se levantó y le dió un beso en los ojos.

—Déjame que te manifieste que hace cinco años que lo que cada día acrecienta mi felicidad, es saber que no tienes ninguno de los afectos naturales que disminuyen un poco el amor. No tienes hermana, ni padre, ni madre, ni compañera, y yo no he estado ni encima, ni debajo de nadie, en tu corazón; lo he ocupado yo solo. Clemencia, repíteme todas la delicias del alma que tan a menudo me has dicho, consuelame, soy desgraciado. Tengo ciertamente una sospecha odiosa que echarme en cara, y tú no tienes nada en el corazón que te atormente! Querida mía, di, podría yo estar así á tu lado? Como habían de estar sobre la misma almohada dos cabezas cuando una de ellas padece y la otra está tranquila?....

—En qué piensas pues?.... gritó repentinamente viendo á Clemencia cogitabunda, cortada, y que no podía contener las lágrimas.

—Pienso en mi madre!.... respondió ella con tono grave. Tú no conoces, Julio, el dolor de una muger obligada á acordarse de las despédidas moribundas de su madre, oyendo tu voz, la más dulce de las músicas, y pensar en la solemne presión de sus manos heladas al sentir las caricias de las tuyas en un momento en que me colmas de testimonios de tu delicioso amor.

Levantó á su marido, lo abrazó con una fuerza nerviosa, superior á la de un hombre, le compuso el pelo, y lo cubrió de lágrimas.

—Ah! quisiera ser picada viva por tí! dime que te hago feliz, que soy para tí, la mas bella de las mugeres, que soy mil mugeres para tí!... Eres amado como no lo será nunca hombre alguno... No sé lo que quieren decir las palabras *deber* y *virtud*; te amo por tí, soy feliz en amarte, y te amaré siempre, hasta mi último aliento. Estoy algo orgullosa con mi amor; me creo destinada á no experimentar mas que un sentimiento en mi vida. Lo que voy á decirte es horroroso, quizá, estoy contenta con no tener hijos, y no los deseo. Me siento mas esposa que madre. Y bien! tienes algún temor? Escuchame, amor mio, promete olvidar, no aquella hora de afecto y de dudas, sino las palabras de ese loco Julio, lo exijo: prométeme no verle, ni ir á su casa. Estoy convencida que si das un paso mas en este laberinto, rodarémos á un abismo, ó pereceré, pero con tu nombre en los labios, y tu corazón en el mio. Por qué me colocas tan elevada en tu corazón, y tan baja en reali-

lidad? Que tú que das crédito á tantas personas con tus bienes, no me haras limosna de una sospecha, y por la primera vez en tu vida en que puedes probarme una fe sin límites, me destronarás de tu corazón! Entre un fatuo y yo, crees á aquel. Oh! Julio!.....

Se paró, se recogió los cabellos que le caían sobre la cara y cuello; luego con un acento que traspasaba el corazón, añadió:

—He dicho demasiado, una palabra debia ser suficiente. Si tu alma y tu frente conservan alguna nube, por leve que pueda ser, sábelo.... moriré!....

—Oh! mataré á ese hombré!.... dijo Julio para sí cogiendo á su muger y llevándola á su cama.

—Durmamos en paz, ángel mio, repuso, lo he olvidado todo, te lo juro....

Clemencia se durmió con esta dulce palabra, mas dulcemente repetida. Luego, Julio, mirándola dormida, se dijo á sí mismo:

—Tiene razon, cuando el amor es tan puro, una sospecha lo empañia. Para esta alma tan candida, para esta flor tan delicada, una mancha, si, esto debe ser la muerte.

Cuando entre dos seres que se quieren uno á otro, y cuya vida se cambia á todo momento, cae de repente un nublado; aunque se disipe, deja en las almas algunos rastros de su paso. Entonces, ó el cariño se aviva mas, así como la tierra se embellece despues de la lluvia, ó el resentimiento resuena todavía, como el trueno lejano en un cielo puro: es imposible volverse á hallar en la vida anterior, y es menester que el amor crezca ó disminuya.

En el almuerzo, Mr. Julio y su esposa tuvieron el uno con el otro atenciones un poco afectadas. Las miradas abundaba de una alegría casi forzada, y parecía que eran el esfuerzo de personas solícitas en engañarse á sí mismas. Julio tenía dudas involuntarias, y su muger, temores ciertos. No obstante, seguros uno de otro habían dormido. Este estado de mortificación era efecto de una falta de felicidad, el recuerdo de su escena nocturna? Ellos mismos no lo sabian. Empero se habían amado, se amaban muy puramente para que la impresion, á la vez cruel y benéfica, de aquella noche no dejase algunos rastros en sus almas; entonces, deseosos los dos de hacerlos desaparecer, y queriendo ser ambos el primero, no podían abstenerse de pensar en la causa primitiva de su primera desavenencia.

Para las almas amantes, estas no son desazones; la pena está aun muy lejana; es una especie de duelo difícil de pintar. Si hay relaciones entre los colores y las agitaciones del alma,

sí, como dijo el ciego de Locké, la grana debe producir en la vista los efectos producidos en el oido por una clarinada, puede permitirse comparar con las tintas oscuras esta melancolía de rechazo. Pero el amor entristecido u que queda un sentimiento verdadero de su felicidad momentáneamente, da placeres que, apagados á la pena y á la alegría, son enteramente nuevos. Julio observaba la voz de su muger, espiaba sus miradas con el sentimiento nuevo que lo animaba en los primeros momentos de su pasión respecto á ella. Entonces los recuerdos de ciaco años muy felices, la hermosura de Clemencia, la sencillez de su amor, borraron prontamente los últimos vértigos de un dolor intolerable.

Este dia era un Domingo, en que no había Bolsa, ni negocios, y así los dos esposos pasaron el dia juntos, introduciéndose uno en el corazón del otro mas que nunca, como sucede á dos niños que, en un momento de miedo, se aprietan, se estrechan y se agarran, uniéndose así por instinto. Hay en la vida días como estos completamente felices, debidos al acaso, y que no se reatan ni al dia anterior ni al siguiente, flores efímeras. Julio y Clemencia gozaron de él deliciosamente, como si hubiesen presentido que era el último dia de su vida amorosa.

Que nombre dará este poder desconocido que hace acelerar los pasos de los viageros sin que la tempestad se baya aun manifestado; que hace resplandecer con vida y belleza al moribundo algunos días antes de su muerte, y le inspira los más risueños proyectos; que aconseja al sabio apagar su velón nocturno en el momento en que le alumbrá perfectamente; que hace temer á una madre la mirada demasiado profundo lanzada á su hijo por un hombre perspicaz?.... Todos sufrimos esta influencia, tanto en las pequeñas como en las grandes catástrofes de nuestra vida, y todavía no la hemos nombrado ni estudiado; es más que presentimiento y no es visión.

Todo estuvo bien hasta el dia siguiente.

El Lunes, Julio Desmorets, obligado á estar en la Bolsa á la hora acostumbrada, no salió sin ir, según su costumbre, á preguntar á su muger si quería aprovecharse de su coche.

—No, dijo ella, hace muy mal tiempo para pasearse.

En efecto, dilaviaba.

Eran cerca de las dos y media cuando Mr. Desmorets fué á la tesorería.

A las cuatro, al salir de la Bolsa, se encontró de manos á boca con Mr. de Maulincour que lo esperaba allí con la pertinacia que produce el odio y la venganza.

—Caballero, tengo noticias importantes que comunicaros, dijo el oficial agarrando al agente de cambios por el brazo. Escuchad, soy un hombre demasiado honrado para recurrir a car-

tas anónimas qué turbarían vuestro reposo, he preferido hablaros. En fin, creed que si no se tratase de mi vida, no me mezclaría, ciertamente, de ninguna manera en los asuntos de una familia, aun cuando pudiese creerme con derecho á ello.

—Si lo que tenéis que decirme concierne á Mad. Desmorets, respondió Julio, os suplicaré, caballero, que os calleis.

—Si callo, caballero, podiais ver antes de poco á Mad. Julia en los bancos del tribunal de Asisias, al lado de un forzado! debo callar ahora?....

Julio perdió el color, pero su bella cara recuperó protamente una calma falsa; y llevando al oficial debajo de uno de los cobertizos de la Bolsa provisional donde se hallaban entonces, le dijo con una voz que ocultaba una profunda commoción interior;

—Caballero, os escucharé; pero habrá entre nosotros un duelo á muerte, si.....

—Oh! consiento en ello! exclamó Mr. de Maulincour, porque os profeso la mayor estimación. Hablais de muerte, caballero? ignorais sin duda que vuestra muger me hizo quizá envenenar el Sabado por la noche; porque desde antes de ayer, pasa en mi alma alguna cosa extraordinaria; mis cabellos me desitan interiormente, por medio del cráneo, y la fiebre, y una languidez mortal; luego, sé que me tocó los cabellos en el baile.

Entonces Mr. de Maulincour contó, sin ocultar un solo hecho, su amor platónico á Mad. Julia, y los pormenores de la aventura contenida en los dos primeros capítulos de esta historia.

Todo el mundo lo hubiera escuchado con tanta atención como el corredor de cambios; pero el marido de Julia tenía derecho para admirarse mas de ello que ningún otro. Allí se descubrió su carácter; fué mayor su sorpresa que su abatimiento. Hecho juez, y juez de una muger adorada, halló en su alma la rectitud de juez, así como tomó la inflexibilidad. Amante todavía, pensó menos en su vida destrozada que en aquella muger; escuchó, no su propio dolor, sino la voz lejana que le gritaba:

Clemencia no sabe mentir! Por qué te había de engañar?

—Caballero, dijo el oficial de guardias concluyendo, cierto de haber reconocido, el Sábado en la noche, en Mr. de Fancal, el Ferragus que la policía creía muerto, he hecho luego que le siga los pasos un hombre inteligente. Al volver á mi casa, me acordé, por un feliz acaso, del nombre de Mad. Meynardie, citada en la carta de Ida, la querida presunta de mi perseguidor; y, provisto de esta sola noticia, mi emissario me dará prontamente cuenta de esta espantosa aventura, porque es mas hábil en descubrir la verdad que la misma policía.

—Caballero, respondió el corredor de cambios, no sé como daros las gracias por esta confianza. Me anunciais pruebas, testigos, los esperaré. Seguiré animosamente la verdad en este raro asunto, pero me permitireis que dude hasta que la evidencia de los hechos me se pruebe. En todo caso, tendré satisfaccion, porque debeis comprender la necesitamos.

—Mr. Julio volvió á su casa.

—Que teneis, Julio? le dijo su muger, estas tan pálido que causa miedo!

—El tiempo está frio, dijo él paseandose pausadamente en la habitacion donde todo respiraba felicidad y amor, habitacion tan sosegada, donde se preparaba una tempestad mortal.

—No has salido hoy?.... repuso él maquinalmente en apariencia, pero impelido sin duda á haeer esta pregunta por el ultimo de los mil pensamientos que se habian secretamente enroillado en una meditacion lucida, aunque precipitadamente activada por los celos.

—No, respondió ella con falso acento de candor.

En este momento Julio notó en el gabinete que servia de tocador á su muger algunas gotas de agua sobre el sombrero de terciopelo que se ponía por la mañana. Mr. Julio era hombre violento pero tambien lleno de delicadeza, y le repugnó abochornar á su muger desmintiendola: en semejante situacion, todo debe concluirse en la vida entre ciertos seres. No obstante, estas gotas de agua fueron como una luz que le despedazó los sesos. Salió de su habitacion, bajó la escalera, y dijo á su conserje, despues de haberse asegurado que estaba solo:

—Fouquereau, cien escudos de renta si dices la verdad, despedido si me engañas, y nada si, habiendo dicho la verdad, hablas de mi pregunta y de tu respuesta.

Se detuvo para ver bien á su conserje que trajo á la luz de la ventana y prosiguió:

—La señora ha salido esta mañana?

—La señora ha salido á las tres menos cuarto, y creo haberla visto volver hace media hora.

—Es eso verdad, bajo tu honor?

—Sí, señor.

—Tendras la renta que te he prometido; y si hablas, acuerdate de mi promesa; entonces lo perderas todo.

Volvió Julio á la habitacion de su muger.

—Clemencia, le dijo, necesito poner un poco de orden en mis cuentas caseras, yo te ofendas pues de lo que voy á preguntarte. No te he entregado cuarenta mil francos desde principios del año?

—Mas, dijo ella. Cuarenta y siete.

Y te aordrarás como los ha empleado?

—Sí, respondió, tenia que pagar muchas cuentas del año anterior....

—No sabré nada así, dijo él para sí, empiezo mal.

En este momento entró el ayuda de cámara de Julio, y le entregó una carta.

La abrió y la leyó con avidez asi que vió la firma,

,Muy señor mio;

,,Por el interes de vuestro reposo y del nuestro, tomo el ,,,partido de escribiros sin tener la ventaja de que me conozcais; pero mi posicion, mi edad y el temor de alguna desgracia me obligan á suplicaros tengais indulgencia en una ocasión penosa en que se halla desconsolada nuestra familia. Mr. ,,,Augusto Maulincour nos ha dado de algunos dias á esta parte ,,,pruebas de tener perturbado el juicio, y tememos que altere ,,,la felicidad que gozais con las quimeras de que nos ha hablado, al señor comendador de Pamiers y á mí, durante su prismer acceso de fiebre. Os advertimos pues de su enfermedad, ,,,sin duda curable todavia. Tiene estos efectos tan graves y tan ,,,importantes para el honor de nuestra familia y el porvenir de ,,,mi nieto que cuento con toda vuestra discrecion. Si el señor ,,,comendador ó yo hubieramos podido pasar á vuestra casa, nos ,,,hubieramos dispensado de escribiros; y no dudo que atendíais á la súplica que se os hace aquí por una madre de que ,,,quemeis esta carta.

—Recibid la seguridad de mi consideracion.

—LA BARONESA DE MAULINCOUR, NACIDA DE RIEUX.

—Que de tormentos! esclamó Julio.

—Pero que es lo que pasa en tí? dijo su muger manifestando una viva ansiedad.

—He llegado al punto, respondió Julio, de preguntarme si eres tú la que ha hecho enviarme este aviso para disipar mis sospechas, dijo él tirandole la carta. Así juzga de mis padecimientos!.....

—Desgraciado!.... dijo Mad. Julia, dejando caer el papel. Le compadezco, aunque me haga mucho daño.

—Sabes que me ha hablado?

—Ah! lo fuisteis á ver á pesar de tu palabra! dijo ella aterrizada.

—Clemencia, nuestro amor está á riesgo de perecer, y estamos fuera de todas las leyes ordinarias de la vida, dejemos las consideraciones poco importantes en medio de los grandes peligros. Las mugeres se creen con derecho de mentirnos algunas veces. No se complacen á menudo en ocultarnos los placeres que nos preparan? Ahorá, me has dicho una cosa por otra, sin duda; un no por un sí.....

Entró en el gabinete del tocador, y trajo el sombrero.

— Mira, ves! Sin querer hacer el Bartolo, el celoso, tu sombrero te ha vendido. Estas manchas no son gotas de agua? Has salido en un coche de alquiler, y te han caido estas gotas de agua, ya al ir á buscar el coche, ya al entrar en la casa donde has estado, ó ya al dejarlo. Una muger puede salir de su casa muy inocentemente, aun después de haber dicho á su marido que no salia. Hay tantas razones para cambiar de parecer. El tener caprichos, no es una de vuestras prerrogativas? No estais obligadas á ser consecuentes con vosotras mismas. Te se olvidaria alguna cosa, tendrias algun servicio que prestar, alguna visita que hacer. Pero nada impide á una muger decir á su marido lo que ha hecho. Nunca se sonroja en el seno de un amigo. Pues bien! no es el marido celoso el que te habla, Clemencia, es el amante, el amigo, el hermano.

Se echó apasionadamente á sus pies.

— Habla, no para justificarte, sino para calmar horribles padecimientos! Sé que has salido! Y bien! que has hecho? donde has estado?

— Si, he salido, Julio, respondió con voz alterada, aunque su cara estubiese tranquila. No me pregunes nada mas. Espera confiadamente, sin lo cual crearás remordimientos eternos. Julio, Julio mio, la confianza es la virtud del amor! Te lo confieso, en este momento estoy demasiado alterada para poderte responder, empero no soy una muger artificiosa, y te amo; tú lo sabes.

— En medio de todo lo que puede alterar la fé de un hombre, despertar sus celos, porque no soy pues el primero en tu corazon, no soy pues tú misma.... Pues bien, Clemencia, mejor quiero creerte, creer en tu voz, creer en tus ojos! Si me engañas, merecerías.....

— Oh! mil muertes, dijo ella interrumpiéndole.

— Pero no te oculto ningun pensamiento, y tú, tú....

— Chito! dijo ella, nuestra felicidad depende de nuestro mutuo silencio.

— Ah! quiero saberlo todo! exclamó él en un violento arrebato de rabia.

En este momento se oyeron gritos de muger, y los chillidos de esta voz destemplada llegaron desde la antecámara hasta los dos esposos.

— Entraré, os digo, gritaba. Si, entraré, quiero verla, la veré!

Julio y Clemencia corrieron al salon, y vieron presto abrirse sus puertas con violencia. Luego, se presentó de repente una muger joven, seguida de dos criados, que dijeron a Mr. Julio:

— Esta muger quiere entrar aquí á pesar nuestro. Ya le hemos dicho que no estaba en casa. Nos respondió que sabia muy bien que la señora había salido, pero que acababa de verla entrar; y nos amenaza con estarse á la puerta de casa hasta que hable á la señora.

— Retiraos, dijo Mr. Deemarets á sus criados.

— Que quereis señorita? añadió él volviéndose hacia la desconocida.

Esta señorita era el tipo de una naturaleza de muger que no se encuentra sino en Paris. Se hace en Paris, como el lodo, como el enlosado de Paris, como el agua del Sena se fabrica en Paris, en las grandes areas de las cuales Ducommun la filtra diez veces para echarla en las garrafas donde brilla clara y pura, por fangosa que estubiese: tambien esta es una criatura verdaderamente original. Veinte veces cogida por el pincel de Enrique Mornier, por el lapiz-plomo de Geniole, evita todos los análisis, porque no se puede coger en todos sus modos, como le sucede á la naturaleza, como le sucede á Paris. En efecto, no está pegada al vicio sino por un radio, y se aleja de él por los demás mil puntos de la circunferencia social. Por otra parte no deja descubrir sino un rasgo de su carácter, y este es el solo que la hace reprehensible: sus bellas virtudes están ocultas; se gloria de su natural desvergüenza. Tambien incompleta en todas partes, hasta en el Asno muerto y la muger guillotinada, donde ha sido puesta en escena con todas sus poesias, no será nunca verdadera sino en su desvan, porque siempre será, en otra parte, ó calumniada ó adulada; rica, se vicia; pobre, es incomprendible. Y esto no podria ser de otra manera! Tiene muchos vicios y muchas buenas prendas; está muy cerca de una asfixia sublime ó de una risa deshonrosa; es muy hermosa ó muy horrible; personifica muy bien á Paris á quien suministra porteras desdentadas, lavanderas, barrenderas, mendigas; á veces condesas impertinentes, actrices admiradas, cantarinas aplaudidas; tambien ha dado en otro tiempo dos medio reinas á la monarquia.

Esta era en fin la costurera de Paris, pero la costurera en todo su esplendor; la costurera en coche de alquiler, feliz, jóven, bella, colorada; pero costurera, y costurera con garras, con tijeras, valiente como una española, arisca como una mogigata inglesa reclamando sus derechos conyugales; equeta como una gran señora, pero franca y lista para todo; una verdadera leona salida de la pequeña habitacion con cuyas cortinas de india encarnada habia soñado tantas veces, como tambien con el sillon de terciopelo de Utrecht, la mesa del té, la bandeja de porcelana con paisés, el confidente, el tapete de moqueta, el reloj de alabastro y las luces en fanales, la alcoba pintada de amarillo, el blando plumazon; en una palabra, todos los contentos

que pensáis

de la vida de las costureras; la muger de familia, antigua costurera tambien, pero costurera de bigotes y pera, los bucles á discrecion, los trajes de seda y los sombreros agujereados; en fin todas las felicidades calculadas en el mostrador de las modistas, menos el coche, que no aparece sino en la imaginacion del mostrador como un baston de masical en los sueños de un soldado. Si, esta costurera tenía todo esto por una inclinacion verdadera, como otras lo obtienen muchas veces por una hora al dia, especie de impuesto indiferentemente satisfecho.

La joven que se hallaba delante de Mr. Julio y de su esposa tenia el pie tan descubierto en su calzado que apenas se veia una leve linea negra entre la alfombra y su blanca media. Este calzado, que tan bien sabe delinean Gavarni, es una gracia particular á la costurera parisense; pero se vende todavia mejor á los ojos del observador por el cuidado con que sus vestidos se pegan á sus formas, que disenán claramente. Tambien la desconocida estaba, por no perder la expresion pintoresca creada por el soldado frances, atada en un traje verde de griñon, que dejaba ver la belleza de su talle, entonces perfectamente visible; porque su chal de cachemira, cayendo á tierra, no era detenido mas que por las dos puntas que tenia siempre liadas en sus muñecas. Tenia una figura fina, mejillas sonrosadas, tez blanca, ojos pardos relucientes, frente combada, muy preminente, cabellos muy bien alisados, que se escapaban de su sombrerito, en gruesos rizos sobre su cuello.

—Yo me llamo Ida, caballero. Y si es Mad. Julia, á la que tengo la ventaja de hablar, venia para decirle todo lo que tengo sobre el corazon. Es cosa muy mala cuando se tiene ya hecho su negocio como vos aqui, querer quitar á una pobre muchacha un hombre con quien ha contraido un matrimonio moral, y que habla de reparar sus faltas casandose conmigo en la *municipalidad*. Hay bastantes jóvenes bonitas en el mundo, no es verdad, caballero?.....

Mad. Julia se volvió hacia su marido.

—Me permitireis que no la oiga mas.....

Y se entró en la alcoba.

—Si esta señora está con vos, hago un disparate, á lo que veo; pero tanto peor. Por qué va á ver á Mr. Ferragus todos los dias?

—Os engañais, señorita, dijo Julio pasmado. Mi muger es incapaz.....

—Ah! estais pues casados vosotros dos! dijo la costurera manifestando alguna sorpresa. Entonces es mucho mas malo, caballero, no es verdad, en una muger que tiene la dicha de estar casada en legitimo matrimonio, tener relaciones con un hombre de edad; porque en fin Enrique.....

—Pero, qué Enrique?.... dijo Mr. Julio agarrando á Ida, y llevándola á una pieza inmediata para que su muger no oyese nada.

—Y bien! Ferragus.....

—Pero ha muerto!.... dijo Julio.

—Eso es farsa! Estuve en Franconi con él ayer por la noche, y me llevó á casa, como es debido. Por otra parte vuestra señora puede daros noticias. No ha estado á verlo á las tres! lo sé muy bien; lo esperé en la calle, respecto á que un hombre amable, Mr. Justin, que quizá conozcas, un viejecito que vende bañetelas, y que lleva un corsé, me había prevenido que tenia por rival á una tal Mad. Julia. Este nombre, caballero, es muy conocido entre los nombres de guerra. Dispensad, pues es el vuestro; pero aunque Mad. Julia fuese una duquesa de la corte, Enrique es tan rico que puede satisfacer todos sus caprichos. Mi asunto es defender mi bien, y tengo derecho a ello; porque, yo, amo á Enrique! Es mi primera *inclinacion*, y va en ello mi amor y mi suerte futura. No temo nada, caballero; soy honrada y nunca he mentido ni robado el bien de nadie. Aunque fuese una emperatriz la que sea mi rival iré á ella en derechos; y si me robase á mi marido futuro, me siento capaz de matarla, por mas emperatriz que sea; porque todos las mugeres son iguales, caballero.....

—Basta! basta! dijo Julio, Donde vivis?

—Calle de la Corderería del Temple, número 44, caballero. Ida Grüget, costurera de corsés, para serviros, porque tenemos muchos para los caballeros.

—Y donde vive el hombre que llamais Ferragus?

—Pero, caballero, dijo ella mordiéndose los labios, no es desde luego un hombre. Es un señor mas rico quizá que vos. Pero por qué me preguntáis sus señas cuando vuestra muger las sabe. Me ha dicho que no las dé. Estoy obligada á responderos? No estoy, á Dios gracias, ni en el confesionario ni en la policía; y no dependo mas que de mí,

—Y si os ofreciese veinte, treinta, cuarenta mil francos por decirme donde vive Mr. Ferragus?

—Ah! no, amiguito, está concluido! dijo ella añadiendo un gesto popular. No hay stima que me haga decir eso.—Tengo el honor de saludaros.—Por donde se sale de aqui?

Julio aterrado dejó ir á Ida, sin pensar en ella. Parecía que el mundo entero se desplomaba bajo sus pies; y encima de él se hacia astillas el cielo.

—Está servido!.... le dijo su ayuda de cámara

El ayuda de cámara y el mozo de comedor esperaron un cuarto de hora, sin ver llegar á sus amos.

—La señora no comerá, vino á decir la doncella.

—Qué tiene, Josefina? preguntó el criado.

—No lo sé, respondió aquella. La señora está llorando y se va a meter en cama. El amo debe tener alguna distracción fuera de casa, y se ha descubierto en un momento malo, entendéis?... No responderé da la vida de la señora. Todos los hombres son tan torpes! Os presentan siempre escenas sin precaución alguna.

—Nada de eso, repuso el criado en voz baja, por el contrario, la señora es la que... en fin comprended. Que tiempo tiene él para estar fuera, cuando hace cinco años que no ha dormido fuera de la alcoba de la señora, que baja á su gabinete á las diez no sale de él hasta las doce para almorzar? En fin, su vida es conocida, es arreglada, mientras que la señora se va casi todos los días á las tres, no se sabe donde.

Tiro corriendo del cordón de la campanilla, llamó á Josefina y pase á Clementina sobre la cama.

—Moriré, dijo Mad. Julia volviendo en sí.

—Josefina, gritó Mr. Desmarests, id á llamar al doctor Méo. Despues ireis á casa de mi hermano, y le direis que venga acá lo mas pronto que pueda.

—Por qué vuestro hermano? dijo Clemencia.

Julio se había ya ido.

Por primera vez al cabo de cinco años, Mad. Julia se acostó sola en su cama, y se vió obligada á dejar entrar un médico en su alcoba. Estas fueron des penas muy vivas. El médico hallo muy mala á Mad. Julia. Nunca una agitación violenta había sido mas intempestiva. No quiso prejuzgar nada, y dejó para el dia siguiente dar su parecer, despues de haber ordenado algunas cosas que no fueron ejecutadas, pues los intereses del corazón hicieron olvidar todas las aplicaciones físicas.

Cerca de la mañana, aun no se había dormido Clemencia. Estaba preocupada con el sordo murmullo de una conversación que duraba muchas horas hacia entre los dos hermanos; pero el grueso de las paredes no dejaba oír ninguna palabra que pudiese descubrirle el objeto de tan larga conversación.

Mr. Desmarests, el escribano, se fué pronto. Entonces, el sociego de la noche, despues la singular actividad de los sentidos que da la pasión, permitieron á Clemencia oír el ruido de una pluma, y los movimientos involuntarios de un hombre ocupado en escribir. Los que pasan habitualmente las noches, y que han observado los diferentes efectos de la acústica con un profundo silencio, saben que muchas veces un ligero écho es facil de percibir en los mismos lugares donde murmullos iguales y continuos no tenian nada que los distinguiere.

Á las cuatro cesó el ruido.

Clemencia se levantó inquieta y temblona. Luego, los pies desnudos, despeinada, no pensando ni en que estaba sudando, ni en el estado en que se hallaba, la pobre muger abrió la puerta de comunicación afortunadamente sin hacerla sonar. Entonces vió a su marido dormido en un sillón, con la pluma en la mano. Las bugias ardían en los cubilllos.

Se acercó lentamente, y leyó en una cubierta ya cerrada:

ESTE ES MI TESTAMENTO.

Se arrodilló como delante de una tumba, y besó la mano de su marido, que despertó al instante.

—Julio, amigo mío, á los criminales condenados á muerte se les conceden algunos días, dijo ella mirandolo con los ojos encendidos por la fiebre y por el amor: inocente, no te pido mas que dos. Dejame libre por espacio de dos días. Y.... esperar, despues moriré feliz; al menos, me sentirás.

—Te los concedo, Clemencia.

Y, como ella besase las manos de su marido con una cariñosa efusión de corazón, Julio, fascinado por esta voz de la inocencia, la cogió y le dió un beso en la frente, enteramente avergonzado de sufrir todavía el poder de aquella noble belleza.

El dia siguiente, despues de haber descausado algunas horas, Julio entró en la alcoba de su muger, obedeciendo maquinamente á su costumbre, de no salir sin haberla visto. Clemencia dormía. Un rayo de luz que entraba por las rendijas mas altas de las ventanas caía sobre la cara de esta muger aniquilada. Ya el dolor había alterado su cara y el encarnado de sus labios. El ojo de un amante no podía engañarse al aspecto de algunos jaspeados oscuros y de la palidez enfermiza que reemplazaba al color igual de sus mejillas y á la blancura apagada de su tez, dos fondos puros sobre los cuales juguetearon tan naturalmente los sentimientos de aquella hermosa alma...

—Padece, se dijo Julio. Pobre Clemencia, Dios nos proteja!

—Y tambien el amo.

—Pero él va á la Bolsa. Ahora le he advertido tres veces que la mesa esté servida, prosiguió el criado despues de una pausa, y es como si te hubiese hablado á un poste.

Mr. Julio entró.

—Donde está la señora?

—La señora iba á acostarse, tiene jaqueca, respondió la doncella tomando un aire de importancia.

Mr. Julio dijo entonces con mucha sangre fría dirigiéndose á sus criados:

—Podeis levantar la mesa; voy á acompañar á la señora, Y se fué á la alcoba de su muger á quien encontró llorando, pero sofocando sus sollozos con el pañuelo.

—Por que lloras? le dijo Julio; no teneis que esperar de mí ni violencias ni acusaciones. De qué be de tomar venganza? Si no habeis sido fiel á mi amor, es porque no erais digna de ello...

—No era digna!

Estas palabras repetidas se oyeron entre lágrimas y sollozos, y el acento con que fueron pronunciadas hubiera enternecido á cualquiera otro hombre.

Para matarlos, seria menester amar quizá mas que yo, dijo él continuando; pero no tendría valor para ello, antes me mataría, dejandoos con vuestra..... felicidad, y á..... á quien?

No acabó.

—Matarse!... exclamó Clemencia echándose á los pies de Julio y abrazandaseslos.

El, empero, quiso desembarazarse de este apretón y apartó á su muger llevandola hasta su cama.

—Dejadme! dijo él.

—No, no, Julio! gritaba ella. Si no me amas ya, me moriré.... Quieres saberlo todo?

—Sí!....

—Entonces la cogió, la estrechó violentamente, se sentó en el horde de su cama; luego, mirando secamente su hermosa cara de color de fuego, pero surcada de lágrimas:

—Vamos, dí.....

Volvieron á empezar los sollozos.

—No, este es un secreto de vida y de muerte; y si le dijese, yo.... No, no puedo! Por favor, Julio!

—Me engañas todavía....

—Ahi! no dijo ella. Sí, Julio, puedes creer que te engaño; pero pronto lo sabrás todo....

—Pero ese Ferragus, ese forzado que vas á ver, ese hombre enriquecido por los crímenes, si no es tuyo, si no le perteneees....

—Oh! Julio!....

—Y bien, es tu bienhechor desconocido? El hombre á quien debemos nuestro caudal, como se ha dicho?

—Quien ha dicho eso?

—Un hombre á quien maté en desafío.

—Oh Dios!....

—Si no es tu protector, si no te da oro, se lo llevas tú? Veamos! es hermano tuyos?

—Y bien, dijo ella, si fuese así?

Mr. Desmarests cruzó los brazos,

Por qué se me hubiera ocultado?.... repuso él. Me habrían engañado tu madre y tu?.... Por otra parte, se va á casa de su hermano todos los días, o casi todos los días? eh?

Su muger estaba desmayada á sus pies.

—Muerta!.... dijo él. Y si fuese yo el culpado?....

La besó suavemente en la frente. Ella se despertó, vió á su marido, y lo comprendió todo. Pero, no pudiendo hablar, le cogió la mano, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Estoy inocente, dijo ella acabándose de despertar,

—Saldras? le preguntó Julio.

—No, me siento muy débil para dejar la cama.

—Si cambias de parecer, espera mi vuelta..... dijo Julio.

Y bajó al cuarto del portero.

Fouquereau, cuidareis exactamente vuestra puerta, quiero saber las personas que entraren y salieren en casa.

Luego Julio se metió en un coche de alquiler, se hizo conducir á la casa de Maulincour, y preguntó por el baron,

—El señor baron está malo, le dijeron.

Julio insistió en entrar, dió su nombre; y, por falta de Mr. de Maulincour, quiso ver al vidame ó á la viuda. Esperó algún tiempo en el salon á la vieja baronesa, que vino á verle, y le dijo que su nieto estaba muy indispuesto para poder recibirla.

—Conozco, señora, respondió Julio, la naturaleza de su enfermedad por la carta que me habeis hecho el honor de escribirme; y os suplico creáis.....

—Una carta á vos, caballero! mia! exclamó la viuda interrumpiéndole, no he escrito carta ninguna..... Y que se me hace decir, caballero, en esa carta?

—Señora, repuso Julio, teniendo intención de venir á casa de Mr. de Maulincour hoy mismo, y de entregáros esa carta, creí poder conservarla, no obstante la orden con que termina. Aquí está.

La viuda tiró de la campanilla para que le trageran sus gafas, y así que hubo echado los ojos sobre el papel, manifestó la mayor sorpresa, y dijo:

—Caballero, mi letra está imitada tan perfectamente, que si no se tratase de un asunto tan reciente me engañaría yo misma. Mi nieto está malo, es verdad, caballero; pero su razón no se ha alterado nunca lo mas mínimo del mundo. Somos juguete de algunas personas malévolas; sin embargo, no penetró con que fin se ha hecho esta mujadería..... Veireis á mi nieto, y conocereis que está perfectamente sano de espíritu.

Y llamó de nuevo para que preguntasen al barón si podía recibir á Mr. Desmaret. Volvió el criado con una respuesta afirmativa. Julio subió á la habitación de Augusto de Maulincour, al que halló sentado en un sillón junto a la chimenea, y que, demasiado endeble para levantarse, lo saludó con un gesto melancólico. El vidame de Pamiers le acompañaba.

—Señor barón, dijo Julio, tengo que deciros una cosa bastante particular para que estemos solos.

—Caballero, respondió Augusto, el señor comendador sabe todo el asunto, y podeis sin temor hablar delante de él.

—Señor barón, replicó Júlio con voz grave, habeis turbado, casi destruido mi felicidad, sin tener derecho para ello. Hasta el momento en que viéremos cual de nosotros puede pedir ó debe conceder una reparación al otro, estais obligado a marchar en el camino tenebroso en que me habeis metido. Venga pues á saber de vos la habitación actual del ser misterioso que ejerce sobre nosotros una inflencia tan fatal, y que parece tiene a sus órdenes un poder sobrenatural. Ayer, en el momento de volver a mi casa, después de haber oido vuestras manifestaciones, he aquí la carta que recibí.

Y le presentó la carta falsa.

—Este Ferragus, este Bourignard, ó este Mr. de Funcal es un demonio... exclamó Maulincour después de haberla leído. En que horrible laberinto he puesto el pie? donde voy? Yo he tenido la culpa, caballero, dijo mirando á Julio; pero la muerte es, ciertamente, la mayor de las espionajes, y mi muerte se aproxima. Podeis pues preguntarme todo lo que deseareis, estoy á vuestras órdenes.

—Caballero, debeis saber donde vive el desconocido; quiero absolutamente, aunque me costará todo mi caudal actual, penetrar este misterio; y, en presencia de un enemigo tan cruelmente inteligente, los momentos son preciosos.

—Justino os lo dirá todo, respondió el barón.

A estas palabras, se movió en su silla el comendador.

Augusto tiró de la campanilla,

—Justino no está en casa, dijo el vidame.

—Y bien, dijo Augusto con viveza. Nuestros criados saben donde está. Que monte uno á caballo para buscarle. Vuestro criado está en París, no es así? Se le encontrara.

El comendador pareció turbado visiblemente.

Justino no vendrá, amigo mío, dijo el viejo, ha muerto. Que ocultarse este accidente, pero....

Ha muerto! exclamó Mr. de Maulincour, ha muerto..... Y cuando, y como?

Ayer, por la noche. Fué a cenar con unos amigos antiguos, y se emborrachó sin duda. Sus amigos, embriagados como él,

lo dejaron tenderse en la calle, y un gran coche le pasó por encima del cuerpo...

—El forzado no le erró... Al primer golpe, lo mató, dijo Augusto. No ha sido tan afortunado conmigo, se ha visto obligado á intentarlo cuatro veces.

Julio se puso sombrío y pensativo.

—No sabré pues nada., exclamó el agente de cambio después de una larga pausa. Vuestro criado quizás ha sido castigado justamente. No traspasó vuestras órdenes calumniando á Mr. Desmaret en el ánimo de una tal Ida, cuyos celos despertó á fin de ensañarla con nosotros?

—Ah, caballero, en medio de mi cólera, le abandoné a Mad. Julia.

—Caballero, gritó el marido vivamente irritado.

—Oh, ahora, respondió el oficial reclamando el silencio con una acción de la mano, estoy dispuesto a todo. No me haréis más de lo que se me ha hecho, y no me direis más de lo que me ha dicho mi conciencia. Espero esta mañana al más célebre profesor de toxicología para saber mi suerte. Si estoy destinado a muy grandes padecimientos, mi resolución está tomada; me saltaré la tapa de los sesos.....

—Hablais como un niño, exclamó el comendador espantado de la sangre fría con que el barón dijo estas palabras. Vuestra abuela se moriría de pena.

—Así, caballero, dijo Julio, no existe medio alguno de saber en que parage de París habita ese hombre extraordinario?

—Creo, caballero, respondió el viejo, haber oido decir al pobre Justino que Mr. de Funcal vivía en la embajada de Portugal, ó en la del Brasil. Mr. de Funcal es un caballero que pertenece á los dos países. En cuanto al forzado, ha muerto y ha sido enterrado. Vuestro perseguidor, sea el que fuere, me parece bastante poderoso para que lo aceptais bajo su nueva forma, hasta el momento en que tuvierais los medios de confundirlo y aniquilarlo; pero obrad con prudencia, mi querido caballero. Si Mr. de Maulincour hubiera seguido mis consejos, nada de todo esto hubiera acontecido...

Julio se retiró friamente, pero con urbanidad, y no supo que partido tomar para alcanzar dar con Ferragus.

Cuando volvió a su casa, su consejero le dijo que su mujer había salido para echar una carta en la estafeta que estaba enfrente de la calle de Menars.

Julio se sintió humillado de reconocer la prodigiosa inteligencia con que su consejero abrazaba su causa, y la habilidad con que adivinaba los medios de servirle. La diligencia de los inferiores, y su habilidad particular para comprometer á los unos, le eran conocidas; el riesgo de tenerlos por cómplices en

en cualquier cosa, lo había él apreciado; pero no pudo pensar en su dignidad personal sino en el momento en que se halló tan subitamente humillado. Que triunfo para el esclavo incapaz de elevarse hasta su amo, hacer que el amo se baje hasta él! Julio fué áspero y duro; otra falta. Pero padecía tanto! Su vida, hasta entonces tan recta, tan pura, se tornaba en tortuosa; y le era ahora preciso fingir, mentir.... Y Clemencia también mentía y fingía! Este momento fué un momento de disgusto. Perdió en un abismo de sentimientos amargos, Julio quedó maquinalmente inmóvil a la puerta de su casa. Ya abandonándose á ideas de desesperación, quería huir, dejar á Francia, llevando sobre su amor todas las ilusiones de la incertidumbre. Ya, no poniendo en duda que la carta echada en la estafeta por Clemencia fuese dirigida a Ferragus, buscaba medios de sorprender la respuesta que iba a darle aquel ser misterioso. Ya analizaba los singulares acasos de su vida desde su matrimonio, y se preguntaba si la calumnia de que había tomado venganza era una verdad. En fin, volviendo a la respuesta de Ferragus, se decía:

—Pero este hombre tan hábil, tan lógico en sus menores actos, que ve, que presenta, que calcula y penetra hasta nuestros pensamientos, Ferragus responderá.... No debe emplear medios en armonía con su poder? No enviará su respuesta con algún hábil bribón; ó, quizás, en una cajita traída por un hombre honrado que no sabrá lo que trae, ó en el forro de los zapatos que una costurera viniera a traer muy inocentemente a mí mujer? Si Clemencia y él se entienden....

Y desconfiaba de todo, y recorría los campos inmensos, la mar sin orilla de las suposiciones; luego, después de haber vagado durante algún tiempo entre mil partidos contrarios, se halló más fuerte en su casa que en ninguna otra parte, y resolvió velar en su casa, como una hormiga-león en el fondo de su cuchia arenosa.

—Fouquerneau, dijo á su conserje, he salido para todos los que vengan a verme. Si alguien quiere hablar a la señora, se le entretiene con cualquier cosa, darás dos campanillazos. Luego me subirás todas las cartas que se dirigieren aca, no importa a quien....

—Así, pensó subiendo á su gabinete, que estaba en el entresuelo, me adelanto a las sutilizas del maestro Ferragus, si envía algún emissario muy astuto para preguntar por mí a fin de saber si la señora está sola, al menos no seré burlado como un tonto.

Se enciñó a los vidrios que, en su gabinete, daban á la calle, y, por una última astucia que le inspiraron los celos, resolvió hacer entrar á su primer dependiente en su coche, y enviarlo

á la Bolsa en su lugar, con una carta para un corredor de cambios amigo suyo, á quien explicó sus compras y sus ventas, suplicandole lo reemplazase. Dejó sus transacciones mas delicadas para el dia siguiente, burlándose de la alta y de la baja, y de todas las deudas europeas. Bello privilegio del amor! lo destruye todo, hace á todo perder el color: al altar, al trono y á los grandes-libros!

A las tres y media, en el momento en que la Bolsa está en todo el fuego de las relaciones, de los corrientes, de las primas, de los firmes, etc., Mt. Julio vió entrar en su gabinete á Fouquerneau enteramente radioso.

—Señor, acaba de venir una vieja, pero cuidada, digo, un buen zorzal. Preguntó por el amo, pareció incomodada por no hallarlo, y me dió para la señora una carta que es esta!

Julio le quitó el sello, abandonado á una angustia febril. Viendola, cayó en su silla, enteramente aniquilado. La carta era una falta continua de sentido; era menester tener la clave para leerla.

—Vete, Fouquerneau.

El conserje se fué.

—Este es un misterio mas profundo que la mar, en el parage donde se pierde la sonda!.... Ah! esto es amor. Solo el amor es tan sagaz, tan ingenioso! Dios mio! maturé á Clemencia.

En este momento una idea feliz saltó en su cerebro con tanta fuerza que fué casi físicamente iluminado con él.

En los días de su laboriosa miseria, antes de su casamiento, Julio había adquirido un amigo verdadero, un medio *Pmeja*. Lo excesiva delicadeza con que había manejado las susceptibilidades de un amigo pobre y modesto, el respeto que le había manifestado, la ingeniosa habilidad con que le había noblemente forzado á participar de su opulencia, sin hacerlo sonrojar, aumentaron su amistad. Jacquet permaneció fiel á Desmarets, á pesar de sus bienes. Jacquet, hombre de probidad, laborioso, austero en sus costumbres, había hecho lentamente su carrera en el ministerio que consume á la vez mas pillería y mas probidad. Empleado en el ministerio de negocios extranjeros, tenía á su cargo la parte mas delicada del archivo. Jacquet era, en el ministerio, una especie de luciérnaga que daba luz á sus horas sobre las correspondencias secretas, descifrando y clasificando los pliegos. Colocado en mas elevación que el simple ciudadano, encontrándose en los negocios extranjeros todo lo que había de mas elevado en las clases subalternas, vivía oscuramente, feliz por una oscuridad que lo ponía al abrigo de los reveses, contento con pagar, en obolos, su deuda á la patria. Adjunto nato de su corregimiento, obtenía, en estilo de periódico, toda la consideración que le

era debida. Gracias á Julio, su posición se había mejorado con un buen casamiento. Patriota desconocido, ministerial de hecho, se contentaba con quejarse, al lado del fuego, de la marcha del gobierno. Fuera de esto, Jacquet era, en su familia, un rey manso, un hombre de paraguas, que pagaba á su mujer un coche alquilado de que nunca se aprovechaba. En fin, para acabar la pintura de esta *filosofo sin saberlo*, no había aun sospechado, ni debía nunca sospechar todo el partido que podía sacar de su posición, teniendo por amigo íntimo un agente de cambio, y el secreto del Estado, todas la mañanas. Este hombre sublime á la manera del soldado que muere salvando á Napoleon con un *quién vive*, habitaba en el ministerio. En diez minutos, Julio se puso en la oficina del archivista, y Jacquet, arriéndole una silla, puso metódicamente su pañuelo de tafetán verde sobre la mesa, se frotó las manos, tomó su caja de tabaco, se levantó haciendo crujir sus omoplatos, sacando el pecho y dijo:

— Por qué acaso aquí?

— Jacquet, necesito de tí para penetrar un secreto, un secreto de vida y de muerte.

— No concernirá á la política?

— No te lo preguntaría á tí, pues no lo sabría, dijo Julio. No, es un asunto de familia sobre el cual te pido el mas profundo silencio.

— Claudio José Jacquet, mudó por estado. No me conoceis? dijo riéndose. Es mi parte, la discreción.

Julio le mostró la carta diciéndole:

— Me precisa leer esta esquela dirigida á mi muger....

— Que demonio, que demonio! mal asunto!..... dijo Jacquet examinando la carta de la misma manera que un usurero examina un efecto negoeiable. Ah! esta es una carta de rehila.... espera.

Dejó á Julio en el gabinete, y volvió precipitadamente.

— Bobería, amigo mío! está escrita con una antigua rejilla de que se servía el embajador de Portugal en tiempo de Mr. de Choiseul, cuando la vuelta de los jesuitas.— Mira, esto es.

Jacquet puso encima un papel calado, cortado arregladamente como uno de aquello encages que los confiteros ponen sobre sus dulces, y entonces pudo Julio leer facilmente las frases que quedaban descubiertas.

— No tengas mas inquietudes, mi querida Clemencia, nuestra felicidad no será ya turbada por nadie, y tu marido depone sus sospechas. No puedo ir á verte. Por enferma que estés, es preciso tengas valor para venir; busca, encuentra las fuerzas; las sacarás de tu amor. Mi afecto á tí me ha obligado á suffrir

la mas cruel de las operaciones, y me es imposible moverme de mi cama. Me se han aplicado ayer noche algunas cantáridas en la nuca de hombro á hombro; y ha sido preciso dejarlas bastante tiempo, me comprendes? Espero pensaba en tí, no he sufrido mucho. Para desconcertar todas las pesquisas de Maulilineur, que no nos perseguirá mucho mas tiempo, he dejado el techo protector de la embajada y estoy al abrigo de todas pesquisas, calle de Enfants-Rouges, número 12, en casa de una vieja llamada Mad. Estefanía Gruget, la madre de aquella Ida, que va á pagar caro su necio despropósito. Ven aca mañana por la mañana á las nueve. Estoy en una habitacion donde no se entra sino por una escalera interior. Pregunta por Mr. Camusat. Hasta mañana. Te beso la frente."

Jacquet miró á Julio con una especie de terror decoroso, que envolvía una compasión verdadera, y dijo su palabra favorita:—Que demonio! que demonio! en dos tonos diferentes.

— Esto te parece claro, no es así?... dijo Julio. Pues bien! hay en el fondo de mi corazón una voz que aboga por mi mujer, y que se hace oír mas recio que todos los dolores de los celos. Aguantaré hasta mañana el suplicio mas horrible; pero en fin mañana, de nueve á diez, lo sabré todo, y seré desgraciado ó feliz toda mi vida. No me olvides, Jacquet.

— Estaré en tu casa mañana á las once, iremos allá juntos, y te esperaré, si quieres, en la calle. Puedes correr algún peligro; es preciso vaya á tu lado alguno que te aprecie, y que te comprenda con media palabra y á quien puedas tú emplear con seguridad. Cuenta conmigo.

— Hasta para ayudarme á matar á alguno?

— Que demonio, que demonio!... dijo Jacquet, repitiendo por decirlo así la misma nota musical, tengo muger y dos hijos

Julio apretó la mano á Claudio Jacquet, salió, y volvió precipitadamente.

— Se me olyidaba la carta, dijo. Pues aun hay mas, es menester volverla á sellar:

— Que demonio, que demonio, la abriste sin hacer caso del sello! Pero este oportunadamente está bien rajado; vete, déjame á mí; yo te la llevaré *secundum scripturam*.

— A que hora?

— A las cinco y media

— Si no hubiese aun vuelto, entregala con toda seguridad al conserje, diciéndole que la suba á la señora.

— Me quieras mañana?

— No. Adios.

Julio llegó prontamente á la plaza de la Rotonda del Temple; dejó allí su coche de alquiler, y se fué á pie á la calle de

Eufsants-Rouges, donde examinó la casa de Mad. Estefania Gruget. Allí debía aclararse el misterio de que de dependía la suerte de tantas personas. Allí estaba Ferragus, y á Ferragus iban á parar todos los hilos de esta intriga. La reunión de Mad. Julia, de su marido, de este hombre, no era el nudo gordiano de este drama ya sangriento, y al que no debía faltar la cuchilla que desata los nudos más fuertes?

La casa era una de aquellas que pertenecen al género de los chiribitiles. Este nombre muy significativo lo ha dado el pueblo de París á aquellas casas compuestas, por decirlo así, de retazos. Son casi siempre, ó habitaciones en un principio separadas, pero reunidas por los caprichos de los propietarios que las han agrandado sucesivamente; ó casas comenzadas, dejadas, vueltas á seguir, acabadas, casas desafortunadas que han pasado, como ciertos pueblos, bajo muchas dinastías de dueños caprichosos. Ni los pisos ni las ventanas forman un todo, para tomar de la pintura uno de sus términos más pintorescos; todo afirma allí; hasta los adornos esteriores. El chiribitil es respecto á la arquitectura parisienne lo que el desorden respecto á la habitación, un verdadero basurero donde se echan confundidas las cosas más diferentes.

— Mad. Estefania?... preguntó Julio á una portera alojada debajo de la puerta grande, en una de aquellas especies de gallineros, casita de madera, montada sobre ruedas, y muy semejante á las casillas que la policía ha construido en todas las paradas de coches de alquiler.

— Qué!.... dijo la portera dejando una media que estaba haciendo.

En París, los diferentes asuntos que concurren en la fisonomía de una porción cualquiera de esta monstruosidad, se harmonizan admirablemente con el carácter del conjunto. Así portero, conserje ó suizo, cualquiera que sea el nombre dado á este músculo esencial del monstruo parisienne, es siempre conforme al barrio de que hace parte, y muchas veces lo comprendía. Bordado sobre todas las costuras, ocioso, el conserje juega sobre las rentas en el arrabal de San German; el portero tiene sus comodidades en la Calzada de Austin; lee los periódicos en el barrio de la Bolsa; tiene un tren en el arrabal Montmatre; la portera es una antigua manceba en el barrio sospechoso; en la Huerta, tiene buenas costumbres, es intratable, tiene sus caprichos.

Al ver á Mr. Julio, la portera tomó un cuchillo para matar el magote casi apagado de su brasero; luego le dijo:

— Preguntáis por Mad. Estefania? Es por Mad. Estefania Gruget?

— Sí,

— Que trabajo de pasamanería?

— Sí.

Entonces la portera salió de su jaula.

— Pues bien! caballero, dijo ella poniendo la mano sobre el brazo de Julio, y conduciéndolo al fin de un largo callejon abovedado como un sótano, subireis por la segunda escalera, en el extremo del patio. Veis las ventanas donde hay cicutaria? Allí está Mad. Estefania.

— Gracias, señora. Creeis que esté sola?

— Peropor que no habia de estar sola esa muger? es viuda, Julio subió guapamente una escalera muy oscura, cuyos escalones tenian callosidades formadas por el fango endurecido que dejaban allí los que entraban y salian. En el segundo piso, vió tres puertas, pero nada de cicutaria. Afortunadamente sobre una de ellas, la mas pringosa y negra de las tres, leyó estas palabras escritas con tiza: *Ida vendrá esta noche á las nueve.*

— Aquí es.... dijo Julio para sí.

Tiró de un cordón viejo muy negro, oyó el sonido de una campanilla cascada, y los ladridos de un Perrito asmático. La manera con que los sonidos retumbaban en lo interior le anuncio una habitación llena de cosas que no dejaban subsistir ningún eco, rasgo característico de las viviendas ocupadas por artesanos, por familias pequeñas, á quienes falta el sitio y el aire. Julio buscaba maquinalmente la cicutaria, y por fin la encontró sobre la mesa posterior de una ventana entre dos hediondas cañerías de plomo. A un lado flores, á otro un jardín de tres pies de largo y seis pulgadas de ancho; allí, un grano de trigo acullá toda la vida compendiada; pero tambien todas las miserias de la vida. Enfrente de las flores miserables y de las soberbias espigas de trigo, un rayo de luz, cayendo allí del cielo, como por gracia, hacia resaltar el polvo, la mugre, y no sé que color particular á los zagnizamies parisienes, mil porquerías que guarneían, avejentaban y manchaban las húmedas paredes, los balaustres apolillados de la escalera, los bastidores desunidos de las ventanas y las puertas en su tiempo encarnadas.

Pronto una tos dé ataud y el paso tardío de una vieja que arrastraba con dificultad los zapatos anunciaron á la madre de Ida Gruget.

Abrió la puerta, salió á la meseta, alzó la cabeza, y dijo:

— Ah! es Mr. Boequillon! Pero no! Por ejemplo, como os pareceis á Mr. Boequillon! Sois su hermano, quizá?.... En que se os puede servir?.... Entrad pues, caballero....

Julio siguió á esta muger á una primera pieza, donde vió, pero en masa, jaulas, utensilios caseros, anafes, trastos, platos chicos de barro llenos de comida ó de agua para el perro y los gastos, un relox de madera, cobertores, grabados de Eisen, her-

ramientas viejas hanisadas, mezcladas, de manera que producian un cuadro verdaderamente grotesco, el verdadero desorden parisense, al cual ni aun faltaban algunos números del *Constitucional*.

Julio, dominado por un pensamiento prudente, no escuchó a la viuda que le decia:

— Entrad aqui, caballero, os calentareís.

Temiendo ser oido por Ferragus, Julio se preguató si seria mejor concluir en esta primera pieza el negocio que iba á proponer á la vieja.

Una gallina, que salia de un caramanebon, lo sacó de su meditacion secreta. Habia tomado su resolucion. Entonces siguió á la madre de Ida á la pieza de la chimenea, donde fueron acompañados por el doguito obeso, personage mudo, que se subió á un taburete viejo. Mad. Gruget tuvo la fatuidad de la media miseria al hablar de calentarse á su visita, porque su olla tapaba completamente dos tizones apenas encendidos. La espumadera estaba en el suelo, el mango en la ceniza. El dintel de la chimenea, adornado con un Jesus de cera colocado debajo de un fanal de vidrio pegado con papel azul, estaba cubierto de pedazos de hilo de lana, de canillas y de útiles necesarios para la pasamaneria. Julio examinó todos los muebles de la habitacion con una curiosidad llena de interes, y manifestó á pesar snyo su secreta satisfaccion.

— Ahora pues, decid, caballero, que es lo que quereis arreglar de mis muebles? le dijo la viuda sentandose en un sillón de caña amarilla, que parecia ser su cuartel general. Estaba en él su pañuelo, su caja, su calceta, la verdura á medio limpiar, los espejuelos, un calendario, galones de librea comenzados, una augrienta baraja, y dos tomos de novelas, todo esto revuelto. El mueble, sobre el qual esta vieja bajaba el río de la vida, se parecia al saco enciclopedico que lleva una muger cuando viaja, y donde se encuentra su ajaar en compendio, desde el retrato del marido hasta el agua de toronjil para los desmayos, dulce para los niños, y tafetan ingles para las cortaduras.

Julio lo examinó todo. Miró muy atentamente la cara amarilla de Mad. Gruget, sus ojos pardos, sin cejas, su boca desamueblada, sus arrugas llenas de sombras negras, su gorro de tul encarnado, con guarniciones de color mas subido, y sus guardapies de india agujereados, sus chinelas usadas, su brasero quemado, su mesa llena de platos y de seda, de obras de algodon, de lana, en medio de los cuales se elevaba una botella de vino. Despues pensó:

— Esta muger tiene algunas pasiones, algunos vicios ocultos, es mia.

— Señora, dijo en voz alta, y haciendole una seña de inteligencia, vengo á mandaros hacer galones....

Luego, bajando la voz:

— Se que tenéis en vuestra casa un desconocido que toma el nombre de Camusat.

La vieja lo miró de pronto, sin dar la menor señal de admiracion.

— Decid, puede oírnos?.... Sabed que se trata de vuestra fortuna.

— Caballero, respondió la vieja, hablad sin temor, aqui no hay nadie. Aunque tengo uno abí arriba le será imposible escucharos....

— Ah! vieja astuta, sabes responder como un normando, dijo Julio para sí. Podremos ajustarnos.

— Evitaos el trabajo de mentir, señora, repuso él. Y desde luego, sabed que no os quiero para ninguna cosa mala, ni á vuestro inquilino enfermo con sus cantaridas, ni á vuestra hija Ida, costurera de corsés, amiga de Ferragus. Bien lo veis, estoy al corriente de todo. Tranquilizaos, no soy de la policia, y no quiero nada que pueda ofender vuestra conciencia. Una señora jóven vendrá acá mañana, de nneve á diez, para hablar con el amigo de vuestra hija. Quiero estar en disposicion de verlo todo, oírlo todo, sin ser visto ni oido por ellos. Vos me lo proporcionareis, y yo pagaré este servicio con una cantidad de diez mil francos, por una vez, y seiscientos francos de renta vitalicia. Mi escribano preparará, esta noche, delante de vos, la escritura; le remitiré vuestro dinero, que él os entregará mañana, despues de la conferencia á que quiero asistir, y durante la cual adquiriré las pruebas de vuestra buena fe.

— Eso podrá perjudicar á mi hija, querido caballero mio?

— En nada, señora. Mas, por otra parte, parece que vuestra hija se conduce muy mal con vos. Amada por un hombre tan rico, tan poderoso como es Ferragus, debia serle facil haceros mas feliz de lo que pareceis.

— Ah! mi querido caballero, ni un pobre boletín para el teatro del Ambigú ó para el de la Alegria, donde va ella cuando quiere. Es una indignidad. Una hija para la cual he vendido mis cubiertos de plata, que como ahora, en mi edad, com metal de Argel, para pagarle su aprendizage, y darle un oficio en que haga oro, si quisiere! Porque, para eso, me tiene á mí! es hábil como una hada, se le debe hacer esta justicia. En fin, podria muy bien arreglarme sus trajes viejos de sosa, á mí que me gusta tanto vestirme de seda. No señor, va al Cuadrante azul á comer á cincuenta francos por persona, anda en coche como una princesa y se burla de su madre como de las coplas de la zarabanda. Dios de Dios! que juventud incohoren-

te es la que hemos hecho! no es nuestro mejor elogio. Una madre, caballero, que es buena madre, porque he ocultado sus consecuencias, y la he tenido siempre en mi regazo quitando me el pan de la boca... y dandoselo todo... Pues bien, no! Víenes, os minia, os dice:—Buenos días, madre. Y he aquí cumplidos sus deberes con el autor de sus días. Pero no tenga cuidado. Tendrá hijos, un día u otro, y verá lo que es ...

—Que, no hace nada por vos...

—Ah! nada, no, señor, no digo eso, si no hiciese nada, eso teria muy poca cosa. Me paga mi casa, me da leña y treinta y seis francos al mes... Pero, caballero, en mi edad, cincuenta y dos años, con los ojos que me faltan de noche, deberé trabajar? Por otra parte, por que no me quiere ella? Le causa vergüenza? que lo diga inmediatamente... En verdad, sera menester enterrarse para estos perros hijos que os han olvidado así que han cerrado la puerta.

Sacó el pañuelo saliendo con él un billete de lotería que cayó al suelo, pero ella lo cogió prontamente diciendo:

—Es el finiquito de mis imposiciones!

Julio penetró al instante la causa de la sabia parsimonia con que se quejaba la madre, y se aseguró del consentimiento de la viuda Gruget al negocio propuesto.

—Y bien, señora, dijo él, aceptais pues lo que os ofrezco?

—Deciais pues, caballero, diez mil francos al contado, y seiscientos francos de renta vitalicia.

—Señora, he cambiado de parecer y os prometo ahora mil y ochocientos francos de renta vitalicia. El negocio, hecho así, me parece mas conveniente á mis intereses y á los vuestros. En efecto, cincuenta escudos al mes, durante el resto de vuestros días, deben dispensaros de trabajar, eh... Que os parece?

—Vaya, sí, señor.

—Ireis al ambigú-Cómico, á casa de Franconi, á todas partes.

—Ah! no me gusta Franconi, respecto á que no se habla allí. Pero señor, si acepto, es porque será muy ventajoso á mi hija. En fin no estaré mas á sus costillas. Pobre viña, ademas, no le deseo mas sino que esté contenta. Caballero, es preciso que la juventud se divierta. Y pues, si me asegurais que no haré daño á nadie.

—A nadie, repitió Julio, pero vamos que vais á hacer? —Y bien, caballero, dando esta noche á Mr. Ferragus una infusionsita de adormideras, dormira mucho el buen hombre... Y lo necesita bien, por sus padecimientos; porque sufre que da compasion. Pero tambien, decidme que invencion es esta que un hombre sano se quemé la espalda, para quitarse un dolor de

clavo que no lo atormenta sino de dos en dos años!... Pero volviendo á nuestro asunto, tengo la llave de mi vecina, cuya habitacion está encima de la mia, y tiene una pared medianera con la alcoba de Ferregus. Está en el campo por diez días. Y así, haciendo un agujero, durante la noche, en la pared, los oíres y lo vereis á vuestro placer. Tengo intimidad con un cerrajero, hombre muy amable que hará esto sin ser visto ni sabido.

—Aqui teneis cien francos para él, estad esta noche en casa de Mr. Desmarests, un escribano cuyas señas son estas. A las nueve estará lista la escritura, pero.... chito.

—Basta, caballero, hasta la vista.

Volvió Julio á su casa, casi tranquilo por la certeza en que estaba de saberlo todo el dia siguiente. Cuando llegó, halló en el cuarto de su portero la carta y uelta á cerrar perfectamente.

—Como estás? dijo á su muger, no obstante la especie de frialdad que los separaban. Los hábitos del corazon son muy difíciles de quitar.

—Bastante bien, Julio, replicó ella con voz de coqueta, quieres comer hoy al lado mio?

—Sí, respondió él dandole la carta.

—Fouquereau me ha entregado esto para tí.

Clemencia, que estaba pálida, se sonrojó en extremo al ver la carta, y este súbito sonrojo causó el mas vivo dolor á su marido.

—Es de alegría? dijo él riendose. Es efecto de esperarla?

—Oh! hay aquí muchas cosas, dijo ella mirando el sello.

—Os dejo, señora.

Y se fué á su gabinete donde escribió á su hermano sus intenciones relativas á constituir la renta vitalicia destinada á la viuda Gruget.

Cuando volvió halló su comida preparada en una mesita, junto á la cama de Clemencia, y á Josefina para servirle.

—Si estubiese en pié, con que placer te serviría, dijo ella cuando Josefina los dejó solos. Oh! basta de rodillas, repuso pasando sus manos pálidas sobre la cabellera de Julio. Caro y noble corazon, has sido de contado muy bondadoso y muy bueno para mí. Me has hecho mas bien, con tu confianza, que podrian hacerme todos los médicos de la tierra. Esta delicadeza de muger, porque sabes amar como una muger, tu... has espaciado en mi alma no sé que bálsamo que casi me ha curado. Hay treguas, Julio, aceresa tu cabeza que quiero besarla.

Julio se levantó, y no pudo negarse al placer de abrazar á su Clemencia. Pero no hizo esto sin dejar de tener algunos

te es la que hemos hecho! no es nuestro mejor elogio. Una madre, caballero, que es buena madre, porque he ocultado sus consecuencias, y la he tenido siempre en mi regazo quitando... me el pan de la boca... y dandoselo todo... Pues bien, no! Víene, os mima, os dice:—Buenos días, madre. Y he aquí cumplidos sus deberes con el autor de sus días. Pero no tenga cuidado, Tendrá hijos, un día u otro, y verá lo que es ...

—Que, no hace nada por vos...

—Ah! nada, no, señor, no digo eso, si no hiciese nada, eso teria muy poca cosa. Me paga mi casa, me da leña y treinta y seis francos al mes... Pero, caballero, en mi edad, cincuenta y dos años, con los ojos que me faltan de noche, deberé trabajar? Por otra parte, por que no me quiere ella? Le causa vergüenza? que lo diga inmediatamente... En verdad, sera menester enterrarse para estos perros hijos que os han olvidado así que han cerrado la puerta.

Sacó el pañuelo saliendo con él un billete de lotería que cayó al suelo, pero ella lo cogió prontamente diciendo:

—Es el finiquito de mis imposiciones!

Julio penetró al instante la causa de la sabia parsimonia con que se quejaba la madre, y se aseguró del consentimiento de la viuda Gruget al negocio propuesto.

—Y bien, señora, dijo él, aceptais pues lo que os ofrezco?

—Deciais pues, caballero, diez mil francos al contado, y seiscientos francos de renta vitalicia.

—Señora, he cambiado de parecer y os prometo ahora mil y ochocientos francos de renta vitalicia. El negocio, hecho así, me parece mas conveniente á mis intereses y á los vuestros. En efecto, cincuenta escudos al mes, durante el resto de vuestros días, deben dispensaros de trabajar, eh.... Que os parece?

—Vaya, sí, señor.

—Ireis al ambigú-Cómico, á casa de Franconi, á todas partes.

—Ah! no me gusta Franconi, respecto á que no se habla allí. Pero señor, si acepto, es porque será muy ventajoso á mi hija. En fin no estaré masá sus costillas. Pobre niña, ademas, no le deseo mas sino que esté contenta. Caballero, es preciso que la juventud se divierta. Y pues, si me asegurais que no haré daño á nadie.

—A nadie, repitió Julio, pero vamos que vais á hacer? —Y bien, caballero, dando esta noche á Mr. Ferragus una infusionista de adormideras, dormira mucho el buen hombre... Y lo necesita bien, por sus padecimientos; porque sofre que da compasion. Pero tambien, decidme que invencion es esta que un hombre sano se quemé la espalda, para quitarse un dolor de

clavo que no lo atormenta sino de dos en dos años! Pero volviendo á nuestro asunto, tengo la llave de mi vecina, cuya habitacion está encima de la mia, y tiene una pared medianera con la alcoba de Ferragus. Está en el campo por diez dias. Y así, haciendo un agujero, durante la noche, en la pared, los oireis y lo vereis á vuestro placer. Tengo intimidad con un cerrajero, hombre muy amable que hará esto sin ser visto ni sabido.

—Aqui teneis cien francos para él, estad esta noche en casa de Mr. Desmarests, un escribano cuyas señas son estas. A las nueve estará lista la escritura, pero.... chito.

—Basta, caballero, basta la vista.

Volvió Julio á su casa, casi tranquilo por la certeza en que estaba de saberlo todo el dia siguiente. Cuando llegó, halló en el cuarto de su portero la carta vuelta á cerrar perfectamente.

—Como estás? dijo á su muger, no obstante la especie de frialdad que los separaban. Los hábitos del corazon son muy difíciles de quitar.

—Bastante bien, Julio, replicó ella con voz de coqueta, quieres comer hoy al lado mio?

—Sí, respondió él dandole la carta.

—Fouquereau me ha entregado esto para tí.

Clemencia, que estaba pálida, se sonrojó en extremo al ver la carta, y este súbito sonrojo causó el mas vivo dolor á su marido.

—Es de alegría? dijo él riendose. Es efecto de esperarla?

—Oh! hay aqui muchas cosas, dijo ella mirando el sello.

—Os dejo, señora.

Y se fué á su gabinete donde escribió á su hermano sus intenciones relativas á constituir la renta vitalicia destinada á la viuda Gruget.

Cuando volvió halló su comida preparada en una mesita, junto á la cama de Clemencia, y á Josefina para servirle.

—Si estubiese en pié, con que placer te serviría, dijo ella cuando Josefina los dejó solos. Oh! hasta de rodillas, repuso pasando sus manos pálidas sobre la cabecera de Julio. Caro y noble corazon, has sido de contado muy bondadoso y muy bueno para mí. Me has hecho mas bien, con tu confianza, que podrian hacerme todos los médicos de la tierra. Esta delicadeza de muger, porque sabes amar como una muger, tu... has espaciado en mi alma no sé que bálsamo que casi me ha curado. Hay treguas, Julio, acarea tu cabeza que quiero besarte.

Julio se levantó, y no pudo negarse al placer de abrazar á su Clemencia. Pero no hizo esto sin dejar de tener algunos

torcedores en el corazón: se encontraba pequeño delante de su muger estando siempre dispuesto á hallarla inocente. Tenía esta una especie de alegría triste. Una casta esperanza brillaba en su cara en medio de la expresión de sus penas.

Parecían igualmente desgraciados en estar obligados á engañarse uno á otro, y ademas una caricia, iban á manifestarselo todo, no resistiendo á sus dolores!

— Mañana á la noche, Clemencia.

— No, señor, mañana á mediodía, lo sabréis todo, y os arrodillareis delante de vuestra muger. Oh! no, no te humillarás; no, estas enteramente perdonado; no, tu no tienes culpas. Escucha: ayer, me destrozaste muy asperamente; pero mi vida no hubiera podido ser completa sin esta angustia: esto será una sombra que hará valer los días celestiales.

— Me hechizas!.... esclamó Julio, y me darán remordimientos.

— Pobre amigo, el destino es superior á nosotros, y yo no soy cómplice de mi destino.... Mañana voy á salir.

— A qué hora? preguntó Julio.

— A las nueve y media.

— Clemencia, respondió Mr. Desmarests, precavete, consulta al doctor Méo.

— No consultaré sino á mi corazón y á mi valor.

— Te dejo libre, y no vendré á verte hasta el mediodía.

— No me acompañarás un poco esta noche?... no estoy mala ya...

Después de concluidos sus negocios, volvió Julio al lado de su muger, llevado por una atracción invencible. Su pasión era más fuerte que todos sus dolores.



en la noche, la noche, la noche,

IV.

¿DONDE IR A MORIR?

Al día siguiente, á eso de las nueve salió Julio de su cama, corrió á la calle de Enfants-Rouges, subió y llamó en casa de la viuda Gruget.

— Ah! sois hombre de palabra, exacto como la aurora. Entrad pues, caballero, le dijo la vieja pasamanera cuando lo conoció.

Y así que cerró la puerta:

— Os he preparado una taza de café con nata de leche, para el caso en que.... repuso aquella. Ah! de nata legítima, un puchero que he ordeñado yo misma en la vaqueriza que hay en el mercado de Enfants-Rouges.

— Gracias, señora. No, nada; conducidme...

— Bien, bien, mi querido caballero. Venid por aquí.

Entonces la viuda condujo á Julio á una vivienda situada encima de la suya, y en la cual le mostró, triunfalmente, un agujero del tamaño de una pieza de cuarenta sueldos, hecho durante la noche en un sitio correspondiente á los florones más altos y más oscuros del papel con que estaba forrada la habitación de Ferragus. Esta abertura se hallaba, en una y otra pieza, encima de un armario. Los pocos escombros hechos por el cerrajero no habían dejado señales por ningún lado de la pared, y era muy difícil ver en la sombra aquella especie de tronera. También Julio se vio obligado, para mantenerse allí, y para ver bien, á estar en una postura muy molesta, encaramándose sobre un banquillo que la viuda Gruget había tenido cuidado de llevarle.

— Está con un caballero... dijo la vieja al retirarse.

Julio advirtió en efecto un hombre ocupado en curar las llagas de las espaldas de Ferragus, cuya cabeza reconoció por la descripción que de ella le había hecho Maulincour.

—Cuando crees que estaré curado? preguntó aquel.

—No sé, respondió el desconocido; pero, según dicen los médicos, serán menester seis ó siete curas.

—Pues bien! hasta la noche, dijo Ferragus dando la mano al que acababa de poner la última venda del aparato.

—Hasta la noche, respondió el desconocido, apretando cordialmente la mano de Ferragus. Deseo verte libre de padecimientos.

—En fin, los papeles de Mr. de Funcal nos serán entregados mañana. Enrique Bourignad está bien muerto, repuso Ferragus. Las dos fatales cartas que tan caras nos han costado no existen ya. Llegaré á ser pues alguna cosa social, un hombre entre los hombres, y yo valgo tanto como el marino que se comieron los peces. Dios sabe si es para mí para quien trabajó.....

—Pobre Graciano! tú, nuestra más fuerte cabeza, nuestro querido hermano, tú eres el benjamín de la cuadrilla, lo sabes.....

—Adios, observad bien á mi Maulincour.

—Vive en paz en cuanto á este punto.

—Eh, marqués! gritó el viejo.

—Qué?

—Ida es capaz de todo, después de la escena de ayer noche. Si se echa al agua, no la sacaré yo ciertamente, guardará mejor el secreto de mi nombre, el solo que ella posee; pero no la pierdas de vista, porque, además, es una buena muchacha.

—Bien.

Y el desconocido se retiró.

Diez minutos después, Mr. Julio, oyó, no sin calofrio, el ruido particular de los vestidos de seda, y casi reconoció el sonido de las pasos de su mujer.

—Y bien, padre mio, dijo Clemencia. Pobre padre mio, como estás? Que valor!

—Ven, hija mia..... respondió Ferragus alargándole la mano.

Y Clemencia le presentó su frente que él abrazó.

—Veamos, qué tienes, pobre niña? Que nuevas penas....

—Las penas, padre mio, son la muerte de vuestra hija que tanto amais... Segun os escribí ayer, es preciso absolutamente que en vuestra cabeza, tan fértil en ideas, halleis el medio de ver á mi pobre Julio, hoy mismo. Si supieseis que bueno es conmigo, no obstante las sospechas tan legítimas, en la apa-

riencia. Padre mio, mi amor es mi vida... Quereis verme morir? Ah! ya he padecido bastante. Y, lo conozco, mi vida está en peligro.

—Perderte, hija mia, dijo Ferragus, perderte por la curiosidad de un miserable parisien!.... Ah! sabes lo que es un amante, pero no sabes lo que es un padre!...

—Me asustais cuando me mirais así. No pongais en balanza dos sentimientos tan diferentes. Tenia un esposo antes de saber que vivia mi padre...

—Si tu marido ha besado, el primero, tu frente, respondió Ferragus, yo, el primero, la he regado con lágrimas... Tranquilízate, Clemencia! Habla con toda franqueza! Te amo lo bastante para ser feliz con saber que tu lo eres, aunque tu padre no sea casi nada en tu corazón, mientras que tu ocupas todo el suyo.

—Dios mio, semejantes palabras me hacen mucho bien!.... Os haceis amar cada vez mas, y me parece que esto es robar alguna cosa á Julio. Pero, mi buen padre, pensad que estoy desesperada. ¿Que le diré dentro de dos horas?....

—Hija! no esperé tu carta para saber que desgracia te amenazaba? ¿Y que sera de aquellos que se ocupan en turbar tu felicidad, ó ponerse entre nosotros? ¿No has conocido nunca á la segunda providencia que vela sobre ti? ¿No sabes que esos hombres llenos de fuerza y de inteligencia forman un acompañamiento en torno de tu amor y de tu vida, dispuestos á todo para vuestra conservacion? ¿No es tu padre quien arriesgaba la vida yendo á verte en los paseos, ó á admirarte en tu cama en casa de tu madre, durante la noche? ¿No es tu padre á quien un recuerdo de tus caricias infantiles ha dado solamente la fuerza de vivir, en el momento en que un hombre de honor debia matarse para librarse de la infamia? ¿No soy Yo en fin, yo el que no respira sino por tu boca, que no ve sino por tus ojos, que no siente sino por tu corazón, soy yo el que no podria defender con uñas de león, con el alma de un padre, mi solo bien, mi vida, mi hija?... Empero... después de la muerte del ángel que fué tu madre, no he pensado mas que en una sola cosa, en la dicha de declararte hija mia, de estrecharte en mis brazos, á la faz del cielo y de la tierra, á matar al forzado....

—Hubo aquí una corta pausa.

....En darte un padre, prosiguió él, en poder apretar sin vergüenza la mano de tu marido, en vivir sin temor en vuestros corazones, en decir á todo el mundo al verte:—»Esta es mi hija!» en fin, en ser padre á mi libertad....

—O padre mio, padre mio!

—Despues de muchas fatigas, despues de haber registrado el globo, dijo Ferragus continuando, mis amigos me han encon-

trado una piel de hombre que vestirme. Voy á ser dentro de algunas horas Mr. de Funeal, un conde portugues. Querida hija, hay pocos hombres que puedan á mi edad tener la paciencia de aprender el portugues y el ingles, que jaquel diablo de mas rino sabia perfectamente.

—Mi querido padre!

—Todo está previsto, y dentro de algunas horas, su magestad Juan VI, rey de Portugal, será cómplice mio. No te hace falta mas que un poco de paciencia, cuando tu padre tiene mucha. Pero yo, era muy sencillo! Que no haria para recomendar tu sacrificio durante estos tres años? Venir tan religiosamente á consolar á tu anciano padre! arriesgar tu felicidad!

—Padre mio!

Y Clemencia tomó las manos de su padre, y las besó.

—Vamos, un poco de valor mas, Clemencia mia; guardemos el seereto fatal hasta el fin. Julio no es un hombre ordinario; pero sin embargo no sabemos si su caracter y su estremado amor determinarán una especie de menosprecio á la hija de un.....

—Oh! exclamó Clemencia, habeis leido en el corazon de vuestra hija!

Y añadió con un tono que destrozaba el corazon:

—No tengo otro miedo! Este pensamiento me hiela. Pero, padre mio, pensad que le he prometido decirle la verdad dentro de dos horas.....

—Pues bien, hija mia, dile que vaya, á la embajada de Portugal, á ver al conde de Funcal, tu padre... Estaré allí.

—Y Mr. de Maulincour que le ha hablado de Ferragus! Por Dios! padre mio, engañar, engañar, que suplicio!

—A quien lo dices tu? Dentro de algunos dias, no existirá un hombre que pueda desmentirmee... Por otra parte, Mr. de Maulincour debe estar fuera de estado de acordarse... Vamos, tonta, enjuga tus lágrimas y piensa.....

En este momento, resonó un terrible grito en la habitacion donde estaba Julio Desmarests.

—Mi hija! mi pobre hija!...

Este clamor pasó por la pequeña abertura hecha sobre el armario, y llenó de terror á Ferragus y á Mad. Julia.

—Ve á ver que es eso, Clemencia.

Clemencia bajo rápidamente la escalera pequeña, halló ascierta de par en par la puerta de la habitacion de Mad. Gruget, oyó los gritos que resonaban en el piso superior, subió la escalera, llegó, atraída por el ruido del llanto, hasta la vivienda fatal donde, antes de entrar, llegaron á sus oídos estas palabras:

—Vos sois, caballero, con vuestras aprehensiones, la causa de su muerte.

—Callaos, miserable, decía Julio poniendo su pañuelo en la boca de Mad. Gruget, que gritó:

—Al asesino, socorro.....

En este momento, entró Clemencia, vió á su marido, dió un grito y huyó.

—Quien salvará á mi hija? preguntó la viuda Gruget despues de una larga pausa. La habeis asesinado...

—Y como? preguntó maquinalmente Mr. Julio, asombrado de haber sido conocido por su muger.

Leed, caballero, gritó la vieja deshecha en lágrimas. Hay rentas que puedan consolar de esto.....

”Adios, madre mia! te lego todo lo que tengo. Te pido perdon de mis faltas y de la ultima pena que te doy poniendo fin á mis dias. Enrique, á quien amo mas que á mi misma, me ha dicho que hacia su desgracia, y pues él me ha repelido de si, y he perdido todas mis esperanzas de establecerme, voy á ahogarme. Iré al puente de Neuilly para no ser puesta al público. Si Enrique no me aborrece despues de haberme yo castigado con la muerte, suplicale haga enterrar á una pobre muchacha cuyo corazon no ha latido mas que para él, y que me perdone, porque he tenido la falta de mezclar me en lo que no me pertenecia. Cúrale bien sus cantaridas. Como ha padecido este pobre. Tendré pues para destruirme el valor que él tuvo para hacerse quemar. Haz llevar los corsés concluidos á casa de mis parroquianas. Y pide á Dios por tu hija

”IDA.”

—Llevad esta carta á Mr. de Funcal, que está ahí. Si aun es tiempo, él solo puede salvar á vuestra hija.

Y Julio desapareció salvándose como un hombre que hubiera cometido un erimen. Sus piernas temblaban. Su corazon ensanchado recibia mares de sangre mas calientes, mas copiosos que en ningun momento de su vida, y los despedia con una fuerza no acostumbrada. Las ideas mas contradictorias combatian en su alma, y sin embargo un pensamiento bis dominaba todas. No habia sido leal con la persona que mas amaba, y le era imposible transigir con su conciencia, cuya voz, creciendo en razón de la maldad, correspondia á los gritos intimos de su pasion, durante las mas crueles horas de duda que le habian agitado precedentemente. Estubo, durante la mayor parte del dia, errante en Paris y no atreviendose á volver á su casa. Este hombre honrado temblaba encontrar la frente irrepreensible de aquella muger desconocida.

Los crímenes son en razón de la pureza de las conciencias, y el hecho que, para tal corazón, es apenas una falta en la vida, toma las proporciones de un crimen para ciertas almas cándidas. La palabra candor no tiene en efecto un alcance celestial? Y la más leve mancha impresa en el blanco vestido de una virgen no hace en ella alguna cosa innoble, como lo son los harapos de un mendigo. Entre estas dos cosas, la sola diferencia que hay es la que existe entre la desgracia y la culpa. Dios nunca mide el arrepentimiento; no lo corta, y es menester tanto para borrar una mancha, como para hacerle olvidar toda una vida.

Estas reflexiones pesaban con todo su peso sobre Julio, porque las pasiones no perdonan más que las leyes humanas, y razonan más de positivo: no se apoyan sobre una conciencia propia, infalible como lo es un instinto?

Julio, desesperado, entró en su casa, pálido, aniquilado bajo el sentimiento de sus faltas, pero manifestando, á pesar suyo, la alegría que le causaba la inocencia de su muger. Entró en su casa enteramente palpitante; la vió acostada; tenía fiebre; se sentó junto á la cama, le tomó la mano, la besó, la cubrió con sus lágrimas.

—Querido angel, le dijo él así que estuvieron solos, el arrepentimiento....

—Y de qué? replicó ella.

Al decir esta palabra, inclinó la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos y quedó inmóvil, guardando el secreto de sus padecimientos por no asustar á su marido: delicadeza de madre, delicadeza de angel; era toda la muger en una palabra! El silencio duró largo tiempo. Julio, creyendo que Clemencia dormía, fué á preguntar a Josefina acerca del estado de su ama.

—La señora entró medio muerta. Mandamos por el médico.

—Vino? que dijo?....

—Nada, señor. No le pareció bien, ordenó que nadie estuviese al lado de la señora, excepto la que la asistiese, y dijo que volvería á prima noche.

Mr. Julio entró sin meter ruido en la alcoba de su muger; se sentó en un sillón, y quedó inmóvil delante de la cama, fijos los ojos sobre los de Clemencia. Cuando ella alzaba sus párpados, lo veía al instante y se escapaba, de entre sus pestañas dolorosas, una mirada tierna, llena de pasión, exenta de represión y de pena, una mirada que caía como un dardo de fuego sobre el corazón de aquel marido cruelmente absuelto y siempre amado por esta criatura matada por él. La muerte era entre ellos un presentimiento que los hería igualmente. Sus miradas se unían en una misma angustia, como sus corazones se

unian en otro tiempo en un mismo amor, igualmente sentido, igualmente participado. Nada de cuestiones, sino de horribles certidumbres. En la muger, generosidad perfecta; en el marido, remordimientos horribles; luego, en las dos almas, una misma visión de éxito, una misma sensación de fatalidad.

Hubo un momento en que, creyéndola dormida, Julio la besó suavemente en la frente, y dijo, después de haberla contemplado largo tiempo:

—Dios mio, déjame este ángel todavía algún tiempo para que absuelva yo mismo de mis culpas con una larga adoración.... Soltera, es sublime, pero no sé una palabra para calificar la muger!.....

Clemencia alzó los ojos, estaban llenos de lágrimas.

—Me has hecho mal!... dijo ella con un sonido de voz débil.

La noche estaba avanzada, vino el médico, y suplicó al marido que se retirara durante su visita. Cuando salió, Julio no le hizo pregunta alguna, no le fué necesario mas que un gesto.

—Llamad para una consulta a aquellos compañeros míos en que tuviereis mas confianza; puedo equivocarme.

—Pero, doctor, decidme la verdad. Soy hombre, podré escucharla; y ademas tengo el mayor interés en saberla para arreglar ciertas cuentas.....

—Mad. Julia está atacada de muerte, respondió el médico. Hay una enfermedad moral que hace progresos y que complica su situación física, ya muy de peligro, pero agravada mas por las imprudencias: levantarse de noche con los pies desnudos; salir cuando se lo había prohibido; salir ayer á pie, hoy en coche. Ha querido matarse! Sin embargo mi sentencia no es irrevocable; hay juventud, una admirable fuerza nerviosa... Sería menester arriesgarlo todo con algún reactivo violento; empero nunca tomaré sobre mí el ordenarlo; ni aun lo aconsejare; y, en junta, me opondré á que se emplee.

Entró Julio. Por espacio de once días y once noches, estuvo al lado de la cama de su muger, no durmiendo mas que algunas horas durante el día, apoyando la cabeza sobre los pies de la cama. Nunca hombre alguno ha sido mas cuidadoso y mas afectuoso con su muger enferma. No permitía que se le sirviese en lo mas mínimo á Mad. Julia; le tenía siempre cogida la mano, y parecía querer comunicarle así la vida. Hubo incertidumbres, falsas alegrías, días buenos, uno mejor, el de la crisis, en fin las horribles nutaciones de la muerte que vacila, que balanza.....

Mad. Julia hallaba siempre fuerza para poner cara risueña á su marido, lo compadecía, sabiendo que pronto estaría solo. Era una doble agonía, la de la vida, la del amor; la vida empero se iba debilitando, y el amor creciendo. Fué una noche

terrible aquella en que Clemencia experimentó el delirio que precede siempre á la muerte en las personas jóvenes. Habló de su amor feliz, habló de su padre; contó las revelaciones de su madre en el lecho de la muerte, y las obligaciones que le había impuesto. Bregaba, no con la vida, con la pasión, que no quería dejar.

— Haced, Dios mio, dijo ella, que no sepa que quisiera verlo morir conmigo!.....

Afortunadamente, Julio, no pudiendo resistir semejante espectáculo, estaba en este momento en la sala inmediata, y no oía los votos que hubiera obedecido.

Cuando pasó la crisis, Mad. Julia volvió á tener fuerzas. El dia siguiente, estaba hermosa, tranquila; habló; tenía esperanzas; se adornó como se adornan las enfermas. Luego quiso estar sola todo el dia, y despidió á su marido con una de aquellas súplicas hechas con tantas instancias que se oyen como las súplicas de los niños. Por otra parte, Mr. Julio necesitaba aquel dia.

Fué á casa de Mr. de Maulincour á fin de exigirle el duelo á muerte convenido poco tiempo antes entre ellos. No llegó sino con grandes dificultades á ver al autor de este infiernito; empero, sabiendo que se trataba de un asunto de honor, el vidame obedeció á las preocupaciones que habían siempre gobernado su vida, é introdujo á Julio donde estaba el baron.

Mr. Desmarest preguntó por el baron de Maulincour.

— Oh! él es.... dijo el comendador mostrandole un hombre sentado en un sillón junto al fuego.

— Que! Julio!.... dijo el moribundo con voz cascada.

Augusto había perdido la sola facultad que nos hace vivir, la memoria.

A su aspecto, Mr. Desmarest retrocedió horrorizado. No podía reconocer al joven elegante en una cosa sin nombre, en ningún idioma, segun el dicho de Bossuet. Era en efecto un cadáver con cabellos blancos, huesos apenas cubiertos por una piel arrugada, marchita, seca, ojos blancos y sin movimiento, una boca horriblemente entreabierta, como lo están las de los locos ó las de los licenciosos muertos por sus excesos. Ninguna marca de inteligencia existia ya ni sobre su frente, ni en ninguna otra facción, así como no tenía ya, en su encarnación afeminada, ni color soturoso, ni apariencia de la circulación de la sangre. En fin era un hombre achicado, disuelto, llegado al estado en que están los monstruos conservados en el Museo, en frascos donde nadan en espíritu de vino. Julio creyó ver encima de aquella cara la terrible cabeza de Ferragus, y esta completa venganza espantó al odio. El ma-

rido encontró piedad en el corazón para los dudosos restos del que había sido poco antes un joven.

— El duelo se ha verificado, dijo el comendador.

— El caballero ha matado á muchas personas! exclamó dolorosamente Julio

— Y personas muy queridas, añadió el anciano. Su abuelo se muere de pena, y yo le seguiré á la tumba!

El dia siguiente á esta visita, Mad. Julia empeoró de hora en hora. Se aprovechó de un momento de fuerza para tomar una carta de debajo de su almohada, la presentó con viveza á Julio, y le hizo una señal fácil de comprender. Quería darle en un beso su último aliento de vida. Lo dió, y murió. Julio cayó medio muerto y fué llevado á casa de su hermano.

Allí, como deploraba, en medio de sus lágrimas y de su delirio, la ausencia que había hecho el dia antes, su hermano le hizo saber que aquella separación fué vivamente deseada por Clemencia, que no había querido que presenciase el aparato religioso, tan terrible á las imaginaciones tiernas, y que la iglesia desplega al administrar á los moribundos los últimos sacramentos.

— No hubieras resistido, le dijo su hermano. Yo mismo no pude presenciar aquel espectáculo, y todos se deshacían en lágrimas. Clemencia parecía una santa. Cobró fuerzas para despedirse de nosotros; y aquella voz, oída por última vez, desgarraba el corazón. Cuando pidió perdón de los disgustos involuntarios que podía haber causado á los que la había servido, hubo un grito mezclado de llanto, un grito.....

— Basta, dijo Julio, basta!.....

Quiso estar solo para leer los últimos pensamientos de aquella muger que el mundo había admirado y que había pasado como una flor.

— Muy amado mio, este es mi testamento. ¿Por qué no se ha de hacer testamento para los tesoros del corazón como se hace para los demás bienes? pues qué mi amor no es todo mi caudal? No quiero ocuparme aquí mas que de mi amor: fué todo el caudal de Clemencia, y todo lo que puede dejarte al morir. Julio, todavía soy amada: muero feliz! Los médicos explican mi muerte a su manera. Yo te la diré, aunque te cause alguna pena. No quiero llevar en un corazón todo tuyo, secreto alguno que no te se hubiese dicho, cuando muero víctima de una discrección necesaria.

— Julio, he sido criada, educada en la mas profunda soledad, lejos de los vicios y de las mentiras del mundo, por la muger amable que tu has conocido. La sociedad hacia justicia á sus prendas sociales, por las cuales una muger agrada á la sociedad, pero, yo gozé en secreto de un alma celestial, y pude querer á

a madre que hacia de mi infancia un contento sin disgusto, ~~en~~
biendo bien, porque la queria yo. No es esto amar dos veces?
Si, la amaba, la temia, la respetaba, y nada me pesaba en el
corazon, ni el respeto, ni el temor. Yo era todo para ella, ella
todo para mi. Durante diez y nueve años, enteramente felices,
indiferentes, mi alma, solitaria en medio del mundo que ame-
naza al rededor mio, no rechazo mas sino la mas pura imagen,
la de mi madre, y me complacia en permanecer pura delante de
Dios. Mi madre cultivaba en mi todos sus pensamientos nobles
y graves. Ah! tengo un placer en confesartelo, Julio! ahora se
que he sido joven soltera, que vine á tu poder con el corazon
virgen.

"Cuando sali de aquella profunda soledad; cuando, por pri-
mera vez, compuse mis cabellos adornandolos con flores de al-
mendro; cuando por complacencia añadi algunos nudos de raso
á mi traje blanco, pensando en el mundo que iba á ver y que
estaba curiosa por ver; pues bien! Julio, esta inocente y mode-
sta coqueteria fué hecha para ti; porque á mi entrada en el
mundo, te vi, á ti, el primero. Tu figura, la noté, resaltaba so-
bre todas las demas; tu persona me agrado; tu voz y tus mo-
dales me inspiraron favorables presentimientos; y cuando viniste,
me hablaste, con tu cara sonrojada, que tu voz tembló, aquel
momento me dió memorias con que palpito aun al escribirte
hoy, y pienso en ellas por ultima vez. Nuestro amor fué en un
principio la mas viva de las simpatias, pero pronto fué penetra-
do mutuamente; luego, al punto participado, como despues sen-
timos igualmente sus innumerables placeres. Desde entonces,
mi madre no estubo en mi corazon mas que en segundo lugar.
Se lo decia y se sonreia, la adorable señora! Luego, he sido tuya,
toda tuya. Esta es mi vida, toda mi vida, querido esposo
mio. Y ve aqui lo que me queda que decirte.

"Una noche, algunos dias antes de morir, mi madre me re-
veló el secreto de su vida, derramando lágrimas. Te amé mu-
cho mas, cuando supe, delante del sacerdote que debia absolu-
ver á mi madre, que existian pasiones condenadas por el mundo
y por la iglesia. Empero, ciertamente, Dios no debe ser severo
cuando están en pecado almas tan tiernas como era de la de mi
madre; solamente, aquel ángel no podia resolverse al arrepenti-
miento. Amaba mucho, Julio.. Ella era todo amor. Todos los dias
he pedido á Dios por ella, sin juzgarla. Entonces supe que habia
en Paris un hombre cuya vida y cuyo amor era yo, que tu caudal
era obra suya, y que te amaba; que estaba desterrado de la socie-
dad, que tenia un nombre infamado, que esto era peor para mi,
para nosotros, que para él. Mi madre era todo su consuelo, y mi
madre moria. Prometi reemplazarla, porque, en todo el ardor de
un alma cuyos sentimientos nada habia falseado, no vi sino la fe-

lidad de endulzar la pena que entristecia los últimos momentos
de mi madre. Me obligué pues á continuar esta obra de caridad
secreta, c aridad del corazon. La primera vez que vi á mi padre, fué
junto á la cama donde mi madre acababa de spirar. Cuando alzó
sus ojos llenos de lágrimas, fué para hallar en mí todas sus espe-
ranzas muertas. Juré yo, no mentir, sino guardar silencio; y este
silencio, que muger lo hubiera quebrantado? Esa es mi falta, Julio,
una falta espiada con la muerte! He dudado de ti. Pero el temor
es tan natural en la muger, y principalmente en la muger que sa-
be todo lo que ella puede perder! Temblé por mi amor. El se-
creto de mi padre me parecia ser la muerte de mi felicidad, y
mientras mas amaba, mas miedo tenia. No me atrevia á confiar
este sentimiento á mi padre, hubiera sido herirle, y en su si-
tuacion, toda herida era viva. Empero, sin decirmelo, parti-
cipaba de mis temores. Esta querida y noble criatura, este
corazon enteramente paternal temblaba por mi dicha tanto co-
mo yo, y no se atrevia á hablar obedeciendo á la misma de-
licadeza que me hacia ser muda. Si, Julio, crei que podrias
un dia no amar á la hija de Graciano, tanto como amabas á tu
Clemencia. A no ser por este profundo terror, te hubiera oculta-
do cosa alguna, á tí que estas aun todo entero en lo inter-
ior de mi corazon? El dia, en que aquel odioso, aquel desgra-
ciado oficial te hablo me vi forzada á mentirte. Aquel dia,
por segunda vez en mi vida, conocí el dolor, y este dolor ha ido
creciendo hasta el momento en que te hablo por ultima vez.
Que importa ahora la situacion de mi padre? Lo sabes todo. Hu-
biera, ayudandome mi amor, vencido la enfermedad, soportado
todos los padecimientos, pero no hubiera podido ahogar la voz
de la duda. No es posible que mi origen altere la pureza de tu
amor, la debilite, la disminuya? Este temor, nada puede des-
truirlo en mí. Tal es, Julio, la causa de mi muerte. No podria
vivir teniendo temor de una palabra, de una mirada; una palabra
que quizá no diras nunca, una mirada que no dejarás escapar;
pero que quieras? las temo. Muero amada, este es mi consuelo.
He sabido que, de cuatro años acá, mi padre y sus amigos han
revuelto el mundo, para mentir al mundo. A fin de darme un es-
tado, han comprado un muerto, una reputacion, un caudal, todo
esto para hacer revivir un viviente, todo esto para ti, para nos-
otros. No debiamos saber nada de esto. Pues bien! mi muerte
ahorrará sin duda esta mentira á mi padre, morirá de mi muerte.

"Adios pues, Julio, mi corazon está aquí todo entero. Espre-
sarte mi amor en la inocencia de su terror, no es dejarte toda mi
alma? No hubiera tenido fuerza para hablarte, la he tenido para
escribirte. Acabo de confesar á Dios las culpas de mi vida; he
prometido de buena gana no ocuparme mas que del rey de los cie-
los; pero no he podido resistir al placer de confesarme tambien

al que, para mí, es todo sobre la tierra. Ay! quien no me perdonará este último suspiro entre la vida que fué y la que va á ser? Adios pues, mi amado Julio, voy á Dios, junto al cual el amor está siempre sin nubes, junto al cual vendrás un dia. Allí, debajo de esa trona, reunidos para siempre, podremos amarnos durante una eternidad. Esta esperanza puede solo consolarme. Si soy digna de estar allí antes, desde allí, te seguiré en la vida, mi alma te acompañará, te cubrirá, porque tú permanecerás todavía aquí abajo. Ten pues una vida santa para ir seguramente conmigo. Puedes hacer tanto bien en esta tierra! No es una misión angelical para un ser que padece espaciar la alegría en torno de él, dar lo que no tiene? Te dejo á los desgraciados. De sus sonrisas y de sus lágrimas no tendré celos. Hallarémos una gran delicia en estas dulces beneficencias. No podremos vivir todavía juntos, si quieres mezclar mi nombre, á tu Clemencia, en esas buenas obras? Despues de haber amado como amabamos, no hay mas que Dios, Julio! Dios no miente, Dios no engaña. No adores si no á él, lo quiero así. Cultívalo en todos los que padecen, consuela los miembros doloridos de su iglesia. Adios, querida alma que he ocupado, te conozco: no amaras dos veces. Voy pues á esperar feliz con el pensamiento de que hace felices á todas las mugeres. Si, mi tumba será tu corazon. Despues de la infancia que te he contado, mi vida no se ha derramado en tu corazon? Muerta, no me echarás nunca de él. Que envanecida estoy con esta vida única! No me habrás conocido sino en la flor de la juventud, te dejo sinsabores sin desencantos. Julio, esta es una muerte muy feliz.

—Tú que me has comprendido tan bien, permiteme que te recomiende, cosa superflua sin duda, que cumplas un capricho de muger, el voto de unos celos de que somos objeto. Te suplico quemes todo lo que nos hubiese pertenecido, que destruyas nuestra alcoba, todo lo que pueda ser un recuerdo de nuestro amor.

—Te vuelvo á repetir, adios, el último adios, lleno de amor, como lo estará mi último pensamiento y mi último aliento.”

Cuando Julio acabó esta carta, le vino á la mente uno de aquellos enagenamientos cuyas espantosas crisis es imposible presar. Todos los dolores son individuales, sus efectos no están sometidos á ninguna regla fija; ciertos hombres se tapan las orejas para no oír nada; algunas mugeres cierran los ojos para no ver nada; despues se encuentran almas grandes y magníficas que se lanzan al dolor como á un abismo. En hecho de desesperación, todo es verdad.

Julio salió de casa de su hermano, volvió á la suya queriendo pasar la noche al lado de su muger, y ver hasta el último momento á esta criatura celestial.

Caminando con la indiferencia de la vida que conocen las personas que han llegado el último grado de la desgracia, concebia como, en el Asia, las leyes ordenan á los esposos que no se sobrevivan. Queria morir. No estaba aun aniquilado, se hallaba con la fiebre del dolor.

Llegó sin obstaculos, subió á la habitacion sagrada, vió en ella á Clemencia de cuerpo presente, bella como una santa, los cabellos estendidos, las manos juntas, amortajada ya. A la luz de los cirios se veia a un sacerdote que rezaba, a Josefina llorando arrodillada en un rincón, y, junto á la cama á dos hombres. El uno era Ferragus: estaba en pie, inmóvil, y contemplaba á su hija con ojos enjutos, su cabeza podía equivocarse con una de bronce; no vió a Julio. El otro era Jacquet, Jacquet para el cual Mad. Julia había sido constantemente buena. Jacquet había tenido con ella una de aquellas respetuosas amistades que tanto alegran los corazones tranquilos, que son una pasión dulce, el amor menos sus deseos y tempestades; había ido á pagar religiosamente su deuda de lagrimas; a despedirse para siempre de la mujer de su amigo, a besar por primera vez la frente yerta de una criatura que tacitamente había tenido por hermana.

Todo era allí silencio. No era la Muerte terrible de la iglesia, ni la pomposa Muerte que atraviesa las calles; no, era la Muerte introduciéndose en el hogar doméstico, la Muerte lastimera; eran pompas del corazon, lagrimas hortadas a los ojos.

Julio se sentó junto á Jacquet cuya mano apretó, y, sin decirse una palabra, todos los personajes de esta escena permanecieron asi hasta la mañana.

Cuando el dia hizo perder la luz á los cirios, Jacquet, preveyendo las escenas que iban á suceder, se llevó á Julio á la habitacion inmediata.

En este momento el marido miró al padre, y Ferragus miró á Julio. Estos dos dolores se preguntaron, se sondaron, se entendieron por esta mirada. Un rayo de furor brilló de paso en los ojos de Ferragus:

—Tu eres quien la ha matado!.... pensaba.

—Por qué haber desconfiado de mí? parecía responder el marido.

Esta escena fue semejante á la que pasaria entre dos tigres reconociendo la inutilidad de una lucha, despues de haberse examinado durante un momento de perplejidad, aun sin rugir.

—Jacquet, dijo Julio, has cuidado de todo.

—De todo, respondió el jefe de oficina, pero en todas partes se me adelantaba un hombre que todo lo disponia y pagaba.....

—Me arrebata su hija!.... exclamó el marido en un violento rebato de desesperacion.

Entró precipitadamente en la alcoba de su muger; pero ya no estaba allí su padre. Clemencia había sido metida en una caja de plomo, y los oficiales se preparaban para soldar la tapa. Julio se volvió enteramente espantado, y el sonido del martillo de que se servían estos hombres le hizo maquinalmente llorar a lagrima viva.

—Jacquet, dijo él, me ha quedado, de esta noche terrible, una idea, una sola, pero una idea que quiero realizar á toda costa. No quiero que Clemencia quede en un cementerio de París: Quiero quemarla, recoger sus cenizas y guardarlas. No me digas una palabra sobre este asunto, pero haz que se logre. Voy á encerrarme en mi habitación, y permaneceré allí hasta el momento de mi partida. Tu solo entraras, para darme cuenta de tus pasos..... Anda, no ahorres nada.

Durante la mañana, Mad. Julia, después de haber estado espuesta en un túmulo a la puerta de su casa, fué conducida a San Roque. La iglesia estaba toda cubierta de negro. La especie de lujo ostentado para este funeral había atraído mucha gente; porque, en París, todo es un espectáculo, hasta el dolor mas verdadero. Hay personas en las ventanas para ver como llora un hijo siguiendo al cuerpo de su madre, como las hay también que quieren colocarse cómodamente para ver como cae una cabeza. Ningún pueblo del mundo ha tenido ojos mas voraces. Pero lo que admiró particularmente á los curiosos fué el ver las seis capillas laterales de la iglesia de San Roque igualmente colgadas de negro. Dos hombres vestidos de luto asistían a una misa de difuntos en cada una de ellas. No se veía en el banco de los dolientes mas que al escribano Mr. Desmarests y a Jacquet, y fuera de él a los criados. Había, para los eclesiásticos, algo de inexplicable en aquel boato con tan pocos dolientes. Julio no quiso que asistiese a esta ceremonia ninguna persona indiferente.

La misa de cuerpo presente fué celebrada con magnificencia. Además del clero de San Roque, había trece sacerdotes de otras parroquias: así nunca quizás el *Dies irae* ha producido en los cristianos, reunidos casualmente por la curiosidad, un efecto más profundo, mas imponente que lo fué la impresión producida por este himno, en el momento en que lo entonaron ocho voces de sordientes acompañadas por las de los sacerdotes y las de los tipos.

Otras doce voces de niños, que salían de las seis capillas laterales, se mezclaban lamentablemente con aquellas. En toda la iglesia reinaba el espanto; en toda ella, sollozos de angustias respondían á los llantos de terror. Esta espantosa música manifestaba los dolores desconocidos al mundo, y las amistades secretas que lloraban a la muerte.

—Nunca, en religión ninguna humana, los sobresaltos del alma, violentamente arrancados del cuerpo y agitados tempestuosamente, á la vista de la fulminante magestad de Dios, han sido tan vigorosos. Ante este clamor de los clamores, deben humillarse los artistas y sus composiciones mas apasionadas. No, nada puede luchar con este canto que resume las pasiones humanas y les da una vida enteramente galvánica mas allá del ataúd, llevándolas todavía palpitantes ante el Dios viviente y vengador. Estas voces de la infancia, unidas á los sonidos de las voces graves, y que comprenden entonces, en este cántico de muerte, la vida humana con todos sus desarrollos, recordando los padecimientos de la cuna, aumentándose todas las penas de otras edades con los espaciosos acentos de los hombres, con los cánticos temblores de los ancianos y de los sacerdotes; toda esta ruidosa harmonía llena de rayos y de relámpagos no habla á las imaginaciones mas intrépidas, á los corazones mas yertos, y hasta á los filósofos?..... Oyéndolos parece que Dios truena. Las bóvedas de ninguna iglesia no son insensibles; tiemblan, bablan, esparcen el miedo con todo el poder de sus ecos. Creéis ver levantarse innumerables muertos y tender las manos. No es ya ni un padre, ni una esposa, ni un hijo lo que está debajo del paño negro, es la humanidad entera saliendo de su polvo. Es imposible juzgar la religión católica, apostólica y romana, mientras que no se ha experimentado el mas profundo de los dolores, llorando á la persona adorada que yace bajo el cenotafio; mientras que no se han sentido todas las conmociones que os ocupan el corazón, traducidas por el himno marcado con la desesperación, por las voces que destruyen el corazón, por el terror religioso que se aumenta á cada estrofa, que se dirige hacia el cielo, y que asusta, que encoje, que eleva, y que os deja una impresión de la Eternidad en la conciencia, en el momento en que se acaba el último verso. Entonces habeis tocado con la grande idea de lo infinito, y entonces todo calla en la iglesia. No se dice allí ni una palabra; los incrédulos mismos no saben lo que son. El genio español solo ha podido inventar estas grandiosidades singulares para el mas singular de los dolores.

Cuando se acabó la última ceremonia, salieron de las capillas doce hombres de luto, y fueron á escuchar, junto al féretro, el canto de esperanza que la iglesia hace oír al alma del cristiano antes de ir á sepultar la forma humana. Luego cada uno de los doce entró en un coche enlutado; Jacquet y Desmarests subieron al último, los criados siguieron á pie.

De allí á una hora, los doce desconocidos estaban en la

cumbre del cementerio llamado popularmente del Padre-Lachaise, todos en círculo al rededor de una hoyuela donde había sido bajado el ataúd, delante de una muchedumbre curiosa que había acudido de todos los puntos de este jardín público. Luego, después de cortas oraciones, el sacerdote echó un poco de tierra sobre los restos de aquella mujer, y los sepultureros, habiendo pedido su propina, se dieron prisa á llenar la hueca para ir á otra.

Aquí parece concluir la narración de esta historia; pero quizá estaría incompleta, si, después de haber hecho un ligero borron de la vida parisina, si después de haber seguido sus caprichosas ondulaciones, se hubiesen olvidado los efectos de la muerte. La muerte, en París, no se parece á la muerte de ninguna otra capital, y poca personas conocen las contiendas de un amor verdadero en lucha con la civilización, con la administración parisina. Ademas, quizás Mr. Julio y Ferragus **XIII** interesan bastante para que el fin de su vida no sea indiferente. En fin muchas personas quieren enterarse de todo, y querrian saber, como ha dicho el mas ingenioso de nuestros críticos, por qué operación química el aceite arde en la lámpara de Aladín.

Jacquet, hombre administrativo, se dirigió naturalmente á la autoridad para obtener permiso de exhumar el cuerpo de Mad. Julia y quemarlo. Fué á hablar al prefecto de policía bajo cuya protección duermen los muertos. Este funcionario quiso una petición. Fué preciso comprar un pliego de papel sellado, dar al dolor una forma administrativa; fué preciso servirse de la gerigonza oficinista para expresar los deseos de un hombre desolado, á quien faltaban las palabras; fué preciso traducir friamente y poner al margen el objeto de la súplica:

El suplicante
solicta la incineración
de su muger.

Viendo esto, el jefe encargado de informar al consejero de estado prefecto de policía, dijo, leyendo esta apostilla, en que el objeto de la súplica estaba, como él había encargado, claramente expresado:

— Esta es una cuestión grave!... Mi informe no puede estar despachado hasta de aquí á ocho días.

Julio, al cual Jacquet se vió forzado á hablar de esta diligencia, comprendió lo que había oido decir á Ferragus:

— Quemar á París!

Nada le parecía más natural que destruir este receptáculo de monstruosidades.

— Pero, dijo á Jacquet, es preciso acercir al ministro del Interior, y hacerle hablar por tí. Jacquet fué al ministerio del In-

terior, y pidió una audiencia que obtuvo, pero á los quince días. Jacquet era un hombre constante. Andaba pues de oficina en oficina, y llegó hasta el secretario particular del ministro del Interior, al que hizo hablar por el secretario particular del ministro de Negocios extranjeros. Ayudando otras protecciones, tuvo, para el dia siguiente, una audiencia secreta, para la cual, habiéndose prevenido con una esquela del automata de los Negocios extranjeros escrita al bájula del Interior, Jacquet esperó tomar el negocio por asalto. Preparó los razonamientos, las respuestas perentorias, los *en caso*; pero todo se frustró.

— Esto no me corresponde!... dijo el ministro. La cosa concierne al prefecto de policía. Por otra parte no hay ley que dé á los maridos la propiedad de los cuerpos de sus mujeres, ni á los padres la de los de sus hijos. Esto es cosa grave! Luego, hay consideraciones de utilidad pública que exigen que esto se examine. Los intereses de la ciudad de París pueden sufrir por ello. En fin, si el asunto dependiese inmediatamente de mí, no podría decidirme *hic et nunc*, me sería preciso un informe.

El *Informe* está en la administración actual que es lo mismo que el limbo en el cristianismo. Jacquet conocía la manía de informes, y no había esperado esta ocasión para quejarse acerca de esta ridícula burocrática. Sabía que, desde la invasión de los informes, revolución administrativa consumada en 1804, no se había hallado un ministro que tomase sobre sí tener una opinión, decidir la menor cosa, sin que *esta opinión*, esta cosa fuese aechada, zarandeada, limpiada por los embarradores de papel, por los raspadores y las sublimes inteligencias de sus oficinas.

Jacquet (era uno de los hombres dignos de tener á Plutarco por biógrafo) reconoció que se había engañado en la marcha de este negocio, y que lo había hecho imposible queriendo proceder legalmente. Era preciso sencillamente trasportar á Mad. Julia á una de las posesiones de Desmaret; y, allí, bajo la complaciente autoridad de un alcalde de lugar, satisfacer el dolor de su amigo. La legalidad constitucional y administrativa no produce nada. Es un monstruo infecundo para los pueblos, para los reyes y para los intereses privados; mas los pueblos no saben deletrar más que los principios escritos con sangre; luego las desgracias de la legalidad serán siempre pacíficas.

Entonces Jacquet, hombre de libertad, vino á pensar en los beneficios de la arbitrariedad, porque el hombre no juzga las leyes sino á la luz de sus pasiones. Luego, cuando Jacquet se vió en presencia de Julio, le fué preciso engañarle, y el desgraciado, atacado de una fiebre violenta, estuvo dos días en cama.

El ministro habló, aquella misma tarde, en una comida ministerial, del capricho que tenía en un parisense de hacer quemar á su mujer á la manera de los romanos. Entonces las tertulias de París se ocuparon un momento de los funerales antiguos. Poniéndose de moda las cosas antiguas, algunas personas hallaron que sería bello restablecer, para los grandes personajes, la pira funeral. Esta opinión tuvo sus detractores y sus defensores. Los unos decían que había muchos grandes hombres, y que esta costumbre haría encarecer la leña de las chimeneas; que en un pueblo tan inconstante en sus voluntades como lo era el francés, sería ridículo ver, en cada término, un Longchamp de antepasados paseados en sus urnas; luego, que, si las urnas tenían valor, podía suceder verlas en almonedas, embargadas, llenas de cenizas respetables, por los acreedores, gente habituada á no respetar nada. Los otros respondían que habría más seguridad para los abuelos en estar así guardados, porque, en tiempo marcado, la ciudad de París se verá obligada á ordenar un dia de San Bartolomé contra sus muertos que le invaden su campo, y amenazan hacerlo un dia en las tierras de Brie. En fin esta fué una de aquellas fútiles y espirituales discusiones de París, que muy á menudo abren llagas muy profundas. Afortunadamente para Julio, ignoró las conversaciones, los dichos, los donaires de que era objeto su dolor en París.

El prefecto de policía se ofendió de que Jacquet hubiese acudido al ministro para evitar la lentitud, la sabiduría de la suprema inspección. La exhumación de Mad. Julia era una cuestión de la superintendencia. Así pues, la oficina de policía trabajaba en responder duramente á la petición, porque bastaba una súplica para que la administración fuese sorprendida; luego, ya sorprendida, las cosas van lejos, con ella. La administración pue de llevar todas las cuestiones hasta el consejo de Estado, otra máquina difícil de mover.

El segundo dia, Jacquet hizo comprender á su amigo que era preciso renunciar á su proyecto; y que, en una ciudad en que el número de lágrimas bordadas en paños negros estaba puesto en tarifa; en que las leyes admitían siete clases de entierros; en donde se vendía al peso de la plata la tierra de los muertos; en que el dolor era esplotado, aserrado, llevado en partida doble; en que se pagaban caro las oraciones de la iglesia; en que la fabrica intervenía para reclamar el aprecio de algunos hilos de voz añadidos al *Dies irae*, todo lo que salía del carril administrativamente trazado al dolor era imposible.

Hubiera sido esto, dijo Julio, una felicidad en mi miseria; había formado el proyecto de morir lejos de aquí, y deseaba tener á Clemencia entre mis brazos en la tumba..... No sa-

bia que la burocracia pudiese meter sus uñas hasta en nuestros ataúdes.

Luego, quiso ir á ver si había junto á su mujer un poco de sitio para él.

Los dos amigos fueron pues al cementerio. Llegados allí, encontraron como en la puerta de los espectáculos como en la entrada de los museos, como en el patio de las diligencias, ciceroni que se ofrecieron á guiarlos en el laberinto del Padre-Lachaise. Les era imposible, tanto á uno como á otro saber donde yacía Clemencia. Horrible angustia!

Fueron á consultar el portero del cementerio. Los muertos tienen un conserje, y hay horas en que los muertos no están visibles. Sería menester recordar todos los reglamentos de la policía superior y subalterna para obtener el derecho de ir á llorar por la noche, en el silencio y en la soledad, sobre la tumba donde yace un ser amado! Hay consigna para el invierno, consigna para el verano.

Ciertamente, el mas feliz de todos los porteros de París es el del Padre-Lachaise. En primer lugar, no tiene que tirar del cordón; luego, en lugar de un cuarto, tiene una casa, un establecimiento que no es enteramente un ministerio, aunque tenga un gran número de administrados, muchos empleados, que este gobernador de los muertos tiene un sueldo y dispone de un poder inmenso de que nadie puede quejarse: comete arbitrariedades á su placer. Su habitación no es una casa de comercio, aunque tiene oficinas, una contabilidad, ingresos, gastos y provechos. Este hombre no es ni un suizo, ni un conserje, ni un portero; porque la puerta que recibe los muertos está siempre abierta; luego, aunque tiene monumentos que conservar, no es un conservador; en fin es una anomalía indefinible; autoridad que participa de todo, y que no es nada, autoridad colocada, como la muerte de que ella vive, fuera de todo. Sin embargo, este hombre excepcional depende de la ciudad de París, ser quimérico como el buque que sirve de emblema, criatura racional movida por mil pies, raramente unánimes en sus movimientos, de suerte que sus empleados son casi inamovibles. El guarda del cementerio es pues el conserje llegado al estado de funcionario no soluble por la destitución.

Su plaza no es por otra parte una prebenda: no deja enterrar una persona sin un permiso, debe dar cuenta de sus muertos, indica en aquel vasto campo los seis pies cuadrados donde pondréis algun dia todo lo que amais, todo lo que aborrecessis, una querida, un primo. Si, sabedlo bien, todos los sentimientos de París vienen á parar á este cuarto, y se hacen administrativos. Este hombre tiene registros para anotar sus muertos; están en su tumba y en sus cartones. Tiene á sus órdenes guardas,

jardineros, sepultureros, ayudantes. Es un personaje. Las personas que lloran no le hablan en un principio. No se presenta sino en los casos graves; un muerto tenido por otro, un muerto asesinado, una exhumación, un muerto que renace. El busto del rey reinante está en la sala, y guarda quizás los antiguos bustos reales, imperiales, casi reales en algún armario, especie de un pequeño Padre-Lachaise para las revoluciones. En fin es un hombre público, un excelente hombre, buen padre y buen esposo, epitafio a parte. Pero tantos sentimientos diversos han pasado delante de él bajo la forma de carro fúnebre; pero ha visto tantas lágrimas, las verdaderas, las falsas; pero ha visto el dolor bajo tantas faces, y en tantas caras, ha visto seis millones de dolores eternos! Para él, el dolor no es más que una piedra de once líneas de grueso y de cuatro pies de alto con veinte y dos pulgadas de ancho. En cuanto a los *sentimientos eternos*, son las incomodidades de su empleo, nunca almuerza ni come sin experimentar la lluvia de una afición inconsolable. Es bueno y tierno para todos los demás afectos, llorará por cualquier héroe de drama, por el hombre asesinado por Macario; pero su corazón está osificado para los verdaderos muertos. Estos son números para él; su empleo es organizar la muerte. Luego al fin se encuentra, tres veces al siglo, una situación en que su papel llega a ser sublime, y entonces, es sublime a toda hora, en tiempo de peste!

Cuando Jacquet se presentó a él, este monarca absoluto estaba muy encolerizado.

—He dicho, gritó, que se regasen las flores desde la calle Massena hasta la plaza de Regnault de San-Juan-de-Angely! Os habeis burlado!... Si á los parientes les da gana de venir hoy que hace buen tiempo, pegarán conmigo; gritaran como diablos; diran horrores de nosotros, y nos calumniaran....

—Caballero, le dijo Jacquet, deseariamos saber donde ha sido enterrada Mad. Julia...

—Mad. Julia que?... preguntó. De ocho días a esta parte, hemos tenido tres Mad. Julia...

—Ah! dijo él interrumpiéndose y mirando a la puerta, ahí esta el entierro del coronel Maulincour, id por el permiso...

—Hermoso entierro, a fe mia! repuso. Ha seguido de cerca a su abuela. Hay familias que corren como por apuesta. Tienen tan mala sangre, estos parisienes!

—Caballero, le dijo Jaquet dandole en el brazo, la persona de que os hablo es Mad. Julia Desmarests, muger de un agente de bolsa.

—Ah! lo sé, respondió mirando a Jacquet. No era un entierro en que venian trece coches enlutados, y un solo pariente en cada uno de los doce primeros? Era esto tan gracioso que nos llamó la atención.

—Caballero, cuidado, Mr. Julio está conmigo; puede oíros y lo que decis no es conveniente.

—Perdonad, caballero, teneis razon. Dispensadme, os tenía por herederos.

—Caballero, repuso consultando un plano del cementerio, Mad. Julia está en la calle del mariscal Lefebvre, calle de árboles número 4, entre la señorita Raucourt, actriz de la Comedia-francesa, y Mr. Moreau-Malvin, carnicero rico, para el cual hay un sepulcro de mármol blanco que será verdaderamente uno de los mas hermosos de nuestro cementerio.

—Caballero, dijo Jacquet interrumpiendo al conserje, no hemos adelantado....

—Es verdad, respondió mirando en toruo suyo.

—Juan! gritó a un hombre que divisó, conducid á estos señores á la sepultura de Mad. Julia, muger de un agente de bolsa. Sabeis! junto á la señorita Raucourt, la tumba donde hay un busto.

Y los dos amigos se marcharon conducidos por un guarda; pero no llegaron al camino pendiente que conducía á la calle superior del cementerio sin haber sufrido mas de veinte proposiciones que los marmolistas, los herreros, los escultores iban á hacerles con una gracia meliflua.

—Si el caballero quiere hacer construir *alguna cosa*, podemos arreglarlo a un buen precio.....

Jacquet fué bastante afortunado en evitar a su amigo estas palabras espantosas para los corazones lastimados, y llegaron al lugar del reposo.

Viendo la tierra movida recientemente, á donde los albañiles habían metido estacas, a fin de marcar el lugar de los pedestales de piedra necesarios al berrero para poner su reja, Julio se apoyó en el hombro de Jacquet, levantándose de cuando en cuando, para echar largas miradas sobre el trozo de greda donde le era preciso dejar los restos del ser para quien vivía aun.

—Que mal está ahí!.... dijo.

—No está ahí, le respondió Jacquet, *esta en tu memoria*. Vamos, ven, deja este odioso cementerio, en el que los muertos están todos adornados como las mugeres en un baile.

—Si le quitasemos de ahí!.....

—Es posible?

—Todo es posible! exclamó Julio.

—Vendré pues ahí, dijo después de una pausa..... Hay sitio.

Jacquet logró sacarlo de aquel recinto dividido como un tablero de damas por rejas de bronce, por elegantes compartimientos donde estaban encerrados los sepulcros, todos enriquecidos con

palmas, inscripciones, lágrimas tan frías como las piedras de que se habían servido las personas desconsoladas para hacer esculpir sus sentimientos y sus armas. Hay allí chistes grabados en negro, epigramas contra los curiosos, ugudezas, despedidas tiernas, citas dadas donde no se halla más que una persona, biografías exageradas, oropel, trapos, lentejuelas. Aquí, tirso; allí, fierros de lanza; mas lejos, urnas egipcias; acá y acullá, algunos cañones; por todas partes, los emblemas de mil profesiones; en fin, todos los estilos: del morisco, del griego, del gótico, frisos, equinos, urnas, genios, templos, muchas siemprevivas marchitas y rosales secos. Es una infame comedia! es aun todo Paris con sus calles, sus muestras, sus industrias, sus palacios; pero visto con el vidrio disminutivo del anteojito, un Paris microscópico, reducido á las pequeñas dimensiones de las sombras, de las larvas, de los muertos, un género humano que no tiene nada más de grande que su vanidad.

Luego Julio divisó a sus pies, en la larga llanura del Sena, entre los ribazos de Vaugirard, de Meudon, entre los de Belleville y de Montmartre, el verdadero Paris, envuelto en un velo azulado producido por el humo, y que la luz del sol hacia entonces diafano. Abrazó con una mirada furtiva las cuarenta mil casas, y dijo, mostrando el espacio comprendido entre la columna de la plaza de Vendôme y la cúpula dorada de los Inválidos:

—Me ha sido arrebata da, por la funesta curiosidad de ese mundo, que se agita y se estrecha, para estrecharse y agitarse!...

A cuatro leguas de allí, en las orillas del Sena, en un modesto pueblo situado en la pendiente de una de las pequeñas colinas que dependen del largo reducto montuoso en medio del cual se mueve el gran Paris, como un niño en su cuna, pasaba una escena de muerte y de luto, pero desprovista de todas las pompas parisienses, sin acompañamiento de hachas, ni de cirios, ni decoches enlutados, sin oraciones católicas, la muerte sencilla enteramente. Este es el hecho.

El cuerpo de una joven había venido por la mañana a encallar, en el fango y los juncos del Sena. Unos que iban a sacar arena para una obra, la vieron al subir a su fragil barquilla.

—Mira! cincuenta francos ganados! dijo uno de ellos.

—Es verdad, dijo el otro.

—Y se llegaron junto a la muerta.

—Es una bella muchacha.

—Para tomar los cincuenta francos, es menester llevarla a Paris a la prefectura de policía.

—No, basta con dar nuestra declaración en el corregimiento.

Y pusieron a la pobre joven sobre dos remos, la cubrieron con sus vestidos, y la llevaron a casa del alcalde del pueblo

que se halló bastante embarazado para formar la sumaria que necesitaba semejante hallazgo.

El rumor de este acontecimiento se extendió con la prontitud telegráfica peculiar á los países donde las comunicaciones sociales no tienen interrupcion ninguna, y donde la maldecencia, la charlatanería, las calumnias, la historieta social con que se alimenta el mundo, no dejan lagunas de una orilla á otra. Algunas personas que fueron al corregimiento sacaron de apuro al alcalde. Convirtieron la sumaria en un simple acto de fallecimiento. Con su asistencia, el cuerpo de la joven fué reconocido ser el de la señorita Ida Gruget, costurera de corsés, que vivía calle de la Cordelería del Temple, número 14. La policía judicial intervino; la viuda Gruget, madre, vino, con la última carta de su hija. En medio de los lloros de la madre, un médico justificó la asfixia por la invasión de la sangre negra en el sistema pulmonar, y todo quedó concluido.

Hechas las informaciones, dadas las noticias, la autoridad permitió por la noche, á las seis, la inhumación de la costurera. El cura del pueblo se negó á recibir la en la iglesia y á que se digieran oraciones por ella. Entonces Ida Gruget fué envuelta en una sábana por una aldeana vieja y metida en una caja ordinaria, hecha de tablas de abeto, llevada al cementerio por cuatro hombres, y seguida de algunas curiosas lugareñas, que se contaban aquella muerte comentándola con una sorpresa mezclada de commiseración. La viuda Gruget fué caritativamente detenida por una señora anciana, que no la dejó ir en el triste entierro de su hija.

Un hombre que ejercía tres funciones, las de campanero, pertiguero, enterrador de la parroquia, había hecho una sepultura en el cementerio del pueblo, cementerio de media aranzada de terreno, situado detrás de la iglesia, una iglesia muy conocida, iglesia clásica, adornada con una torre cuadrada con una aguja cubierta con pizarra, sostenida esteriormente por machones angulosos. Detrás del círculo descrito por el coro estaba el cementerio, cercado de tapias ruinosas, campo lleno de montesillos; ni mármoles, ni visitadores, pero ciertamente sobre cada surco los llantos y las penas que faltaron á Ida Gruget.

Fué esta echada en un rincón entre los pinos y matorrales. Cuando la caja fué bajada á este campo tan poético por su simplicidad, el enterrador se vió pronto solo, al anochecer. Llenando la sepultura, se paraba por intervalos, para mirar al camino, por encima de la tapia; examinaba el Sena.

—Pobre niño! gritó un hombre que llegó allí repentinamente.

— Me habeis causado miedo, caballero..... dijo el enterrador.

— Tuvo servicio la que habeis enterrado?

— No, señor. El cura no quiso. Esta es la primera persona que se ha enterrado aquí sin ser de la parroquia. Aquí, todo el mundo se conoce.... donde está el caballero.... Toma, se ha ido!

Habian pasado algunos dias, cuando un hombre vestido de negro se presentó en casa de Mr. Julio; y sin quererle hablar, puso en la habitacion de su muger una grande urna de porfido, sobre la cual leyó estas palabras:

INVITA LRGE,

CONJUGI MOERENTI

FILIOLE CINERES

RESTITUIT,

AMICIS XII JUVANTIBUS,

MORIBUNDUS PATER.

— Que hombre! dijo Julio deshecho en lágrimas.

Ocho dias bastaron al agente de bolsa para obedecer á todos los deseos de su muger, y para arreglar sus negocios. Salió de Paris en el momento en que la administracion discutia aun si era licito á un ciudadano disponer del cuerpo de su muger.

Quien no ha encontrado en los baluartes de Paris, á la vuelta de una calle ó debajo de los arcos del Palacio Real, en fin, en cualquier lugar del mundo que el acaso quiera presentarle, un ser, hombre ó muger, á cuya vista nazcan mil pensamientos confusos, en la ment? A su aspecto, nos interesamos subitamente ó por las facciones cuya colocacion rara anuncian una vida agitada, ó por el conjunto curioso que presentan los ademanes, el aire, el modo de andar y el vestido, ó por alguna mirada profunda, ó por otro no se que que agradan fuertemente y de pronto, sin que nos expliquemos muy precisamente la causa de nuestra commocion. Luego, al dia siguiente, otros pensamientos, otras imágenes parisienenses se llevan este sueño pasajero.

— Pero, si volvemos á encontrar otra vez á la misma persona, ya pasando á hora fija, como un empleado de corregimiento que pertenece al matrimonio por espacio de ocho horas; ya

99

errante en los paseos, como personas que parece que son un ajuar adquirido en las calles de Paris, y que se le vuelve á encontrar en los lugares publicos, en las primeras representaciones ó en las fondas cuyo mas bello ornato son; entonces, esta criatura se enfeuda en nuestra memoria, y queda en ella como un primer tomo de novela cuyo fin no conocemos. Nos dan intenciones de preguntar á este desconocido, decirle:

— Quien sois? Por qué andais así? Con que derecho teneis una camisa plegada, un baston con puño de marfil, un chaleco á la moda? Por qué esas gafas azules de vidrios dobles? ó por que conservais la corbata de los currutacos?.....

De estas creaciones errantes, unas pertenecen á la especie de los dioses Términos; nada dicen al alma; están allí, nada mas; por qué? nadie lo sabe; son figuras semejantes á las que sirven de tipo á los escultores para las cuatro Estaciones, para el Comercio y para la Abundancia. Otros, abogados sin bufetes, negociantes viejos, antiguos generales, se van, marchan y parece que estan parados siempre. Semejantes á los árboles que se hallan medio desarraigados en la orilla de un río, parece no hacer nunca parte del torrente de Paris, ni de su muchedumbre jóven y activa. Es imposible saber si se ha olvidado enterrarlos ó si se han escapado del ataúd; han llegado á un estado casi fosil.

Uno de estos *Melmoths* parisienses habia venido á mezclarse, despues de algunos dias, entre la poblacion sabia y recogida que, cuando el cielo está hermoso, adorna infaliblemente el espacio que hay entre la reja sur de Luxemburgo y la reja norte del Observatorio, espacio sin género, espacio nentro en Paris. En efecto, allí, no es ya Paris; y allí, es Paris todavia. Este lugar tiene á un mismo tiempo algo de la plaza, de la calle, del baluarte, de la fortificacion, del jardin, de la calle de árboles, del camino, de la provincia, de la capital; ciertamente hay de todo esto, pero no es absolutamente nada de todo esto; es un desierto. En torno de este lugar sin nombre se elevan el hospicio de Niños-abandonados, la Bourbe, el hospital Cochin, los Capuchinos, el hospicio de la Rochefoucauld, los Sordos-mudos, el hospital de Val-de-de-Grace; en fin todos los vicios y todas las infelicidades de Paris tienen allí su asilo; y, para que nada faltase á este recinto filantrópico, la Ciencia estudia en él las Mareas y las Longitudes, Mr. de Chateaubriand ha puesto allí la enfermeria Maria Teresa, y los Carmelitas han fundado un convento.

Las grandes situaciones de la vida estan representadas por las campanas que suenan sin cesar en este desierto, por la madre que de á luz, y por el niño que nace, y por el viejo que sucumbe, y por el trabajador que muere, y por la virgen que ora, y por el viejo que tiene frío, y por el talento que se engaña.

fia. Luego, á dos pasos, está el cementerio del Monte-Parnas, que trae, cada instante, los mezquinos entierros del arrabal de San Martín.

Esta esplanada, desde donde se domina á París, ha sido conquistada por los jugadores de bochas, figuras viejas, llenas de bondad, buena gente continuacion de nuestros antepasados, y cuyas fisionomias pueden compararse con las de su público, en la galeria móvil que los sigue.

El hombre aveciñado desde algunos años en este barrio desierto asistía asiduamente á las partidas de bochas, y podía ciertamente pasar por la criatura mas aguda de estos grupos que, si fuese permitido asimilar los parisienses á las diferentes clases de la zoología, pertenecería al género de los moluscos. Este recién venido marchaba simpáticamente con *el chico*, bola pequeña que sirve de punto, y constituye el interés de la partida; se apoyaba contra un árbol cuando el chico se paraba; luego, con la misma atención que un perro presta á los peritos de su amo, miraba las bochas volar por el aire ó rodar por tierra. Se le hubiera tenido por el genio fantástico del chico. No decía nada á los jugadores de bochas, los hombres mas fanáticos que se encuentran entre los sectarios de cualquiera religión, nunca le hubieran pedido cuenta de este silencio obstinado; tan solo, algunos despreocupados le creían sordo y mudo. En las ocasiones en que era preciso determinar las diferentes distancias que había entre las bolas y el chico, el bastón del desconocido venía á ser la medida infalible. Entonces los jóvenes iban á tomarlo de las manos yertas del anciano, sin decirle una palabra, sin hacerle ena señal de amistad. El presentar su bastón era como una seriedad en que había consentido negativamente. Cuando caía algún chaparrón se quedaba junto al chico, esclavo de las bolas, custodiando la partida comenzada. La lluvia no le sorprendía mas que en el buen tiempo, y era, como los jugadores, una especie intermedia entre el parisiense que tiene menos inteligencia, y el animal que tiene mas.

Fuera de esto, pálido y ajado, sin cuidado de sí mismo, solía estar con la cabeza descubierta, mostrando sus blancos cabellos y su cráneo cuadrado, amarillo, despoblado, semejante á la rodilla que sale por el pantalón de un pobre. Tenía la boca abierta, sin ideas en la vista, sin apoyo preciso en el andar; no se reía nunca, no alzaba jamás los ojos al cielo, los tenía habitualmente elevados en la tierra, y parecía siempre que buscaba en ella alguna cosa. A las cuatro, una mujer anciana iba por él para llevarlo no se sabía donde, tirando de él por el brazo, como las muchachas lo hacen con una cabra caprichosa, que quiere pacer todavía cuando es preciso volver al establo. Esta vieja era cosa horrible de ver.

Después de las doce, Mr. Julio, solo en un carro de camino, diestramente conducido por la calle del Este, desembocó en la esplanada del Observatorio, en el momento en que el viejo, apoyado en un árbol, se dejaba tomar su bastón en medio de las vociferaciones de algunos jugadores pacíficamente irritados: Julio, creyendo reconocer aquella cara, quiso pararse, y su carro se paró precisamente en efecto el postillón, metido entre carretas no pidió paso á los jugadores de bochas: tenía el postillón mucho respeto á los motines!

— El es! dijo Julio descubriendo en fin en aquellos restos humanos á Ferragus XXIII, jefe de los Devorantes.

— Como la amaba! . . . añadió después de una pausa,

— Marchad pues, postillón! gritó Mr. Julio.



EPISODIO SEGUNDO.

NO TOQUEIS AL HACHA.

PARTE PRIMERA.

LA HERMANA TERESA.

Es una cosa maravillosa ver cuan cordial y vehemente es este amor; cuantas lágrimas hace derramar; cuantas oraciones cuesta; cuanto se procura encomendar á Dios la persona amada; que deseó de verla feliz oprime al corazón; cuantos disgustos y penas se experimentan, si habiéndola visto adelantada, se le advierte después que ha vuelto atrás. Siempre se teme que aquella alma, que tanto se quiere, tome un mal camino, y que, llegando á perderse, se separe para siempre. Es, como he dicho, un amor sin poco ni mucho de interés propio; todo lo que se quiere, es ver aquél alma rica con los dones del cielo.

(*S. T., Camino de la perfección, cap. VII.*)

Existe, en una ciudad de España, situada en una isla del Mediterráneo, un convento de Carmelitas descalzas, fundado por Santa Teresa, donde la regla de la Orden se ha conservado en el rigor primitivo de la reforma debida á esta ilustre señora. El hecho es verdadero, por extraordinario que pueda parecer. Aunque las casas religiosas de la Península y las del cou-

tinente han sido casi todas destruidas por los efecto de la revolucion francesa y de las guerras napoleónicas, esta isla ha biendo sido constantemente protegida por la marina inglesa, su rico convento y sus pacíficos habitantes estuvieron al abrigo de las disensiones y de los despojos generales.

Las tempestades de todo género que agitaron los quince primeros años del siglo diez y nueve se estrellaron pues ante esta roca, poco distante de las costas de Andalucia. Si el nombre del Emperador fué á zumbar hasta aquella playa, es dudoso que su fantástico séquito de gloria y las relumbrantes magestades de su vida meteorica fuesen comprendidas por las santas mugeres retiradas en aquel claustro.

Una austoridad conventual que nada se habia alterado recomendaba este asilo en todas las memorias del orbe católico. Ademas, la pureza de su regla atraia á él, de los puntos mas lejanos de Europa, miseras mugeres cuya alma, despojada de todos los vinculos humanos, suspiraba por este retiro.

Ningun convento era por otra parte mas favorable al completo desapego de las cosas de aqui abajo, que exige la vida religiosa. Sin embargo se ven en el continente un gran número de estas casas edificadas magnificamente á medida de su destino; algunas estan sepultadas en el fondo de los valles mas solitarios; otras suspendidas en las montañas mas escarpadas, colocadas en el borde de los precipicios. En todas partes el hombre ha buscado las poesías de lo infinito, el solemne horror del silencio; en todas partes ha querido ponerse mas cerca de Dios, lo seguia sobre las cimas, en el fondo de los abismos, en el borde de los tajos. Pero en ninguna otra parte sino sobre esta roca medio europea, medio africana, podian encontrarse tantas harmonias diferentes, que concurriesen todas tan bien á elevar el alma, á igualar sus impresiones mas dolorosas, á entibiar las mas vivas, y á hacer á las penas de la vida un lecho mas profundo.

Este monasterio fué construido en la extremidad de la isla, en el punto culminante de la roca, que, por un efecto de la grande revolucion del globo se partió perfectamente por el lado del mar, donde, sobre todos los puntos, presenta las vivas señas de sus capas ligeramente carcomidas á la altura del agua pero insuperables.

Esta roca está protegida de todo ataque por los peligrosos escollos que se prolongan á lo lejos, y en los cuales baten las olas brillantes del Mediterraneo. Es menester estar en la mar para divisar los cuatro cuerpos del edificio cuadrado, cuya forma, alto, y aberturas han sido minuciosamente prescritas por las leyes monásticas.

Por el lado de la ciudad, la iglesia tapa las sólidas cons-

trucciones del claustro, cuyos techos están cubiertos de anchas baldosas que las hace invulnerables á las rústicas de viento, á los temporales y á la aceion del sol.

La iglesia, debida á las deliberalidades de una familia española, corona la ciudad. Su fachada atrevida, elegante, da una grande y bella fisonomia á aquella pequeña ciudad marítima. No es un espectáculo con todas las sublimidades terrestres el aspecto de una ciudad cuyos techos muy juntos, casi todos dispuestos en anfiteatro, delante de un gracioso puerto, estan superados con una magnifica arcada de estilo góticó, con cúpulas, con torrecitas, con capiteles? la religion dominando la vida, ofreciendole sin cesar á los hombres el fin y los medios, imágen enteramente española por otra parte!

Colocad este paisage en medio del Mediterráneo, bajo un cielo abrasudor. Agregadle algunas palmeras, muchos arooles achaparrados, pero de mucha vida, que mezclan sus verdes ramajes agitados con los adornos de la arquitectura inmóvil. Ved las franjas de la mar blanqueando los arrecifes, y oponiendose al zafiro azul de las aguas; admirad las galerias, las azoteas edificadas encima de las casas, y donde los habitantes van á respirar el aire de la noche entre las flores, entre la cumbre de los árboles de sus jardines. Luego, en el puerto, algunas velas. Enfin, con la serenidad de una noche que comienza, escuchad la música de los órganos, el canto de los oficios, y los sonidos admirables de las campanas en alta mar. En todas partes, ruido y calma; pero mas a menudo la calma en todas partes.

Interiormente, la iglesia se divide en tres naves sombrías y misteriosas. La furia de los vientos habiendo sin duda impedido al arquitecto construir lateralmente estribos que adornan casi todas las catedrales, y entre los cuales se colocan las capillas, las paredes cuyas dos naves pequeñas estaban flanqueadas y que sostienen esta nave, no daban en ella ninguna luz. Las fuertes paredes presentaban esteriormente el aspecto de sus moles parduscas, apoyadas de distancia en distancia sobre enormes machones. La nave mayor y sus dos pequeñas galerias laterales eran pues únicamente iluminadas por la ventana de vidrios de colores, colocados con un arte milagroso encima de la portada, cuya situación favorable habia permitido el lujo de las labores de piedra y de las bellezas particulares al orden impropriamente llamado góticó.

La mayor parte de estar tres naves era libre á los habitantes de la ciudad, que iban allí á oir misa y á los oficios. Delante del coro, habia una reja, con una cortina oscura muy plegada, entreabierta un poco por el medio, de manera que no dejase ver sino al celebrante y al altar. La reja estaba separada, á distancias iguales, por columnas que sostenían una tribuna interior y el órgano.

Esta construccion, en harmonia con los ornatos de la iglesia, figuraba esteriormente, en madera tallada, las columnitas de la galeria sostenidas por las de la nave mayor; de suerte que hubiera sido imposible á un curioso bastante atrevido para subir á la balaustrada de estas galerias, ver en el coro otra cosa que las largas ventanas octagonas que se elevaban con marcos iguales, todos de colores, en torno del altar mayor.

Cuando la expedicion francesa á Espana en 1823, y despues de la entrada en Cadiz, un general frances, ido á aquella isla para hacer reconocer en ella el gobierno del rey, prolongó su permanencia allí, con el fin de ver el convento, y halló medios de introducirse allí.

La empresa era ciertamente delicada. Pero un hombre de pasion, un hombre cuya vida no había sido, por decirlo asi, sino una continuacion de poesias en accion, y que habia siempre hecho novelas en lugar de escribir las, un hombre de ejecucion principalmente, debia ser tentado por una cosa imposible en apariencia. Abrirse legalmente las puertas de un convento de monjas? apenas el Papa ó el arzobispo metropolitano lo hubiesen permitido. Emplear el ardor ó la fuerza? en caso de indiscrecion, no era esto perder su destino, toda su carrera militar, y no lograr el fin? El duque de Angulema estaba todavia en Espana, y de todas las faltas que podia impunemente cometer un hombre amado por el generalissimo, esta sola lo hubiera hallado cruel.

Este general habia solicitado su comision á fin de satisfacer una secreta curiosidad, aunque nunca una curiosidad hubiese sido tan desesperada. La casa de los Carmelitas era el solo convento de Espana que se habia librado de sus investigaciones.

Mientras la travesia que no duró una hora, se elevó en su alma un presentimiento favorable a sus esperanzas. Luego, aunque no vió del convento mas que las paredes, ni mas que el hábito de las religiosas, ni oido mas que los cantos del rezo, encontró dentro de aquellas paredes y en aquellos cantos, ligeros indicios que justificaron su débil esperanza.

En fin, por mínimas que fuesen las sospechas tan estravagantemente despertadas, nuna pasion humana se interesó mas vivamente que lo estaba la curiosidad del general. Pero no hay acontecimientos pequeños para el corazon; lo aumenta todo, pone en las mismas balanzas la caida de un imperio de catorce años y la caida del guante de una muger; y casi siempre el guante pesa allí mas que el imperio. Asi he aquí los hechos en toda su simplicidad positiva. Despues de los hechos vendran las agitaciones.

Una hora despues de haber el general abordado á aquella isla, se restablecio en ella la autoridad del rey. Algunos españoles constitucionales, que se habian de noche refugiado allí despues de la ocupacion de Cádiz, se embarcaron en un buque que el general les permitió fletar para irse a Londres. No hubo pues allí ni resistencia, ni reaccion.

Esta pequena restauracion no debia pasar sin una misa, á la cual debieron asistir las dos compagnias mandadas para la expedicion. Luego, no conociendo el rigor de la clausura de las Carmelitas descalzas, el general habia esperado poder obtener en la iglesia algunas noticias acerca de las religiosas encerradas en el couvento, una de las cuales quizá le era mas cara que la vida y mas preciosa que el honor. Sus esperanzas fueron desde luego engañadas.

La misa fué, á la verdad, celebrada con pompa. En favor de la solemnidad, las cortinas que ocultaban habitualmente el coro fueron descerridas, dejando ver las riquezas, los preciosos cuadros y las urnas adornadas de pedreria, cuyo brillo eclipsaba el de los *ex-voto* de oroy de plata colgados por los marineros de aquel puerto en la nave mayor. Las religiosas se habian todas refugiado á la tribuna del órgano.

No obstante, á pesar de este primer descalabro, durante la misa de accion de gracias, se descubrio el drama mas secretamente interesante, que nunca ha hecho latir un corazon humano. La monja que tocaba el órgano escitó un entusiasmo tan vivo que ninguno de los militares sintió haber ido á la funcion. Los soldados mismos hallaron placer en ello, y todos los oficiales estubieron enganados. En cuanto al general, estubo tranquilo y frio en apariencia. Las sensaciones que le causaron las diferentes piezas ejecutadas por la religiosa eran del pequeño número de cosas cuya expresion está prohibida á la palabra, y la hace impotente, pero que, semejantes á la muerte, á Dios, á la Eternidad, no pueden apreciarse sino en el ligero punto de contacto que tienen con los hombres.

Por un acaso singular, la musica del órgano parecia pertenecer á la escuela de Rossini, compositor que ha transportado mas pasion humana en el arte de la musica, y cuyas obras inspiraran algún dia por su numero y su extension un respeto homeric. Entre las partituras debidas á este bello talento, la religiosa parecia haber estudiado mas particularmente la de Mosé; sin duda porque el afecto de la musica sagrada se halla expresado allí en el mas alto grado. Quizá estos dos talentos, el uno tan gloriosamente europeo, el otro desconocido, se hubiesen encontrado en la intuicion de una misma poesia. Esta era la opinion de dos oficiales, ver-

108 daderos dilettanti, que estaban menos sin duda, en España, el teatro Favart.

En fin en el *Te-deum*, fué imposible no reconocer un alma enteramente francesa en el carácter que tomó de repente la música. El triunfo del rey cristianísimo excitaba evidentemente la alegría mas viva en el fondo del corazón de aquella religiosa. Pronto brilló el afecto de la patria, brotó como un surtidor de luz en una réplica del órgano en que la religiosa introdujo temas que respiraban toda la delicadeza del gusto parisense, y con las cuales se mezclaron vagamente los pensamientos de nuestras mas bellas canciones nacionales. Manos españolas no hubieran dado, á esta gracioso homenaje rendido á las armas victoriosas, el calor que acabó de descubrir el origen de la organista.

—En todas partes está Francia! dijo un soldado.

El general había salido durante el *Te-Deum*. Le había sido imposible oírlo. La soltura de la organista le declaraba una mujer amada con enganamiento, y que se había tan profundamente sepultado en el centro de la religión y tan cuidadosamente ocultado á las miradas del mundo, que se había librado hasta entonces á las pesquisas obstinadas, mafiosamente hechas por hombres que disponían de un gran poder, de una inteligencia superior.

La sospecha despertada en el corazón del general fué casi justificada por el yago recuerdo de una canción deliciosa de melancolía, la canción de *Rio Tajo*, romance francés, cuyo preludio había muchas veces oído tocar en un retrato de París, á la persona que amaba, y del cual la religiosa acababa entonces de servirse para expresar, en medio de la alegría de los triunfadores, las penas de un desterrado. Terrible sensación! Esperar la resurrección de un amor perdido, volverlo á hallar también perdido, vislumbrarlo misteriosamente, después de cinco años durante los cuales la pasión se había irritado en el vacío, y aumentado por la multitud de las tentativas hechas para satisfacerla.

Quien, en su vida, no ha revuelto, á lo menos una vez, sus papeles, escudriñando impacientemente su memoria buscando un objeto precioso, y sentido el inefable placer de hallarlo, después de haber empleado uno ó dos días en indagaciones vanas; después de haber esperado, perdido la esperanza de encontrarlo; después de haber gastado las irritaciones mas vivas del alma por este nada importante que causaba casi una pasión? Pues bien, estended esta especie de rabia á cinco años; poned una mujer, un corazón, un amor, en el lugar de esta neda; transportad la pasión á las mas altas regiones del sentimiento; luego, suponed un hombre ardiente, un hombre de co-

109 razon y de cara de león, uno de aquellos hombres de melenas que imponen y comunican á los que los miran un respetuoso terror! Entonces, quizá comprendereis la repentina solidad del general durante el *Te-Deum*, en el momento, en que el preludio de un romance escuchado por él en otro tiempo con delicias, bajo tachos dorados, vibró en la nave de esta iglesia marina,

Bajó la calle montuosa que conducía á la iglesia, y no se paró hasta que los sonidos graves del órgano no llegaban á su oido.

Incapaz de pensar en otra cosa que en su amor, cuya erupción volcánica le abrasaba el corazón, el general francés notó el fin del *Te-Deum* hasta el momento en que bajaban los españoles que habían asistido á él. Entonces conoció que su conducta ó su actitud podían parecer ridículas, y volvió a ocupar su lugar á la cabeza del acompañamiento diciendo al alcalde y al gobernador de la ciudad que una indisposición repentina le había obligado á salir á tomar el aire.

Después, á fin de quedar en la isla, pensó de pronto sacar partido de este pretesto dado indiferentemente en un principio. Pretextando haberse agravado su incomodidad, rehusó presidir la comida ofrecida por las autoridades de la isla á los oficiales franceses, se metió en cama, é hizo escribir al mayor-general para anunciarle la pasajera enfermedad que le obligaba á entregar á su ayudante de campo el mando de las tropas que le habían acompañado. Este ardid tan vulgar, pero tan natural, lo libraba de todo cuidado, durante el tiempo necesario para la ejecución de sus proyectos.

Como hombre esencialmente católico y monárquico, se informó de la hora de los oficios, y afectó la mayor adhesión á las prácticas religiosas, piedad que, en España, no debía sorprender á nadie.

El mismo día después, durante la partida de sus soldados, el general fué al convento para asistir á las vísperas. Halló la iglesia desierta de habitantes, que, no obstante su devoción, habían ido á ver embarcar la tropa.

El francés, feliz por hallarse solo en la iglesia, tuvo cuidado de hacer resonar las bóvedas sonoras con el ruido de sus espuelas, andubo con estrépito, tosjó, habló alto consigo mismo para hacer saber á las religiosas, y principalmente á la música, que, si los franceses partían, quedaba uno.

Este aviso singular fué entendido, comprendido?.. el general lo creyó.

A la *Magnifica*, pareció que el órgano le dió una respuesta que le fue llevada por las vibraciones de la canción. El alma de la religiosa voló hacia él en las alas de aquellas notas, y se agitó

en el movimiento de los sonidos. Entonces la música brilló con todo su poder, enardeció la iglesia. Este cántico de alegría consagrado por la sublime liturgia de la cristiandad romana para expresar la exaltación del alma en presencia de los esplendores de un amor perecedero que duraba todavía, y venía á agitarlo más de Dios inmortal, vino á ser la expresión de un corazón casi espantado de su felicidad, en presencia de los de allá de la tumba religiosa donde se sepultan las mugeres para rezacer esposas de Cristo.

El órgano es ciertamente el más grande, el más osado, el más magnífico de los instrumentos creados por el talento humano. Es una orquesta completa, á la cual una mano hábil puede pedir todo, puede expresar todo. No es, de alguna manera, un pedestal sobre el cual se coloca el alma para lanzarse á los espacios, cuando, en su vuelo, procura trazar mil cuadros, pintar la vida, correr lo infinito que separa el cielo de la tierra.

Mientras mas escucha un poeta sus gigantescas harmonías, y mejor concibe que entre los hombres arrodillados y el Dios oculto por los deslumbrantes rayos del Santuario, las cien voces de este coro terrestre pueden solas llenar las distancias y son el solo intérprete bastante fuerte para transmitir al cielo las oraciones humanas en la omnipotencia de sus modos, en la diversidad de sus melodías, con los tintes de sus estasis contemplativos, con los tiros impetuosos de su arrepentimientos, y las mil fantasías de todas las creencias. Sí, bajo estas prolongadas bóvedas, las melodías producidas por el genio de las cosas santas hallan grandezas inauditas con que se adornan y se fortifican. Allí, la luz debilitada, el profundo silencio, los cantos que alternan con el sonido del órgano, hacen á Dios como un velo al traves del cual resplandecen sus luminosos atributos.

Todas estas riquezas sagradas parecía que eran echadas como un grano de incienso sobre el débil altar del amor a la faz del trono eterno de un Dios celoso y vengador!

En efecto, la alegría de la religiosa no tuvo el carácter de grandeza y de gravedad que debe estar en armonía con las solemnidades de la *Magnifica*, le dió ricos, graciosos desarrollos, cuyas diferentes cadencias manifestaban una alegría humana. Sus temas tuvieron lo brillante de los trinos de una cantatriz que procura expresar el amor, y sus cantos saltaron como el pájaro junto á su compañera. Luego, por momentos, se dirigía brincando en lo pasado para juguetear en él, para llorar en él sucesivamente. Su modo variable tenía algo de desordenado como la agitación de la muger feliz con la vuelta de su amante. Luego, después de las fugas del delirio, y los efectos maravillosos del reconocimiento enteramente fantástico, el alma que hablaba así volvió á sí misma. La organista, pasando de mayor

á menor, supo instruir á su auditorio de su situación presente. De repente, le contó sus largas melancolias, y le pintó su lenta enfermedad moral.

Cada día había borrado un sentido, cada noche cercenado algun pensamiento, reducido gradualmente su corazón á cenizas. Entonces, fueron blandas ondulaciones, y, de grado en grado, su música tomó un color de profunda tristeza, los ecos vertían penas á torrentes.... En fin, de pronto, las notas superiores hicieron disonar un concierto de voces angelicales, como para anunciar al amante perdido, pero no olvidado, que la reunión de dos almas no se efectuaría ya sino en los cielos: sensible esperanza! Llegó el *Amen*: allí, mas alegría, ni lágrimas en los temas, ni melancolias, ni penas; el *Amen* fue una conversión á Dios. Esta última armonía fué grave, solemne, terrible. La organista desplegó todo lo religioso, y después de los últimos ruidos sordos de los bajos que hicieron estremecer á los oyentes hasta los cabellos, pareció haberse vuelto á meter en la tumba de donde había salido por un momento. Cuando cesaron sus vibraciones oscilatorias, se hubiera dicho que la iglesia, hasta entonces tan luminosa, volvía á entrar en una profunda oscuridad.

El general había sido llevado rápidamente por la carrera de este vigoroso talento, y lo había seguido en las regiones que acababa de recorrer. Comprendía, en toda su extensión, las imágenes en que abundaba aquella ardiente sinfonía, y para él sus armonías iban muy lejos. Para él, como para la hermana, este poema era el porvenir, lo presente y lo pasado.

La música, hasta la de teatro, no es para las almas afe- tuosas y poéticas, para los corazones que padecen y están llagados, un texto que desarrollan á medida de sus recuerdos? Si es necesario un corazón de poeta para formar un músico, no se necesita poesía y amor para escuchar y comprender las grandes obras musicales? La religión, el amor, y la música no son la triple expresión de un mismo hecho, la necesidad de expansión con que es trabajada toda alma? Estas tres poesías van todas á Dios, que desanuda todas las agitaciones terrestres. También esta santa trinidad humana participa de las grandezas infinitas de Dios, que nunca lo consideramos sin rodearle con los fuegos del amor, de los sistros de oro de la música, de luz y de armonía. No es él el fin de nuestras obras?

El francés penetró que, en aquel desierto, sobre aquella roca cercada por la mar, la religiosa se había amparado de la música para lazar en ella el exceso de pasión que la devoraba. Era un homenaje de su amor hecho á Dios, era el triunfo del amor? cuestiones difíciles de decidir. Pero, ciertamente, el general no pudo dudar que se hallase en aquel corazón, muerto para el mundo, una pasión tan ardiente como la suya.

Concluidas las vísperas, volvió á casa del alcalde, donde estaba alojado. Presa de los mil goces que prodiga una satisfacción por largo tiempo esperada, buscada penosamente, no vió nada ulterior. Era amado siempre. La soledad había aumentado el amor en aquel corazón, tanto como el amor había crecido en el suyo por los obstáculos sucesivamente vencidos y puestos por esta muger entre ella y él. Esta dilatacion del alma tuvo su duracion natural. Euego signió el deseo de volver á ver á muger, de disputarsela a Dios, de robarsela, proyecto temerario que plugo a este hombre audaz.

Despues de comer se acostó para evitar preguntas, para estar solo, para poder pensar sin ser perturbado, y quedó sumido en las mas profundas meditaciones, hasta la mañana siguiente. No se levantó sino para ir a misa. Fué a la iglesia, se puso cerca de la reja; su cara tocaba la cortina, hubiera querido desgarrarla, pero no estaba solo; su patron le había acompañado por cortesania, y la menor imprudencia podría comprometer el porvenir de su pasion, arruinar sus nuevas esperanzas.

Empezó á sonar el órgano, pero no era tocado por las mismas manos. No era la organista de los dos dias precedentes la que movia sus teclas. Todo fue frio y pálido para el general. Se habia su amada rendido a las mismas conmociones bajo las que casi sucumbia un vigoroso corazón de hombre? Habia ella participado tanto, comprendido un amor fiel y deseado, que estuviese en aquel momento moribunda sobre el lecho en su celda?

En el momento en que mil reflexiones de este género se elevaban en el animo del francés, oyó resonar cerca de él la voz de la persona que adoraba, y cuyo claro sonido conoció. Esta voz ligeramente alterada por un temblor que le daba todas las gracias que presta a las jóvenes su timidez púdica, se contraponia obre la masa del canto, como él de una prima donna sobre la armonia de un final. Hacia en el alma el efecto que produce en los ojos un libro de plata ó de oro en una franja oscura.

Era pues ella! Siempre parisienne no se había despojado de su coqueteria ni aun despues de haber dejado los aderezos del mundo por el velo, por la tosca estameña de las Carmelitas. Despues de haber señalado su amor el dia antes en medio de las alabanzas dirigidas al Señor, parece que decia á su amante.

—Si, soy yo, estoy aquí como siempre; pero estoy resguardada del amor. Tú me entenderás, mi alma te envolverá, y quedaré bajo el oscuro techo de este coro de donde a ningun poder le sera dado arrancarme. No me volvaras a ver.

—Ella es! dijo el general para sí alzando la cara, quitándose de ella las manos sobre las cuales la había apoyado, porque en un principio no habia podido sostener la destructora agitacion que se elevó como un torbellino en su corazón, cuando

aquella voz conocida vibró bajo los arcos, acompañada por el mormullo de las olas. La tempestad estaba por afuera, y la calma en el santuario.

Aquella voz tan rica continuaba desplegando todas sus gracias, llegaba como un bálsamo sobre el abrazado corazón de aquel amante, florecia en el aire, que se deseaba mas respirar para tomar en él las emanaciones de un alma exalada con amor en las palabras de las oraciones.

El alcalde se reunió con su huésped, y lo halló deshecho en lágrimas cuando la Elevacion que fué cantada por la religiosa. Lo llevó á su casa sorprendido de hallar tanta devoción en un militar francés; el alcalde había conviado á cenar á un religioso capellan del convento, y se lo previno al general, al cual nunca le había agrado tanto una noticia. Durante la comida, el capellan fué el objeto de las atenciones del francés, cuyo respeto interesado confirmó á los españoles en la grande opinion que habian formado de su piedad. Preguntó con gravedad el número de las religiosas, pormenores acerca de las rentas del convento y su riqueza, como hombre que al parecer quería hablar urbanamente con el buen sacerdote de las cosas de que debia estar mas ocupado. Luego se informó de la vida que pasaban aquellas santas vírgenes. Podian salir? Se les veia?

—Señor, dijo el venerable eclesiástico, la regla es severa, se necesita un permiso del Padre Santo para que una muger entre en una casa de San Bruno, aqui el mismo rigor; y es imposible á un hombre entrar en un convento de Carmelitas descalzas, á menos que sea sacerdote y al servicio del convento. Ninguna religiosa sale. Sin embargo LA GRANDE SANTA (la madre Teresa) ha salido muchas veces de su celda. El Visitador ó las Madres Superioras pueden solo permitir á una religiosa, con la autorizacion del arzobispo, ver á personas extrañas, principalmente en caso de enfermedad. Luego nosotros somos un superior de la orden, y tenemos por consiguiente una Madre Superiora en el convento. Tenemos, entre otras estrangeras, á la hermana Teresa, la que dirige la música de la capilla.

—Ah! respondió el general fingiendo sorpresa. Ha debido ella tener mucha satisfaccion con el triunfo de las armas de la casa de Borbon.

—Le dije el objeto de la misa.... Son siempre un poco curiosas.

—Pero la hermana Teresa puede tener interes en Francia, querria quizá hacer saber allá alguna cosa, pedir noticias.

—No lo creo, se hubiera dirigido á mí para saberlo.

—Como compatriota, dijo el general, desearia mucho verla.... Si es posible, si la Superiora lo consiente, si.....

—En la reja y aun en presencia de la reverenda Madre, una conversación sería imposible fuese por lo que fuese; pero en favor de un libertador del trono católico y de la santa religión, no obstante la rigidez de la Madre, la regla puede dormir un momento, dijo el capellan guiñando. Hablaré de ello.

—Que edad tiene la hermana Teresa? preguntó el amante no atreviéndose á hablar al capellan acerca de la belleza de la religiosa.

—No tiene ya edad, respondió el buen hombre con una sencillez que hizo estremecer al general.

El dia siguiente por la mañana, antes de la siesta, el capellan fué á anunciar al francés que la hermana Teresa y la Madre consentian en recibirlo en la reja del locutorio, antes de vísperas.

Luego, despues de la siesta, durante la cual el general devoró el tiempo yendose a pasear al puerto, con la calor del medio dia, fué el capellan á buscarlo y lo condujo al convento. Lo llevó por una galería que pasaba por el cementerio, y en la cual algunas fuentes, muchos árboles verdes y arcos multiplicados mantenian un fresco en armonía con el silencio del lugar. Llegados al extremo de esta larga galería, el capellan hizo entrar a su compañero en una sala dividida en dos partes por una reja cubierta con una cortina oscura.

En la parte de algun modo pública, en que el capellan dejó al general, había, en toda la pared, un banco de madera; algunas sillas igualmente de madera estaban junto á la reja.

El techo era de vigas salientes de cedro, y sin ningun ornato. La luz no entraba en aquella sala mas que por dos ventanas situadas en la parte destinada para las religiosas, de suerte que esta poca luz reflejada por madera pintada de oscuro, bastaba apenas para distinguir el gran cruefijo negro, el retrato de Santa Teresa y un cuadro de la Virgen, que decoraban las pardas paredes del locutorio.

Los sentimientos del general tomaron pues, á pesar de su violencia, un color melancólico. Alguna cosa tan grande como la tumba se apoderó de él debajo de aquellos frescos techos. No era su silencio eterno, su paz profunda, sus ideas de lo infinito? Luego, la quietud y el pensamiento fijo del claustro, pensamiento que se introduce en el aire, en el claro obscuro, en todo, y que, no estando trazada en ninguna parte, se aumenta aun por la imaginacion, la gran palabra: *la paz en el Señor*, entra allí, á viva fuerza, en el alma menos religiosa.

Los conventos de los hombres se conciben poco; el hombre parece débil en ello, ha nacido para obrar, para realizar una vida de trabajo á la que se sustraerá en su celda. Empero en ua

monasterio do mugeres, cuanto vigor varonil y debilidad interesontel. Un hombre puede ser impelido por mil sentimientos al fondo de un monasterio, se arroja á él como á un precipicio; pero la muger no va nunca allí sino arrastrada por un solo pensamiento; no muda de naturaleza, se desposa con Dios. Puede decirse á los religiosos: Por qué no habeis luchado? Pero la reclusión de una muger no es siempre una lucha sublime?

En fin el general halló este locutorio mudo y este convenio perdido en la mar, enteramente lleno de él. El amor llega raras veces á la solemnidad, pero el amor todavía fiel en el seno de Dios, no era atgo solemne, y mas de un hombre no tenía derecho de esperar en el siglo diez y nueve, segun las costumbres corrientes? Las grandes infinitas de esta situación podian obrar sobre el alma del general, estaba precisamente muy elevado para no olvidar la política, los honores, la Espana, el mundo de Paris, y subir hasta la altura de este grandioso desenlace. Por otra parte, que cosa mas verdaderamente trágica? Que de sentimientos en la situación de dos amantes solos, reunidos en medio de la mar sobre un banco de granito, pero separados por una idea, por una barrera insuperable! Ved al hombre diciéndose: —Triunfaré de Dios en este corazon?....

Un ligero ruido hizo estremecer á este hombre, la cortina oscura se descorrió; luego, vió en la luz una muger en pie, cuya figura se le ocultaba bajo los pliegues de un velo, segun la regla de la casa. Estaba vestida con el hábito cuyo color se ha hecho proverbial. El general no pudo notar los pies desnudos de la religiosa, los que le hubieran manifestado cuan flaca estaba; sin embargo, á pesar de los muchos pliegues del tosco hábito que vestia aquella muger, penetró que las lágrimas, el rezó, la pasión, la vida retirada la habían ya enflaquecido.

La mano yerta de una muger, la de la superiora sin duda, tenia aun la cortina, y el general habiendo examinado al testigo necesario de esta conversación, encontró la mirada triste y profunda de la religiosa anciana, casi de cien años, mirada clara y joven, que desmentia las numerosas arrugas que sulcaban la cara páldida de esta muger.

—Señora duquesa, preguntó él con voz muy conmovida á la religiosa que bajaba la cabeza, vuestra compañera entiende el francés?

—Aqui no hay duquesa, respondió la religiosa. Estais delante de la hermana Teresa. La muger, la que llamais mi compañera, es mi Madre en el Señor, mi superiora en este mundo.

Estas palabras, tan humildemente pronunciadas por la vos que en otro tiempo hacia armonía con el lujo y la elegancia en

medio de los cuales había vivido esta muger, reina de la moda en Paris, por una boca cuyo lenguage era entonces tan ligero, tan burlon, hirieron al general como si hubieran sido un rayo.

— Mi santa Madre no habla mas que el español, añadió ella.

— No sé este idioma. Mi querida Antonia, escusadme con ella.

Al oír su nombre dulcemente pronunciado por un hombre poco antes tan duro para ella, la religiosa experimentó una vivia conmoción interior manifestada por los ligeros temblores de su vela, en el cual daba de lleno la luz.

— Hermano, dijo ella llevando su mano por debajo de su velo, quizá para enjugarse los ojos, me llamo la hermana Teresa....

Luego se volvió hacia la Madre, y le dijo, en español, estas palabras, que el general entendió perfectamente; sabia lo suficiente para comprenderlo, y quizá tambien para hablarlo.

— Mi querida Madre, este caballero os presenta sus respetos, y os suplica le dispenseis no poder él mismo ponerlos á vuestros pies, pues no sabe el español...

La vieja inclinó lentamente la cabeza, su fisonomía tomó una expresión de amabilidad angelical, aumentada sin embargo por el sentimiento de su poder y de su dignidad.

— Conoces á este caballero? le preguntó la Madre lanzándole una penetrante mirada.

— Sí, Madre.

— Vuelve á tu celda, hija mia, dijo la superiora con tono imperioso.

El general se escondió vivamente detrás de la cortina por no dejar penetrar en su cara las conmociones terribles que le agitaban; y, en la sombra, creía ver todavía los ojos penetrantes de la superiora. Esta muger, dueña de la frágil y pasajera felicidad cuya conquista costaba tantos cuidados, le había causado miedo, y temblaba, él á quien nunca había asustado una triple descarga de cañón.

La duquesa caminaba hacia la puerta, pero se volvió:— Madre, dijo con un tono horriblemente sosegado, este francés es uno de mis hermanos.

— Quédate pues, hija, respondió la vieja después de una pausa.

Este admirable jesuitismo manifestaba tanto amor y tantas penas, que un hombre menos fuertemente organizado que lo estaba el general se hubiera sentido desfallecer al experimentar vivos placeres en medio de un inmenso peligro, enteramente nuevo para él. Tanto valor tenian pues las palabras,

las miradas, los gestos, en una escena en que el amor debía escaparse á ojos de lince, á garras de tigre.

Volvió la hermana Teresa.

— Veis, hermano, lo que me atrevo á hacer para hablaros un momento de vuestra salud, y de los votos que mi alma dirige diariamente al cielo por vos. Cometí un pecado mortal. Cuantos días de penitencia para borrar una mentira! pero seré padecer por vos. No sabéis, hermano, cuanta felicidad os amar en el cielo, poder manifestarse sus sentimientos entonces cuando la religion los ha transportado á las regiones mas elevadas, y que nos es permitido no mirar mas que al alma. Si las doctrinas, si el espíritu de la Santa á quien debemos este asilo no me hubiesen arrebatado lejos de las miserias terrestres y llevado á la esfera en que está ella, aunque ciertamente superiores al mundo, no os hubiera vuelto á yer. Pero puedo veros, oiros, y quedar tranquila.....

— Pues bien! Antonia, exclamó el general interrumpiéndola á estas palabras, haced que os vea, os amo ahora con enagamiento, perdidamente, como quisisteis ser amada por mí.

— No me llameis Antonia, os lo suplico. Mis recuerdos de lo pasado me hacen daño. Aquí no veais sino á la hermana Teresa, una criatura que confia en la misericordia divina.—Y, añadió despues de una pausa, moderaos, hermano. Nuestra Madre nos separaría cruelmente, si vuestro semblante manifestase pasiones mundanas, ó si vuestros ojos vertiesen lágrimas.

El general inclinó la cabeza como para abstraerse. Cuando alzó los ojos hacia la reja, notó, en ella, la cara flaca, descolorida aunque encendida todavía, de la religiosa. Su tez en que en otro tiempo florecían los encantos de la juventud, en que la feliz oposición de un blanco apagado contrastaba con los colores de la rosa de Bengala, había tomado el tono ardiente de un vaso de porcelana debajo del cual está encerrada una débil luz. La hermosa cabellera con que tan envañecida estaba esta muger había sido cortada. Una toca ceñía su frente y guarnecía su cara. Sus ojos aunque con ojeras debidas á las austeridades de aquella vida, lanzaban, á veces, rayos febriles, y su calma habitual no era mas que un velo. En fin, de esta muger, no quedaba mas que el alma.

— Ah! dejareis este sepulcro, vos que habeis llegado á ser mi vida! Me perteneceis, y no sois libre para entregarnos, ni aun á Dios. No me prometisteis sacrificarlo todo al menor mandato mio? Ahora, quizá me hallareis digno de esa promesa, cuando supiereis lo que he hecho por vos. Querida mia, os he buscado en todo el mundo entero. Hace cinco años que sois mi pensamiento continuo, la ocupación de mi vida! Mis amigos, amigos muy poderosos, sabedlo, me han ayudado con todas sus

fuerzas á registrar los conventos de Francia, de Italia, de España, de Sicilia, de América. Mi amor ardia con mas viveza en cada vana pesquisa; he andado á menudo mil leguas por una falsa esperanza; he gastado mi vida y los mayores latidos de mi corazon en toro de las negras paredes de muchos claustros. No os hablo de una felicidad sin límites; que es esto? una nada en comparacion de los infinitos deseos de mi amor. Si habeis sido veraz en otro tiempo en vuestros remordimientos, no debeis vacilar en seguirme hoy.

—Olvidais que no soy libre,

—El duque ha muerto, respondió él con viveza,

La hermana Teresa se puso encarnada.

—Hayasle abierto el cielo! dijo ella con una viya commoción, fué generoso conmigo. Pero no hablaré de esos vinculos; una de mis culpas fué quererlos romper todos, sin escrupulo, por vos.

—Hablais de vuestros votos, esclamó el general mostrandose descontento. No creia que os pasase otra cosa en el corazon mas que vuestro amor. Pero no lo dudeis, Antonia, obtendré del Pádre Santo un breve que dispensará vuestros juramentos. Iré en efecto á Roma, imploraré todos los poderes de la tierra, y si Dios pudiese bajar, le....

—No blasfemeis.

—Os inquietais por Dios! Ah! mejor quisiera saber que dejariais por mi estas paredes; que, esta misma noche, os meteriais en un barco al pie de estas rocas. Iriamos á ser felices no se donde, al fin del mundo! Y, á mi lado, volveriais á la vida, á la santidad, en alas del amor.

—No hablais asi, repuso la hermana Teresa, ignorais lo que habeis llegado á ser para mi. Os amo mas de lo que os he amado nunca. Pido á Dios diariamente por vos, y no os veo con los ojos corporales. Si conocieseis, Armando, la felicidad de poderse entregar sin rubor á una amistad pura que Dios protege! ignorais cuan feliz soy en llamar las bendiciones del cielo sobre vos. Nunca pido para mi; Dios hará conmigo lo que fuere su voluntad. Pero vos, querria yo, al precio de mi eternidad, tener alguna certeza de que erais feliz en este mundo, y que lo sereis en el otro, por todos los siglos. Mi vida eterna es todo lo que mi desgracia me ha dejado que ofreceros. Ahora, estoy envejecida en las lágrimas, no soy ni jóven ni bella; por otra parte despreciariais á una religiosa llegada á ser muger, á quien ni el amor maternal absolveria.... Que me direis que pueda contrapesar las innumerables reflexiones acumuladas en mi corazon de cinco años á esta parte, y lo han cambiado, marchita?

—Que te he de decir, querida Antonia? te diré que te amo;

que el afecto, el amor, el verdadero amor, la felicidad de vivir en un corazon todo nuestro, enteramente nuestro, sin reserva, es tan raro y tan dificil de encontrar, que dudo de ti, que te someti á duras pruebas; pero hoy dia te amo con todas las potencias de mi alma; si me sigues en el retiro, no oiré otra voz que la tuyu, no veré mas cara que la tuyu....

—Silencio, Armando. Abreviais el solo instante en que nos será permitido vernos en este mundo....

—Antonia, quieres seguirme?

—Pero os dejo. Vivo en vuestra corazon, pero no por un interes de placer mundial, de vanidad, de goce egoista; vivo aquí para vos, pálida y marchita, en el seno de Dios! Si es justo, sereis feliz....

—Esas no son mas que palabras! Y si te quiero pálida y marchita! Y si no puedo ser feliz si no poseyendote! Conocerás pues siempre tus deberes en presencia de tu amante? No ha mucho, le preferias la sociedad, no sé que; ahora, es Dios, es tu salvacion. Ea la hermana Teresa, conozco siempre á la duquesa ignorante de los placeres del amor, y siempre insensible bajo las apariencias de la sensibilidad. Tu no me amas! no has amado nunca....

—Ah! hermano...

—No quieres dejar esta tumba, amas mi alma, dices? Pues bien, perderás para siempre este alma, me mataré...

—Madre, gritó la hermana Teresa en español, os he dicho mentira, este hombre es mi amante!

Al instante se corrió la cortina. El general, sin saber lo que le pasaba, apenas oyó cerrar con violencia las puertas interiores.

—Ah! me ama todavia! esclamó él comprendiendo todo lo que habia de sublime en el grito de la religiosa. Aca los TRECE! Es preciso robarla de aqui.....

El general dejó la isla, volvió al cuartel general y alegando falta de salud, pidió licencia para volver pronto á Francia.

He aquí ahora la aventura que determinó la situacion respectiva en que se hallaban entonces los dos personages de esta escena.



PARTÉ SEGUNDA.

EL AMOR

EN

LA PARROQUIA DE SANTO TOMAS DE AQUINO.

Desgraciada de aquella cuyo primer afecto es mas bien efecto del sentimiento y del gusto que de la esferencia y del capricho.

A no ser por temor del diablo, Corina hubiera sido una Laïs, el solo respeto humano no la hubiera contenido.

(DUDAS SOBRE DIFERENTES OPINIONES RECIBIDAS EN LA SOCIEDAD,
por la señorita de Sanmery.)

Lo que se llama en Francia el arrabal de San German no es ni un barrio, ni una secta, ni una institucion, ni nada que se pueda explicar claramente. La plaza Real, el arrabal de San Honorato, la Calzada de Antia poseen igualmente palacios donde se respira el aire del arrabal de San German. Así, ya todo el arrabal no está en el arrabal. Algunas personas nacidas lejos de su influencia pueden sentirla, y agregarse á este mundo, mientras que otras que han nacido en él pueden ser echadas de allí para siempre. Las maneras, el acento, en una palabra

la tradicion del arrabal de San German es, en Paris, de cuarenta años acá, lo que la Corte era en aquel tiempo; lo que era el palacio de San Pablo, en el siglo catorce; el Louvre, en el quince; el Palacio, la casa Rambauillet, la plaza Real, en el diez y seis; despues Versalles en el siglo diez y ocho.

A todas las fases de la historia, el Paris de la clase alta y de la nobleza tuvo su centro, como el Paris vulgar tendrá siempre el suyo. Esta singularidad periódica ofrece una amplia materia á las reflexiones de los que quieren observar ó pintar las diferentes zonas sociales; y quizá no se deben buscar sus causas solamente para justificar el carácter de esta aventura, sino tambien para servir á graves intereses, mas vivaces en el porvenir que al presente, si con todo eso la esperiencia no es una frase sin sentido para los partidos como para la juventud.

Los grandes señores, y las personas ricas que remediarán siempre á los grandes señores, han alejado, en todas las épocas, sus casas de los parajes muy habitados. Cuando el duque de Uzès labraba, en el reinado de Luis XIV, el hermoso palacio á cuya puerta puso la fuente de la calle de Montmartre, acto de beneficencia que lo hizo, ademas de sus virtudes, objeto de una veneracion tan popular que el barrio en masa siguió su entierro, este estremo de Paris estaba entonces desierto.

Pero luego que las fortificaciones se derrubaron, que los pantanos, situados mas allá de los baluartes, se llenaron de casas, la familia de Uzès dejó aquel hermoso palacio, habitado en nuestros días por un banquero. Despues, la nobleza, comprometida en medio de las tiendas, abandonó la plaza Real, los alrededores del centro parisense, y pasó el rio á fin de poder respijar á su gusto en el arrabal de San German, donde ya se habian labrado palacios en contorno del edificado por Luis XIV al duque de Maine, el benjamin de sus legitimados.

Para las personas acostumbradas á los esplendores de la vida, hay, en efecto, nada mas innoble que el bullicio, el lodo, los pregones, el mal olor, la estrechez de las calles populosas? Las costumbres de un barrio mercantil ó manufacturero no están constantemente en desacuerdo con los hábitos de los de los Grandes? El Comercio y el Trabajo se acuestan cuando la Aristocracia piensa en comer; los unos se mueven estrepitosamente cuando la otra descausa, sus cálculos no se encuentran nunca; los unos son el ingreso y la otra es el gasto. De aqui, las costumbres diametralmente opuestas.

Esta observacion no tiene nada de desdeñosa. Una aristocracia es en algun modo el pensamiento de una sociedad, como la clase media y los proletarios son la organizacion y la accion de ella. De aqui, lugares diferentes para estas fuerzas; y, de su antagonismo, procede una antipatía aparente que produce la

diversidad de los movimientos hechos con un objeto comun. Estas discordancias sociales resultan tan lógicamente de toda carta constitucional, que el liberal mas dispuesto á quejarse de ella como de un atentado contra las sublimes ideas bajo cuyas ambiciones las clases inferiores ocultan sus designios, encontraria prodigiosamente ridículo ver al principe de Montmorency vivir en la calle de San Martin, en la esquina de la calle que lleva su nombre, ó al duque de Fitz-James, descendiente de la estirpe real de Escocia, tener su palacio en la calle de Maria-Estuarda, esquina á la de Montorgeuil. *Sint ut sint, aut non sint*, estas bellas palabras pontificales pueden servir de divisa á los Grandes de todos los países.

El hecho patente en cada época, y siempre aceptado por el pueblo, lleva en sí las razones de Estado; es á la vez un efecto y una causa, un principio y una ley.

Las masas tienen un buen sentido que no abandonan sino en el momento en que las personas de mala fé las apasionan. Este buen sentido reposa sobre verdades de un orden general, verdades en Moscou como en Londres; verdades en Ginebra como en Calcuta. En todas partes, cuando juntas familias de bienes desiguales en un espacio dado, vereis formarse corrillos superiores, de los patricios, de las sociedades primera, segunda y tercera. La igualdad será quizá un *derecho*, pero ningun poder humano podrá convertirla en *hecho*. Seria muy útil para la felicidad de la Francia popularizar este pensamiento.

A las masas menos inteligentes se revelan ademas los beneficios de la armonia política. La armonia es la poesía del orden, y los pueblos tienen una viva necesidad de orden. La concordancia de las cosas entre sí, la unidad, para decirlo todo en una palabra, no es la mas sencilla expresión del orden? La arquitectura, la música, la poesía, todo en la Francia se apoya, mas que en ningun otro país, sobre este principio, que, ademas, está escrito en el fondo de su claro y puro lenguage, y la lengua será siempre la fórmula mas infalible de una nación.

Tambien veis al pueblo adoptar las canciones mas poéticas, las mejor moduladas; adherirse á las ideas mas sencillas; amar las palabras mas incisivas que contienen mas pensamientos. La Francia es el solo país en que una pequeña frase puede hacer una grande revolucion. Las masas nunca se sublevan en ella sino para procurar poner de acuerdo los hombres, las cosas y los principios.

Luego, ninguna otra nación conoce mejor el pensamiento de unidad que debe seguir en la vida aristocrática, quizá porque ninguna otra ha comprendido mejor las necesidades políticas la historia no la hallara nunca hacia atras; se engaña muchas veces, pero como una mugerlo es, por ideas generosas

por sentimientos calurosos cuyo alcance no sabe enteramente desde luego calcular.

Y así, por primer rasgo característico, el arrabal de San German tiene el esplendor de sus palacios, sus grandes jardines, su silencio en otro tiempo en armonía con la magnificencia de sus bienes territoriales. Este espacio puesto entre una clase y toda una capital no es una consagración material de las distancias materiales que deben separarlas? En todas las creaciones, la cabeza tiene su sitio marcado. Si, por acaso, una nación hace caer su jefe á sus pies, advierte, tarde ó temprano, que se ha suicidado. Entonces, como las naciones no quieren morir, trabajan para rehacerse una cabeza. Cuando la nación no tiene fuerza para ello, perece como han perecido Roma, Venecia, y tantas otras.

La distinción introducida por la diferencia de las costumbres, entre las demás esferas de actividad social y la esfera superior, envuelve necesariamente un poder real, capital en las alturas aristocráticas. Luego desde que en todo estado, bajo cualquier forma que afecte el *gobierno*, los patricios faltan á sus condiciones de superioridad completa, llegan á quedarse sin fuerza, y el pueblo los derriba, porque el pueblo quiere siempre ver, en las manos, en el corazón y en la cabeza, los bienes, el poder la acción; la palabra, la inteligencia la gloria. Sin este triple poder, todo privilegio desaparece. Los pueblos, lo mismo que las mujeres, quieren fuerza en quien les gobierna, y su amor no va sin el respeto; no conceden su obediencia sino á quien les impone. Una aristocracia desestimada es como un rey harragan, como un marido con enaguas; es nula antes de ser nada. Así, la separación de los Grandes, perdidas sus costumbres, en una palabra, el uso general de las castas patricias es á la vez el símbolo de un poder real, y las razones dé su muerte cuando han perdido su poder.

El arrabal de San German se dejó momentáneamente abatir, por no haber querido reconocer las obligaciones de su existencia que le hubiera sido todavía fácil perpetuar, teniendo la buena fe de ver á tiempo, como lo vió la aristocracia inglesa, que las instituciones tienen sus años climáticos en que unas mismas palabras no tienen las mismas significaciones, en que las ideas toman otros vestidos, y en que las condiciones de la vida política cambian totalmente de forma, sin que el fondo sea alterado especialmente. Estas ideas quieren los desarrollos que perteneceen por su esencia á la contingencia en que entran, ya como definición de las causas, ya como aplicación de los hechos.

Lo grandioso de los castillos y de los palacios aristocráticos, el lujo de sus pormenores, la suntuosidad constante de sus hor-

manages, el área en que se mueve sin tormento, y sin experimentar ninguna estrechez, el feliz propietario, rico antes de nacer; luego el hábito de no descender nunca al cálculo de los intereses inconstantes y mezquinos de la existencia, el tiempo de que dispone, la instrucción superior que puede prematuramente adquirir; en fin las tradiciones patricias que le dan las fuerzas sociales que sus adversarios compensan apenas con los estudios, con una voluntad, con una vocación tenaces, todo debería elevar el alma del hombre que, desde la edad jóven posee tales privilegios, imprimirlle el elevado respeto de sí mismo cuya menor consecuencia es una nobleza de nombre. Esto es verdad para algunas familias. Acá y acullá, en el arrabal de San German, se encuentran bellos caracteres, excepciones que prueban contra el egoísmo general que ha causado la pérdida de este mundo á parte.

Estas ventajas han adquirido á la aristocracia francesa, como á todas las esfuercencias patriciales que se producirán en la superficie de las naciones, tanto tiempo como sentaren su existencia sobre el *dominio*, la propiedad territorial, la propiedad pecuniaria, única base sólida de una sociedad arreglada; pero estas ventajas no quedan á los patricios de toda especie, sino mientras mantienen las condiciones que el pueblo les deja. Son feudos morales cuya *enfiteusis* obliga para con el soberano, y aquí el soberano es hoy ciertamente el pueblo.

Los tiempos han cambiado y tambien las armas. El rico hombre á quien bastaba en tiempos pasados llevar la cota de malla, la loriga, manejar bien la lanza y mostrar su pendón, debe hoy hacer prueba de inteligencia, y para lo que no era necesario mas que un gran corazón, es menester, en nuestros días, un ancho cráneo. El arte, la ciencia, y el dinero forman el triángulo social, donde se inscribe el poder, y de donde debe proceder la moderna aristocracia. Un hermoso teorema vale un gran nombre: los Fugger modernos son príncipes de hecho; un grande artista es realmente un oligarca, representa todo un siglo, y llega á ser casi siempre una ley. Así el talento de la palabra, las máquinas del escritor, el ingenio del poeta, la constancia del comerciante, la voluntad del hombre de Estado que concentra en él mil cualidades deslumbrantes, la espada del general, estas conquistas personales hechas por uno solo sobre toda la sociedad para imponerla, la clase aristocrática debe esforzarse en obtener hoy el monopolio de ellas, como en otro tiempo tenía el de la fuerza material.

Para permanecer á la cabeza de un país, no es menester ser siempre digno de conducirlo; ser su alma y su talento, para hacer obrar sus manos? Como mandar un pueblo sin tener el poder que constituye el mando? Luego, el arrabal de San Ger-

man ha jugado siempre con los bastones, creyendo que estos eran todo el poder. Trabucó los términos de la proposicion que munda su existencia. En vez de tirar las insignias que chocaban al pueblo, y de conservar secretamente la fuerza, dejó á la clase media apoderarse de ella, se aferró fatalmente á sus notables, y olvidó constantemente las leyes que le imponía su impotencia numérica. Una aristocracia que personalmente compone apenas la centésima parte de una sociedad, debe hoy dia, como en otro tiempo, multiplicar sus medios de accion para oponer, en las grandes crisis, un peso igual al de las masas populares. Luego, en nuestros dias, los medios de accion deben ser fuerzas efectivas, no recuerdos históricos.

Desgraciadamente, en Francia, la nobleza, aun grande por su antiguo poder desvanecido, temia contra sí una especie de presuncion de que le era dificil librarse. Quizá es este un defecto nacional. El francés, mas que ningun otro hombre, nunca concluye debajo de si; va del grado en que se halla, al grado superior; tiene lástima raras veces de los desgraciados sobre quienes se eleva, se queja siempre de ver tantos felices encima de él. Aunque tiene mucho valor prefiere muchas veces escuchar su talento. Este instinto nacional que hace siempre á los franceses ir adelante, esta vanidad que corroe sus bienes y que los rige tan absolutamente como el principio de economia á los holandeses, ha dominado de tres siglos acá á la nobleza, que, bajo este respecto, fué eminentemente francesa.

El hombre del arrabal de San German ha inferido siempre de su superioridad material en favor de su superioridad intelectual. Todo, en Francia, lo ha convencido de ello, porque desde el establecimiento del arrabal de San German, revolucion comenzada el dia en que la monarquia dejó á Versalles, el arrabal de San German se ha apoyado siempre, excepto algunos blancos, sobre el poder, que será siempre en Francia mas ó menos el arrabal de San German. De ahí su derrota en 1830. En esta época era como un ejército operando sin tener base. No se había aprovechado de la paz para ingerirse en el corazon de la nacion. Pecaba por carecer de instruccion y por una falta total de vista sobre el conjunto de sus intereses. Mataba un porvenir cierto, en provecho de un presente dudosos. He aqui quizá la razon de esta falsa politica.

La distancia física y moral que estas superioridades se esforzaban en mantener entre ellas y el resto de la nacion, han tenido fatalmente por todo resultado, despues de cuarenta años, mantener en la clase alta el sentimiento personal, matando el patriotismo de casta. En otro tiempo, cuando la nobleza francesa era grande, rica, y poderosa, los caballeros sabian, en el peligro, elegirse jefes y obedecerlos. Llegados á ser menos, se han

mostrado indisciplinables; y, como en el Bajo-Imperio, cada uno de ellos queria ser emperador; viendose todos iguales por su debilidad, se creyeron todos superiores. Cada familia arruinada por la revolucion, arruinada por la division igual de los bienes, no pensó mas que en sí, en vez de pensar en la grande familia aristocrática, y les parecia que si todas se enriquecian el partido seria fuerte. Error. El dinero no es mas que un signo del poder. Compuestos de personas que conservaban las elevadas tradiciones de buena urbanidad, de verdadero primor, de hermoso lenguage, de gizmoñería y de orgullo nobiliarios, en armonia con sus existencias, ocupaciones mezquinas cuando han llegado á ser lo principal de una vida de que no deben ser mas que el accesorio, todas estas familias tenian un cierto valor intrínseco, que, puesto en superficie, no les ha dejado mas que un valor nominal.

Ninguna de estas familias tuvo el valor de decirse: Somos tan fuertes que podamos sostener el poder? Se echaron encima como hicieron los abogados en 1830. En vez de mostrarse protectores, como un Grande, el arrabal de San German fue avaro como un aventurero. Luego, desde el dia en que se probó á la nacion mas inteligente del mundo, que la nobleza restaurada organizaba el poder y el presupuesto á su favor, este dia, le fué mortalmente malo.

Queria ser una aristocracia cuando no podia ser mas que una oligarquía, dos sistemas muy diferentes, y que comprenderá todo hombre bastante que pueda leer atentamente los nombres patronímicos de los lores de la Cámara alta. Ciertamente, el gobierno real tuvo buenas intenciones, pero olvidaba constantemente que es preciso hacer que el pueblo lo quiera todo, hasta su felicidad, y que la Francia, muger caprichosa, quiera ser feliz ó maltratada á su gusto. Si hubiera tenido mucho de duque de Laval, que su modestia hizo digno de su nombre, el trono de la rama primogenita hubiera llegado á ser tan sólido como lo es el de la casa de Hannover.

En 1814, pero principalmente en 1820, la nobleza francesa tenia que dominar la época mas instruida, la clase media mas aristocrática, al pais mas hembra del mundo. El arrabal de San German podia muy facilmente condneir y entretener una clase media, sedienta de distinciones, apasionada del arte y de la ciencia. Pero los mezquinos acompañantes de esta grande época de inteligencia todos aborrecian el arte y la ciencia. Ni aun supieron presentar la religion, de que necesitaban, bajo los colores poéticos que la hubieran hecho amar. Cuando Lamartine, La Mennais, Montalembert y algunos otros escritores de talento doraban de poesía, renovaban ó engrandecian las ideas religiosas, todos los que manejaban el gobierno hacia conocer

la pena de la religion. Nunca hubo nación mas complaciente: era entonces como una mujer fatigada que llega á ser fácil; nunca poder cometió mas torpezas: la Francia y la mujer quieren mejor las faltas.

Para reintegrarse, para fundar un gran gobierno oligárquico, la nobleza del arrabal de San German debía escudriñarse con buena fe á fin de hallar en ella misma la moneda de Napoleón, hacer el último esfuerzo para pedir con lo hondo de sus entrañas un Richelieu constitucional. Si este genio no se hallaba en ella ir á buscarlo hasta la frina guardilla donde podía estar en trance de muerte, y asimilarselo como la cámara inglesa de los lores se asimila constantemente las aristocracias del acaso. Despues, ordenar á este hombre que fuese implacable, que cortase las ramas corrompidas, que podase el árbol aristocrático. Pero en un principio el grande sistema del Toryismo inglés era demasiado inmenso para cabezas pequeñas, y su importacion pedía mucho tiempo á los franceses, para los cuales un buen éxito lento es un *fiasco*. En fin, lejos de tener esta política seductora que va á buscar la fuerza allí donde Dios la ha puesto, estos grandes pequeños aborrecían toda fuerza que no procedia de ellos; y, lejos de rejuvenecerse, el arrabal de San German se ha envejecido.

La etiqueta, institución de segunda necesidad, podía mantenerse si no hubiese parecido en las grandes ocasiones, pero la etiqueta vino á ser una lucha diaria. En vez de hacer de ella una cuestión de arte y de magnificencia, vino á ser una cuestión de poder.

Si falta en un principio al trono un consejero tan grande como las circunstancias, la aristocracia carece principalmente del conocimiento de sus intereses generales que podría suplir por todo. Se paró ante el casamiento de Talleyrand, el solo hombre que tuvo una de aquellas cabezas metálicas en que se forjan de nuevo los sistemas políticos con que reviven gloriosamente las naciones. El arrabal de San German se burló de los ministros que no eran hidalgos y no daba hidalgos bastante superiores para ser ministros; podía hacer servicios verdaderos al país ennobleciendo los juzgados de paz, fertilizando el suelo, construyendo caminos y canales, haciendo poder territorial diligente; pero vendía sus tierras para jugar en la Bolsa. Podía privar á la clase media de sus hombres de acción y de talento cuya ambición minaba el poder, habriendole sus filas; prefirió combatirlos, y sin armas, porque tenía mas que la tradición de lo que poseía en otro tiempo en la realidad. Para desgracia de esta nobleza, le quedaban precisamente bastantes caudales diversos para sostener su gravedad afectada. Contenta con sus recuerdos, ninguna de estas familias pensó seriamente en hacer tomar las ar-

mos á sus hijos primogénitos, entre el manojo que el siglo diez y nueve echó en la plaza pública.

La juventud, excluida de los negocios, bailaba en casa de Madama, en vez de continuar en París, por la influencia de talentos jóvenes, concienzudos, inocentes del Imperio y de la República, la obra que las cabezas de cada familia habían comenzado en los departamentos conquistando en ellos el reconocimiento de sus títulos con alegatos continuos en favor de los intereses locales, conformandose con el espíritu del siglo, refundiendo la casta y el gusto del tiempo. Concentrada en su arrabal de San German, donde vivía el espíritu de las antiguas oposiciones feudales mezclado con el de la antigua corte, la aristocracia, mal unida al castillo de las Tullerías, fué mas fácil de vencer, no existiendo sino sobre un punto y sobre todo tan mal constituida como lo estaba en la cámara de los Pares. Tejida en el país, llegaba á ser indestructible; metida en su arrabal, arrimada al castillo, estendida en el presupuesto, era suficiente un hachazo para cortar el hilo de su vida agonizante, y la figura vulgar de un abogadito se adelantó para dar su golpe. A pesar del admirable discurso de Mr. Royer-Collard, la herencia de la dignidad de par y sus mayorazgos cayeron bajo los escritos satíricos de un hombre que se jactaba de haber habilmente disputado algunas cabezas al verdugo, pero que mataba torpemente varias instituciones.

Hay aquí ejemplos y lecciones para lo sucesivo. Si la oligarquía francesa no tuviese una vida futura, habría no se que crueldad triste en condonarla después de su muerte; y, entonces, no sería menester pensar mas que en el sarcófago; pero si el escalpelo de los cirujanos es duro el sentirse, da á veces la vida á los moribundos. El arrabal de San German puede parecer mas poderoso perseguido, que lo era triunfante.

Ahora es facil resumir este cálculo semi-político.

La falta de vistas espaciosas y el vasto conjunto de faltas chicas; el deseo de restablecer los grandes caudales de que cada uno se preocupaba; una necesidad real de religion para sostener la política, una sed de placer que perjudicaba al espíritu religioso, y necesitó de la hipocresía; las resistencias parciales de algunos talentos elevados que veian exactamente y que contrariaban las rivalidades de corte; la nobleza de provincia, muchas veces de estirpe mas pura que lo es la nobleza de corte; pero que, muchas veces ajada, se desafecciónó, todas estas causas se reunieron para dar al arrabal de San German las costumbres mas discordes. No fué ni compacto en su sistema, ni consiguiente en sus actos, ni completamente moral, ni francamente licencioso, ni corrompido ni corruptor; no abandonó enteramente las cuestiones que le perjudicaban; ni adoptó las ideas que lo hubiesen salvado.

En fin, por débiles que fuesen las personas, el partido se había no obstante armado de todos los grandes principios que hacen forman la vida de las naciones; luego, para perecer en su fuerza, que es preciso hacer? Fué difícil en la elección de las personas presentadas; tuvo buen gusto, desprecio elegante; pero su caída no tuvo ciertamente nada de de estrepitosa ni de caballeresca.

La emigración de 89 acusaba todavía sentimientos, la emigración al interior de 1830 no acusa mas que intereses. Algunos hombres ilustres en las letras, los triunfos de la tribuna, Mr. de Talleyrand en los congresos, la conquista de Argel, y muchos nombres llegados á ser históricos en los campos de batalla, muestran á la aristocracia francesa los medios que le quedan de nacionalizarse y de hacer aun reconocer sus títulos, si todavía se digna.

En los seres organizados se opera un trabajo de armonía íntima. Un hombre es perezoso, la pereza se conoce en cada movimiento suyo. Lo mismo, la fisicomía de una clase de hombres se conforma al espíritu general, al alma que anima su cuero. Bajo la Restauración, la muger del arrabal de San German no desplegó ni la alta osadía que las damas de la corte en otro tiempo en sus desbarros, ni las modestas grandezas de las tardías virtudes con que espiaban sus faltas, y que esparcían en torno suyo un brillo tan vivo. No tuvo nada muy ligero, nada muy grave. Sus pasiones, salvo algunas excepciones, fueron hipócritas; transigió por decirlo así con sus goces. Algunas de aquellas familias pasaron la vida llana de la duquesa de Orleans, cuya cama mostraban tan ridículamente las gentes á los que visitaban el Palacio-Real; apenas dos ó tres continuaron las costumbres de la Regencia, é inspiraron una especie de disgusto á las mugeres más hábiles.

Esta nueva gran señora no tuvo ninguna influencia en las costumbres; no obstante podía mucho; podía ofrecer el espectáculo de las mugeres de la aristocracia inglesa; pero vaciló simplemente entre las antiguas tradiciones, fué devota por fuerza, y lo ocultó todo, hasta sus bellas calidades. Ninguna francesa de estas pudo crear un salón donde las cimas sociales fuesen á tomar lecciones de buen gusto y de elegancia. Su voto, en otros tiempos tan imponente en literatura, esta viva impresión de las sociedades, fué allí enteramente nula. Luego, cuando una literatura no tiene sistema general, no forma cuerpo y se disuelve con su siglo.

Cuando en cualquier tiempo, se halla en medio de una nación un pueblo á parte así constituido, el historiador encuentra en él casi siempre una figura principal que compendia las virtudes y los defectos de la masa á que pertenece: Coligny, entre

los hugonotes; el Coadjutor, en el seno de la Fronde; el mariscal de Richelieu, en tiempo de Luis XV; Danton, en el terror. Esta identidad de fisonomía entre un hombre y su séquito histórico está en la naturaleza de las casas. Para llevar un partido, no es menester concordar con sus ideas? para brillar en una época, no es preciso representarla? De esta obligación constante en que se halla la cabeza sabia y prudente de los partidos de obedecer a las preocupaciones y á las necesidades de las masas que forman su cola, derivan las acciones que echan en cara algunos historiadores á los jefes de partido, cuando á distancia de las ebuliciones populares, juzgan á sangre fría las pasiones mas necesarias á la conducta de las grandes luchas del siglo. Lo que es verdad en la comedia histórica de los siglos, es igualmente verdad en la esfera mas estrecha de las escenas parciales de este drama.

Al principio de la vida efímera que pasó el arrabal de San German durante la Restauración, y en la cual, si las consideraciones precedentes son verdaderas, no supo dar consistencia, una joven fué de paso el tipo mas completo de la naturaleza á la vez superior y débil, grande y pequeña de su casta. Era una muger artificialmente instruida, realmente ignorante, llena de sentimientos elevados, pero faltándole un pensamiento que los coordinase; gastando los mas ricos tesoros del alma en obedecer á las conveniencias; dispuesta á insultar á la sociedad; pero vacilando y llegando al artificio de resultas de sus escrúpulos, teniendo mas obstinación que carácter, mas manía que entusiasmo, mas cabeza que corazón; soberanamente muger, y soberanamente coqueta, parisense sobre todo, amante del brillo, las fiestas; no reflexionando ó reflexionando muy tarde; de una imprudencia que llegaba casi á la poesía, insolente á las mil maravillas, pero humilde en el fondo del corazón; blasonando como una caña muy derecha, pero, como esta caña, dispuesta á doblarse bajo una mano poderosa; hablando mucho de la religión, pero no amandola, y pronta sin embargo á aceptarla como una salida.

Mas como explicar una criatura visiblemente multíplice, susceptible de heroísmo, y olvidando ser heroica por decir una maldad; joven y apacible, menos vieja de corazón que envejecida por las máximas de los que la rodean, y comprendiendo su filosofía egoista, sin haberla aplicado; teniendo todos los vicios del cortesano y todas las noblezas de la muger adolescente; desconfiando de todo, y sin embargo dejándose ir á creerlo todo.

No será esto siempre un retrato no acabado como el de aquella muger en quien las tintas mas cambiantes se sientan con crudeza, pero produciendo una confusión poética, porque había

allí una luz divina, un brillo de juventud, que daba á las facciones ocultas una especie de conjunto? La gracia le servía de unidad. Nada era fingido. Estas pasiones, estas medias pasiones, esta veleidad de grandeza, esta realidad de pequeñez, estos sentimientos fríos y estos rasgos calurosos eran naturales y salían de su situación tanto como de la aristocracia á que pertenecía. Se comprendía sola y se ponía orgullosamente sobre el mundo, al abrigo de su nombre. Había el *go* de Medea en su vida, como en la de la aristocracia que se moría sin querer ni incorporarse, ni dar la mano á ningún médico político, ni tocar, ni ser tocada, tan débil se sentía, ó ya polvo.

La duquesa de Langeais, así se llamaba ella, estaba casada cerca de cuarenta años habia cuando la Restauración fue consumada, esto es en 1816, época en que Luis XVIII., ilustrado por la revolución de los Cien-días, comprendió su situación y su siglo, á pesar de su cerco que sin embargo triunfó mas tarde de este Luis XI menos el hacha, cuando fue abatido por la enfermedad.

La duquesa de Langeais era una Navarreins, familia ducal, que, desde Luis XIV, tenía por principio no abdicar su título en sus alianzas. Las hijas de esta casa debían tener temprano ó tarde, lo mismo que su madre, una almohada en la corte. A la edad de diez y ocho años, Antonia de Navarreins salió del profundo retiro donde había vivido para casarse con el hijo primogénito del duque de Langeais. Las dos familias estaban entonces retiradas del mundo; pero la invasión de la Francia hacia presumir á los realistas la vuelta de los Borbones como la sola conclusión posible de las desgracias de la guerra. Los duques de Navarreins y de Langeais, permaneciendo fieles á los Borbones, habían resistido noblemente todas las seducciones de la gloria imperial, y, en las circunstancias en que se hallaban cuando esta unión, debieron naturalmente obedecer á la antigua política de sus familias.

La señorita Antonia de Navarreins se casó pues, bella y pobre, con el marqués de Langeais, cuyo padre murió algunos meses después del casamiento. Cuando volvieron los Borbones, las dos familias recobraron su clase, sus cargos, sus dignidades en la corte, y entraron en el movimiento social, fuera del cual se habían mantenido hasta entonces.

Llegaron á ser las mas brillantes superioridades de este nuevo mundo político.

En este tiempo las vilezas y las falsas conversaciones, la conciencia política quiso reconocer en estas dos familias la fidelidad sin tacha, el acuerdo entre la vida privada y el carácter político á los cuales todos los partidos rinden homenaje involuntariamente. Pero, por una desgracia bastante común en los tiem-

pos de transacción, las personas mas puras y que por la elevación de sus miras, la sabiduría de sus principios, hubieran hecho creer en Francia en la generosidad de una política nueva y osada, fueron separadas de los negocios, que cayeron en manos de personas interesadas en llevar los principios al extremo, para dar prueba de rendimiento.

Las familias de Langeais y de Navarreins, quedaron en la alta esfera de la corte, condenadas á los poderes de su etiquete como tambien á las reconvenções y á las burlas del liberalismo, acusadas de llenarse de honores y de riquezas, mientras que su patrimonio no se aumentó, y que las liberalidades de la lista civil se consumieron en gastos de representación, necesarios á toda monarquía europea, aunque fuese republicana.

En 1818, el duque de Langeais mandaba una división militar, y la duquesa tenía al lado de una princesa un empleo que la autorizaba para vivir en París, lejos de su marido, sin escándalo. Por otra parte, el duque tenía, ademas de su mando, un destino en la corte, donde iba, dejando durante su ausencia el mando á un mariscal de campo. El duque y la duquesa vivían pues enteramente separados, de hecho y de corazón, sin saberlo el mundo.

Este casamiento de conveniencia tuvo la suerte bastante habitual de los pactos de familia. Los dos caracteres mas antipáticos del mundo se habían reunido, chocado secretamente, secretamente lastimado, desunido para siempre. Luego, cada uno de ellos obedeció á su naturalceza y á las conveniencias. El duque de Langeais, con talento tan metódico que podía ser el caballero de Folard, se entregó metódicamente á sus gustos, á sus placeres, y dejó á su muger libre para seguir los suyos, despues de haber reconocido en ella un talento eminentemente orgulloso, un corazón frio, una grande sumisión á los usos del mundo, una fidelidad enteramente jóven, y que debía permanecer pura á los ojos de su grande parentela, á la luz de un corazón gásmoño y religioso.

Hizo pues friamente el gran señor del siglo pasado, abandonando á sí misma una muger de veinte y dos años, ofendida gravemente, y que tenía en el carácter una espantosa propiedad, la de no perdonar nunca una ofensa, cuando todas sus vanidades de muger, cuando su amor propio, sus virtudes quizá, habían sido desconocidas, lastimadas, ocultamente. Cuando es público un ultrage, una muger quiere olvidarlo, tiene ocasiones de engrandecerse, es muger en su clemencia; pero las mugeres no perdonan nunca las ofensas secretas, porque no les agradan ni las cobardías, ni las virtudes, ni los amores secretos.

Tal era la posición, desconocida del mundo, en que se hallaba la duquesa de Langeais, y en la cual no reflexionaba

esta muger, cuando ocurrieron las fiestas celebradas con motivo del casamiento del duque de Berri. En este momento la corte y el arrabal de San German salieron de su atonia y de su reserva. Entonces empezó realmente el esplendor inaudito que embauco al gobierno de la Restauracion.

En este momento, la duquesa de Langeais, ya por cálculo, ya por vanidad, no se presentaba nunca en el mundo sin estar rodeada ó acompañada de tres ó cuatro señoras tan distinguidas por sus nombres como por sus bienes. Reina de la moda, tenia sus azafatas, que reprodujese ademas sus maneras y sus talentos. Las habia escogido habilmente entre algunas personas que no estaban ni en la intimidad de la corte, ni en el centro del arrabal de San German, y que tenian sin embargo la pretension de llegar allí; simples Dominaciones que querian elevarse hasta las inmediaciones del trono y mezclarse con las potencias seráficas de los que se llamaba *el palacio chico*.

Colocada así, la duquesa de Langeais era mas fuerte, dominaba mejor, estaba en mas seguridad. Sus *damas* la defendian de las calumnias, y la ayudaban á representar el detestable papel de muger á la moda. Podia á su gusto burlarse de los hombres, de las pasiones, escitarlas, recoger los homenages que codicia la naturaleza, y quedar dueña de sí misma. En Paris y en la mas selecta sociedad, la muger es siempre muger; vive del incienso, de las adulaciones, de los honores. La belleza mas real, la figura mas admirable no es nada, si no es admirada; un amante, las lisonjas son los testimonios de su poder. Que es un poder desconocido? nada. Suponed á la muger mas linda, sola en el rincon de un salou, allí está triste. Cuando una de estas criaturas se halla en el seno de las magnificencias sociales, quiere pues reinar sobre todos los corazones, muchas veces por falta de poder ser soberana feliz en uno solo.

Todas las composturas, los adornos, las coqueterias eran hechas para los pobres seres que salian al encuentro, presumidos sin talento, hombres cuyo mérito consistia en una linda figura, y para los cuales todas las mugeres se comprometian sin provecho, verdaderos ídolos de madera dorada, que, no obstante algunas excepciones, no tenian ni los antecedentes de los petrимetres del tiempo de la Fronde, ni el grande valor de los héroes del Imperio, ni el talento y los modales de sus abuelos, sino que querian ser *gratis* alguna cosa parecida; que eran valientes como lo es la juventud francesa, hábil sin duda si hubiesen sido puestos á la puebla, y que no podian ser nada por el reinado de los viejos usados que los tenia en andaderas. Esta fué una época fria, mezquina y sin poesia. Quizá una restauracion necesita mucho tiempo para llegar á ser una monarquia.

Habia diez y ocho meses que la duquesa de Langeais pasaba

esta vida vana, exclusivamente ocupada por el baile, por las visitas hechas para el baile, por los triunfos sin objeto, por las pasiones efimeras, nacidas y muertas durante una velada. Cuando entraba en un salon, las miradas se concentraban en ella, recogia palabras lisonjeras, algunas expresiones apasionadas, que animaba ella con un gesto, con una mirada, y que no podian nunca pasar del epidermis. Su tono, sus maneras, todo en ella hacia autoridad. Vivia en una especie de fiebre de vanidad, de perpetuo goce que la adormecia. Iba muy lejos en la conversacion, escuchaba todo, y se depravaba, por decirlo asi, en la superficie del corazon. Vuelta a su casa, se sonrojaba á menudo de lo que se habia reido, de alguna historia escandalosa cuyos pormenores le ayudaban á discutir las teorias del amor que no conocia, y las sutiles distinciones de la pasion moderna, que los hipócritas complacientes le comentaban; porque las mugeres, sabiendo decirlo todo entre ellas, pierden mas de ello que lo que corrompen a los hombres.

Hubo un momento en que comprendio que la criatura amada era la sola cuya belleza, cuyo talento podia ser reconocido universalmente. Que prueba un marido? Que, joven soltera, una muger ó estaba ricamente dotada, ó bien educada; que tenia una madre hábil; pero un amante es el constante programa de sus perfecciones. Madama de Langeais supo, siendo aun joven, que una muger podia dejarse amar ostensiblemente sin ser cómplice del amor, sin aprobarlo, sin contentarlo de otro modo que con los mas débiles tributos del amor, y mas de una santurrona le revelaron los medios de representar estas peligrosas comedias.

La duquesa tuvo pues su corte, y el número de los que la adoraban ó la obsequiaban fué una garantia de su virtud. Era coqueta, amable, seductora, hasta el fin de la fiesta, del baile, de la velada; luego, echado el telon, se hallaba sola, fria, indiferente, y sin embargo revivía el dia siguiente para otras comisiones igualmente superficiales.

Tenia dos ó tres jóvenes completamente engañados, que la amaban verdaderamente, y de quienes ella se burlaba con una perfecta insensibilidad. Se decia á sí:—Soy amada, me amo! Esta certidumbre le bastaba. Semejante al avaro satisfecho con saber que sus caprichos pueden ser atendidos, no llegaba quizás ni aun al deseo.

Una noche se hallaba en casa de una amiga íntima, una de sus humildes rivales que la aborrecian cordialmente y la acompañaban siempre: especie de amistad armada de que cada cual desconfia, y donde las confianzas son habilmente discretas, algunas veces péridas.

Despues de haber distribuido pequeños saludos protectores, afectuosos ó desdeñosos, con el aire natural de la muger que

conoce todo el valor de sus sonrisas, sus ojos cayeron sobre un hombre que le era completamente desconocido, pero cuya fisonomía grave le sorprendió. Sintió al verle una agitación interior semejante á la del miedo.

—Querida, preguntó á su amiga, quién es este nuevo concurrente?

—Un hombre de quien sin duda habeis oido hablar, el marqués de Montrivean.

—Ah! es ese.

Tomó su anteojos de teatro y le examinó impertinentemente, como si lo hubiese hecho con un retrato que recibe miradas y no las vuelve.

—Presentadmelo pues, debe ser divertido.

—No hay uno mas fastidioso y mas triste, querida, pero está de moda.

Mr. Armando de Montrivean, era, en este momento, sin saberlo, objeto de una curiosidad general, y la merecía mas que ninguno de aquellos ídolos pasajeros que París necesita y de que se enamora todos los días, á fin de satisfacer la pasión de maternia y de entusiasmo ficticio con que es atormentado periódicamente.

Armando de Montriveau era hijo único del general de Montriveau, uno de los *deantes* que sirvieron noblemente á la república, que fué muerto en Novi, cerca de Joubert. El huérfanfo fué colocado por Bonaparte en la escuela de Chalona, y puesto, como otros muchos hijos de generales muertos en el campo de batalla, bajo la protección de la República francesa. Despues de haber salido de aquella escuela, sin ninguna especie de bienes, entró en la artillería, y no era mas que comandante de batallón cuando el desastre de Fontainebleau. El arma á que pertenecía Armando de Montriveau le ofreció pocos ascensos. Despues de luego, el número de oficiales es mas limitado que en los cuerpos del ejército; luego, las opiniones liberales y casi republicanas que profesaba la artillería, los temores inspirados al Emperador por una reunión de hombres sabios acostumbrados á reflexionar, se oponían á la fortuna militar de la mayor parte de ellos. Tambien, al contrario de las leyes ordinarias, los oficiales llegados á ser generales no fueron siempre los sujetos mas notables del arma, porque, medianos, daban pocos temores. La artillería componía un cuerpo a parte del ejército, y no pertenecía a Napoleón sino en los campos de batalla. A estas causas generales que pueden explicar los retardos experimentados por Armando de Montriveau en su carrera, se reunian otras inherentes a su persona y á su carácter.

Solo en el mundo, lanzado desde la edad de veinte años en medio de aquella tempestad de hombres en cuyo seno vivió

Napoleón, y no teniendo ningún interés fuera de sí mismo, pronto a parecer cada día, se había habituado no á existir sino por una estimación interior y por el sentimiento de cumplir su deber. Era habitualmente silencioso como lo son todos los hombres tímidos, pero su timidez no procedía de falta de valor, era una especie de pudor que le impedía toda demostración vanidosa. Su intrepidez en el campo no era fanfarrona; lo veía todo allí, podía dar tranquilamente un buen parecer á sus camaradas, é iba al encuentro de las balas, bajándose siempre para evitarlas. Era bueno, pero su aspecto lo hacia pasar por altivo y severo. De un rigor matemático en toda cosa, no admitía ninguna composición hipócrita ni con los deberes de una posición ni con las consecuencias de un hecho. No se prestaba á nada vergonzoso, nunca pedía nada para sí; en fin, era uno de los hombres grandes no conocidos, bastante filósofos para despreciar la gloria, y que viven sin apegarse á la vida, porque no hallan en ella donde desarrollar sus fuerzas ó sus sentimientos en toda su extensión. Era temido, estimado, poco amado. Los hombres nos permiten que nos elevemos sobre ellos, pero no nos perdonan nunca que bajemos tanto como ellos. Así el sentimiento que conceden á los grandes caracteres no va nunca sin un poco de odio y de temor. Mucho honor es para ellos una censura tácita que no perdonan ni á los vivos ni á los muertos.

Después de las despedidas de Fontainebleau, Montriveau, aunque noble y título, fué puesto a medio sueldo. Su antigua probidad asustó al ministerio de la Guerra en donde era conocida su adhesión á los juramentos prestados al águila imperial. En los Cien-días, fué nombrado coronel de la guardia y estuvo en el campo de batalla en Waterloo. Hubiendo sus heridas detenidolo en Bélgica, no se halló en el ejército del Loira, y el gobierno real, no reconociendo los grados dados en los Cien-días, Armando de Montriveau dejó á Francia.

Llevado por su genio emprendedor, por la sublimidad de pensamiento que, hasta entonces, los acasos de la guerra habían satisfecho, y apasionado por su rectitud instintiva á los proyectos de grande utilidad, el general Montriveau se embarcó con el intento de explorar el Egipto superior y las partes desconocidas de África, los países del centro principalmente, que escitan hoy tanto interés entre los sabios. Su expedición científica fué larga y desgraciada.

Recogió notas preciosas destinadas para resolver los problemas geográficos ó industriales tan ardientemente, y llegó, no sin haber vencido muchos obstáculos, hasta el interior de África, cuando cayó, por traicion, en poder de una tribu salvaje. Se lo robaron todo, puesto en esclavitud y andando durante

dos años por los desiertos, amenazado de muerte á cada momento, y mas maltratado que lo es un animal cuando se divierten con él muchachos crueles.

Su fuerza corporal y su constancia de alma le hicieron soportar todos los horrores de su cautiverio, pero casi agotó toda su energía en su evasión que fué milagrosa. Llegó a la colonia francesa de Senegal, medio muerto, lleno de harapos, y sin tener mas que recuerdos informes. Los inmensos sacrificios de su viage, el estudio de los dialectos de África, sus descubrimientos y sus observaciones, todo se perdió. Un solo hecho hará comprender sus padecimientos. Durante algunos días los hijos del chaique de la tribu de quien era esclavo, se divirtieron en que su cabeza le sirviese de blanco en un juego que consistía en tirar desde bastante lejos tabas de caballo y hacerlas dar allí.

Montriveau volvió á París á mediados del año de 1818; se halló arruinado, sin protectores y no queriéndolo. Hubiera muerto veinte veces, antes que solicitar ni aun sus servicios adquiridos. La adversidad, sus penas, hubian desarrollado su energía hasta en las cosas pequeñas, y el hábito de conservar su dignidad de hombre al frente del ser moral que llamamos conciencia, daba para él precio á los actos mas indiferentes en apariencia. Sin embargo sus relaciones con los principales sabios de París y algunos militares instruidos hicieron conocer su mérito y sus aventuras. Las particularidades de su evasión y de su cautiverio, las de su viage mansfestaban tanta sangre fria, talento y valor, que adquirió, sin saberlo, aquella celebridad pasajera en que son tan pródigos los salones de París, pero que exigen esfuerzos inauditos de los artistas que quieren perpetuarla.

Al fin de dicho año, cambió súbitamente su posición. De pobre, vino á ser rico, ó al menos tuvo esteriormente todas las ventajas de la riqueza. Entonces el gobierno real que procuraba atraerse á los hombres de mérito á fin de dar fuerza al ejército, hizo algunas concesiones á los antiguos oficiales cuya lealtad y carácter conocido ofrecían garantías de fidelidad. Mr. de Montriveau fué restablecido en los cuadros, con su grado; recibió sus sueldos caídos y fue admitido en la guardia real.

Estos favores llegaron sucesivamente al marqués de Montriveau sin haber hecho la menor súplica. Los amigos le ahorrraron los pasos personales que él no hubiera dado. Llegó, contra sus habitudes, que se modificaron de pronto, fué al mundo, en el cual fué recibido favorablemente, y encontró en todas partes testimonios de la mayor estimación. Parecía que había hallado algún desenlace para su vida; pero en el todo pa-

saba en el hombre, no había nada estéril. Tenía en la sociedad una cara grave y recogida, silenciosa y fría. Tuvo muy buen éxito, precisamente porque resaltaba fuertemente sobre la masa de las fisionomías convencionales que amueblan los salones de París donde fue enteramente nuevo. Su palabra tenía la concisión del lenguaje de las personas solitarias ó de los salvajes. Su timidez fué tenida por altivez, y agrado mucho. Era alguna cosa extraña y grande, y las mujeres se prendaron tanto mas generalmente de este carácter original cuanto que se libertaba de sus astutas lisonjas, manejo con que ellas engañan á los hombres mas poderosos, y corroen los ánimos mas inflexibles.

Mr. de Montriveau no comprendió nada de estas monerías parisienses, y su alma no podía corresponder sino á las sonoras vibraciones de los bellos sentimientos. Se hubiera cansado pronto de esto, á no ser por la poesía que resaltaba de sus aventuras y de su vida, sin los paseantes que lo ensalzaban sin saberlo él, sin el triunfo de amor propio que esperaba la mujer de quien él se ocupase. Así la curiosidad de la duquesa de Langeais era tan viva como natural, y por un efecto de casualidad este hombre había interesado el dia antes, porque oyó contar una de las escenas que, en el viage de Mr. Montriveau, producía mas impresión sobre las móviles imaginaciones de mujer.

En una excursion á los orígenes del Nilo, Mr. de Montriveau tuvo con uno de sus guías un debate el mas extraordinario que se conoce en los anales de los viages. Había que atravesar un desierto, y no podía irse sino á pie al parage que él quería esplorar. Solo un guía era capaz de llevarlo allí. Hasta entonces ningun viagero había podido penetrar en aquella parte del pais donde el intrépido oficial presumía deber encontrar la solución de muchos problemas científicos. A pesar de las observaciones que le hicieron los viejos del pais y su guía, emprendió aquel terrible viage. Armando de todo su valor ya avisado por el anuncio de horribles dificultades que vencer, partió por la mañana. Despues de haber andado un dia entero, se acostó por la noche en la arena, experimentando una fatiga continua, causada por lo móvil del suelo que á cada paso parecía huir de él.

Sin embargo sabía que, el dia siguiente, le sería preciso, desde la aurora, ponerse en camino; pero su guía le prometió hacerlo llegar, á eso del mediodia, al fin de su viage. Esta promesa le dió ánimo, le hizo recobrar sus fuerzas, y, no obstante sus sufrimientos, continuó su camino, maldiciendo un poco la ciencia; pero avergonzado de quejarse delante de su guía, guardó el secreto de sus penas. Había ya andado un tercio del dia, cuando sintiendo sus fuerzas agotadas y sus pies ensangrentados, preguntó si llegaría pronto.

— Dentro de una hora, le dijo el guia.

Armando halló en su alma una hora de fuerza, y continuó. Pasó la hora sin que descubriese ni aun en el horizonte de arenas tan vasto como el de alta mar las palmas y las montañas cuyas cimas debían anunciar el término de su viage. Entonces se paró, amenazó al guia, se negó á ir mas lejos, le dijo que era su usesino, por haberle engañado; luego corrieron por sus mejillas inflamadas lágrimas de rabia y de fatiga; estaba agobiado por el dolor renaciente del camino, y su garganta le parecía coagulada por la sed del desierto. El guia, inmóvil, escuchaba sus quejas con un aire irónico, estudiando con la aparente indiferencia de los Orientales los imperceptibles accidentes de la arena casi negruzca como está el oro ennegrecido.

— Me he engañado, respondió este con frialdad. Hace mucho tiempo que anduve este camino para poder reconocerlo bien; estamos en él, pero es preciso andar todavía dos horas.

— Este hombre tiene razon, pensó Mr. de Montriveau.

Se puso despues en camino, siguiendo con trabajo al africano inclemente, al cual parecía atado con un hilo, como un sentenciado lo está invisiblemente al verdugo. Empero pasan las dos horas, el frances había gastado sus últimas gotas de energía, y el horizonte estaba puro, y no veía en él ni palmas ni montes.

Entonces no encuentra ya llantos ni quejas, se echa en la arena para morir; pero sus miradas hubieran espantado al hombre mas intrépido, parecía manifestar que no queria morir solo. Su guia, como un verdadero demonio, le respondia con una mirada tranquila, llena de poder; y lo dejó tendido, cuidando mantenerse á una distancia que le permitiese librarse de la desesperacion de su víctima. En fin Mr. de Montriveau halló algunas fuerzas para una imprecacion. Entonces el guia se acercó á él, lo miró, le impuso silencio y le dijo:

— No has querido, á pesar nuestro, ir á donde te llevo? Me dices que te he engañado; si no lo hubiese hecho, no hubieras llegado hasta aqui. Quieres la verdad? Hela aqui. Tenemos todavía que andar cinco horas, y no podemos volver atras. Sonda tu corazon; si no tienes bastante valor, aqui está mi puñal.

Mr. de Montriveau, sorprendido de este horrible conocimiento de la fuerza humana, no quiso ser inferior á un bárbaro, y sacando de su orgullo de europeo una nueva dosis de valor, se levantó para seguir á su guia.

Habian concluido las cinco horas, Mr. de Montriveau no descubria aun nada, lanzó al guia una mirada moribunda; pero entonces el nubio lo tomó en sus hombros, lo elevó algunos pies, y le hizo ver á unos cien pasos un lago cercado de verdu-

ra y un admirable bosque que iluminaban los rayos del sol que se ponía.

Habian llegado á corta distancia de una especie de banco de granito, bajo el cual se hallaba como sepultado este paisaje sublime. Armando creyó renacer, y su guia, este gigante de inteligencia y de valor, acabó su obra llevandolo por las verdes cálidas y lisas arenas trazadas sobre el granito. Veia á un lado el infierno de los arenales, y al otro el paraíso terrenal del mas bello oasis que hay en aquellos desiertos.

La duquesa, ya impresionada al aspecto de este personaje poetico, lo fué todavia mas al saber que veia en él al marques de Montriveau, con quien habia soñado la noche antes. Haberse hallado con él en los ardientes arenales del desierto, haberlo tenido por compañero de pesadilla, no era en una muger de su naturaleza un delicioso presagio de diversion?

Nunca hombre alguno tuvo mejor que Armando la fisonomia de su carácter, y podia mas justamente intrigar las miradas. Su cabeza, gruesa y cuadrada, tenia por principal rasgo caracteristico una enorme y abundante cabellera negra que le cubria la cara de manera que recordaba perfectamente la del general Kleber, al cual se semejaba por el vigor de su frente, por el corte de su cara, por la audaz tranquilidad de los ojos, y por la especie de fogosidad que expresaban sus facciones sanguinantes. Era pequeño, ancho, musculoso como un leon. Cuando andaba, su postura, su paso, el menor gesto descubria no sé que seguridad de fuerza que imponia, y algo de despótico. Parecia saber que nada podia oponerse á su voluntad, quizá porque no queria mas que lo justo. Sin embargo, semejante á todas las personas realmente fuertes, era amable en su habla, sencillo en sus modales, y naturalmente bueno. Solamente todas estas buenas prendas parecia que debian desaparecer en las circunstancias graves en que el hombre llega á ser implacable en estos sentimientos, fijo en sus resoluciones, terrible en sus acciones. Un observador hubiera podido ver en la comisura de sus labios un recogimiento habitual que anunciaba propensiones á la ironía.

La duquesa de Langeais, sabiendo de que precio pasajero era la conquista de este hombre, resolvio, durante el poco tiempo que empleó Mad. de Seizy en ir por él para presentarselo, hacer de él uno de sus amantes, darle la preferencia sobre todos los demas, y desplegar con él todas sus coqueterías. De este antojo, de este capricho de la duquesa hizo Lope de Vega el *Perro del hortelano*. Quiso que este hombre no fuese de ninguna muger, y no imaginó amarlo á él.

La duquesa de Langeais habia recibido de la naturaleza las prendas necesarias para desempeñar los papeles de coqueta, y su

educación los había perfeccionado aun mas. Las mugeres tenian razon para envidiarla y los hombres para amarla. No le faltaba nada de lo que puede inspirar el amor, de lo que lo justifica y de lo que lo perpetua. Su género de belleza, sus maneras, se ponian acordes para dotarla de una coquetería natural, que en una muger parece ser la conciencia de su poder. Era bien formada, y descomponia quizá sus movimientos con mucha complacencia, afecto solo que se le podia echar en cara,

Todo en ella se armonizaba, desde el mas pequeño ademan hasta la gracia particular de sus frases, hasta la manera hipócrita con que dirigia sus miradas. El carácter predominante de su economía era una nobleza elegante, que no destruia enteramente la moralidad francesa de su persona. Esta actitud incessantemente variable tenia un prodigioso atractivo para los hombres. Parecia deber ser la mas deliciosa de las queridas quitándose los arreos de su representacion. En efecto, todos los contentos del amor existian en germen en libertad de sus miradas expresivas, en los nimios de su voz, en la gracia de sus palabras. Hacia ver que habia en ella una noble cortesania, que en vano desmentian los cultos de la duquesa. El que se sentaba á su lado una noche la hallaba sucesivamente alegre, melancólica, sin que pareciese que representaba la melancolia ni el contento.

Sabia estar á su arbitrio afable, despreciativa, ó impertinente, ó confiada. Parecia buena y lo era: en su situacion, nada la obligaba á descender á la maldad. Por momentos, se mostraba sucesivamente desconfiada y astuta, tierna para conmover, ya dura y seca para partir el corazon. Pero para pintarla bien, no seria menester acumular todas las antítesis femeninas? porque ella era lo que queria ser ó parecer. Su cara un poco larga tenia gracia, algo de fino, de picante que recordaba las figuras de la edad media. Su tez estaba pálida, un poco sonrosada. Todo en ella pecaba por decirlo así por un exceso de delicadeza.

Mr. de Montriveau se dejó complacientemente presentar a la duquesa de Langeais que, segun la costumbre de las personas á quienes un gusto esquisito hace evitar las cosas comunes, lo recibió sin molestarlo ni con preguntas ni con cumplimientos, sino con una especie de gracia respetuosa que debia lisonjear á un hombre superior, porque toda superioridad supone, en un hombre, un poco de aquel tacto que hace penetrar á las mugeres todo lo que es sentimiento. Si ella manifestó alguna curiosidad, fué con sus miradas; si lo cumplimentó, fue por sus modales; y, para él solo, desplegó la suavidad de las palabras, el fino deseo de agradar que sabia mostrar mejor que nadie.

Pero toda su conversacion no fué de ninguna suerte sino el cuerpo de la carta, y debia haber en ella una posdata en que llegase á decirse el pensamiento principal.

Cuando despues de media hora de conversacion insignificante y en la que el acento, la risa, daban solamente valor á las palabras, Mr. de Montriveau parecio querer discretamente retirarse, la duquesa lo detuvo con un ademan expresivo:

— Caballero, le dijo ella, no sé si los pocos instantes en que he tenido el placer de hablar con vos, os han ofrecido bastante atractivo para que me sea permitido invitaros á ir á mi casa; temo haya mucho egoismo en querer poseeros. Si fuiese tan afortunada que gustascis, me hallareis siempre por la noche hasta las diez.

Estas frases fueron dichas con un tono tan gracioso, que Mr. de Montriveau no podia excusarse de aceptar la invitacion. Cuando se metió en los grupos de hombres que estaban á alguna distancia de las señoras, muchos amigos suyos lo felicitaron, mitad seriamente, mitad por risa, por la acogida extraordinaria que le había hecho la duquesa de Langeais. Esta difícil, esta ilustre conquista estaba indubitablemente hecha, y la gloria de ella estaba reservada á la artilleria de la Guardia. Es facil imaginarse los buenos y malos chistes que este asunto, una vez admitido, sugeriria en uno de los salones parisientes, donde tanto gusta divertirse y donde las burlas tienen tan poca duracion que ninguno se da priesa á sacar de ellas todo lo puro.

Estas burlas lisongearon sin saberlo al general. Desde el sitio donde se habia colocado, sus miradas fueron atraidas por mil reflexiones indecisas hacia la duquesa, y no pudo dejar de confessarse á sí mismo, que, de todas las mugeres cuya belleza habia seducido sus ojos, ninguna le habia ofrecido una expresion mas deliciosa de virtudes, de defectos, de armonias, que la imaginacion pueda querer en Francia en una querida. Que hombre, en cualquier clase que la suerte lo haya colocado, no ha sentido en su alma un placer indefinible, al encontrar, en una muger que escoge, aunque idealmente, por suya, las tres perfecciones morales, fisicas y sociales que le permiten siempre ver en ella cumplidos todos sus deseos? Si esto no es una causa de amor, esta lisonjera reunion es ciertamente uno de los mas grandes vehiculos del sentimiento. Sin vanidad, decia un profundo moralista del siglo ultimo, el amor es un convaleciente.

Hay ciertamente, para el hombre y para la muger un tesoro de placeres en la superioridad de la persona amada. No es mucho, por no decir todo, saber que nuestro amor propio no pagecera nunca en ella; que es bastante noble para recibir nunca las heridas de una mirada despectiva, bastante rica para estar cercada de un brillo igual á aquel con que se rodean

hasta los reyes esimeros de la hacienda; de bastante talento para no ser nunca humillado por una chanza fina, y bastante bella para ser la rival de todo su sexo? Estas reflexiones, las hace un hombre en un momento. Pero si la muger que se las inspira le presenta al mismo tiempo, en el porvenir de su precoz pasion, las variables delicias de gracia, la ingenuidad de una alma virgen, los mil dobleces del vestido de las coquetas, los peligros del amor, no es esto capaz de mover el corazon del hombre mas frio?

Luego, he aqui en que situacion se hallaba en aquel momento Mr. de Montriveau, relativamente á la muger, y su vilda pasada garantia de alguna manera lo raro del hecho.

Lanzado desde joven en el laberinto de las guerras francesas, habiendo siempre vivido en los campos de batalla, no conocia de la muger mas que lo que un viagero apresurado, que va de posada en posada, puede conocer de un pais. Quizá podria decir de su vida lo que Voltaire decia á los ochenta años de la suya, y no tenia treinta y siete tonteras que echarse en cara? Era, en su edad, tan nuevo en amor como lo es un joven que acaba de leer el Faublas á escondidas. De la muger, lo sabia todo; pero del amor, no sabia nada; y su virginidad de sentimiento le producia asi deseos enteramente nuevos.

Algunos hombres, arrastrados por los trabajos á que los ha condenado la miseria ó la ambicion, el arte ó la ciencia, como Mr. de Montriveau fué llevado por la carrera de la guerra y de los acontecimientos de la vida, conocen esta singular situacion, y la confiesan raras veces. En Francia, todos los hombres deben haber amado. Ninguna muger quiere lo que no se ha querido. Del temor de ser tenido por un tonto proceden las mentiras de la fatuidad francesa, porque en Francia, pasar por un tonto es no ser del pais.

En este momento, Mr de Montriveau fué asido á la vez por un violento deseo, un deseo aumentado en el calor de los desiertos, y por un impulso de corazon cuyo ardiente lazo no habia conocido todavia. Tan fuerte como violento, este hombre supo reprimir sus commociones; pero hablando siempre de cosas indiferentes, se retiraba en si mismo y se ofrecia obtener aquella muger, solo pensamiento por el que podia entrar en el amor. Su deseo vino á ser un juramento hecho á manera de los arabes con quienes habia vivido, y para los cuales un juramento es un contrato convenido entre ellos y todo su destino, que subordinan al éxito de la empresa consagrada por el juramento, y en la cual cuentan aun su muerte como un medio mas para el buen éxito.

Un joven si hubiera dicho:—Quisiera de buena gana tener por querida á la duquesa de Langeais! Otro:—El que fuere ama-

do de la marquesa de Langeais será un pícaro muy afortunadol Pero el general se dijo:—Tendré por querida á la duquesa de Langeais. Luego cuando un hombre virgen de corazon, y para quien la muger llega á ser una cosa sagrada, concibe semejante pensamiento, no sabe en que infierno acaba de poner el pie.

Mr. de Montriveau salio bruscamente del salon, y volvio á su casa, devorado por los primeros accesos de su primera fiebre amorosa. Si, hacia el medio de la edad, un hombre conserva todavía las creencias, las ilusiones, las franquezas, la impetuositad de la infancia, su primer ademan es por decirlo asi alargar la mano para apoderarse de lo que desea; despues, cuando ha sondeado las distancias casi imposibles de vencer que lo separan de él, es sobre cogido, como los niños, de una especie de estrañeza ó de impaciencia que comunicó valor al objeto deseado: tiembla ó llora.

Asi el dia siguiente, despues de las mas tempestuosas reflexiones que le habian trastornado el alma, Armando de Montriveau se encontró bajo el yugo de sus sentidos, y estrechado por la presion de un amor verdadero.

Esta muger, tan bizarramente tratada la víspera, habia llegado á ser el dia siguiente el mas santo, el mas temido de los poderes. Fué desde luego para él el mundo y la vida. La sola memoria de las mas leves commociones que ella le habia causado, sus mas vivos dolores ya experimentados. Las revoluciones mas grandes no turban sino los intereses del hombre, mientras que una pasion trastorna sus sentimientos. Luego, para los que viven mas para el sentimiento que para el interes, para los que tienen mas alma y sangre que talento y linfa, un amor real produce un cambio completo de existencia. De un solo rasgo, por una sola reflexion, Armando de Montriveau oscurecio pucs toda su vida pasada.

Despues de haberse preguntado veinte veces como un niño: —Iré, no iré? se vistió, llegó á la casa de Langeais, á eso de las diez de la noche, y fué admitido al lado de la muger, no de la muger, sino del ídolo que habia visto el dia antes, á toda luz, como una fresca y pura joven, vestida de blondas y velos. Llegaba impetuosamente para declararle su amor, como si se tratase del primer cañonazo en un sitio. Pobre escolar! Halló á su vaporosa silfida envuelta en un peinador de cachemir oseuro habilmente borbotando, languidamente recostada sobre el divan de un oscuro gabinete.

Mad. de Langeais no se levantó, no mostró sino su cabeza cuyos cabellos estaban desordenados aunque cogidos en un velo. Luego con una mano que, el claro oscuro producido por la trémula luz de una sola bugia colocada lejos de ella, perecio á los ojos de Mr. de Montriveau blanca como una mano de mármol.

món, le hizo señas de sentarse, y le dijo con una voz tan suave como lo estaba la luz:

—Si no fuérais vos, señor marqués, si no fuera un amigo con quien pudiese obrar sin cumplimiento, ó un indiferente que me hubiera interesado, os hubiera despedido. Me veis sufriendo horriblemente.

Montriveau dijo para sí: —Me voy.

—Pero, prosiguió ella lanzando una mirada cuyo fuego el ingenuo militar atribuyó á la fiebre, no sé si al presentimiento de vuestra buena visita es á lo que debo, hace un instante, hallarse mi cabeza despejada de sus vapores.

—Puedo quedarme entonces, le dijo Montriveau.

—Ah! me enfadaría mucho veros partir. Ya me decía á mí misma esta mañana que no os debía haber causado la menor impresión; que habíais sin duda tomado mi invitación por una de las frases comunes de que tan pródigos son los parisienses; pero perdonaba de antemano vuestra ingratitud. Un hombre que viene de los desiertos no está obligado á saber cuán exclusivo es nuestro arrabal en las amistades.

Estas graciosas palabras, medio tartamudeadas, cayeron una á una, y fueron cargadas del sentimiento alegre que parecía dictarlas. La duquesa quería tener todos los beneficios de su jaqueca, y su especulación tuvo un éxito completo.

El pobre militar sufria realmente con el falso padecimiento de esta muger. Como Crillon al oír contar la pasión de Jesucristo estaba dispuesto á sacar su espada contra los vapores. Y pues, como entonces atreverse á hablar á la enferma del amor que ella inspiraba? Armando comprendía ya que era ridículo disparar su amor á quemarropa sobre una muger tan superior. Entendió con un solo pensamiento todas las delicadezas del sentimiento y las exigencias del alma. Amar, no es pedir, mendigar, esperar? El amor sentido, no era preciso probárselo? Entonces se balló la lengua inmóvil, helada por las conveniencias del noble arrabal, por la magestad de la jaqueca, y por las timideces del amor verdadero. Empero poder ninguno en el mundo pudo ocultar las miradas de sus ojos en los cuales brillaban el fuego lo infinito del desierto, ojos tranquilos como los de los leones, y sobre los cuales no caían sino raramente sus párpados. Le agració mucho á ella esta mirada fija que la bañaba de luz y de amor.

—Señora duquesa, respondió él, temía deciros mal el reconocimiento que me inspiran vuestras bondades. En este momento no deseó mas que una cosa, poder dissipar vuestrlos pa-

decimientos

—Permitidme que me desembarace de esto, tengo mucha calor dijó ella batiendo saltar con un movimiento lleno de gra-

cía, el almohadón que le cubría los pies, y que dejó ver en toda su claridad.

—Señora, en Asia, vuestras pies valdrían casi diez mil sequies.

—Cumplimiento de viagero, dijo ella riéndose.

Luego, esta persona entendida tuvo un placer en meter al rudo Montriveau en una conversación llena de boberías, de lugares comunes y de faltas de juicio, donde él maniobró, hablando militarmente, como hubiera hecho el príncipe Carlos, habiéndoselas con Napoleón. Se divirtió maliciosamente en reconocer lo estenso de la pasión que ella inspiraba, por el número de tonterías arrancadas al que se estrenaba por primera vez, y llevandolo á pasos cortos á un laberinto intrincado donde ella se prometía dejarlo avergonzado de sí mismo. Comenzó pues por burlarse de este hombre, á quien se complacía no obstante en hacer olvidar el tiempo. Lo largo de una primera visita es á menudo una lisonja, pero Armando no fué cómplice de ella.

El célebre viagero estaba en el gabinete hacia una hora, hablando de todo, no habiendo dicho nada, conociendo que no era mas que un instrumento con que jugaba aquella muger, cuando esta varió de postura, se sentó, dejó caer en los hombros el velo que teníais en la cabeza, se echó de codas, le hizo los honores de una cura completa, y llamó para que encendiesen las bugias del gabinete. A la inacción absoluta en que había estado, sucedieron los movimientos mas graciosos. Se volvió de cara hacia Mr. de Montriveau, y le dijo en repuesta á una confianza que acababa de sacarle y que pareció interesarte vivamente:

—Quereis burlaros de mí tratando de hacerme creer que nunca habeis amado. Esta es la grande pretesión de los hombres respecto á nosotras. Nosotras los creemos. Pura cortesía! No sabemos á que nos hemos de atener acerca de esto por nosotras mismas? Donde está el hombre que no ha encontrado en su vida una sola ocasión de enamorarse? Pero os gusta engañarnos, y nosotras os dejamos obrar, pobres tontas como somos, porque vuestrs engaños son tambien homenajes rendidos á la superioridad de nuestros sentimientos que son todo pureza.

Esta última frase fué pronunciada con un acento lleno de altivez y de orgullo que hizo de este amante novicio una bala arrojada al fondo de un abismo; y de la duquesa, un ángel volando á su cielo particular.

—Diantre! exclamaba para sí Armando de Montriveau, como haré para decirle á esta criatura salvaje que la amo?

Y había ya veinte veces, ó mas bien la duquesa lo había veinte

veces leido en sus miradas, y veia, en la pasion de este hombre verdaderamente grande, una diversion para ella, un interes en colocar en su vida sus intereses. Se preparaba pues ya muy habilmente para elevar en torno suyo una cierta cantidad de reductos que le proporcionaria ganar antes de permitirle la entrada de su corazon. Juguete de sus caprichos, Montriveau debia quedar estacionario enteramente andando de dificultades en dificultades como un insecto atormentado por un nino, saltando de un dedo á otro creyendo abanzar, mientras que su malicioso verdugo lo dejaba en el mismo punto. No obstante, la duquesa reconoció, con una felicidad inespllicable, que este hombre de caracter no desmentia su palabra. Armando, en efecto, no habia amado.

Iba á retirarse descontento de sí, aun mas descontento de ella; pero vió con placer una demostracion de enfado que ella sabia disipar con una palabra, con una mirada, con un gesto.

—Vendreis mañana á la noche? le dijo ella. Voy al baile, os esperare hasta las diez.

El dia siguiente Montiveau pasó la mayor parte del dia sentado en la ventana de su gabinete, y ocupado en fumar una cantidad indeterminada de cigarros. Pudo alcanzar asi la hora de vestirse y de ir á la casa de Langeais.

Hubiera sido cosa muy compasiva para alguno de los que conocian el magnifico valor de este hombre, verlo tan pequeño, tan trémulo, saber que aquel pensamiento cuyos rayos podian abrasar los mundos, se apocaba en lo reducido del gabinete de una señorita. Pero se sentia él mismo tan decaido en su felicidad, que, por salvar su vida, no hubiera confiado su amor á uno de sus amigos íntimos. En el pudor que se apodera de un hombre cuando ama, no hay siempre un poco de vergüenza, y no sera su pequeñez la que forma el orgullo de la muger? En fin, no será un tropel de motivos de este género, pero que las mugeres no se esplican, lo que las lleva á casi todas á vender las primeras el misterio de su amor, misterio de que ellas se fatigan quizá?

—Caballero, dijo el criado, la señora duquesa no está visible, está vistiendose, y os suplica la espereis aqui.

Armando aguardó en el salon examinando el gusto que reina en las cosas mas pequeñas. Admiró á Mad. de Langeais, admirando las casas que venian de ella y manifestando sus hábitos, antes que pudiese asegurarse de la persona y de las ideas de ella. Despues de cerca de una hora, la duquesa salió de su habitacion sin hacer ruido. Montriveau se volvió, la vió andar con la ligereza de una sombra, y se estremeció. Vino ella á él, sin decirle vulgarmente: —Como estais? Estaba segura de sí, y su mirada fija decia: —Me he adornado asi para agradarlos.

Una vieja hada, protectora de alguna princesa desconocida, hubiera solo podido poner en el cuello de esta persona coqueta la nube de una gasa cuyos dobleces tenian los tonos vivos que sostenia todavia el brillo de un cutis satinado. La duquesa estaba deslumbrante. El azul claro de su traje, cuyos adornos se repetian en las flores de su peinado, parecia dar, por la riqueza de su color, un cuerpo á sus formas delicadas convertidas enteramente en aereas; deslizándose con rapidez hacia Armando, hizo volar las dos puntas de la banda que pendia á sus costados, y el valiente soldado no pudo entonces menos de compararla á los insectos azules que caracolean encima de las aguas, entre las flores, con quienes se confunden al parecer.

—Os he hecho aguardar, dijo ella con la voz que saben tomar las mugeres para el hombre á quien quieren agradar.

—Aguardaria pacientemente una eternidad, si supiese que habia de hallar la divinidad bella como lo sois vos; pero no es un complimiento hablaros de vuestra belleza, no podeis ser sensible sino á la adoracion. Dejadme que besé tan solo vuestra banda.

—Ah! dijo ella, haciendo un ademan de orgullo, os estimo demasiado para ofreceros mi mano.

Y le dió á besar su mano todavia húmeda. Una mano de muger, en el momento de salir de su baño de olor, conserva no se que frescura suave, una blandura como de terciopelo cuya delicada impresion va de los labios al alma. Así, en un hombre enamorado, que tiene en los sentidos tanto placer como amor en el corazon, este beso, casto en apariencia, puede escitarle temibles tormentos.

—Me la dareis siempre asi? dijo rendidamente el general besando con respeto aquella mano peligrosa.

—Sí, pero estarémos aqui, dijo ella sonriéndose.

Sentóse y pareció estar muy torpe en ponerse los guantes, pues no podia meter en ellos los dedos, y miró al mismo tiempo á Montriveau, que admiraba alternativamente á la duquesa y la gracia de sus reiterados ademanes.

—Ah! no está malo esto, dijo ella, habeis estado exacto, me gusta la exactitud. Su Magestad dice que es la cortesia de los reyes; pero, según mi parecer, de vos á mí, la creo la mas respetuosa de las adulaciones. Eh! No es así? decid pues.

Y le guiñó de nuevo para expresarle una amistad engañosa, hallandole mudo de felicidad, y muy dichoso con estas pequeñeces. Ah! entendia á las mil maravillas su oficio de muger, y sabia admirablemente realzar á un hombre, á medida que él se achicaba, recompensarlo con huecas adulaciones, a cada paso que daba para bajar á las niñerias de la sentimentalidad.

—No olvidareis nunca venir á las nueve?

—No, pero freis al baile todas las noches?

—Lo sé yo! respondió ella encogiendose de hombros con ademan infantil, como para confesar que ella era todo capricho, y que un amante debia quererla así.

—Ademas, repuso ella, que os importa! me llevareis á él.

—Por esta noche, dijo él, seria dificil, no estoy vestido decentemente.

—Me parece, respondió ella mirandolo con altivez, que si alguien debe sufrir con vuestro trage, soy yo. Pero sabed, señor viagero, que el hombre cuyo brazo acepto, es siempre superior á la moda. Nadie osaria criticarlo. Veo que no conoceis el mundo, os amo mas por eso.

Y lo lanzaba ya en las pequeñeces del mundo, procurando iniciarla en las vanidades de una muger á la moda.

—Si quiere hacer una tontera por mí, dijo para sí Armando, será un necio en impedirselo. Ella me ama, sin duda, y, ciertamente, no desprecia al mundo mas que lo que yo lo desprecio; así....

La duquesa pensaba sin duda que viendo al general seguiría al baile, con botas y corbata negra, nadie vacilaria en creerlo anamorado apasionadamente de ella.

Feliz en ver á la reina del mundo elegante comprometerse por él, el general tuvo valor, teniendo esperanza. Seguro de agradar, desplegó sus ideas y sus sentimientos, sin sentir el embarazo que, el dia antes, le había sujetado el ánimo. Esta conversacion sustancial, animada, llena por sus primeras confianzas tan suaves de decir como de oír, sedujo á Mad. de Langeais, ó había ella imaginado esta graciosa coquetería? Miró ella maliciosamente el relox cuando dieron las doce.

—Ah! me haceis faltar al baile, dijo expresando sorpresa y despecho por haberse olvidado; pero se justificó el cambio de sus placeres con una sonrisa que hizo palpititar el corazon de Armando.

—Lo prometí á Mad. de Serizy, añadió la duquesa. Todos me esperan.

—Pues bien, id!

—No, continuad, dijo ella. Me quedo. Vuestras aventuras de Oriente me arrebatan. Contadme toda vuestra vida. Me gusta participar de los sentimientos experimentados por un hombre de valor; porque los siento yo, en verdad!

Jugaba con la manteleta, la torcia, la destrozaba con sus movimientos de impaciencia que parecian acusar un descontento interior y profundas reflexiones.

—No valemos nada, nosotras, repuso ella. Ah! somos personas indignas, egoistas, frivolas. No sabemos mas que fastidiarnos á fuerza de diversiones. Ninguna de nosotras comprende el

papel de su vida. En otro tiempo, en Francia, las mugeres eran luces benéficas, vivian para consolar á los que lloraban, animar las artes, recompensar á los artistas y animar su vida con nobles pensamientos. Si el mundo ha llegado á ser tan pequeño, la culpa es nuestra. Me haceis odiar ese mundo y el baile. No, no os sacrificio gráu cosa.

Acabó de destruir su manteleta como un niño que, jugando con una flor, concluye por arrancarle todas las hojas. La arrolló, la tiró lejos de sí, y pudo de este modo mostrar su cuello de cisne.

Tiró de la campanilla.

—No salgo, dijo á su criado.

Luego dirigió timidamente sus grandes ojos azules sobre Armando, de manera a aceptar, por el temor que aspresaban, esta orden, por una confusion, por un primero, por un grande favor.

—Teneis muchas penas, dijo ella despues de una pausa llena de pensamientos, y con la ternura que hay a menudo en la voz de las mugeres sin estar en el corazon.

—No, respondió Armando. Hasta hoy no sabia lo que era la felicidad.

—Lo sabeis pues? dijo ella, mirandolo con aire hipócrita y astuto.

—Pero, para mí de aqui en adelante, la felicidad, no es veros, oiros?.... Hasta el presente no habia sino sufrido, y ahora comprendo que puedo ser desgraciado....

—Basta, basta! dijo ella, idos, son las doce, respetemos la decencia. No he estado en el baile, estabais aquí. No demos que hablar. Adios. No sé lo que diré, pero la jaqueca es una buena persona y nunca nos desmiente.

—Hay baile mañana? preguntó él.

—Os acostumbrareis á él, segun creo. Sí, mañana irémos tambien al baile.

Armando fué el hombre mas feliz del mundo, y no dejó de ir todas las noches á casa de Mad. de Langeais á la hora que, por una especie de pacto tácito, le fué reservada.

Seria fastidioso y seria, para una multitud de jóvenes que tienen buena memoria, una redundancia hacer marchar esta narracion paso á paso como marchaba el poema de las conversaciones secretas, cuyo curso una muger adelanta ó atrasa a su arbitrio, con un juego de palabras cuando el sentimiento va muy de prisa, con una queja acerca de los sentimientos cuando las palabras no corresponden á su pensamiento. Tambien para marcar el progreso de este trabajo á estilo del de Penelope, sera quiza menester atenerse a las expresiones materiales del sentimiento.

Asi, algunos dias despues del primer encuentro con la du-

quesa y Armando de Montriveau, el asiduo general había conquistado en plena propiedad el derecho de besar las insaciables manos de la duquesa. En todas partes donde iba ésta, se veía inevitablemente a Mr. de Montriveau, a quien ciertas personas llamaban, por chanza, el *planton de la duquesa*. Ya la posición de Armando le había adquirido envidiosos, celosos, enemigos.

Mad. de Langeais logró su fin. El marqués se confundía entre sus numerosos admiradores, y le servía para humillar a los que se jactaban de ser de su agrado, dandole públicamente la preferencia sobre todos los demás.

—Declaradamente decía Mad. de Serizy, Mr. de Montriveau es el hombre á quien la duquesa ha distinguido.

Quien no sabe lo que quiere decir en París, *ser distinguido por una muger?*

Las cosas estaban así perfectamente en regla.

Lo que se contaba del general lo hacia tan formidable, que los jóvenes habiles abdicaron tacitamente sus pretensiones respecto a la duquesa, y no quedaron en su esfera sino para explotar la importancia que a ella le daban, y servirse de su nombre, para arreglarse perfectamente con ciertas potencias de segundo orden, encantadas de quitar un amante a Mad. de Langeais.

Tenía el ojo bien perspicaz para advertir las deserciones y los tratados de que su orgullo no le permitía ser juguete. Entonces sabía ella, decía el príncipe de T., que la amaba mucho, sacar retoño de venganza con una palabra de dos filos, con que hería estos desposorios *manganáticos*. Su despectiva burla no contribuía medianamente a hacerla temer y pasar por una persona excesivamente espiritual. Así consolidaba su reputación de virtud, divirtiéndose enteramente con los secretos de otro, sin dejar penetrar los suyos.

Sin embargo, después de dos meses de asistencia continua, tuvo en el fondo del alma una especie de temor vago, viendo que Mr. de Montriveau no comprendía nada de los finujas de la coquetería del arrabal de San German, y tomaba por lo serio los arrumacos parisienses.

—Este, mi querida duquesa, le había dicho el viejo diplomático, es primo hermano de las aguilas, no lo dismentireis, y os llevará a su nido, si os desquitáis.

El dia siguiente a la noche en que el astuto viejo le había dicho esta palabra en que la duquesa temía hallar una profesia, trató de hacerse aborrecer, y se mostro dura, exigente, nerviosa, detestable para Armando que la desarmó con una dulzura angelical. Esta muger conocía tan poco la bondad amplia de los grandes caracteres, que se penetró de las graciosas chanzas con

que en un principio fueron acogidas sus quejas. Buscaba una contienda y halló pruebas de afecto. Entonces persistió.

—En que, le dijo Armando, puede haberos desagrado un hombre que os idolatra?

—No os desazoneis, respondió ella poniéndose de pronto amable y sumisa; pero por qué queréis comprometerme? No debeis ser más que un amigo para mí. No lo sabeis? quisiera veros el instinto, las delicadezas de la amistad verdadera á fin de no perder ni vuestra estimación, ni los placeres que experimento á vuestro lado.

—No ser más que vuestro amigo! exclamó Mr. de Montriveau cuya cabeza á estas palabras dió sacudimientos eléctricos. Sobre la fe de las amables horas que me concedéis, me duermo y me despierto en vuestro corazón; y, hoy, sin motivo, os complacéis gratuitamente en matar las esperanzas enteramente secretas que me hacen vivir! Quereis, después de haberme hecho prometer tanta constancia, y haber mostrado tanto horror á las mugeres que no tienen más que caprichos, hacerme entender que, semejante á todas las mugeres de París, tenéis pasiones, y nada de amor? Por qué pues me habeis pedido mi vida, y por qué la habeis aceptado?

—Hice mal, amigo mío. Si, una muger hace mal en dejarse llevar á semejante ceguedad, cuando no puede ni debe recomendarla.

—Comprendo, no habeis sido coqueta sino ligeramente, y....

—Coqueta, odio la coquetería. Ser coqueta, Armando; eso es ser constantemente falsa. Hacerse melancólica con los de mal humor, alegre con los indiferentes, política con los ambiciosos, escuchar con admiración á los charlatanes, ocuparse de la guerra con los militares, ser apasionada al bien del país con los filantrópicos, tomar en fin para agradar á cada hombre el vestido de talento, la marcha de carácter que puede seducirlo sin dar una migaja de su alma; divertirlos á todos, cautivarlos, burlarse de ellos, esto es ser coqueta!

—Pero, yo, amigo mío, soy verdadera con vos, no he participado siempre de vuestras ideas, y cuando me habeis convencido, después de una discusion, no me habeis visto enteramente feliz? En fin, os amo, pero solamente como á una muger religiosa y pura le es permitido amar. He reflexionado. Soy casada, Armando. Si la manera con que vivo con Mr. de Langeais me deja disponer de mi corazón, las leyes, la decencia, me han quitado el derecho de disponer de mi persona. En cualquier clase que esté colocada, una muger deshonrada se ve echada del mundo, y yo no conozco aun ejemplo alguno de hombre que haya sabido á que lo comprometerían nuestros sacrificios. La

recente aventura de Mad. de Beauseant me ha probado muy bien que esos mismos sacrificios son casi siempre las causas de vuestro abandono. Si me amais sinceramente, dejariais de verme por algun tiempo! Yo, me despojaré para vos de toda vanidad, no es esto alguna cosa? Que no se dice de una muger á quien ningun hombre se acerca? Ah, no tiene corazon, no tiene talento, no tiene encanto principalmente. Oh! las coquetas no me harán gracia en nada, y me arrebatarán las calidades que ellas sienten hallarse en mí. Si me queda mi reputacion, que me importa ver disputar mis ventajas por rivales, ellas no las heredaran ciertamente! Vamos, amigo mio, dadme alguna cosa á que os saerifio tanto! Venid menos á menudo, no os amaré ménos.

—Ah! respondió Armando, con la profunda ironía de un corazon herido, el amor, segun los escritorillos, no se mantiene sino de ilusiones! Nada es mas verdadero, lo veo, es menester que me imagine que soy amado. Pero, mirad, hay pensamientos como heridas de que nunca se convalece; sois una de mis últimas creencias, y advierto en este momento que todo es falso aquí abajo.

Ella se echó á reir.

—Si, prosiguió Montriveau con voz alterada, vuestra fe á que quereis convertirme es una mentira que los hombres se fraguan, la esperanza es una mentira apoyada en el porvenir, el orgullo es una mentira entre nosotros, la compasion, la sabiduria, el terror son cálculos mentirosos. Mi felicidad será pnes tambien alguna mentira, es menester que me pille yo mismo y consienta en daros siempre un luis por un escudo. Si podéis tan facilmente dispensaros de verme; si no me teneis ni por amigo, ni por amante, no me amais! Y yo, pobre necio, me digo esto, lo sé, y amo!

—Pero, por Dios, mi pobre Armando, os encolerizais!

—Me encolerizo!

—Si, creeis que todo está en cuestion, porque os hablo de prudencia.

En el fondo, ella estaba encantada de la cólera que rebombaba en los ojos de su amante. En este momento, ella lo atormentaba, pero lo juzgaba, y notaba las mas ligeras alteraciones de su fisionomia. Si el general hubiese tenido la desgracia de mostrarse generoso sin discusion, como sucede algunas veces á ciertas almas cándidas, hubiera sido desterrado para siempre, acusado y convencido de no saber amar. La mayor parte de las mugeres quieren ser tenidas por la moralidad violada. No es una de sus lisonjas no ceder nunca sino á la fuerza? Pero Armando no estaba bastante instruido para notar el lazo habilmente preparado por la duquesa. Los grandes hombres que aman tienen tanta infancia en el alma.

—Si no quereis mas que conservar las apariencias, dijo lá con sencillez, estoy dispuesto á . . .

—No conservar sino las apariencias! exclamó ella interrumpiéndole. Pero que idea os formais de mí? Os he dado el menor derecho para pensar que pueda ser vuestra?

—Ah, ya! de que hablamos pues? preguntó Montriveau.

—Caballero, me asutais! . . . No, perdonad, gracias, repuso ella con tono frio, gracias, Armando. Me advertis á tiempo de una imprudencia muy involuntaria, creedlo, amigo. Sabéis padecer, decis? Yo tanibien, sabré padecer. Dejarémos de vernos; luego, cuando, uno ú otro, hubieremos sabido recobrar un poco de calma, procurarémos formarnos una felicidad aprobada por el mundo. Soy jóven, Armando, un hombre sin delicadeza haria hacer muchas necesidades é indiscreciones á una muger de veinte y cuatro años. Pero vos! sereis mi amigo, prometedmelo!

Se sentó en el divan del gabinete, y se quedó con la cabeza apoyada en sus manos.

—Me amais, señora? preguntó levantando la cabeza, y mostrandole una cara llena de resolucion. Decid resueltamente si ó no.

La duquesa se asustó mas con esta interrogacion que lo hubiera sido con una amenaza de muerte, ardid vulgar de que pocas mugeres se asustan en el siglo diez y nueve, no viendo ya á los hombres llevar la espada al lado; pero no hay efectos de pestañas, de cejas, de contracciones en la vista, temblores de labios que comunican el terror cuya expresion viviente son?

—Ah! dijo ella, si fuese libre, si . . .

—No es vuestro marido lo que os incomoda? exclamó alegramente el general paseandose en el gabinete. Mi querida Antonia, tengo un poder mas absoluto que el del autocrata de todas las Rusias. Me entiendo con el fatalismo; puedo, socialmente hablando, adelantarla ó atrasarla á mi capricho, como se hace con un relox. Dirigir el fatalismo, en nuestra máquina politica, no es sencillamente conocer sus juegos? Dentro de poco, sereis libre? Entonces, acordaos de vuestra promesa.

—Armando! gritó ella, que quereis decir? Gran Dios! creeis que yo pueda ser la ganancia de un crimen? Quereis mi muerte! Pero, no teneis ninguna religion? Yo, temo á Dios. Aunque Mr. de Longeais me haya dado derecho para aborrecerle, no le deseo mal alguno.

Mr. de Montriveau, que tocaba maquinamente la retirada con sus dedos sobre el mármol de la chimenea se contenió con mirar á la duquesa con aire tranquilo.

—Amigo mio, dijo ella continuando, respetadle. No me

ama, no es bueno para mí, pero tengo deberes que cumplir respecto á él. Para evitar las desgracias con que me amenazais, que no haré yo. Escuchad. No os hablaré mas de separacion; vendreis aquí como en lo pasado; os seguiré dando mi frente á besar; si os la he dado alguna vez, ha sido pura coquetería, en verdad. Pero entendamosenos, dijo ella viéndolo acercarse. Me permitireis aumentar el número de mis pretendientes; recibir por las mañanas aun mas que antes; quiero redoblar la ligereza; quiero trataros muy mal en la apariencia, fingir un rompimiento, vendreis un poco mas ó menudo; y luego, despues....

—Despues, repuso Montriveau, no me hablareis mas de vuestro marido.

Mad. de Langeais guardó silencio.

—Al menos, dijo ella despues de una pausa expresiva, haré todo lo que yo quiera, sin gruñir, sin ser malo, decid, amigo mio? No habeis querido asustarme? Vamos, confesadlo, sois muy bueno para concebir nunca pensamientos criminales. Pero tendreis secretos que no sepa vos. Como podreis dominar la suerte?

—En el momento en que confirmais el don que me habeis hecho ya de vuestro corazon, soy demasiado feliz para saber los he de responder. Tengo confianza en vos, Antonia, no tendré ni sospechas, ni falsos celos. Pero, si el acaso os hace libre, estamos unidos....

—El acaso, Armando, dijo ella haciendo uno de aquellos lindos movimientos de cabeza que parecen llenos de cosas, pero que esta especie de mugeres lanzan á la ligera, como una cantatrix juega con su voz. El puro acaso repuso ella. Sabedlo bien; si ocurriese, por culpa vuestra, alguna desgracia á Mr. de Langeais, nunca seré vuestra.

Se separaron contentos uno de otro. La duquesa había hecho un pacto que le permitia probar al mundo, con sus palabras y sus acciones, que Mr. de Montriveau no era su amante. En cuanto á él, la astuta se prometía cansarlo, no concediéndole otros favores que los sorprendidos en las luchas pequeñas cuyo curso contenía ella á su arbitrio. Sabia revocar con tanta gracia el dia siguiente las concesiones admitidas la víspera; estaba tan seriamente determinada á permanecer fisicamente virtuosa, que no conocia ningun peligro para ella en los preliminares, temibles solamente á las mugeres muy enamoradas. En fin, una duquesa separada de su marido ofrecia pocas cosas al amor, sacrificiandole un casamiento desde mucho tiempo.

Por su parte, Montriveau enteramente feliz para obtener la mas vaga de las promesas, y apartar para siempre las objeciones que una esposa saca de la fe conyugal para negarse al

amor, se aplaudia de haber conquistado un poco mas de terreno. Tambien durante algun tiempo, abusó de los derechos de usufruto que le habian sido tan dificilmente otorgados. Mas nino que nunca, este hombre se dejaba ir á todas las niñerías que hacen del primer amor la flor de la vida. Se hacia pequeño entregando su alma y todas las fuerzas engañosas que le comunica su pasion, en las manos de aquella muger, sobre aquellos rubios cabellos cuyos rizos besaba, sobre aquella brillante frente que veia pura.

Inundada de amor, vencida por los efluvios magnéticos de un sentimiento tan ardiente, la duquesa vacilaba en dar origen á la contienda que debia separarlos para siempre. Era mas muger de lo que creia, esta desgraciada criatura, tratando de conciliar las exigencias de la religion con las vivaces comociones de que se prendan los parisienses. Todos los Domingos oia misa, no faltaba á ninguno de los oficios; luego, por la noche se entregaba á las embriagantes diversiones que proporcionan los deseos reprimidos sin cesar. Armando y Mad. de Langeais se parecian á los faquires de la India que son recompensados de sus virtudes por las tentaciones que les producen.

Todas las mañanas se proponia la duquesa cerrar su puerta al marques de Montriveau; luego, por las noches, á la hora diaria se dejaba encantar por él. Despues de una débil defensa, se hacia menos maligna; su conversacion venia á ser amable, suave; solo dos amantes podian ser asi. La duquesa desplegaba su mas brillante talento, sus mas atractivas lisonjas; luego, cuando habia exaltado su espíritu, se enojaba siempre si Montriveau llevado de su pasion trataba de pasar las barreras.

Ninguna muger se atreve á negarse sin motivo al amor; nada mas natural que ceder á él. Asi Mad. Langeais fué pronto cercada por una segunda linea de fortificaciones, mas dificil de vencer que lo habia sido la primera. Evocó los terrores de la religion.

Nunca el padre de la Iglesia mas elocuente ha defendido mejor la causa de Dios: nunca las venganzas del Altísimo fueron mejor justificadas que por la voz de la duquesa. No empleaba ni frases de sermones, ni amplificaciones de retórica. No, tenia su oratoria peculiar. A la súplica mas ardiente de Armando respondia con una mirada humedecida en llanto, con un gesto que pintaba una horrible plenitud de sentimientos; le hacia callar pidiéndole perdon, no queria oirle una palabra de mas, sucumbiria y la muerte le parecia preferible á una dicha criminal.

—No hay mas que desobedir á Dios? le decia buscando una voz debilitada por los combates interiores sobre los cuales esta linda cómica parecia tomar dificilmente un imperio pasajero. Los

hombres, el mundo entero, os los sacrificaria voluntariamente; pero sois muy egoista en pedirme todo mi porvenir.

— Vamos! no sois feliz? añadía alargandole la mano y mostrándose á él con una negligencia que ciertamente ofrecia suavemente consuelos de que siempre se pagaba.

Si, para contener á un hombre cuya ardiente pasion le producia comociones no acostumbradas, ó si por debilidad, se dejaba dar algun beso rápido, al instante fingia miedo, se sonrojaba y echaba á Armando de su canapé, en el momento en que el canapé llegaba á serle peligroso.

— Vuestros placeres son pecados que yo espio, Armando, me caestan penitencias, remordimientos, decia ella.

Cuando Montriveau se veia á dos sillas de esta basquiña aristocrática, se ponía á blasfemar. Entonces, la duquesa se enojaba.

— Pero, amigo mio, decia ella secamente, no comprendo porque os negais á creer en Dios, porque es imposible creer en los hombres. Callaos, no hableis asi, teneis el alma demasiado grande para aveniros con las tonteras del liberalismo que quiere matar á Dios.

Las discusiones teológicas y políticas le servian de duchas para calmar á Montriveau, que no sabia ya volver al amor cuando ella excitaba su cólera, lanzandolo, á mil leguas del gabinete, en las teorías del absolutismo que ella defendia á las mil maravillas. Pocas mugeres se atreven á ser demoeráticas, estan entonces muy en contradiccion con su despotismo en cuanto á sentimientos. Pero muy á menudo tambien el general sacudia su cabellera, dejaba la política, bramaba como un león, se batia por los flancos, se lanzaba sobre su presa, volvia terrible del humor á su querida, incapaz de llevar mucho tiempo su corazon y su pensamiento en fragancia. Entonces, si esta muger se sentia estimulada por una fantasia bastante iniciativa para comprometerla, sabia salir de su gabinete; dejaba el aire cargado de deseos que respiraba en él, iba a su salon, se ponía al piano, cantaba las arias mas deliciosas de la música moderna, y engañaba así el amor de los sentidos, que a veces no le hacia gracia, pero que tenia fuerza para vencer. En estos momentos, era sublime a los ojos de Armando; porque ella no fingia, era veraz, y el pobre amante se creia amado. Esta resistencia egoista le hacia tener por una santa y virtuosa criatura; y se resignaba, y hablaba de amor platónico, el general de artilleria.

Así que hubo jugado bastante con la religion por su interes personal, Mad. de Langeais jugó con el de Armando. Quiso condicirlo á sentimientos cristianos. Se rehizo el Genio del Cristianismo, á uso de los militares. Montriveau se impacientó, hñó su yugo pesado. Oh, entonces, por espíritu de contradiccion,

le rompió la cabeza hablando de Dios, para ver si Dios la libraba de un hombre que caminaba á su fin con una constancia de que ella empezaba á espantarse. Por otra parte, se complacia en prolongar toda disputa que parecia eternizar la lucha moral, despues de la cual venia otra lucha material peligrosa por otro estilo diferente.

Una noche, Armando llegado casualmente muy temprano, halló al clérigo Mr. Gondrand, director de la conciencia de Mad. de Langeais, sentado en un sillón, junto á la chimenea, como un hombre con ganas de digerir su comida y las lindas confianzas de su dirigida. La vista de este hombre de tez fresca y descansada, cuya cara estaba tranquila, la boca ascética, la mirada maliciosamente inquisidora, que tenia en su porte una verdadera nobleza eclesiastica, y ya en su traje el morado epis copal, se oscurecio singularmente la cara de Montriveau. Fuerá de su amor, al general no le faltaba tacto; penetró, cambiando algunas miradas con el futuro obispo, que este hombre era el promotor de las dificultades con que el amor de la duquesa se armaba para él. Que un clérigo ambicioso jugase por tablas y detuviese la felicidad de un hombre engañado como lo era Montriveau!... Este pensamiento hirvió sobre su cara, le contrajo los dedos, le hizo levantar, andar, patalear; luego, cuando volvía á su sitio, con intencion de promover un estrépito, una sola mirada de la duquesa bastaba para calmarlo. Mad. de Langeais, de ninguna manera embarazada con el triste silencio de su amante, con quien otra muger se hubiera incomodado, continuaba conversando muy razonablemente con Mr. Gondrand, de Lusignan, acerca de la necesidad de restablecer la religion en su antiguo esplendor; explicaba ella, mejor que lo hacia el clérigo, porque la iglesia debia ser un poder á la vez temporal y espiritual; y sentia que la cámara de los Pares no tuviese todavía su banco de los Obispos como la cámara de los Lores tenía el suyo.

No obstante, el clérigo, sabiendo que la cuaresma le permitia desquitarse, cedió la plaza al general y se fué. Apenas la duquesa se levanto para hacer a su director la humilde reverencia que habia recibido de él, tan turbada estaba con la actitud de Montriveau.

— Que teneis, amigo mio?

— A este clérigo sobre el estómago.

— Por qué no tomais un libro? le dijo ella, sin cuidarse de ser o no escuchada por el clérigo que cerraba la puerta.

Montriveau permaneció callado durante un momento, porque la duquesa acompañó estas palabras con un gesto que revelaba mas la profunda impertinencia.

— Querida, Antonia, os doy gracias por dar la preferencia

— El amor, pero por favor, aguantad que os dirija una pregunta.

— Ha! me preguntáis! Me gusta mucho, repuso ella. No sois amigo mío? puedo ciertamente mostráros el fondo de mi corazón, no vereis en él mas que una sola imagen.

— Habláis á ese hombre de nuestro amor?

— Es mi director.

— Sabe que os amo?

— Mr. de Montriveau, no pretendéis, pienso conocer los secretos de mi conciencia.

— Así ese hombre conoce todas nuestras contiendas y mi amor a vos...

— Un hombre, caballero, ese no es hombre.

— Debo estar solo en vuestro corazon & no volveré mas aquí.

— Partid, Armando. Adios, adios para siempre.

Se levantó ella y se fué a su gabinete, sin dirigir ni una mirada a Montriveau, que quedó en pie, con la mano apoyada sobre una silla. Cuanto tiempo estuvo así, nunca lo supo él mismo. El alma tiene el poder de estender y de acortar el espacio. Abrió la puerta del gabinete, estaba oscuro. Una voz débil se hizo fuerte para decir agriamente:

— No he llamado. Ademas, por qué entrar sin orden? Desjadme.

— Sufres pues? dijo Montriveau.

— Levantaos, caballero, repuso ella llamando, y salid de aquí, al menos por un momento.

— La señora duquesa pide luz, dijo él al criado que vino al gabinete á encender las bugías.

Cuando los dos amantes estubieron solos, Mad. Langeais permaneció recostada en su divan, muda, inmóvil, absolutamente como si Montriveau no estuviese allí.

— Querida, dijo él con un acento de dolor y de bondad sublime, no tengo razon. No te quería ciertamente sin religion....

— Es una felicidad, replicó ella sin mirarlo y con una voz dura, que reconozcais la necesidad de la conciencia. Os doy gracias por Dios.

Aquí el general, abatido por la insolencia de esta mujer, que sabia á su voluntad ser una extraña ó una hermana para él, dió hacia la puerta, un paso de desesperación, é iba a abandonarla para siempre sin decirle una sola palabra. Padecía, y la duquesa se veía ella misma de los padecimientos causados por un tormento moral mucho mas cruel que lo era en otro tiempo el tormento judicial. Pero no era dueño de irse.

En toda especie de crisis, una mujer es de cualquier suerte abrumante en cierta cantidad de palabras, y cuando no las ha

dicho, experimenta la sensación que produce la vista de una cosa incompleta; luego, Mad. de Langeais, que no lo había dicho todo, volvió á tomar la palabra.

— No tenemos las mismas convicciones, general... estoydezasonada de ello. Sería horrible para una muger no creer en una religion que permite amar mas allá del sepulcro. Dejo á parte los sentimientos cristianos, no los comprendo; no, dejadme hablaros solamente de las conveniencias.... Los liberales no mataran, á pesar de su deseo, el sentimiento religioso. La religion será siempre una necesidad política. Os encargariais de gobernar un pueblo de habladores? Napoleon no se atrevía á ello, perseguía á los ideólogos. Para impedirles el charlar, es menester imponerles sentimientos. Aceptamos pues la religion católica con todas sus consecuencias. Si queremos que la Francia vaya á misa, no debemos comenzar yendo nosotros mismos? La religion, Armando, es, lo sabeis, el vinculo de los principios conservadores que permiten á los ricos vivir tranquilos. La religion está intimamente ligada á la propiedad. Es ciertamente mas bello conducir á los pueblos por ideas morales que por patibulos, como en tiempo del terror, único medio que vuestra detestable revolucion inventó para hacerse obedecer. El altar y el rey, esto es vos, esto es yo, esto es la princesa vecina; estos son en una palabra todos los intereses de las personas honradas. Vamos, amigo mío, tened á bien pues ser de vuestro partido, vos que podriais llegar á ser el Sila, si tuvieseis la menor ambición. Ignoro la política, raciocino acerca de ella por sentimiento; pero sé sin embargo lo bastante para penetrar que la sociedad se trastornaría si se le dejase poner á cada momento las bases en cuestion.

— Si vuestra corte, si vuestro gobierno piensan así, me dais compasion, dijo Montriveau. La restauracion, señora, debe decirse á sí misma como Catalina de Médicis cuando creyó perdida la batalla de Dreux: Muy bien! iremos al sermon! Luego, 1815 es vuestra batalla de Dreux. Como el trono de este tiempo, lo habeis ganado de hecho, pero perdido de derecho. El protestantismo político está victorioso en los ánimos. Si no quereis hacer un Edicto de Nantes; ó si, haciéndolo, lo revocais; si sois un dia cogidos y convencidos de no querer ya la Carta, que no es mas que una prenda dada á la conservacion de los intereses revolucionarios, la revolucion se alzará terrible, y no os dará mas que un golpe; no es ella la que saldrá de Francia; es el suelo mismo. Los hombres se dejan matar; pero no los intereses.... Ah! Dios mio, que nos importan la Francia, el trono, la legitimidad, el mundo entero! Estas son pamplinas respecto á mi felicidad. Reinad, derribaos, poco me importa. Donde estoy pues?

—Amigo mio, estais en el gabinete de la señora duquesa de Langeais.

—No, no, nada de duquesa, nada de Langeais, estoy al lado de mi querida Antonia!

—Quereis hacerme el placer de permanecer donde estais? dijo ella riendose y desviandolo, pero sin violencia.

—No me habeis pues amado nunca! dijo él con una rabia que salia como rayos de sus ojos.

—No, amigo mio.

—Este no equivalia a un si.

—Soy un gran necio, repuso él besando la mano de aquella terrible reina convertida en muger.

—Antouia, dijo, apoyando la cabeza sobre sus pies, eres demasiado castamente tierna para decir nuestras felicidades á cualquiera en el mundo.

—Ah! sois un gran necio, dijo ella levántandose con un movimiento gracioso aunque vivo. Y sin decir una palabra mas, corrió al salon.

—Que es lo que tiene pues? se preguntó el general que no sabia penetrar el poder de las conmociones que su cabeza humeante habia comunicado electricamente de los pies á la cabeza de su querida. En el momento en que llegaba furioso al salon oyó melodias celestiales. La duquesa estaba en el piano.

Los hombres científicos ó poetas que pueden a un tiempo comprender y gozar sin que la reflexion perjudique á sus placeres, conocen que el alfabeto y la fraseología musical son los instrumentos íntimos del músico, como la madera y el metal son del que ejecuta. Para ellos, existe una música a parte en el fondo de la doble expresion de este lenguage sensuado de las armas. *Andiamo, mio ben,* puede arrancar lágrimas de alegría ó hace reir de compasion, segun la cantatrix. A menudo, en el mundo, una joven espirando bajo el peso de una pena desconocida, un hombre cuya alma vibra bajo los tormentos de una pasion, toman un tema musical, y se entienden con el cielo, ó se hablan a si mismos en alguna sublime en melodia, especie de poema perdido. Luego, el general escuchaba este momento una de aquellas poesias desconocidas tanto como puede serlo la queja solitaria de un pájaro muerto sin compañera en un bosque virgen.

—Dios mio, que es lo que estais tocando? dijo él con voz conmovida.

—El preludio de un romance llamado, segun creo, *Rio Tajo.*

—No sabia que podiese ser música de piano, repuso él.

—Ah! amigo mio, dijo ella dirigiéndole por primera vez

una mirada de muger enamorada, no sabeis ya que os amo, que me haceis padecer horriblemente, y que es menester quejarme sin hacerme comprender mucho, de otro modo seria vuestra... Pero no veis nada!

—Y vos no quereis hacerme feliz?

—Armando, moriria de dolor el dia siguiente.

El general se fué bruscamente, pero cuando se halló en la calle, se enjugó las lágrimas que había tenido fuerza para contener en sus ojos.

En honor de esta muger, es necesario decir que era buena de corazon. Por falta de poder comparar el bien con el mal, por falta de padecimientos que le hubiesen hecho conocer las relumbrantes delicias de la luz, se complacia en permanecer en las tinieblas. Armando, que comenzaba á entrever esta rara situacion, esperaba constantemente. Pensaba, todas las noches, cuando salia de casa de Mad. de Langeais, que una muger no aceptaba por espacio de siete meses los obsequios de un hombre y las pruebas de amor mas tiernas, mas delicadas, no se abandonaba á las exigencias superficiales de una pasion, para engañarla en un momento, y esperaba pacientemente la estacion del sol, no dudando recoger en ella los frutos en tiempo.

Turbado como un amante jóven todavia que no se atreve á creer en la humillacion de su ídolo, vaciló largo tiempo, y conoció las terribles reacciones del corazon, las voluntades muy determinadas que una palabra aniquila, las decisiones tomadas que espiran en umbral de una puerta. Se despreciaba por no tener fuerza para decir una palabra, y no la decia. No obstante, una noche procedió por una opaca melancolia á la demanda feroz de sus derechos ilegalmente legitimos. La duquesa no oyó la peticion de su esclavo para penetrar su deseos. Un deseo de hombre está secreto alguna vez; las mugeres no tienen toda la ciencia infusa de ciertas mudanzas de fisonomia?

—Que es eso! quereis dejar de ser mi amigo? dijo ella interrumpiéndole á la primera palabra, y lanzandole miradas embriecidas con un encarnado divino que corrió como una sangre nueva bajo su tez diáfana. Para recompensarme de mis generosidades, quereis deshonrarme.

Reflexionad pues! Yo, he reflexionado mucho; pienso siempre en nosotros. Existe una probidad de muger á la cual no debemos faltar como vosotros no debéis faltar al honor. No sé engañar. Si fuese vuestra, no podría ser de ninguna manera la esposa de Mr. de Langeais. Exigis pues el sacrificio de mi posesion, de mi clase, de mi vida, por un amor dudososo que no ha tenido paciencia por siete meses. Que! ya querriais arrebatarme la libre disposicion de mi mismo. No, no me hableis mas asi. No, no me digais nada. No quiero, no debo escucharlos.

Al llegar aquí, Mad. de Langeris se cogió el peinado con las dos manos para echarse los rizos que le enardecían la frente, y pareció más animada.

— Venís á casa de una débil muger con cálculos bien determinados, diciendoos: Ella me hablará de su marido durante cierto tiempo, luego de Dios, después de las consecuencias inevitables del amor, pero usaré, abusaré del influjo que hubiere conquistado; me haré necesario; tendré para mí los vínculos de la costumbre, los arreglos hechos enteramente por el público; en fin, cuando el mundo hubiere concluido por aceptar nuestra unión, seré dueño de esta muger. Sed franco, estos son nuestros pensamientos.... Ah! calculais, y decis que amais. Vaya! Estais enamorado, lo creo.

— Callaos, basta, basta, prosiguió ella viendolo dispuesto á hablar, no tenéis ni corazón, ni alma, ni delicadeza. Sé lo que quereis decirme. Pues bien, sí. Mejor quiero pasar á los ojos del mundo por una muger ordinaria, que ser condenada á penas eternas, después de haber estado condenada á vos. Vuestro egoista amor no merece tantos sacrificios....

Estas palabras representan imperfectamente á las que gegeó la duquesa con la viva prolijidad de un organillo. Ciertamente, pudo hablar largo tiempo, el pobre Armando no opinaba por toda respuesta á este torrente de notas aflautadas sino un silencio lleno de sentimientos horribles. Por primera vez, vislumbraba la coquetería de esta muger y penetraba instintivamente que el amor rendido, el amor participado no calculaba, no raciocinaba así en una muger veraz. Luego experimentaba una especie de vergüenza al acordarse de haber involuntariamente hecho los cálculos cuyos odiosos pensamientos le eran echados en cara. Despues examinándose con una buena fé enteramente angelical, no encontraba mas que egoísmo en sus palabras, en sus ideas, en sus respuestas concebidas y no expresadas. Se echó la culpa; y, en su desesperación, tuvo ganas de tirarse por la ventana. El yo le mataba. Que decir en efecto á una muger que no cree en el amor?—Dejadme probaros cuánto os amo. Siempre yo.

Montriveau no sabia, como, en estas clases de circunstancias, lo saben los héroes de gabinete, imitar la tosca lógica anterior. A este hombre osado le faltaba precisamente la audacia habitual á los amantes que conocen las fórmulas del álgebra femenina. Si tantas mugeres y hasta las mas virtuosas son presa de las personas hábiles en amor á quienes el vulgo da un mal nombre, quizá porque son de grandes pruebas; y el amor quiere, no obstante su deliciosa poesía de sentimiento, alguna mas geométrica de lo que se piensa.

Luego, la duquesa y Montriveau parecía que en este punto eran inespertos en amor. Ella conocía muy poco su teoría, ignoraba su práctica, no conocía nada y reflexionaba en todo. Montriveau conocía poco la práctica, ignoraba la teoría, y sentía mucho para reflexionar. Ambos sabrían pues la desgracia de esta extraña situación.

En este momento supremo, sus millares de pensamientos podían reducirse á este: «Dejadme poseer.» Frase horriblemente egoista para una muger en quien estas palabras no causan ningún porvenir y no despiertan imagen ninguna. Luego, aunque tuviese la sangre asaeteada por estos pequeñas frases en forma de flechas muy agudas, muy frías, muy aceradas, disparadas unas tras otras, Montriveau debía tambien ocultar su rabia para no perderlo todo por una extravagancia.

— Señora duquesa, estoy desesperado por no haberse inventado para la muger otro modo de confirmar el don de su corazón sino añadiéndole el de su persona. El alto precio que os ponéis á vos misma me demuestra que no debo darle una menor. Si mi felicidad os es un sacrificio tan penoso, no hablamos mas de ella. Solamente perdonarcis á un hombre de valor el que se crea humillado viéndose tenido por un perro faldero.

El tono de esta última frase hubiera quizá asustado á otras mugeres; pero cuando una de estas que gastan basquiña se sobrepone á todo, ningún poder humano es mas orgulloso que lo que ella sabe serlo.

— Señor marquesa, estoy desesperada porque no se haya inventado para el hombre un modo mas noble de confirmar el don de su corazón sino manifestando deseos extraordinariamente vulgares. No quiero ser una segunda edición de la historia de Mad. de Beauseant. Se sabe alguna vez lo que os retiene á nuestro lado? Nuestra constante frialdad es el secreto de la constante pasión de alguno de vosotros; á otros, es menester un sacrificio perpetuo, una adoración de todos los momentos; á aquellos, la dulzura; á estos, el despotismo. Ninguna muger ha podido descifrar vuestros corazones.

Hubo una pausa, despues de la cual cambió de tono.

— En fin, amigo mio, no podeis impedir á una muger que tiemble á esta pregunta:—Seré amada siempre? Por duras que sean, mis palabras me son dictadas por el temor de perderos. Dios mio! no soy, yo, querido, quien habla, sino la razón; y como puede temer una persona tan loca como yo? en verdad, no sé nada.

Oír esta respuesta comenzada por la mas destrozante ironía, y terminada con los acentos mas melodiosos de que una muger se ha servido para pintar el amor con su ingenuidad, no era ir en

un momento de martirio al cielo? Montriveau perdió el color, y cayó por primera vez en su vida á los pies de una muger. Besó las extremidades del traje de la duquesa, los pies, las rodillas; pero, en honor de arrabal de San German, es necesario no revelar el misterio de sus gabinetes, donde se queria todo del amor, menos lo que podia atestiguar el amor.

—Querida Antonia, exclamó Montriveau en el delirio en que lo sumió el completo abandono de la duquesa, que se creyó generosa dejándose adorar. Sí, tienes razon, no quiero que te conserves con dudas. En este momento, tiemblo tambien ser dejado por el ángel de mi vida, y quisiera inventar para nosotros lazos indisolubles.

—Ah! dijo ella en voz muy baja, ya ves que tengo razon.

—Dejadme concluir, repuso Armando, voy á disipar todos tus temores con una sola palabra. Escucha, si te abandonará, merecería mil muertes. Se toda mia, te daré el derecho de matarme si te vendiese. Escribiré yo mismo una carta en la cual declararé ciertos motivos que me obligaban á matarme; en fin, pondré en ella mis últimas disposiciones. Tu poseeras este testamento que legitimará mi muerte, y así podrás vengarte sin tener nada que temer ni de Dios ni de los hombres.

—Necesito de esa carta? Si perdiese tu amor, que me importaría la vida? Si quisiese matarte que me importaría la vida? No, te doy gracias por la idea, pero no quiero esa carta. No podria creer que me eras fiel por temor; ó, el peligro de una infidelidad no podria ser un atractivo para el que entrega así su viuda? Armando, lo que yo pido es solo difícil de hacer.

—Y que quieres pues?

—Tu obediencia y mi libertad.

—Dios mio, exclamó él, soy un niño.

—Un niño voluntarioso y muy mimado, dijo ella acariciando la espesa cabellera de aquella cabeza que tenía á sus pies. Oh! sí, mucho mas amado de lo que él cree, y sin embargo muy desobediente. Por qué no permanecer así; por qué no sacrificarse mis deseos que me ofenden; por qué no aceptar lo que concedo, si es todo lo que honradamente puedo otorgar? No sois pues feliz?

—Oh! si, dijo él, soy feliz cuando no tengo dudas. Antonia, en amor, dudar, no es morir?

Y se mostró de repente lo que era y lo que son todos los hombres bajo el fuego de los deseos, elocuente, insinuante. Despues de haber gustado los placeres permitidos sin duda por un onkase secreto y jesuitic, la duquesa experimentó aquellas connocições cerebrales cuya costumbre le había hecho el amor de Armando, tan necesario, como lo eran el mundo, el baile y la ópera.

Verse adorada por un hombre cuya superioridad, carácter inspiran horror, hacer de él un niño; jugar a las muñecas con un Neron; muchas mugeres, como hicieron las esposas de Enrique VIII, pagaron esta arriesgada felicidad con toda la sangre de sus venas. De resultas de estas reflexiones la duquesa decía para sí:—Este hombre es capaz de matarme, si advierte que me divierte con él.

Mr. de Montriveau quedó hasta las dos de la mañana al lado de la duquesa, que, desde este momento, no le pareció ni una duquesa, ni una Navarreins; había ella llevado el disfraz hasta el estremo de parecerle muger. Estilo con él muy sencilla, muy ingenua. Se fué pues el general teniendo por muy feliz por haberla en fin vencido á darle tantas pruebas de amor, que parecía imposible no ser en lo sucesivo, para ella, un esposo secreto cuya elección era aprobada por el cielo.

En este pensamiento, con el candor de los que sienten todas las obligaciones del amor saboreando sus placeres, Armando volvió á su casa lentamente. Siguió por los malecones, a fin de ver el mayor espacio posible de cielo; quería alargar el firmamento y la naturaleza hallándose aumentado su corazón. Sus pulmones le parecía que aspiraban mas aire que el dia anterior. Al andar, se preguntaba, y se prometía amar muy religiosamente a aquella muger.

El dia siguiente, Mr. de Montriveau fue temprano al arrabal de San German. Tenía una cita en una casa inmediata a la de Langeais, donde, cuando hubo concluido sus negocios, fué como se va a su casa. El general iba entonces acompañado de un hombre al cual parecía tener una especie de aversion cuando lo encontraba en los salones. Este hombre era el marques de Ronquerolles, cuya reputación llegó á ser tan grande en los gabinetes de Paris; hombre de talento, hombre de valor principalmente, y que daba el tono á toda la juventud de Paris; un hombre caballeroso cuyos sucesos y experiencia eran igualmente envidiados, y al cual no faltaban ni los bienes, ni el nacimiento que añaden en Paris tanto lustre á las cualidades de las personas a la moda.

—Donde vas tú?.... dijo Mr. de Ronquerolles a Montriveau.

—A casa de Mad. Langeais.

—Ah! es verdad, se me olvidaba que te habías dejado engañar en su liga. Pierdes un amor que podrías emplear mucho mejor. Puedo darte en el Banco mil mugeres que valen mil veces mas que esa cortesana con titulo, que hacen con su cabeza lo que otras mugeres mas francas hacen....

—Que decis, querido mio? dijo Armando interrumpiendo á Rouquerolles, la duquesa es un angel de candor.

Rouquerolles se echó a reír.

— Pues tu estás en eso, querido mío, dijiste, debo ilustrarte. Una sola palabra entre nosotros, no tiene consecuencias. La duquesa te pertenece? En ese caso, no tendría nada que decirte. Vamos, hablame con confianza. Se trata de no perder el tiempo en engertar tu bella alma en una naturaleza ingrata, que deja abortar la esperanza de cultivo.

Cuando Armando hizo sencillamente una especie de estado de su situación en el que mencionó los derechos que había tan trabajosamente obtenido, Ronquerolles dió una carcajada tan cruel, que a cualquiera le hubiera costado la vida. Pero al ver de que manera estos dos seres se miraban y se hablaban solos en un rincón, tan lejos de los hombres como hubieran podido estarlo en medio de un desierto, era fácil presumir que una amistad sin límites los unía y que ningún interés humano podía descomponerlos.

— Mi querido Armando, si me hubieras dicho que te hablabas cortado con la duquesa, te hubiera dado algunos consejos que te hubieran hecho llevar bien esta intriga. Debes saber desde luego que las mugeres de nuestro arrabal quieren, como todas las demás, bañarse en el amor; pero quieren poseer sin ser pesadas. Han transigido con la naturaleza.... La jurisprudencia les ha permitido casi todo menos el pecado mortal. Las golosinas que te regala tu linda duquesa son frioleras insignificantes. Conocemos esa especie de mugeres, la parisienne enteramente pura. Has visto alguna vez en las calles a las costureras menudeando el paso. Su cabeza parece un cuadro: gracioso gorro, mejillas sonrosadas, cabellos lindos, sonrisa fina, el resto casi descuidado. No es este su retrato? Esta es la parisienne. Sabe que solo verán su cabeza; en su cabeza todo el cuidado, compostura, vanidad. Pues bien! tu duquesa es toda cabeza. No siente sino por su cabeza, tiene un corazón en la cabeza, una voz en la cabeza, es delicada por la cabeza. Llamamos a esa cosa pobre una *Laís* intelectual. Se ha jugado contigo como con un niño. Si dudas de ello, tendrás la prueba esta noche, esta mañana, al instante. Sabe a su casa, prueba llamarla, querer imperiosamente lo que te se reusa; nun cuando tu cojas allí como el difunto cardenal de Richelieu, la nada en el taburete.

Armando estaba atontado.

— La deseas hasta el punto de haber llegado á ser necio?

— La quiero a todo precio! exclamó Montriveau desesperado.

— Pues bien, escucha. Sé tan implacable como ella lo sera; procura humillarla, picar su vanidad; interesar no el corazón, no el alma, sino los nervios y la linfa de esa muger a la vez ner-

viosa y linfática. Si puedes hacerle nacer un deseo, eres salvo. Pero deja tus bellas ideas de niño. Si, habiéndola cogido entre tus garras de águila, si ella cree poder aun dominarte, se encerrará de tus uñas como un pescado y se escapará para no dejarse coger más. Será inflexible como la ley. No tengas caridad como no la tiene el verdugo. Cuando hubieres pegado, pega más. No dejes de pegar como si dijeses el castigo ruso, el knout. Las duquesas son duras, mi querido Armando, y las naturalezas de estas mugeres no se ablandan sino á golpes. El padecimiento les da un corazón, y es obra de caridad pegarles. Pega pues sin cesar. Ah! cuando el dolor hubiere ablandado aquellos nervios, suavizado aquellas fibras que tu crees suaves y blandas; hace latir un corazón seco, que, con este jugo, recobrará la elasticidad; cuando los sesos hubieren cedido, la pasión entrará quizás en los resortes metálicos de esa máquina de lágrimas, de maneras, de desmayos, de frases delicadas, y verás el incendio más magnífico, si la chimenea se enciende todavía. Entonces el sistema de acero femenil tendrá el color del hierro en la fragua, un color más durable que cualquiera otro, y esta caudencia llegará quizás á ser amor. Sin embargo, lo dudo! Además, la duquesa vale tantas penas? Entre nosotros, necesitaría ser primeramente formada por un hombre como yo; haría de ella una muger hechicera, tiene sangre; mientras que entre vosotros dos, quedariais en el A B C del amor. Pero tu amas, y no participarás en este momento de mis ideas acerca de esta materia.

Mucho placer, hijos míos, añadió Ronquerolles riéndose y después de una pausa. Me he pronunciado en favor de las mugeres fáciles: al menos, son cariñosas, aman al natural, y no con los condimentos sociales. Pobre muchacho mío, una muger que sutiliza, que no quiere más que inspirar amor? ah, pero es menester tener una como un caballo de lajo. Si me las hubiese con una muger de ese género, tendría por objeto....

Dijo una palabra al oído de Armando y lo dejó atropelladamente para no oír respuesta.

En cuanto a Montriveau, de un brinco entró en el patio de la casa de Langeais, subió al departamento de la duquesa; y, sin hacerse anunciar, entró en su habitación, en su alcoba.

— Esto no se hace, dijo ella cruzándose de prisa su peinador. Armando, sois un hombre abominable. Vamos, dejadme, os lo suplico. Idos, idos pues. Esperadme en el salón. Andad.

— Querido ángel, dijo él, un amante no tiene privilegio ninguno?

— Pero eso es de un gusto detestable, caballero, sea en un amante, sea en un marido, sorprender así á una muger.

— Perdona, querida Antonia; pero mil sospechas me atormentan el corazón.

—Sospechas, vaya! Ah, vaya, vaya.

—Sospechas casi justificadas. Si me amases, me harías esta reconvencion? No te hubieras alegrado de verme, no hubieras sentido no sé que movimiento en el corazon? Pero yo que no soy muger, experimento estremecimientos íntimos con el solo sonido de tu voz.

—A lo menos, en este momento, convenid que no sois amable.

—Tengo pues en que agradarlos?

—Ah! lo creo. Vamos, dijo ella con aire imperativo, idos, dejadme, no soy como vos; quiero siempre agradarlos....

Nunca muger alguna ha sabido mejor que Mad. de Langeais dar tanta gracia á su impertinencia, y esto no es redoblar el afecto, no es poner furioso al hombre mas frio? En este momento sus ojos al sonido de su voz, su actitud manifestaron una especie de libertad perfecta que nunca hay en la muger amante, cuando se halla en presencia de aquel cuya sola vista debe hacerla 'palpitá'. Despertado por los consejos del marqués de Ronquerolles, ayudado tambien por el rápido jugo, con que las pasiones dotan momentáneamente á los seres necios, sagaces, pero que se encuentra tan completo en los hombres de talento, Armando penetró la terrible verdad que descubria la libertad de la duquesa, y su corazon se infló como un lago dispuesto á alboretarse.

—Si, ayer, decías verdad, se una, querida Antonia, esclamó el, quiero.....

—Primero, dijo ella rechazándolo con fuerza y calma, cuando lo vió adelantarse, no me comprometais. Mi doncella podría oíros. Respetadme, os lo suplico. Vuestra familiaridad es muy buena; por la tarde, por la tarde, en mi gabinete; pero aquí, no. Luego, que significa *vuestro yo quiero!* Yo quiero! Nadie me ha dicho todavía esa palabra. Me parece muy ridícula, perfectamente ridícula.

—No me cedereis nada sobre este punto? dijo él.

—Ah! llamas un punto, la libre disposición de nosotros mismos; un punto muy capital, en efecto.

—Y si, fiándome en vuestras promesas, lo exigiese!

—Ah! me probariais que erré en haceros la mas leve promesa, no seré tan tonta que la cumpla, y os suplicaré que me dejéis tranquila.

Montriveau perdió el color, quiso arrojarse á ella, la duquesa tiró de la campanilla, vino su doncella, y esta muger le dijo sonriendose con una gracia burlona:—Tened la bondad de volver cuando haya acabado mi tocador.

Entonces Armando de Montriveau sintió la dureza de aquella muger fria y cortante como el acero. Destruía con el des-

reocio. En un momento, rompió los lazos que no eran fuertes n o para su amante. La duquesa leyó en la cara de Armando s exigencias secretas de aquella visita, y juzgó que había llegado el instante de hacer conocer á este soldado imperial qué las duquesas podian muy bien prestarse al amor, pero que no se entregaban á él, y que su conquista era mas difícil de hacer que lo habia sido la de Europa.

—Señora, dijo Armando, no tengo tiempo para esperar. Sois, como lo habeis dicho vos misma, un niño mimado. Cuando queríraseramente alguna cosa, la tendré.

—La tendréis?.... dijo ella con aire de altivez con alguna mezcla de sorpresa.

—La tendré.

—Ah! me dariais un placer en quererlo. Por la curiosidad del hecho, me alegraría de saber como os iba en ello.....

—Estoy encantado, respondió Montriveau de modo de asustar á la duquesa, en poner tanto interes en vuestra existencia. Me permitireis que venga esta noche por vos para ir al baile?

—Os doy mil gracias; Mr. de Genuilhac se os ha adelantado, lo prometi.

Montriveau saludó gravemente y se retiró.

—Ronquerolles tiene razon, vamos ahora á jugar una partida de ajedrez.

Desde entonces ocultó sus emociones bajo una calma completa. Niugun hombre es bastante fuerte para poder soportar estos cambios, que hacen pasar rápidamente el alma del mayor bien á desgracias supremas. No habia pues notado la vida feliz sino para sentir mejor el vacio de su existencia precedente? Esta fué una tempestad horrible; pero sabia sufrir y recibió el ataque de sus pensamientos tumultuosos, como una roca de granito recibe las olas del Océano enfurecido.

—No he podido decirle nada; porque, en su presencia, no tengo ya valor. Ella no sabe hasta que punto es vil y despreciable. Nadie se ha atrevido á poner esta criatura enfrente de ella misma. Sin duda ha jugado bien con los hombres! Yo los vengaré é todos.

Por primera vez quizá en un corazon de hombre, el amor y la venganza se mezclaron tan adecuadamente que era imposible al mismo Montriveau saber quien ganaria, el amor, ó la venganza. Se halló aquella misma noche en el baile donde debia estar la duquesa de Langeais, y casi perdió la esperanza de acercarse á esta muger á la que tuvo tentado de atribuir algo de endemoniada. Ella se mostró con él graciosa y llena de agradables sonrisas. No queria sin duda dejar que el mundo creyese que se habia comprometido con Montriveau.

Una mutua demostracion de disgusto descubre el amor. Pe-

ro aunque la duquesa no cambiase nada en sus maneras, cuando el marques estaba sombrío y triste; no era esto hacer ver que Armando no había obtenido nada de ella?

El mundo sabe muy bien penetrar la desgracia de los hombres despreciados, y no lo confunde con las riñas que ciertas mugeres órdenan á sus amantes que afecten con la esperanza de ocultar un mutuo amor, y cada cual se burló de Montriveau que, no habiendo consultado su cornac, permaneció pensativo, paciente; en tanto que Mr. de Ronquerolles le hubiese quizá prescrito comprometer á la duquesa respondiendo á su falsa amistad con demostraciones apasionadas. Armando de Montriveau dejó el baile, teniendo horror á la naturaleza humana, y creyendo todavía apenas en tan completas perversidades.

—Si no hay verdugos para semejantes crímenes, dijo él mirando las ventanas luminosas donde bailaban, hablaban y reían las mas seductivas mugeres de Paris, te cogeré por el cervigüillo, señora duquesa, y te haré sentir un hierro mas punzante que el cuchillo de la Greve. Acero contra acero, veremos cual corazon será mas duro.

PARTE TERCERA.

LA MUGER VERDADERA.

El amor crea en la muger una muger nueva, la del dia anterior no existe al siguiente.

LOS MARANA.

Por espacio de casi una semana, Mad. de Lengeais esperó volver á ver al marqués de Montrivean; pero Armando se contentó con enviar todas las mañanas su targeta á la casa de Langeais. Cada vez que se le entregaba la targeta á la duquesa, no podía dejar de estremecerse herida por tristes pensamientos, pero confusos como lo es un presentimiento de desgracia. Al al leer el nombre, ya creía sentir en sus cabellos la mano poderosa de este hombre implacable, ya el nombre le pronosticaba venganzas que su instable talento le hacia atroces. Será asesinada? Este hombre fuerte como un toro la rebentaría echándola por encima de su cabeza, la pisotearia; cuando, donde, como la cogeria; le haría padecer mucho, y que género de padecimientos meditaba imponerle? Ella lo había meditado muy bien para no temerle; se arrepentía. A ciertas horas, si él hubiese sido, se hubiera ella arrojado á sus brazos con un completo abandono.

Todas las noches, al dormirse, veía la cara de Montriveau bajo un aspecto diferente. Unas veces su sonrisa amarga; otras la contraccion jupiteresca de sus cejas, su mirada de león, ó algun altivo movimiento de hombros se lo hacian terrible.

Entonces, el dia siguiente, la targeta le parecia cubierta de sangre. Vivia agitada por este nombre, mas que lo habia estado por el amante fogoso, obstinado, exigente. Luego sus aprensiones se aumentaban mas en el silencio; estaba obligada a prepararse, sin socorro extraño, a una lucha horrible de que no le era permitido hablar.

Esta alma, orgullosa y dura, era mas sensible a las picazones del odio que lo que poco antes habia sido a las caricias del amor. Ah! si el general la hubiese podido ver en el momento en que ella juntaba las arrugas de su frente entre sus cejas, sumergiéndose en amargos pensamientos en el fondo del gabinete donde habia saboreado tantos contentos, quizá hubiera concibido grandes esperanzas. El orgullo no es uno de los sentimientos humanos que no puede producir sino acciones nobles. Aunque Mad. de Langeais guardase el secreto de sus pensamientos, es permitido suponer que Mr. de Montriveau no le era indiferente. No es una inmensa conquista para un hombre ocuparse de una muger? En ella, debe necesariamente hacerse un progreso en un sentido ó en otro. Poned una criatura femenina bajo los piés de un caballo furioso, delante de algun animal terrible; caera ciertamente de rodillas, esperara la muerte; pero si el animal es clemente y no la mata, amará al caballo, al leon, al toro, hablará de ellos muy bien. La duquesa se sentia bajo los pies del leon; temblaba, no lo aborecia.

Estas dos personas, tan singularmente colocadas una en frente de otra, se encontraron tres veces en el mundo durante aquella semana. Cada vez, en respuesta a interrogaciones afectadas, la duquesa recibió de Armando saludos respetuosos y sonrisas irónicas tan crueles, que confirmaban todas las aprensiones inspiradas en la mañana por la targeta. La vida no es mas que lo que nos la hacen los sentimientos; estos habian abierto abismos entre estas dos personas.

La condesa de Serizy, hermana del marques de Ronquerolles, daba al principio de la semana un gran baile al que debia ir Mad. de Langeais. La primera cara que vió la duquesa al entrar fué la de Armando. Armando la esperaba esta vez, lo creyó al menos. Ambos se miraron. Un sudor frio salió repentinamente de todos los poros de la duquesa. Habia creido a Montriveau capaz de alguna venganza inaudita, proporcionada a su estado. La venganza la habia hallado, estaba dispuesta, caliente, hirviendo. Los ojos del amante vendido le lanzaron rayos, y su cara relumbraba con un odio feliz. Tambien, a pesar de la voluntad que tenia la duquesa de expresar frialdad e impertinencia, su vista se entristeció. Fué a colocarse junto a la condesa de Serizy, que no pudo menos de decirle;

— Que teneis, querida Antonia? Causais miedo.

— Una contradanaza, me aliviará, respondió ella dando la mano a un jóven que se adelantó.

Mad. de Langeais se puso a valsar con una especie de furor y de cólera que redobló la mirada pesada de Montriveau. Quedó este en pie, delante de los que se divertian en ver a los que bailaban. Cada vez que la duquesa pasaba por delante de él, sus ojos se clavaban sobre aquella cabeza que daba vueltas, como los de un tigre sobre su presa. Concluido el valse, la duquesa se sentó junto a la condesa, y el marques no dejó de mirarla hablando con un desconocido.

— Caballero, le decia él, una de las cosas que mas mellaron la atencion en ese viaje (la duquesa era toda oídos) es la frase que pronuncia el encargado de Westminster enseñandoos el hacha con que un hombre enmascarado cortó, dicen, la cabeza de Carlos I.^o

— Que dice? preguntó Mad. de Serizy.

— No toqueis al hacha, respondió Montriveau con un sonido de voz en que habia amenaza.

— En verdad, señor marques, dijo la duquesa de Langeais, mirais mi pescuezo con un aire tan melodramático, al repetir esa historia antigua, como todos los que van á Londres, que me parece veros con una hacha en la mano.....

Estas últimas palabras fueron pronunciadas riendose, aunque un sudor frio bañase á la duquesa.

— Pero esta historia es, por circunstancia, enteramente nueva, respondió él.

— Como es eso, os suplico, por favor, en qué?

— En que vos, señora, habeis tocado el hacha, le dijo Montriveau en voz baja.

— Que graciosa profecia! replicó ella sonriéndose con gracia afectada. Y cuando debe caer mi cabeza?

— No deseo ver caer vuestra linda cabeza, señora. Temo tan solo para vos alguna desgracia. Si os cortasen el pelo, no echareis menos esos cabellos tan delicadamente rubios, y de que tan buen partido sacais...

— Pero hay personas a quienes las mugeres quieren hacer estos sacrificios; y, a menudo tambien a hombres que no sabeis dar crédito a un impulso de genio.

— En hora buena! Pues bien, si de repente, por una operacion química, un chusco os robase vuestra belleza, os pusiese de cien años cuando no teneis, para nosotros, mas que diez y echo....

— Caballero, dijo ella interrumpiendole, las viruelas son nuestra batalla de Waterloo. Conocemos al dia siguiente a los que nos quieren de veras.

— No echaríais manos esa deliciosa figura que

— Ah, mucho; pero, menos por mí que por aquel cuyo contento fuese. No obstante si fuese sinceramente amada, siempre, bien, que me importaría la hermosura? Que decis de esto, Clara?

— Es una especulación arriesgada, respondió Mad. de Serizy.

— Se podría preguntar á S. M. el rey de los hechiceros, repuso Mad. de Langeais, cuando he cometido la culpa de tocar el hacha, yo que no he estado todavía en Londres...

— Non so, dijo él dejando escapar un gesto burlón.

— Y cuando comenzará el suplicio?

Aquí, Montriveau sacó friamente su relox, y examinó la hora con una convicción realmente espantosa.

— El dia no concluirá sin que os suceda una horrible desgracia ..

— No soy un niño á quien se puede fácilmente asustar, ó mas bien soy un niño que no conoce el peligro, dijo la duquesa, y voy á bailar sin temor al borde del precipicio.

— Estoy encantado, señora, de saber que tengais tanto carácter, respondió él viéndola ir á colocarse en una cuadrilla.

A pesar de su aparente desprecio á las tristes predicciones de Armando, la duquesa era víctima de un verdadero terror. Apenas la opresión moral y casi física bajo que la tenía su amante, cesó cuando dejó el baile. Sin embargo después de haber gozado durante un momento del placer de respirar á su gusto, se sorprendió al echar menos las emociones del miedo, tan ávida es la naturaleza femenina de sensaciones estremadas. Este sentimiento no era amor, pero pertenecía ciertamente á los sentimientos que lo preparan. Luego, la duquesa, como si hubiese de nuevo resentido el efecto que Mr. de Montriveau le había hecho experimentar, recordó el aire de convicción con que acababa de mirar la hora, y llena de susto se retiró.

Entonces era cerca de las doce. El criado que la esperaba, le puso su ropón y echó andar delante de ella para hacer arrimarse su coche cuyo escudo reconoció; luego, cuando estaba sentada cayó en una meditación bastante natural, provocada por la predicción de Mr. de Montriveau. Llegada á su patio, entró en un vestíbulo semejante en el exterior al de su casa; pero de pronto no reconoció su escalera; luego, en el momento en que se volvió para llamar á sus criados, algunos hombres se apoderaron de ella con rapidez, le pusieron un pañuelo en la boca, le ataron las manos y los pies, y se la llevaron. Ella dió grandes gritos.

— Señora, tenemos orden de mataros si gritais, le dijeron al oído.

Fué tan grande su susto que no pudo nunca explicarse por donde, ni como fué transportada. Cuando recobró sus sentidos, se halló los pies y las manos atadas con cordones de seda, acostada sobre el canapé de una alcoba de hombre. Entonces no pudo ella contener un grito al encontrar los ojos de Armondo de Montriveau, que tranquilamente sentado en su sillón, y envuelto en su bata, fumaba un cigarro.

— No griteis, señora duquesa, dijo él quitándose friamente el cigarro de la boca, tengo jaqueca. Además, voy á desataros. Pero escuchad bien lo que tengo el honor de deciros.

Desamarró delicadamente los cordones que sujetaban los pies de la duquesa.

— De que os servirían vuestros gritos? nadie puede oírlos. Sois demasiado elevada para hacer esfuerzos inútiles. Si no os manteneis tranquila, si queréis luchar conmigo, os ataré de nuevo los pies y las manos. Creo que, considerado todo bien, os respetareis lo bastante quedando en ese canapé, como si estuvieseis en el de vuestra casa.... Sobre él me habeis hecho derramar muchas lágrimas que ocultaba á los ojos de todos.

Mientras que Montriveau le hablaba, la duquesa dirigía en torno suyo una mirada de muger, mirada furtiva que sabe verlo todo pareciendo distraída. Le agrado mucho la habitación muy semejante á la celda de un fraile. El alma y el pensamiento eran allí todo. Ningún adorno alteraba la pintura oscura de sus vacías paredes. El suelo lo cubría una alfombra verde. Un canapé negro, una mesa llena de papeles, dos sillones grandes, una cómoda con un despertador, una cama cubierta con un paño encarnado bordado con una greca negra, anuncianaban por su contestura los hábitos de una vida reducida á su más simple expresión. Un candelero de tres brazos colocado sobre la chimenea recordaba, por su forma egipcia, la inmensidad de los desiertos en que este hombre había errado tanto tiempo. Al lado de la cama, entre el pie que enormes patas de estúpido hacían ver debajo de los pliegues de la cubierta, y una de las paredes laterales de la alcoba, se hallaba una puerta tapada por una cortina verde con franjas rojas y negras sujetas á un asta con gruesas argollas. La puerta por donde habían entrado los desconocidos tenía una colgadura igual pero levantada. En la última mirada que dirigió la duquesa á las cortinas para compararlas, advirtió que la puerta inmediata á la cama estaba abierta. Un resplandor rojizo que salía de la otra pieza se diseñaba por debajo de los flecos de la cortina. Su curiosidad fué naturalmente excitada por la triste loz que apenas le permitía distinguir en las tinieblas algunas formas raras; pero, en este momento, no pensó que su peligro pudiese venir de allí, y quiso satisfacer un interés mas ardiente.

— Caballero, es indiscrecion preguntaros que penais hacer de mi? dijo ella con una impertinencia y una mofa aguda.

La duquesa creia penetrar un amor excesivo en las palabras de Montriveau. Por otra parte, para robar una muger no es preciso adorarla?

— Nada, señora, respondió él arrojando con gracia su última bocanada de tabaco. Estais aqui por poco tiempo. Quiero primero explicaros lo que sois y lo que soy. Cuando os retoceis sobre vuestro divan, en vuestro gabinete, no ballo palabaras para mis ideas. Luego en vuestra casa, al menor pensamiento que os desagrada, tirais del cordon de vuestra campanilla, hablais muy alto y poneis á vuestro amante en la puerta como si fuese el ultimo de los miserables. Aqui, tengo el espíritu libre. Aqui, nadie me puede poner en la puerta. Aqui, vos sereis mi víctima por algunos instantos, y tendreis la estremada bondad de esencharme. No temais nada. No os he robado para deciros injurias, para obtener de vos por violencia lo que no he sabido merecer, lo que no habeis querido conceder de buen grado. Concebis quizá la violencia, yo no la concibo.

Tiró, con un movimiento seco, su cigarro al fuego.

— Señora, el humo os incomoda, sin duda.

En seguida se levantó, tomó un braserillo, le echó perfumes, y purificó el aire.

El asombro de la duquesa no podía compararse sino con su humillación. Estaba en poder de aquel hombre, y aquel hombre no quería abusar de su poder. Sus ojos, en otro tiempo tan relumbrantes de amor, los veía sosegados y fijos como las estrellas. Entonces tembló; luego el terror que Armando le inspiraba se aumentó por una de aquellas sensaciones petrificantes, análogas á las agitaciones sin movimiento sentidas en las pesadillas. Quedó atada por el miedo, creyendo ver á la claridad ó resplandor de detrás de la cortina tomar intensidad bajo la acción de un fuego. Entonces, de pronto, los reflejos avivados le hicieron ver á tres personas enmascaradas, envueltas en dominós carmesís. Este aspecto horrible se desvaneció tan pronto que lo tuvo por una fantasía de óptica.

— Señora, prosiguió Armando contemplandola con despreciativa frialdad, un miunto, un solo miunto me bastaria para alcanzaros en todos los momentos de vuestra vida, sola eternidad de que yo puedo disponer. No soy Dios.

— Escuchadme bien, dijo él haciendo pausa para dar solemnidad á su discurso.

— El amor vendrá siempre á medida de vuestros deseos; teneis un poder ilimitado sobre los hombres; pero acordaos que un dia llamasteis al amor; entonces acudió puro y cándido, tanto como puede serlo sobre esta tierra, tan respetuoso como violento; cariñoso como lo es el amor de una muger rendida, ó como

lo es el de una madre á su hijo; en fin, tan grande, que era una locura. Os habeis burlado de este amor, habeis cometido un crimen. El derecho de toda muger es negarse á un amor que conocé no poder participar. El hombre que ama sin hacerse amar no podría ser compadecido, y no tendría derecho de quejarse. Pero, señora duquesa, atraer á sí, fingiendo amor, á un infeliz privado de todo afecto, hacerle comprender la felicidad en toda su plenitud, para arrebatarla; robarle su porvenir de felicidad; matarlo no solamente hoy, sino en la eternidad de su vida, emponzoñando todas sus horas y todos sus pensamientos, esto es lo que llamo un espantoso crimen!

— Caballero . . .

— No puedo aun permitiros que me respondais. Seguid escuchandome. Por otra parte, tengo derechos sobre vos, pero no quiero mas que los del juez sobre el criminal, á fin de despertar vuestra conciencia. Si no tuvieseis conciencia, no os condenaría; pero sois tan jóven debéis sentir aun vida en el corazón, quiero pensar lo. Si os creo tan depravada para cometer un crimen no castigado por las leyes, no os hago tan degradada para no comprender el alcance de mis palabras. Prosigo.

En este momento la duquesa oyó el ruido sordo de un fuego, con que los desconocidos que acababa de medio ver, avivaban sin duda el fuego cuya claridad reflejó en la cortina; pero la mirada fulgurante de Montriveau la obligó á quedar palpitante y los ojos fijos delante de él. Fuese la que fuese su curiosidad, el fuego de las palabras de Armando le interesaba mas aun que la voz de este fuego misterioso.

— Señora, dijo él despues de una pausa, cuando, en Paris, el verdugo deberá poner la mano sobre un asesino, y le echará sobre la plancha donde la ley quiere que un asesino sea puesto para perder la cabeza . . . Lo sabeis, los periódicos lo avisán á los ricos, y á los pobres, á fin de decir á los unos y á los otros que velen para vivir. Pues bien, vos que sois religiosa, y hasta un poco devota, seguid yendo á mandar decir misa por este hombre, sois de la familia; pero sois de la rama primogénita que puede reinar en paz, existir feliz y sin cuidado. Impulsado por la miseria ó por la cólera, vuestro hermano de presidio no ha matado mas que un hombre; y vos! vos habeis muerto la felicidad de un hombre, su mas bella vida, sus mas caras creencias. El otro esperó naturalmente á su víctima, la mató á pesar suyo, por miedo; pero vos!.... Habeis haciaudo todas las maldades de la flaqueza contra una fuerza inocente; habeis amasado el corazón de vuestro paciente para devorarlo mejor, lo habeis cebado de caricias; no habeis odiado ninguna de las que podian hacerla suponer, idear, desear las delicias del amor. Le habeis pedido mil sacrificios para negarselos todos; le ha-

béis hecho ver bien la luz antes de sacarle los ojos. Admirable valor! Tales infamias son un lujo que no comprenden esas mugeres de la clase media de que os burlais. Saben darse y perdonar; saben amar y padecer. Nos hacen pequeños con la grandeza de sus sacrificios.... A medida que se sube á lo alto de la sociedad, se encuentra qlli tanto fango como hay abajo, sólamente que está endurecido y dorado. Si, para encontrar la perfeccion en lo inuoble, es preciso una buena educacion, un gran nombre, una linda muger, una duquesa. Para caer debajo de todo, era preciso estar encima de todo. Os digo mal lo que pienso, padecio todavía mucho de las heridas que me habeis hecho; pero no creais que me quejo! No. Mis palabras no son la expresion de ninguna esperanza personal, y no contienen sinsabor alguno. Sabdlo bien, señora, os perdono, y este perdón es demasiado completo para que os quejeís de haber venido á buscarlo ó pesar vuestro..... Unicamente, podriais engañar otros corazones tan niños como lo es el mio, y debo ahorrarles dolores. Me habeis pues inspirado un pensamiento de justicia. Espiad vuestra culpa aqui abajo, Dios os perdonará quizá, lo deseo, pero es implacable y os castigará.

A estas palabras, los ojos de esta muger abatida, destrozada, se llenaron de lágrimas.

—Por qué llorais? Sed fiel á vuestra naturaleza. Habeis contemplado sin conmoveros los tormentos de un corazon que destrozabais. Otros os dirán que le dais la vida; yo os digo con delicias que me habeis dado la nada. Quizá adivinalis que no me pertenezco, que debo vivir para mis amigos; y que entonces, tendré que sorportar juntamente la frialdad de la muerte y las penas de la vida. Tendriais tanta bondad? Seriais como los tin-gres del desierto que hacen primero la herida, y luego la lamenten?

La duquesa se deshizo en lágrimas.

—Ahorraos esas lágrimas, señora. Si creyese en ellas, seria para no farme. Es ó no uno de vuestros artificios? Despues de todos los que habeis empleado, como pensar que pueda haber en vos alguna cosa de verdad? Nada de vos tiene de aqui adelante el poder de conmoverme. Lo he dicho todo.

Mad. de Langeais se levantó con un movimiento lleno á la vez de nobleza y de humildad.

—Estais en derecho de tratarme con dureza, dijo ella alargando á este hombre una mano que él no tomó, vuestras palabras no son aun bastante duras, y yo merezco este castigo.

Yo castigaros, señora, castigar no es amar? No espereis de mí nada que se parezca á un sentimiento. Podria hacerme, en mi propia causa, acusador y juez, sentencia y verdugo; pero Cumpliré ahora un deber, y de ninguna manera mi deseo

de venganza es, segun yo pienso, el desprecio de una venganza posible. Quien sabe! Seré quizás el ministro de vuestros placeres. En lo sucesivo, llevando elegantemente la triste libertad con que la sociedad revista á los criminales, quizás sereis forzada á tener su probidad. Y entonces amariais!

La duquesa escuchaba con una sumision que no era ya manejada ni calculada con coqueteria; no tomó la palabra hasta despues de un momento de silencio.

—Armando, dijo ella, me parece que resistiendo al amor, obedecia á todos los pudores de la muger, y no es de vos de quien hubiera esperado tales reconvenciones. Os armais de todas mis debilidades para convirtirmelas en crímenes. Como no habeis supuesto que pudiese yo ser arrastrada mas allá de mis deberes por todas las curiosidades del amor, y que, el dia siguiente, estuviese incómoda, desolada por haber ido muy lejos. Ay! esto era peor por ignorancia. Habia, os lo juro, tanta buena fe en mis faltas como en mis remordimientos. Mis durezas manifestaban mucho mas amor que el que causaban mis complacencias. Y por otra parte, de que os quejais? El don de mi corazon no os ha bastado, habeis exigido brutalmente mi persona....

—Brutalmente!... esclamó Mr. de Montriveau. Pero se dijo á sí mismo:—Soy perdido, si me dejo coger en disputas de palabras.

—Sí, habeis ido á mi casa, como á la de una de las malas mugeres, sin respeto, sin ninguna de las atenciones de amor. no tenia yo derecho para reflexionar? Pues bien, reflexionare. La descortesia de vuestra conducta es execrable; el amor es su principio; dejadme creerlo y justificaros conmigo misma. Ahora bien, Armando, en el momento mismo en que esta noche me predeciais la desgracia, creia yo en nuestra felicidad. Sí, tenia confianza en ese carácter noble y altivo de que tantas pruebas mo habeis dado....

—Y era toda tuya, añadio acercándose al oido de Montriveau. Sí, tenia no mas que deseos de hacer feliz á un hombre tan violentamente probado por la adversidad. Dueño por dueño, queria un hombre grande. Mientras maselevada me sentia, menos queria descender. Confiada en ti, veia toda una vida de amor en el momento en que me mostrabas la muerte.... La fuerza no va sin la bondad. Amigo mio, eres demasiado fuerte para hacerte malvado contra una pobre muger que te ama. Si he cometido faltas, no puedo pues obtener un perdón; no puedo repararlas? El arrepentimiento es la gracia del amor. Quiero ser muy graciosa para tí. Como yo sola no podia partir con todas las mugeres aquellas incertidumbres, aquellos temores, aquellas timideces que es tan natural experimentar cuando se unen para la vida

y cuyos lazos vos rompeis tan facilmente. Esas personas ordinarias, a quienes me comparais, ceden, pero combaten; y bien, he combatido; pero aquí estoy . . .

—Dios mio, no me escucha! exclamó ella interrumpiéndose.

Se torció las manos gritando: Pero te amo! pero soy tuya.

—Cayó de rodillas á los pies de Armando.

—Tuya! tuya, mi único, mi solo dueño.

—Señora, dijo Armando queriendo levantarla, Antonia no puede salvar á la duquesa de Langeais. Ya no creo ni á la una ni á la otra. Cedereis hoy, os negareis quizá mañana. Ningún poder ni en los cielos ni sobre la tierra podrán garantizarme la dulce fidelidad de vuestro amor. Sus seguridades estaban en lo pasado; no tenemos ya pasado.

En este momento brilló tan vivamente un resplandor que la duquesa no pudo dejar de volver la cabeza hacia la mampara y vió distintamente á los tres hombres enmascarados, vestidos con sus anchas vestiduras encarnadas.

—Armando, dijo ella, no quisiera desestimaros. Cómo se hallan ahí esos hombres? Que preparais pues contra mí? . . .

—Esos hombres son tan discretos como lo seré yo mismo acerca de lo que va á pasar aquí, dijo él. No veis en ellos mas que mis brazos y mi corazón. Uno de ellos es cirujano . . .

—Un cirujano! dijo la duquesa. Armando, amigo mio, la incertidumbre es el mas cruel de todos los dolores. Hablad pues, decidme si querereis mi vida, os la daré, no la tomeis . . .

—No me habeis comprendido? replicó Montriveau. No os he hablado de justicia? Voy, añadió con frialdad tomando un pedazo de acero que estaba sobre la mesa, para hacer cesar vuestras aprensiones, á explicaros lo que he decidido acerca de vos.

Le mostró una cruz de Lorena grabada en un pedazo de acero.

—Dos amigos míos están enrojeciendo en este momento una cruz cuyo modelo es este. Os la aplicaremos á la frente, ahí, entre los ojos, para que no podáis ocultarla con algunos diamantes, y sustraeros así á las interrogaciones del mundo. Tendréis en fin sobre la frente la marca infamante aplicada en la espalda á vuestros hermanos los forzados. El padecimiento es poca cosa, pero temía alguna crisis nerviosa, ó resistencia . . .

—Resistencia! dijo ella dando con alegría en sus manos, no, quería ahora ver aquella tierra entera. Ah! Armando mio, marca, marca pronto tu criatura como una pobre pequeña cosa tuya! . . . Pides prendas á mi amor; pero belas aquí todos en uno solo! Ah! no veo sino clemencia y perdón, sino felicidad

eterna en tu venganza . . . Cuando hubieres así designado una muger por tuya, cuando tengas una alma esclava que llevare tu marca raja, y bien, no podras nunca abandonarla . . . serás mio para siempre. De aquí en adelante, solo sobre la tierra, estarás encargado de mi felicidad, bajo pena de ser un infante, y yo te tengo por noble, por grande! Pero la muger que ama se marca siempre ella misma! . . . Venid, señores, entrad y marcad, marcad á la duquesa de Langeais. Ella es para siempre de Mr. de Montriveau. Entrad pronto! mi frente arde mas que vuestro hierro!

Armando se volvió vivamente para no ver á la duquesa palpitar, arrodillada, y dijo una palabra que hizo desaparecer a sus tres amigos.

Las mugeres habituadas á la vida de los salones conocen el juego de los espejos; así la duquesa, interesada en leer bien en el corazón de Armando, era toda ojos, y Armando, no desconfiando de su espejo, dejó ver dos lagrimas. Cuando se volvió para levantar a Mad. de Langeais, la halló en pie. Se creía amada. Error!

Así, debió palpitar vivamente al oír a Montriveau decirle con aquella firmeza que tan bien sabía tener en otro tiempo cuando ella se burlaba de él.

—Os hago gracia, señora. Podeis creermé, esta escena será como si nunca hubiese pasado. Pero aquí, despidámonos. Quiero pensar que habeis sido franca sobre vuestro canapé en vuestras coqueterías, franca aquí en vuestra efusión de corazón. Adios. No me siento ya con fé. Me atormentariais aun más, seríais siempre duquesa. Y . . . pero adios, no nos comprenderemos nunca.

—Que deseais ahora? dijo él tomando el aire de un maestro de ceremonias. Ir a vuestra casa? volver al baile de Mad. de Serizy? He empleado todo mi poder en dejar intacta vuestra reputación. Ni vuestros criados ni el mundo puede saber nada de lo que ha pasado entre nosotros dos de un cuarto de hora a esta parte. Vuestros criados os creen en el baile; vuestro cochero no ha salido del patio de Mad. de Serizy; vuestro cupé puede hallarse tambien en el de vuestra casa. Donde quereis estar?

—Cuál es vuestro parecer, Armando?

—No hay mas Armando, señora duquesa. Somos extraños el uno al otro.

—Llevadme pues al baile, dijo ella, todavía curiosa por poner a prueba el poder de Armando. Echad otra vez al infierno del mundo una criatura que padecía en él, que debe continuar padeciendo, si para ella no hay ya felicidad. Oh! amigo mio, os amo sin embargo, como aman vuestras mugeres ordinarias.

El mundo, lo conozco, no me ha corrompido. Vaya, soy una niña y acabo de rejuvenecerme mas. Si, soy una niña, tu hija, acabas de crearme. Oh! no me destierres de tu Edén!

Armando hizo un gesto.

—Ah, si salgo, déjame llevar alguna cosa de aquí, una friolera. Esto, para ponerlo esta noche sobre mi corazón, dijo ella apoderándose del gorro de Armando, un gorro griego muy usado.

Lo lió en su pañuelo y lo guardó, muy contenta, en su mano.

—No, no soy de ese mundo de mugeres depravadas. Tu no lo conoces, y así no puedes apreciarme. Sábelo pues, algunas aman por escudos; otras son sensibles á los regalos; todo es infame. Ah, quisiera ser una simple aldeana, una jornalera, si quisieres mejor una muger inferior á ti que una muger en quien el rendimiento se alla con las grandezas humanas. Ah, Armando mío, hay entre nosotras nobles, grandes, castas, puras mugeres, y entonces son deliciosas. Quisiera poseer todas las noblezas para sacrificartelas todas; la desgracia me ha hecho duquesa, quisiera haber nacido cerca del trono, no me faltaria nada que sacrificar. Seria á un tiempo costurera y reina.

Montriveau escuchaba humedeciendo sus cigarros.

—Cuando quisiereis partir, dijo él, me lo prevendreis....

—Pero quisiera quedar....

—Otra cosa, vaya, dijo él.

—Mira, estaba mal arreglado, esto! exclamó ella tomando un cigarro y devorando lo que los labios de Armando habian dejado.

—Vas a fumar, le dijo él.

—Oh, que no haré yo por agradarte.

—Pues bien, idos, señora.....

—Obedezco, dijo ella llorando.

—Es menester taparos la cara para que no veais el camino por donde vais a pasar.

—Ya estoy dispuesta, dijo ella vendandose los ojos.

—Y veis.

—No.

El se puso de rodillas.

—Ah, te entiendo, dijo ella dejando escapar un gesto lleno de gracia creyendo que el fingido rigor iba a cesar.

—Parece que veis, señora.

—Soy un poco curiosa.

—Siempre me engañais.

—Ab, dijo ella con la rabia de la grandeza desconocida, quitadme este pañuelo, y conducidme, caballero; no abriré los ojos.

Armando, seguro de la probidad cuyo grito oía, grió á la duquesa que, fiel á su palabra, permaneció noblemente ciega; pero llevandola paternalmente por la mano para hacerla ya subir, ya bajar, Montriveau estudió las vivas palpitations que agitaban el corazón de aquella muger tan prontamente invadida por un amor verdadero. Mad. de Langeais, feliz en poderle hablar así, quiso decirlo todo; pero permaneció inflexible; y si la mano de la duquesa le preguntaba, la suya estaba muda.

En fin despues de haber caminado algun tiempo juntos, Armando le previno que no se asustase del ruido que iba á hacer el juego de ruedas de una máquina. La duquesa no tembló. Armando le dijo que andase delante, lo hizo, y lo sintió impedir que la ropa rozase contra las paredes de una abertura estrecha sin duda. A Mad. de Langeais le llamó la atencion este cuidado, manifestaba todavia algun amor; pero fué de algun modo la despedida de Montriveau, porque la dejó sin decirle una palabra.

Sintiendose en una atmósfera templada, la duquesa abrió los ojos. Se vió sola delante de la chimenea del gabinete de la condesa de Serizy. Su primer cuidado fué reparar el desorden de su vestido; se arregló prontamente el traje y restableció la pose de su peinado.

—Mi querida Antonia, os buscabamos por todas partes, dijo la condesa abriendo la puerta del gabinete.

—Vine á respirar aqui, dijo ella, hace un calor insopportable en los salones.

—Creiamos que os habiais ido, pero mi hermano Ronquerolles me dijo que habia visto vuestro coche en el patio.

—Estoy incómoda, Clara, dejadme un momento descansar aquí.

Y se sentó en el divan de su amiga.

—Que teneis? Estais temblando.

Entró el marques de Ronquerolles.

—Temo, señora duquesa, no os suceda algun accidente. Acabo de ver á vuestro cochero que está enteramente embriagado

La duquesa no respondió, miraba la chimenea, los espejos, buscando en ellos las trazas de su camino; luego, experimentaba una sensacion estraordinaria de verse en medio de los placeres del baile despues de la terrible escena que acababa de dar á su vida otro curso. Se puso á temblar violentamente.

—Tengo excitados los nervios con la predicion que me ha hecho aqui Mr. de Montriveau. Aunque sea una chanza, voy á ver si el hacha de Londres me molesta hasta en mi sueño. Adios pues, Clara. Adios, marques.

Atravesó los salones donde fué detenida por los cumplie-

menteros que no dejaron de molestarla. Encontró al mundo pequeño, hallándose su reina, ella tan humillada, tan pequeña. Que eran los hombres, ante el que ella amaba verdaderamente y cuyo carácter había vuelto á tomar las proporciones gigantescas momentáneamente disminuidas por ella, pero que entonces las agrandaba, quizá desmedidamente?

No pudo dejar de buscar al criado que la había acompañado, y lo encontró enteramente dormido.

—No habeis salido de aquí? le preguntó ella.

—No, señora.

Al subir á su coche, advirtió efectivamente que su cochero estaba en un estado de embriaguez que la hubiera asustado en cualquier otra circunstancia; pero las grandes agitaciones de la vida quitan al temor sus alimentos vulgares. Ademas, llegó á su casa sin novedad; pero se halló cambiada y víctima de sentimientos enteramente nuevos. Para ella, no había mas que un hombre en el mundo, es decir que para él solo deseaba en adelante tener algún valor.

Si los fisiologistas pueden prontamente definir el amor ateniéndose á las leyes de la naturaleza, los moralistas están mucho mas embarazados en explicarlo cuando lo quieren considerar en todos los desarrollos que le ha dado la sociedad. No obstante, existe, a pesar de las herejías de las mil sectas que dividen la iglesia amorosa, una linea recta y dividida que las discusiones no torcerán nunca, y cuya inflexible aplicación explica la crisis en que, como casi todas las mugeres, se engañaba la duquesa de Langeais. No amaba ya, estaba apasionada.

El amor y la pasión son dos diferentes estados del alma que poetas y gente del mundo, filósofos y necios confunden continuamente.

El amor soporta una reciprosidad de sentimientos, una certidumbre de goces que nada altera, y un cambio muy constante de placeres, una adherencia muy completa entre los corazones para no escluir los celos. Entonces la posesión es un medio y no un fin, una indefidelidad hace sufrir, pero no separa; el alma no es mas ni menos ardiente ó turbada; es incesantemente feliz; en fin el deseo estendido por un soplo dióvino de un cabo á otro sobre la inmensidad del tiempo, nos lo tiñe del mismo color; entonces la vida es azul como un cielo puro.

La pasión es el presentimiento del amor y de su infinito á que aspiran todas las almas que padecen. La pasión es una esperanza que quizá será engañada. Pasión es á la vez padecimiento y transición; la pasión cesa cuando la esperanza está muerta. Hombres y mugeres pueden, sin deshonrarse, concebir

muchas pasiones; es muy natural arrojarse á la felicidad; pero no hay en la vida mas que un solo humor?

Todas las discusiones, escritas ó verbales, pueden comprendarse por estas palabras: Es una pasión? Es el amor?

No existiendo el amor sin el conocimiento íntimo de los placeres que lo perpetuan, la duquesa estaba pues bajo el yugo de una pasión. Entonces experimentó las devorantes agitaciones de esta, los cálculos involuntarios, los deseos disecantes, en fin todo lo que expresa la palabra *pasión*; padecía. En medio de las turbaciones de su alma, encontraba torbellinos sublevados por su vanidad, por su amor propio, por su orgullo ó por su altivez, todas estas vanidades del egoísmo se unen.

Había dicho á un hombre: Te amo, soy tuya! Podía la duquesa de Langeais haber proferido inútilmente estas palabras? Debia ó ser amada, ó abdicar su papel social. Conociendo entonces la soledad se repetía: —Quiero ser amada! Y la fe que todavía tenía en él le daba esperanza. La duquesa estaba pícada, la vanidosa parisense estaba humillada, la muger verdadera vislumbraba la felicidad, y su imaginación, vengadora del tiempo perdido, se complacía en hacerle arder los fuegos inextinguibles del placer.

Pasó el dia siguiente en un estado de estupor moral mezclado con agitaciones corporales, que nada podía explicar. Rompió tantas cartas como escribió, é hizo mil suposiciones imposibles. En la hora en que Montriveau iba en otro tiempo, quiso creer que llegaría, y tuvo un placer en esperarle. Entonces su vida se concentró en el solo sentido del oido. Cerraba los ojos á veces y se esforzaba en escuchar. Luego deseaba poder destruir todos los obstáculos entre ella y su amante á fin de obtener aquel silencio absoluto que permite percibir los sonidos á enormes distancias. En esta abstracción, las pulsaciones de su reloj le fueron odiosas, eran una especie de habladuría siniestra que ella paró.

Dieron las doce en el salón.

Dios mío! se dijo ella, verlo aquí, sería la felicidad. Y sin embargo venia antes, traído por el deseo. Su voz llenaba este gabinete. Y ahora.... nada!

Entonces, acordándose de las escenas de coquetería que había ejecutado, y que le habían enajenado, lágrimas de desesperación, corrieron de sus ojos largo tiempo.

—La señora duquesa, le dijo su doncella, no sabe quizá que son las dos de la madrugada? creí que la señora estaba indisposta.

—Sí, voy á acostarme, pero acordaos, dijo Mad. de Langeais enjugándose sus ojos, de no entrar nunca sin orden. Que no os lo diga segunda vez.

Durante una semana, Mad. de Langeais fué á todas las casas donde esperaba encontrar á Mr. de Montriveau. Contra su costumbre llegaba temprano y se retiraba tarde; no bailaba, jugaba. Tentativas inútiles! no puedo llegar á ver á Armando, cuyo nombre no osaba pronunciar. Sin embargo, una noche, en un momento de desesperación, dijo á Mad. de Serizy con toda la indiferencia que le fué posible afectar.

—Estais reñida con Mr. de Montriveau, no lo veo ya aquí.

—No va á vuestra casa? respondió la duquesa riendose, Ademas, no se le ve en ninguna parte; sin duda está ocupado de alguna muger.

—Creía, repuso la duquesa con dulzura, que el marques de Rouquerolles era amigo suyo. . . .

—Nunca he oido decir á mi hermano que lo conoce.

Mad. de Langeais no respondió nada. Mad. de Serizy creyó poder entonces castigar impunemente una amistad discreta que le había sido tan largo tiempo amarga, y volvió á tomar la palabra.

—Echais pues de menos, á ese triste personage? He oido decir de él cosas monstruosas. Lastimadle, no cede nunca, no perdona nada. Amadle, os pone cadenas. A todo lo que yo decia de él, uno de los que lo elevan á las nubes me respondia siempre: *sabe amar!* No deja de repetirmelo; Montriveau lo dejará todo por un amigo suyo, tiene un alma inmensa! . . . Ha, yaya! la sociedad no pide almas tan grandes, y los hombres de su carácter están muy bien entre ellos; quedense allí, y dejennos con nuestras buenas pequeñeces. Que decis de esto, Antonia?

—A pesar de su habitud del mundo, la duquesa pareció agitarse, pero dijo sin embargo, con una naturalidad que engañó á su amiga:

—Siento no verle ya, tomaba mucho interes por él, y le profesaba una sincera amistad. Aunque os parezca ridícula, Clara, amo las almas grandes. Entregarse á un tonto, no es confesar claramente que no se tiene sentidos?

Mad. de Serizy nunca había distinguido sino á oficiales, y se hallaba en este momento amada por un bello hombre, el jóven baron de Maulincourt, capitán de caballeria.

La duquesa abrevió su visita, creedlo. Luego, de vuelta á su casa, viendo una esperanza en la retirada absoluta de Armando, le escribió al punto una carta sumisa y amable que debía atraerlo á ella si la amaba todavía. Hizo llevar el dia siguiente su carta por un criado; y, cuando volvió, le preguntó si se la había entregado al mismo Montriveau; luego, habiéndole dicho que sí, no pudo contener un movimiento de alegría.

Armando estaba en Paris, se hallaba solo, en su casa, no iba al mundo. Era pues amada.

Durante todo el dia esperó una respuesta, y esta no pareció. En medio de las crisis nacientes que ledio la impaciencia, se justificó esta tardanza: Armando estaba confuso; la respuesta vendría por el correo. Pero por la tarde, no podía engañarse. Dia horrible, mezclado de sufrimientos que agrandan, de palpitaciones que destruyen, escucesos del corazon, que gastan la vida.

El dia siguiente envió á casa de Armando por una respuesta.

—El señor marques me ha mandado decir que iria en casa de la señora duquesa, respondió Julian.

Ella se retiró en fin de no dejar ver su felicidad, se dejó caer en su canapé, para devorar en él sus primeras comilonas.

—Va á venir.

Este pensamiento le destrozó el alma. Desgraciados, en efecto, los seres para quienes la espera no es la mas horrible de las tempestades y la fecundacion de los mas dulces placeres! estos tienen en si la llama que despierta las imágenes de las cosas, duplica la naturaleza en nosotros uniéndose tanto á la esencia pura de los objetos, como á su realidad.

En amor, esperar no es agotar incesantemente una esperanza cierta, entregarse á la plaga horrible de la pasion feliz, sin los desencantos de la verdad? Emanacion constante de fuerza y de deseos, lo espera no seria para el alma humana lo que son para ciertas flores sus exhalaciones embalsamadas? Pronto dejamos los brillantes y estériles colores de los tulipanes, y volvemos sin cesar á aspirar las deliciosas flores del naranjo ó de la volkameria, flores que sus patrias han comparado involuntariamente a jóvenes desposadas, bellas en su pasado, bellas en su porvenir. La duquesa se instruia en los placeres de su nueva vida, sintiendo con una especie de enagenamiento los castigos del amor. Cambiando de sentimientos halló otros destinos, un mejor sentido a las cosas dela vida.

Precipitandose en su gabinete de tocador, comprendió lo que son las afectaciones de la compostura, los cuidados corporales mas minuciosos cuando son mandados por el amor y no por la vanidad; y ya estos preparativos le ayudaron á soportar lo largo del tiempo. Cuando estubo vestida, y volvió á su gabinete, volvió á caer en las excesivas agitaciones, en el abatimiento nervioso de aquel horrible poder que pone en fermentacion todas las ideas, y no es quizá mas que una enfermedad cuyos padecimientos se aman.

La duquesa estaba preparada á las dos de la tarde, Mr. de

Montriveau no había llegado aun á las once y media de la noche.

Replicar las angustias de esta muger que podía pasar por el niño mimado de la civilización, sería querer decir cuantas poesías puede concentrar el corazón en el pensamiento, querer pesar la fuerza exhalada por el alma al ruido de una campanilla, ó estimar lo que consume la vida el abatimiento causado por un coche cuyo batidero continua sin pararse.

—Se burla de mí! dijo ella oyendo dar las doce.

Perdió el color, sus dientes dieron unos contra otros, y se estregó las manos bramando en aquel gabinete donde en otro tiempo, pensaba ella, aparecía sin ser llamado. Entonces se resignó. No le había ella hecho perder el color, y saltar con las picantes flechas de su ironía? Mad. de Langeais comprendió el horror del destino de las mugeres, que, privadas de todos los medios de acción que los hombres poseen, deben esperar cuando ellas aman. Salir á recibir á su amado es una falta que pocos hombres saben perdonar. La mayor parte de ellos ven una degradación en esta celestial lisonja. Pero Armando tenía un alma grande, y debía pertenecer al corto número de hombres que saben pagar con un eterno amor semejante exceso de amor.

—Ahora bien! iré, se dijo ella dando una vuelta en su cama sin poder hallar el sueño, le alargaré la mano sin fatigarme por ello. Un hombre selecto ve en cada paso de una muger hacia él, promesas de amor y de constancia. Sí, los ángeles deben bajar de los cielos para venir á los hombres, y quiero ser un ángel para él.

El dia siguiente escribió un billete de aquellos en que el talento excede al de las diez mil Ségués que cuenta ahora París. Sin embargo, saber quejarse sin humillarse, volar en medio del dia con sus dos alas sin arrastrarse humildemente, reñir sin ofender, rebelarse con gracia, perdonar sin comprometer la dignidad personal, decirlo todo y no confesar nada, era preciso ser la duquesa de Langeais y haber sido educada por la princesa de Blamont-Charry, para escribir este delicioso billete. Partió Julio. Este era, como todos los criados, la víctima de las marchas y contramarchas del amor.

—Que os ha respondido Mr. de Montriveau? dijo ella indiferentemente á Julian cuando vino á darle cuenta de su comisión.

—El señor marques me suplicó dijese á la señora duquesa que estaba bien.

Horrible reacción de alma sobre sí misma! recibir delante de testigos curiosos la cuestión del corazón, y no murmurar, y verse obligada al silencio. Estos son dolores de ricos! Por espacio de veinte y dos días, Mad. de Langeais escri-

bió á Mr. de Montriveau, sin obtener una respuesta. Concluyó ella por decir que estaba mala para dispensarse de sus deberes, ya para con la princesa de quien debía depender, ya para con el mundo. No recibía más que á su padre el duque de Navarreins, á su tia la princesa de Blamont-Chauvry, al viejo vidame de Pamiers, su tío materno, y al tio de su marido, el marques de Cassan. Estas personas creyeron facilmente en la enfermedad de Mad. de Langeais, hallandola cada dia mas abatida, mas pálida, mas flaca. Los vagos ardores de un amor efectivo, las irritaciones del orgullo lastimado, la constante punzada del solo desprecio que pudo alcanzarle, sus impetus hacia placeres perpetuamente deseados, permanentemente vendidos, en fin todas sus fuerzas inútilmente excitadas minaban su doble naturaleza. Pagaba el atraso de su vida engañada.

Salió ella en fin para asistir á una revista en que debía hallarse Mr. de Montriveau. Colocada en el balcón de las Tuilerías, junto a la familia real, la duquesa tuvo una de aquellas fiestas de que el alma conserva un largo recuerdo. Apareció ella sublime en languidez, y todos los ojos la saludaron con admiración. Cambió algunas miradas con Montriveau, cuya presencia la ponía tan bella. El general desfiló casi á sus pies, en todo el esplendor del traje militar cuyo efecto sobre la imaginación femenina es confesado hasta por las personas mas mohigatas. Para una muger muy enamorada, que no hubiese visto a su amante en dos meses, este rápido momento no debió semejarse á la fase de nuestros sueños en que, fugitivamente, nuestra vista abraza una naturaleza sin horizonte? Así solo las mugeres ó las personas jóvenes pueden imaginar la avidez estúpida y delirante que expresaron los ojos de la duquesa. En cuanto á los hombres, si, durante su juventud, han experimentado, en el parásito de sus primeras pasiones, los fenómenos del poder nervioso, mas adelante, los olvidan tan completamente que llegan á negar los estasis, solo nombre posible de estas magnificas intusmaciones.

Cuando una muger es presa de las tiranías furiosas bajo las cuales se doblegaba Mad. de Langeais, las resoluciones definitivas se suceden tan rápidamente que es imposible dar cuenta de ellas; entonces los pensamientos nacen unos de otros, y corren en el alma como los celajes llevados por el viento sobre un fondo pardusco que oculta al sol. Desde entonces, los hechos hablan, he aquí pues los hechos.

El dia despues de la revista, Mad. de Langeais, envió sus coche y sus lacayos á esperar á la puerta del marques de Montriveau desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Armando vivía en la calle del Sena, á algunos pasos de la cámara de los Pares, donde debía haber sesion aquel dia. Pero

mucho tiempo antes que los pares fussen a su palacio, algunas personas notaron el coche y la librea de la duquesa. El joven oficial desdñado por Mad. de Langeais, y acogido por Mad. de Serizy, el baron de Maulineour, fué el primero que conoció los lacayos. Fué al instante a casa de su amada a contarle en secreto, esta extraña locura. Pronto, esta noticia fué puesta telegraficamente en conocimiento de todos los corrillos del arrabal de San German, llegó al castillo, al Eliseo-Borbon, vino a ser el rumor del dia, el asunto de todas las conversaciones, desde el mediodia hasta la noche. Casi todas las mugeres negaban el hecho, pero de manera de hacerlo creer, y los hombres lo creian manifestando el mas indulgente interés á Mad. de Langeais.

— Este silvestre de Moutriveau tiene un caracter de bronce, y habra sin duda exigido este escandalo, decian los unos echando la culpa a Armando.

— Y bien! decian los otros, Mad. de Langeais ha cometido la mas noble de las imprudencias! A la faz de todo Paris, renunciar, por su amante, el mundo, la clase, los bienes, la consideracion, es un golpe de Estado femenino bello como la puñalada de aquel peluquero que tanto alteró a Canning en el tribunal de assisas. Ninguna de las mugeres que vituperaron a la duquesa haria esta declaracion digna de los tiempos antiguos. Mad. de Langeais es una muger heróica, en blasonar asi friamente ella misma. Ahora no puede amar sino a Montriveau. No. No hay algo de grande en decir una muger:—No tendré mas que una pasion?

— Que llegaria a ser la sociedad, caballero, si honrais asi el vicio, sin respeto a la virtud? dijo la muger del presidente de Montignon, nacida Constellux, y fea como un demonio.

Mientras que el castillo, el arrabal y la calzada de Anzin hablaban del naufragio de esta aristocrática virtud; que los jóvenes sollicitos corrian á caballo a asegurarse, viendo el coche en la calle del Sena, de que la duquesa estaba muy realmente en casa de Mr de Montriveau, ella se hallaba en el fondo de su gabinete. Armando, que no habia dormido en su casa, se paseaba en las Tullerias con Mr. de Marsay. Luego, los grandes parientes de Mad. de Langeais se visitaban unos á otros dandose citas en su casa, para llamarla y acordar los medios de contener el escandalo causado por su conducta.

A las tres, el duque de Navarrein, el vidame de Pamiers, la vieja princesa de Blamont-Chauvry y el marques de Cassan se hallaban reunidos en el salon de Mad. de Langeais, y la esperabau alli. A ellos, como a muchos curiosos, los criados habian dicho que su ama habia salido. La duquesa no habia es-

ceptuado á nadie en la consigna. Estos cuatro personages, ilustres en la esfera aristocratica, cuyas revoluciones y pretensiones consagra anualmente el almanaque de Gotha, quieren un rápido diseño sin el cual esta pintura social estaria incompleta.

La princesa de Blamont-Chauvry era, en el mundo femenino, el resto mas poético del reinado de Luis XV, á cuyo renombre, durante su bella juventud, habia ella, se dice, contribuido con su cuota de sus antiguas gracias, no le quedaba sino una nariz muy saliente, fina, encorbada como un sable turco, y principal adorno de una cara semejante á un guante blanco viejo: luego algunos cabellos rizados y empolvados; chinelas abotonadas, gorro de encajes encaracolados, manguitos negros y muy cómodos. Pero, para hacerle justicia, es necesario añadir que tenia una idea tan elevada de sus ruinas, que se descataba por la noche, llevaba guantes largos y se pintaba todavia las mejillas con el encarnado clásico de Martin.

En sus arrugas una amabilidad temible, un fuego prodigioso en sus ojos, una dignidad profunda en toda su persona, en su lengua un talento de dardo de tres filos, en su cabeza una memoria infalible hacian de esta muger vieja un verdadero poder. Tenia en el pergamo de su cerebro todo el del gabinete de las cartas, y conocia las alianzas de todas las casas de los príncipes, duques y condes de la Europa, hasta saber donde estaban los últimos germanos de Carlomagno. Así no podia escaparse ninguna usurpacion.

Los jóvenes que querian ser bien vistos, los ambiciosos, las mugeres jóvenes le rendian constantes homenajes. Su salon hacia autoridad en el arrabal de San German. Las palabras de este Tayllerand hembra quedaban como sentencias. Algunas personas iban á su casa á tomar consejo sobre la etiqueta y los usos, y á buscar lecciones de buen gusto. Ciertamente, ninguna vieja sabia como ella manejar su caja de tabaco; y hacia, sentándose ó cruzando las piernas, los movimientos del trage con una precision, con una gracia que desesperaba á las jóvenes mas elegantes. Su voz la habia tenido en la cabeza durante la tercera parte de su vida, pero no le habia podido impedir que bajase á las membranas de la nariz, lo que la hacia un poco gangosa. De su gran caudal le quedaban cincuenta mil libras en bosques, generosamente dadas por Napoleon. Así, bienes y persona, todo en ella era considerable.

Esta curiosidad antigua estaba en una poltrona á un lado de la chimenea, y hablaba con el vidame de Pamiers, otra ruina contemporánea. Este señor viejo, antiguo comendador del orden de Malta, era un hombre grande, largo y endeble, cuyo pescozo estaba siempre apretado de modo que le comprimiese las

mejillas, que salian ligeramente de la corbata, y le mantuviese la cabeza erguida; actitud llena de suficiencia en ciertas personas, pero justificada en él por un espíritu voltairiano. Sus ojos á la flor de la cabeza parecían verlo todo y habían efectivamente visto todo. Se ponía algodón en las orejas. En fin su persona ofrecía en el conjunto un modelo perfecto de las líneas aristocráticas, menudas y delicadas, suaves y agradables, que, semejantes á la serpiente, pueden à voluntad doblarse, encerezarse, ponerse flexibles ó duras.

El duque de Navurreins se paseaba por el salon con el marques de Cassan. Los dos eran hombres de cincuenta y cinco años, aun verdes, gruesos y cortos, bien mantenidos, su color un poco rojo, los ojos cansados, los labios inferiores ya caídos. A no ser por el tono esquisito de su lenguage, la afable figura de sus modales, su soltura que podia de pronto cambiar-se en impertinencia, un observador superficial podia tenerlos por banqueros. Pero todo error debia cesar al escuchar su conversacion armada de precauciones con aquellos que temian; sea ó vana con sus iguales; perfida para los inferiores que las personas de la corte y los hombres de Estado saben suavizar con verbosas delicadezas y lastimar con una palabra no expresada. Tales eran los representantes de aquella grande nobleza que queria morir ó quedar entera, que merecia tanto elogio como censura, y será siempre imperfectamente juzgada hasta que un poeta la baya mostrado, dichosa en obedecer al rey espirando bajo el hacha de Richelieu, y despreciando la guillotina como una indigna venganza.

Estos cuatro personajes se distinguian todos por una voz aguda, particularmente en armonia con sus ideas y su talante. Por otra parte, reinaba entre ellos la mas perfecta igualdad. La costumbre adquirida por ellos en la corte de ocultar sus emociones les impedia sin duda manifestar el desagrado que les causaba este despropósito de su joven pariente.

Para impedir á los criticos que tachen de puerilidad el principio de la escena siguiente, quizá es necesario bacer observar aquí que Loke hallándose en compañía de señores ingleses, famados por su talento, distinguidos tanto por sus modales como por su consistencia política, se divirtió malignamente en estenografiar su conversacion con un método particular, y hacerlos reir á carcajadas leyendosela, á fin de saber de ellos que se podia sacar de aquella. En efecto, las clases elevadas tienen en todo país una gerigonza llena de oropel que, lavado en las cenizas literarias ó filosoficas, da infinitamente poco oro en el crisol. En todas las clases de la sociedad, excepto algunos salones parisenses, el observador encuentra las mismas ridiculencias, que se difieren solamente por la traspar-

riencia ó espesor del barniz. Así, las conversaciones sustanciales son la excepcion social, y el buocianismo divierte habitualmente á las diversas zonas del mundo. Si forzadamente se habla mucho, en las esferas elevadas, se piensa poco. Pensar es una fatiga, y los ricos quieren ver correr la vida sin gran esfuerzo. Tambien, comparando el fondo de las chanzas por escalones, desde el muchachuelo de Paris hasta el par de Francia, es como el observador comprende el dicho de Mr. de Tallyrand: *Las maneras lo son todo*, traducion elegante de este axioma judicial: *La forma se lleva el fondo*. A los ojos del poeta, la ventaja quedará á las clases inferiores, que no dejan nunca de dar un tosco sello de poesia á sus pensamientos.

Esta observacion hará quiza tambien comprender la esterilidad de los salones, su vacio, su poca profundidad, y la repugnancia que las personas superiores experimentan al ir á bañer en ellos el ruin comercio de cambiar sus pensamientos.

El duque se paró de repeute, como si hubiese concebido una idea luminosa, y dijo á su inmediato:

— Habeis vendido á Thorntou?

— No, está enfermo. He tenido miedo de perderlo, lo hubiera sentido mucho; es un caballo excelente para la caza. Sabeis como sigue Mad. de Valigay?

— No, esta mañana no he ido alla. Salia para verla, cuando vinisteis á hablarme de Antonia. Pero ayer ha estado muy mala; se temia por su vida, la han administrado.

— Su muerte cambiará la posición de vuestro primo.

— En nada, ella ha hecho su división en vida y se había reservado una pension.

— Será una grande pérdida para la sociedad. Su familia tendrá una persona menor, cuyos consejos y experiencia tenian algun valor. Sea dicho entre nosotros, era la cabeza de la casa. Valigny es un hombre amable; tiene rasgos; sabe hablar. Es agradable, muy agradable; oh! en cuanto á agradable lo es sin contradicción; pero ningun talento de conducta. Es extraordinario, es muy fino. El otro dia, comia en reunion con todos aquellos ricachos de la Calzada de Antin, vuestro tío (que va siempre allí á ser de la partida) lo ve. Admirado de encontrarlo allí, le pregunta si es de la reunion. — „Si, no voy ya al mundo, vivo con los banqueros.“ Sabeis por qué? dijo el marques lanzando al duque una fina sonrisa.

— No.

— Está enamorado de la recien casada, la chiquita Mad. Bouvry, muger que se dice está muy de moda en aquel mundo.

— Pero Antonia no se aburre, segun parece, dijo el viejo vidame.

— El afecto que tengo á esta jóven me hace tomar en este

momento un singular pasatiempo, le respondió la princesa guardándose la caja del tabaco.

—Querida tía, dijo el duque parandose, estoy desesperado. No ha habido mas hombre que Bonaparte, capaz de exigir de una muger en forma semejantes escándalos. Aquí entre nosotros, Antonia hubiera debido elegir mejor.

—Querido mío, respondió la princesa, los Montriveau son antiguos y muy bien aliados, pertenecen á toda la elevada nobleza de Borgoña. Si los Rivandoult d' Arschoot, de la rama Dalmen, concluyesen en Galicia, los Montriveau sucederian en los bienes y en los títulos de Arschoot; los heredan por su bisabuelo.

—Estás segura?

—Lo sé mejor que lo sabia el padre de este, a quien yo veía mucho y a quien se lo hice saber. Aunque caballero de las órdenes, se burlaba de ello, era un enciclopedista. Pero su hermano se aprovechó de ello en la emigración. Hé oido decir que sus parientes del Norte se portaron perfectamente con él....

—Sí, ciertamente. El conde de Montriveau murió en San Petersburgo donde lo encontré, dijo el vidame. Era un hombre grueso que tenía una increíble pasión á las ostras.

—Cuantas comia? dijo el marques de Cassan.

—Diez docenas todos los días.

—Sin incomodarse?

—Por nada en el mundo.

—Oh, es extraordinario! Esa afición no le produjo ni piedra, ni gota, ninguna incomodidad?....

—No, lo pasaba muy bien, murió de accidente!

—De accidente! Entonces la naturaleza le había dicho que comiese ostras, le eran probablemente necesarias; porque, hasta cierto punto, nuestros gustos predominantes son condiciones de nuestra existencia.

—Soy de vuestro parecer, dijo la princesa sonriendose.

—Señora siempre entendéis las cosas maliciosamente, dijo el marques.

—Quiero solamente haceros comprender que eso sería mal entendido por una muger joven, respondió ella.

Se interrumpió para decir: —Pero mi sobrina! mi sobrina! —Querida tía, dijo Mr. de Navarreins, no pueño todavía creer que haya ido á casa de Mr. de Montriveau.

—Vaya!... exclamó la princesa.

—Cuál es vuestra idea, vidame? preguntó el marques?

—Si la duquesa fuese sencilla, creería yo...

—Pero una muger que ama, llega á ser sencilla, mi pobre vidame. Os poneis viejo?

—En fin que hacemos? dijo el duque.

—Sí mi querida sobrina tiene talento, respondió la princesa, irá esta noche á la corte, pues, por dicha, estamos en Lunes, dia de recepción; vereis como la atienden y se desmiente ese rumor ridículo. Hay mil medios de explicar las cosas, y si el marques de Montriveau es un hombre caballeroso, se prestará á ello. Haremos entrar en razon á esos muchachos.....

—Pero es difícil chocar de frente con Mr. de Montriveau, querida tía, es un discípulo de Bonaparte; y tiene una posición. Como, pues, es un señor del dia, tiene un mando importante en la Guardia donde es muy útil. No tiene la menor ambición. A la primera palabra que le desagradase, es hombre capaz de decir al rey: —Esta es mi dimisión, dejadme tranquilo.

—Como piensa pues?

—Muy mal.

—Verdaderamente, dijo la princesa, el rey es lo que siempre ha sido, un jacobino sembrado de lises.

—Oh! un poco moderado, dijo el vidame.

—No, lo conozco de larga fecha. El hombre que decia á su muger, el dia en que esta asistió al primer gran convite: "Estas son nuestras gentes!" mostrandole la corte, no podía ser sino un triste malvado. Encuentro perfectamente á MONSIEUR en el Rey. El mal hermano que votaba tan mal en su sección de la asamblea constituyente debe convenir con los liberales, dejarlos hablar, discutir. Este santurrón de filosofía será tan peligroso para su hermano segundo como lo fué para el mayor. No sé si su sucesor podrá salir de los embarazos que se complace en crearle por malicia.....

—Tía, es el rey, tengo el honor de pertenecerle, y.....

—Pero, querido, vuestro destino os quita la libertad de hablar? Sois de tan buena casa como los Borbones. Si los Guisa hubiesen tenido un poco de resolución, S. M. seria hoy dia un pobre señor. Me voy del mundo á buen tiempo, la nobleza está muerta.

—Todo está perdido para vos, hijos mios, dijo ella mirando al vidame casi centenario. La conducta de mi sobrina deberá ocupar á la ciudad? Ha hecho mal, no lo apruebo, un escándalo inútil es una culpa; ademas dudo todavía de esta falta de decencia; la he criado y sé que....

En este momento la duquesa salió de su gabinete; había reconocido la voz de su tía y oido pronunciar el nombre de Montriveau. Estaba en su traje de casa, y cuando se presentó Mr. de Cassan, que miraba indiferentemente por la ventana, vió volver el coche de su sobrina, sin ella.

—Querida hija, dijo el duque tomándole la cabeza y abrazandole la frente, no sabes tú lo que pasa?

—Qué pasa de extraordinario, querido padre?

— Todo Paris te cree en casa de Mr. de Montriveau.

— Querida Antonia, tú no has salido, no es así? dijo la princesa tendiendo la mano que la duquesa besó con un respetuoso afecto.

— No, querida madre, no he salido.

Y, dijo ella volviéndose para saludar al vidame y al marques, he querido que todo Paris creyese que estaba en casa de Mr. de Montriveau....

El duque levantó las manos hacia el cielo, dió una gran palmada y se cruzó de brazos.

— Pero no sabéis lo que resultará de esa cabezada! dijo en fin.

La princesa vieja se había súbitamente puesto en pie, y miraba á la duquesa que se puso encarnada y bajó los ojos. Mad. de Chauvry la atrajo á sí amablemente y le dijo; — Dejadme besaros, angelito mio.

Luego, la abrazó la frente con mucho afecto, le apretó la mano y prosiguió sonriéndose: — No estamos ya bajo los Valovis, querida hija. Habeis comprometido á vuestro marido, á vuestro estado en el mundo; sin embargo vamos á acordar para repararlo todo.

— Pero, querida tía, no quiero reparar nada. Deseo que todo Paris sepa ó diga que estaba esta mañana en casa de Mr. de Montriveau. Destruir esta creencia, por falsa que sea, es dañarme excesivamente.

— Hija mia, queréis perderos y perder á vuestra familia?

— Mi padre, mi familia, sacrificandome á intereses, me ha condenado, sin quererlo, á irreparables desgracias. Podeis vivir para mí por procurarme correctivos, pero ciertamente me compadecereis.

— Daos pues mil penas para establecer convenientemente las hijas! dijo mormorando Mr. de Navarreins al vidame.

— Querida niña, dijo la princesa, sacudiendo el tabaco que le había caido en el trage, sed feliz si podeis; no se trata de turbar vuestra felicidad, sino de ponerla acorde con los usos. Todos sabemos, aquí, que el casamiento es una institucion efectuosa temperada por el amor; pero es necesario, teniendo un amante, hacer alarde de ello en el Carronsel? Veámos, tened alguna razon, escuchadnos.

— Escuchó.

— Señora duquesa, dijo el viejo marques, si los tíos estuviesen obligados á guardar sus sobrinos, tendrían un estado en el mundo; la sociedad nos debería honores, recompensas, tratamientos como los da á las gentes del rey. Así no he venido á hablaros de mi sobrino, sino de vuestros intereses. Calemos un poco. Si tratas de dar un escándalo, yo conozco

al señor, no lo quiero mucho, es mi heredero. Langeais es bastante avaro, es egoista diabólicamente, se separará de vos, os dejará pobre, y por consiguiente sin consideracion. Las cien mil libras de rentas que habeis heredado últimamente de vuestra tía materna, pagarán los placeres de sus queridas, y vos estarás ligada, amarrada por las leyes, obligada á decir amen querida sobrina, no nos hagamos ilusiones; un hombre no os abandonará joven y bella; sin embargo hemos visto tantas lindas mujeres abandonadas, hasta entre las princesas, que me permitireis una suposicion casi imposible, quiero creerlo; entonces que sería de vos, sin marido? Gobernad pues el vuestro al mismo título que cuidais vuestra belleza, que es, ademas, el paracaídas de las mujeres, tan bien como un marido. Os hago siempre feliz y amada; no me hago cargo de ningún acontecimiento desgraciado.

— Tío, he calculado, en tanto que no amaba. Entonces veía como vos intereses y sentimientos, donde no hay para mí, sino sentimientos, dijo la duquesa.

— Pero, niña mia, la vida es buenamente una complicación de intereses y de sentimientos, le replicó el vidame; y para ser feliz, sobre todo en la posición en que estais, es menester tratar de acordar estos sentimientos con sus intereses. Que una costurera se enamore segun su imaginacion, esto se concibe; pero vos tenéis un guapo caudal, una familia, un título, y destino en la corte, y no debeis arrojarlo por la ventana. Para conciliarlo todo, que venimos á pediros? Volver á la ley de conveniencias en vez de violarla. Ah! Dios mio, pronto tendré noventa años, no me acuerdo de haber encontrado bajo ningún sistema de gobierno un amor que valiese el precio con que queréis pagar el de ese afortunado joven.

La duquesa impuso silencio al vidame con una mirada, y si Montriveau la hubiese podido ver, se lo hubiera perdonado todo....

— Esto haría un bello efecto en el teatro, dijo el marques de Cassan, y no significa nada cuando se trata de vuestros parciales, de vuestra posición y de vuestra independencia. No sois agradecida, querida sobrina. No encontrareis muchas familias en que los parientes sean tan valientes para emplear las enseñanzas de la experiencia y hacer oír el lenguaje de la razón a cabezas jóvenes insensatas. Renunciad á vuestra salvación en dos minutos, si os gusta condenaros; en hora buena! Pero reflexionad bien cuando se trata de renunciar a vuestra renta. Me creo con derecho de hablaros así; porque si os perdéis, yo solo podré ofreceros un asilo. Soy tío de Langeais, y yo solo tendré razón culpandole.

—Hija mia, dijo el duque, despertandose de una dolorosa meditacion, pues hablais de sentimientos, dejadme haceros observar que una muger que lleva vuestro nombre se debe á otros sentimientos que a los de la gente comun; quereis pues dar ganancia a esos jesuitas de Robespierre que se esfuerzan en infamar a la nobleza! Hay ciertas cosas que una Navarreins no podria hacer sin faltar a toda su casa. No seriais la sola deshonrada.

—Vamos, dijo la princesa, he ahí el deshonor. Hijos mios, no hagais tanto ruido por un coche vacio, y dejadme sola con Antonia. Vendreis todos tres á comer conmigo. Me encargo de arreglar convenientemente las cosas. No entendéis nada, vosotros los hombres; usais ya de acritud en vuestras palabras, y no quiero veros desavenidos con mi querida hija. Hacedme pues el gusto deiros.

Los tres caballeros penetraron sin duda las intenciones de la princesa, saludaron a sus patientas; y Mr. de Navarreins abrazó a su hija en la frente diciéndole:

—Vamos, querida hija, ten talento. Si quieres, todavia es tiempo.

—No podremos hallar en la familia algun buen muchacho que trabase disputa con Montriveau? dijo el vidame bajando la escalera.

—Alhaja mia, dijo la princesa, haciendo señas a su discípula de que se sentase en una silla baja, junto a ella, cuando estuvieron solas, no se que nada haya sido mas calumniado en este mundo que Dios y el siglo diez y ocho; porque haciendo conmemoracion de las cosas de mi juventud, no me acuerdo de que una sola duquesa hellase las conveniencias como vos acabais de hacerlo. Los novelistas y los autorzuelos han deshonrado el reinado de Luis XV. No los creais. La Dubarry, querida mia, valia mas que la viuda Scarron, y era mejor persona. En mi tiempo una muger sabia, en medio de sus galanterias, conservar su dignidad. Las indiscreciones nos han perdido. De ahí viene todo el mal. Los filósofos, esa gente de nada que admitimos en nuestros salones, tuvieron la avilantez y la ingratitude, por precio de nuestras bondades, de hacer el inventario de nuestros corazones, de desacreditarnos en masa, en detall, y de declamar contra el siglo. Entonces el pueblo, que está muy mal colocado para juzgar cualquier cosa, vió el fondo de las cosas, sin ver la forma de ellas. Pero en este tiempo, corazon mio, los hombres y las mugeres han sido tan notables como en las otras épocas de la monarquia. Ninguno de vuestros Werthers, ninguna de vuestras notabilidades, como se llaman, ninguno de vuestros hombres de guantes amarillos y cuyos pantalones disimulan la pobreza de sus pier-

nas, atravesaria la Europa, disfrazado de bñonero, para ir á encerrarse, con peligro de la vida y despreciando los puñales del duque de Módena, en el tocador de la hija del regente! Ninguno de vuéstrlos enfermos del pecho con gafas de carey se ocultaria como Lauzon, durante seis semanas en un armario, para animar á su querida mientras que salia de su cuidado. Habia mas pasion en el dedo chico de Mr. de Sanscourt que en toda vuestra raza de disputadores que dejan las mugeres por las enmiendas! Halladme pues hoy pages que se dejen hacer tajadas y enterrar en el suelo por haber besado el dedo enguantado de una Konismarek! Hoy, en verdad, pareceria que los papeles se han cambiado, y que las mugeres deben sacrificarse por los hombres. Estos señores valen menos y se estiman mas. Asi, creedme, querida mia, todas esas aventuras que se han hecho públicas y con que se arman hoy dia para asesinar á nuestro buen Luis XV, eran en un principio secretas. A no ser por un monton de poetastros, de moralistas que entretenian á nuestras doncellas, y escribiau sus calumnias nuestra época hubiera sido literariamente de costumbres. Justifico al siglo y no su orilla. Quizá ha habido cien mugeres de calidad perdidas; pero los chuscos las han hecho subir a un millon, como hacen los gaceteros cuando avaluan los muertos del partido batido. Ademas, no sé que la revolucion y el imperio puedan echarnos nada en cara! Estos tiempos han sido licenciosos, sin talento, groseros, vaya! todo me choqua. Son los lugares malos de nuestra historia.

Este preámbulo, querida hija mia, prosiguió ella despues de una pausa, es para llegar á decirte que si Montriveau te agrada, eres dueña de amarlo á tu placer, y tanto como puedas. Sé, por experiencia (á menos de encerrarte, pero en el dia no se encierra), que harás lo que te agrade; y eso es lo que yo habiera hecho en tu edad. Tan solo, prenda mia, no hubiera abdicado el derecho de hacer duques de Langeais. Así comportate decentemente. El vidame tiene razon, ningun hombre vale uno solo de los sacrificios con que somos tan necias en pagar su amor. Ponte pues en la posicion de corresponder a su amor, si triveses la desgracia de estar arrepentida, halarte todavia la muger de Mr. de Langeais. Cuando fueres vieja estarás muy contenta con oirla misa en la corte y no en un convento de provincia: esta es toda la cuestion. Una imprudencia es una pension, una vida errante, estar á merced de su amador; es el fastidio cansado por las impertinencias de las mugeres, de mugeres que valdrán menos que tú, precisamente porque habrán sido diestras muy innoblemente. Valia cien veces mas haber ido á casa de Montriveau, por la noche, en coche de alquiler, disfrazada, que enviar allá tu coche en medio del dia,

Tú eres una tontuela, querida hija mía, tu coche ha lisonjeado su vanidad, tu persona se hubiera apoderado de su corazón. Te he dicho lo que es justo y verdadero, pero no te quiero ya. Eres de dos siglos atrás con tu falsa grandeza. Vamos, dejámos arreglar tus negocios, decir que el Montriveau habrá embriagado á tus criados, para satisfacer su amor propio y comprometerte....

—En nombre del cielo, tía, exclamó la duquesa como incomodándose, no lo calumnieis.

—Oh! querida hija, dijo la princesa cuyos ojos se animaron, quisiera ver en ti ilusiones que no te fuesen sueltas, pero toda ilusión debe cesar. Tú me blandirías, á no ser por mi edad. Vamos, no des pena á nadie, ni a él, ni á nosotros, me encargo de contentar á todo el mundo; pero prométeme no permitirte en adelante un solo paso sin consultarme. Cuéntamelo todo, yo te conduciré quizá al bien.

—Tía, os prometo....

—Decírmelo todo....

—Sí, todo, todo lo que pudiese decirse.

—Pero, corazón mío, precisamente lo que no se podrá decir es lo que yo quiero saber, entendamonos. Vamos, dejame arrimar mis labios secos á tu hermosa frente. No, déjame á mí, te prohíbo que beses mis huesos. Los viejos tienen una política peculiar á ellos.... Vamos, acompañame hasta mi coche.

—Querida tía, puedo pues ir á su casa disfrazada?

—Sí, pues eso puede siempre negarse, dijo la duquesa.

La duquesa no había percibido claramente mas que esta idea en el sermon que la princesa acababa de hacerle.

Así que Mad. de Chauvry estuvo acomodada en su coche, Mad. de Langeais se despidió con gracia, y subió enteramente feliz.

—Mi persona se hubiera apoderado de su corazón! tiene razón mitia. Un hombre no debe negarse á una muger linda.

Por la noche, en la tertulia de la señora duquesa de Berry, el duque de Navarreins, Mr. de Pamiers, Mr. de Marzay, Mr. de Cassan, desmintieron victoriósamente los rumores ofensivos que corrían acerca de la duquesa de Langeais. Tantos oficiales y otras personas atestiguaron haber visto á Mr. de Montriveau paseándose en las Tuilleries durante la mañana, que esta necia historia fué colocada en la cuenta del acaso, que toma lo que se le da. Así el dia siguiente la reputación de la duquesa volvió á quedar, á pesar de la estacion de su coche, pura y clara como el yelmo de Mambrino, después de haber sido limpiado por Sancho.

Solamente á las dos en el bosque de Buloña, Mr. de Rouquerolles, pasando al lado de Mr. de Montriveau, le dijo sonriendose: —Está bien, la duquesa!

—Ahora y siempre, añadió él aplicando un latigazo significativo á su jaca que echó á correr como una bala.

Dos días después de su inútil escandalo, Mad. de Langeais escribió á Mr. de Montriveau una carta que quedó sin respuesta como las anteriores. Esta vez había tomado sus medidas y corrompido á Augusto, ayuda de cámara de Armando. Así, por la noche, á las ocho, fué introducida en casa de Armando, en una habitación distinta de aquella en que había pasado la esencia que quedó secreta. La duquesa supo que el general no volvia. Tenía dos casas? El criado no quiso responderle. Mad. de Langeais había comprado la llave de esta habitación, y no toda la probidad de aquel hombre. Cuando quedó sola vio sus catorce cartas puestas sobre un velador viejo; no estaban ni manuscritas, ni abiertas; no habían sido leidas.

Al ver esto, cayó en un sillón, y por un momento se desmayó. Al volver en si, reparó en Augusto, que le hacia respirar vinagre.

—Un coche, pronto, dijo ella.

Llegado el coche, bajó con una rapidez convulsiva, volvió á su casa, se metió en la cama, é hizo cerrar su puerta. Estuvo veinte y cuatro horas en cama, no dejando acercar á sí mas que á su doncella que le llevó algunas tazas de infusión de hojas de naranja. Suzetta oyó á su señora quejarse, y sorprendió lágrimas en sus ojos brillantes, pero hundidos.

El dia siguiente, después de haber meditado con lágrimas de desesperación sobre el partido que quería tomar, Mad. de Langeais tuvo una conferencia con su gente de negocios, y le encargó sin duda algunos preparativos. Luego envió á llamar al viejo vidame de Pamiers. Mientras venia el comendador, escribió á Mr. de Montriveau. El vidame fué exacto. Encontró á su joven prima pálida, abatida, pero resignada. Eran las dos de la tarde. Nunca esta divina criatura había estado mas poetica que lo estaba entonces en el descaecimiento de su agonía.

—Mi querido primo, dijo ella al vidame, vuestra noventa años os valen esta cita. Oh! no os sonriais, os lo suplico, delante de una pobre muger en el colmo de la desgracia. Sois un hombre caballeroso, y las aventuras de vuestra juventud os han inspirado, quiero creerlo, alguna indulgencia para con las mugeres.

—No la menor, dijo él.

—De veras?

—Son felices en todo.

—Ah!... Pues bien, estais en el corazón de mi familia, seréis quizá el último pariente, el último amigo cuya mano hubiere apretado; puedo pues reclamar de vos un buen oficio. Hacedme

pues, querido vidame, un servicio que no pediria á mi padre, ni á mi tio Cassan, ni á ninguna muger. Debeis comprenderme. Os suplico que me obedezcan y olvideis que me habeis obedecido, enalquiera que sea el éxito de vuestros pasos. Se trata de ir, autorizado con esta carta á verlo, mostrarsela, pedirle, como sabéis de hombre á hombre pedir las cosas porque tiene entre vosotros una probidad, sentimientos que olvidais con nosotras, suplicadle que tenga á bien leerla, no en vuestra presencia, los hombres se ocultan ciertas emociones. Os autorizo, para decidirlo, y si lo juzgais necesario, decirle que va en ello mi vida ó mi muerte. Si se digna....

—Digna! dijo el comendador

—Si se digna leerla, repuso con dignidad la duquesa, hacedle una última observacion. Lo vereis á las cinco, como á esa hora, en su casa, hoy, lo sé; pues bien, debe, por toda respuesta, venir á verme. Si tres horas despues, si á las ocho, no ha salido, todo estará dicho. La duquesa de Langeais habrá desaparecido de este mundo. No moriré, querido primo, no; pero ningun poder humano me encontrará en esta tierra. Venid á comer conmigo, tendré al menos un amigo que me asista en mis últimas agonias. Sí, esta tarde, mi querido primo, se decidirá de mi vida, y suceda lo que suceda, esta no puede ser mas que ardiente. Id, silencio, no quiero escuchar nada que se parezca ó á observaciones ó á consejos.

Hablemos, riamos, dijo ella alargandole una mano que él le besó. Seamos como dos viejos filósofos que saben gozar de la vida hasta el momento de su muerte. Me adornaré, seré muy coqueta con vos. Sereis quizá el último hombre que viere á la duquesa de Langeais

El vidame no respondió nada, saludó, tomó la carta y desempeñó su comision. Volvió á las cinco, halla á su princesa compuesta con esmero, deliciosa en fin. El salon estaba adornado con flores como para una fiesta. La comida fue esquisita. Para este viejo, la duquesa puso en juego todo lo brillante de su talento, y se mostró mas atractiva que nunca lo había estado.

El comendador quiso en un principio ver una chanza de la jóven en todos estos preparativos; pero, de cuando en cuando, la falsa magia de las seducciones desplegadas por su prima perdía el color. Ya la sorprendía estremeciéndose conmovida por una especie de terror súbito; y ya parecía que escuchaba en silencio. Entonces, si él le decia:

—Que teneis?

—Chito! respondia ella.

A las siete lo dejó, volvió muy pronto, pero vestida como pudiera estarlo su doncella para un viage. Reclamó el brazo del

viejo al que quiso por compañero, se metió en un coche de alquiler, y los dos fueron, á eso de las ocho menos cuarto, á la puerta de Mr. de Montriveau.

Armando, durante este tiempo, había meditado la carta siguiente:

“Amigo mio, he pasado algunos momentos en vuestra casa sin saberlo vos; he recogido allí mis cartas... Oh, Armando, de vos á mi, esto no puede ser indiferencia, y el odio procede de otra manera. Si me amais haced cesar un juego cruel. Mas adelante, os desesperariais de ello, al saber cuanto es he amado. Si os he comprendido por desgracia, sí no me teneis mas que aversion! la aversion soporta desprecio y disgusto; entonces toda esperanza me abandona: los hombres no salen de estos dos sentimientos. Por terrible que pueda ser, este pensamiento traera consuelos á mi largo dolor. No tendreis penas un dia, Penas! ah, Armando mio, que las ignoro. Si os causase una sola... No, no quiero deciros que estragos haria en mí. Vivire y no podré ser ya vuestra muger. Despues de haberme enteramente entregado á vos en pensamiento, á quien me he de dar? á Dios. Si los ojos que habeis amado durante un momento, no veran mas ninguna cara de hombre; y ojala que la gloria de Dios los cierre! No oiré mas la voz humana, despues de haber oido la vuestratan dulce en nn principio, tan terrible ayer, porque estoy siempre en el dia siguiente de vuestra venganzas consumame pues la palabra Dios. Entre su cólera y la vuestra, amigo mio, no habrá para mí sino lagrimas y oraciones. Me preguntareis quiza porque os escribo? Ay, dejadme conservar un rayo de esperanza, lanzar todavía un suspiro sobre la vida feliz antes de dejarla para siempre. Estoy en una situación horrible. Tengo toda la serenidad que comunica al alma una grande resolucion, y siento aun los últimos ruidos sordos de la tempestad. En aquella terrible aventura, que tanto me ha unido á vos, Armando, ibais del desierto al oasis, llevado por un buen guia. Pues bien, yo, voy del oasis al desierto, y vos sois para mí un guia sin piedad. Sin embargo, vos solo, amigo mio, podeis comprender la melancolia de las últimas miradas que lanza á la felicidad, y sois el solo á quien puedo dirigir mis quejas sin sonrojarme. Si me ois, seré feliz; si sois inexorable, espiaré mis culpas. En fin, no es natural en una muger quedar en la memoria de su amado, revestida de todos los sentimientos nobles?”

„Oh! solo querido de mí! dejad á vuestra criatura sepultarse con la creencia de lo que tendreis por grande. Vuestras severidades me han hecho reflexionar, y desde que os amo mucho, me he hallado menos culpable de lo que pensais. Escuchad pue

mi justificacion, os la debo; y vos, que sois todo para mí en el mundo, me debeis al menos un instante de justicia.

“He sabido, por mis propios dolores, cuanto os han hecho padecer mis coqueterias; pero entonces, estaba en una completa ignorancia del amor. Vos estais en los secretos de estos tormentos, y me los imponeis. Durante los ocho primeros meses que concedisteis no os habeis hecho amar. Por qué, amigo mio? No sé ya deciroslo, no puedo explicaros porque os amo. Ah, ciertamente, estaba lisonjead a con verme ser el objeto de vuestros discursos apasionados, de recibir vuestras miradas de fuego; pero vos me dejais fria y sin deseo. No era yo muger, no concebia ni el rendimiento ni la felicidad de nuestro sexo. Quien tiene la culpa? No me hubierais despreciado, si me hubiese sacrificado á vos sin ningun sacrificio? Ay! amigo mio, puedo deciroslo, estos pensamientos me ocurrieron cuando era tan coqueta con vos; pero os hallaba ya tan grande, que no queria que me deseais á la compasión.....”

“Que palabra acabo de escribir?.... Ah! he tomado en vuestra casa todas mis cartas: las echo al fuego. Nunca sabras el amor, la pasion, la locura que ellas acusaban.

“Me callo, Armando, me paro, no quiero deciros nada mas de mis sentimientos. Si mis votos no han sido entendidos de alma á alma, no podré pues ya tampoco, yo la muger, deber vuestro amor sino a vuestra compasion. Quiero ser amada sin resistencia ó dejada erneamente. Si reusais leer esta carta, sera quemada. Si habiendola leido, no sois, tres horas despues, mi solo amado para siempre, no tendré rubor en saber que está en vuestras manos: la soberbia de mi desesperacion garantizara á mi memoria de toda injuria, y mi fin sera digno de mi amor. Vos mismo, no encontrandome ya sobre esta tierra, aunque vivia, no pensareis sin estremeceros, en una muger que, dentro de tres horas, no respirará mas que para abrumaros con su cariño, á una muger consumida por un amor sin esperanza, y fiel, no á placeres participados, sino á sentimientos descuidos.

“La duquesa de Lavalier lloraba una felicidad perdida, su poder desvanecido; mientras que la duquesa de Langeais será feliz con su llanto y quedara para vos un poder. Si, me sentireis. Conozco bien que yo no era de este mundo, y doy las gracias por habermela probado. Adios, no tocareis a mi hacha; la vuestra era la del verdugo, la mia era la de Dios; la vuestra mata, la mia salva. Vuestro amor mortal, no sabia sufrir ni el desden, ni la chanza; el mio puede aguantarlo todo sin flaquear, es inmortamente vivaz. Ah! experimento un contento sombrío en aniquilaros, en humillaros á vos, que sois tan grande, con la sonrisa tranquila y protectora de los ángeles débiles, que adquier-

ren, postrandose a los pies de Dios, el derecho y la fuerza de cuñar en nombre suyo á los hombres. No habeis tenido mas que deseos pasajeros; mientras que la pobre religiosa os advertirá sin cesar con sus ardientes oraciones, y os embrira siempre con las alas del amor divino. Presiento vuestra respuesta, Armando, y os cito... para el cielo. Amigo, la fuerza y la flaqueza se admiten allí igualmente, ambas son dolores. Este pensamiento aplaca las agitaciones de mi ultima prueba. Heme aquí tan tranquila, que temeria no amarte mas, si no fuese por tí por lo que dejo el mundo.”

—Querido primo, dijo la duquesa al llegar á la casa de Montriveau, bacedme el favor de preguntar en la puerta si esta en casa.

El comendador, obedeciendo á la manera de los hombres del siglo diez y ocho, bajó y volvió á decir á su prima un sí que la hizo temblar.

A estas palabras, abrazó al comendador, le apretó la mano, dejó que le besase las dos mejillas, y le suplicó se fuese sin espiarla ni quererla proteger.

—Pero los que pasan! dijo él.

—Nadie puede faltarme, respondió ella.

Esta fué la ultima palabra de la muger á la moda, y de la duquesa.

El comendador se fué.

Mad. de Langeais quedo en el umbral de aquella puerta embriéndose con su capa, y esperó que diesen las ocho.

La hora espiró.

Esta desgraciada muger se concedió diez minutos, un cuarto de hora; en fin, quiso ver una nueva humillacion en este retardo y la fé la abandonó. No pudo contener esta exclamacion:—Oh Dios mio, luego dejó aquel funesto suelo.

Esta fué la primera palabra de la carmelita.

Montriveau tenía una conferencia con algunos amigos, se dió prisa á concluir, pero su reloj atrasaba, y no salió para ir á la casa de Langeais sino en el momento en que la duquesa llevada por una rabia fria, huia á pie por las calles de Paris. Lloró asi que estubo en el baluarte del Infierno. Allí, por ultima vez, miró á Paris humeando, estrepitoso, cubierto de la roja atmósfera producida por sus luces; despues subió en un coche de alquiler, y salió de aquella ciudad para no volver nunca á entrar en ella.

Cuando el marques de Montriveau fué á la casa de Langeais, no halló a su amada, y se creyó burlado. Entonces, corrió á cosa del vidame, y fué recibido en el momento en que el buen hombre estaba en bata pensando en la felicidad de su linda pa-

rienta. Montriveau le lanzó aquella mirada terrible euya conmoción eléctrica hería igualmente á los hombres y á las mugeres.

— Caballero, estariais dispuesto para alguna chanza cruel? esclamó. Vengo de la casa de Langeais, y sus criados dicen que ha salido.

— Ha ocurrido sin duda por culpa vuestra una gran desgracia, respondió el vidame. Dejé á la duquesa en vuestra puerta.....

— A que hora?

— A las ocho menos cuarto.

— Os saludo, dijo Montriveau que volvió precipitadamente á su casa para preguntar á su portero si había visto á prima noche una señora en la puerta.

— Sí, señor, una hermosa muger que parecía tener algun disgusto. Lloraba como una Magdalena, sin meter ruido, y estaba derecha como una estaca. En fin, dijo un ó Dios mio! yendose que, con vuestro permiso, nos partió el corazon a mi esposa y á mí que estabamos allí sin que ella lo advirtiese.

Estas pocas palabras hicieron perder el color á este hombre tan firme. Escribió algunos renglones á Mr. de Ronquerolles á cuya casa los envió al instante, y subió á su habitacion.

A eso de las doce, llegó el marques de Ronquerolles.

— Que tienes, mi buen amigo? dijo él al ver al general.

Armando le dió á leer la carta de la duquesa.

— Y bien? le preguntó Ronquerolies.

— Estaba á mi puerta á las ocho, y á las ocho y cuarto desapareció. La he perdido, y la amo! Ah, si mi vida me perteneciese, me hubiera ya saltado la tapa de los sesos.

— Vaya! vaya! dijo Ronquerolles, calmate. Las duquesas no vuelan como las nevatillas. No andarán tres leguas por hora, mañana andarémos seis, nosotros.

— Ah! fuego! repuso él, Mad. de Langeais no es una muger ordinaria. Mañana montarémos á caballo. En el dia, sabremos por la policia donde ha ido. Necesitaba un coche, estos angeles no tienen alas. Que esté en camino ó oculta en Paris, la hallarémos. No tenemos el telégrafo para detenerla sin seguirla? Tu serás feliz. Pero, mi querido hermano, tu has cometido la falta de que son mas ó menos culpables los hombres de tu energía. Juzgan á las otras almas por la suya, y no saben por donde quiebra la humanidad cuando estiran sus cuerdas. Por qué no me dijiste una palabra antes? Te hubiera dicho:—Sé exacto!

— Hasta mañana pues, añadió apretando la mano de Montriveau, que quedó mudo. Duerme, si puedes.

Pero los mas inmensos recursos de que nunca los hombres de estado, soberanos, ministros, banqueros, en fin de que todo poder humano se haya socialmente investido

fueron en vano desplegados. Ni Montriveau ni sus amigos pudieron hallar la pista de la duquesa. Se había sin duda encerrado en un convento. Montriveau resolvio registrar ó hacer registrar todos los conventos del mundo. Le era precisa la duquesa, aun cuando le costase la vida á toda una ciudad.

Para hacer justicia á este hombre extraordinario, es preciso decir que su furor apasionado se enardeció cada dia, y duró cinco años.

En 1829 únicamente, siyo el duque de Navarreins por casualidad, que su hija había partido para Espana, como doncella delady Julia Hopwood, y que había dejado á esta señora en Cádiz, sin que lady Julia hubiese sabido que la señorita Carolina era la ilustre duquesa cuya desaparicion ocupaba á la alta sociedad parisense.

Los sentimientos que animaron á los dos amantes cuando se volvieron á encontrar en la reja de las Carmelitas y en presencia de la madre priora, deben comprenderse ahora en toda su extension, y su violencia, despertada por ambas partes, explicará sin duda el desenlace de esta aventura.

PARTE CUARTA.

DIOS HACE LOS DESENLACES.

Era un nudo gordiano, al cual no debia faltar la cuchilla que desata los nudos mas fuertemente apretados.

(FERRAGUS, jefe de los devorantes.)

En 1829, muerto el duque de Langeais, su mujer era libre. Antonia de Navarreins vivía consumida por el amor en un banco del Mediterráneo; pero el Papa podía dispensar los votos de la hermana Teresa. La felicidad comprada con tanto amor podía manifestarse por los dos amantes.

Estos pensamientos hicieron que Montriveau volase de Cádiz á Marsella, de Marsella á París.

Dos meses despues de haber llegado á Francia, un bergantín armado en guerra salió del puerto de Marsella, é hizo rumbo á España. Este buque estaba fletado por muchos hombres de distincion, casi todos franceses que, prendados de la bella pasion por Oriente, querian visitar sus paises. Los grandes conocimientos de Montriveau de las costumbres de aquel pais, lo hacian un precioso companero de viage para estas personas que le suplicaron fuese con ellas, à lo cual asiutió. El ministro de la guerra lo nombró teniente general y lo agregó à la junta de artilleria para facilitarle esta parte de placer.

El bergantín se detuvo, veinte y cuatro horas después de su salida, al noroeste de una isla á la vista de las costas de España. El buque había sido escogido á propósito para que pudiese sin peligro anclar á una media legua de los arrecifes que, en aquella costa, impedían seguramente que se abordase á la isla. Si las barcas ó los habitantes advertían al bergantín en aquel ancorage, no podían desde luego concebir ninguna inquietud, pues hubiera sido fácil justificar pronto su pasada.

Antes de llegar á la vista de la isla, Montriveau hizo enarbolar la bandera de los Estados Unidos. Los marineros alistados para el servicio del buque eran americanos, y no hablaban mas que la lengua inglesa. Uno de los compañeros de Montriveau los embarcó á todos en un bote, y los llevó á una posada de la ciudad donde los mantuvo en un estado de embriaguez que no les dejó la lengua libre. Luego dijo que el bergantín estaba fletado por caballeros andantes, gente conocida en los Estados Unidos por su fanatismo, y cuya historia ha publicado uno de los escritores de aquel país.

Así la presencia del buque en los arrecifes se explicó suficientemente. Los armadores y los pasajeros buscaban allí, dijo el fingido contramaestre de los marineros, los restos de un galeón ido á pique en 1778 con caudales enviados de Méjico. Los posaderos y las autoridades no preguntaron nada mas.

Armando y los amigos que lo secundaban en su difícil empresa, pensaron desde luego qui ni la astucia ni la fuerza podían hacer se llevase á cabo la libertad ó el rapto de la hermana Teresa por el lado de la ciudad. Entonces, de común acuerdo, estos hombres audaces resolvieron atacar al toro por los cuernos. Quisieron abrirse un camino por aquellos lugares mismos en que todo acceso parecía impracticable, y vencer la naturaleza como el general Lamarque la había vencido en el asalto de Caprea. En esta circunstancia las tablas de granito cortadas á pico, en la punta de la isla, les ofrecía menos asidero que las de Caprea habían ofrecido á Montriveau, que fué de aquella increíble expedición; y les monjas le parecían mas temibles que lo fué sir Hudon Lowe.

Robar á la duquesa con estrépito cubría á estos hombres de vergüenza. Mas hubiera valido el sitio de la ciudad, del convento, y no dejar un testigo de su victoria, á manera de los piratas.

Para ellos, esta empresa no tenía pues mas que dos aspectos: ó algún incendio, alguna acción que asustase á la Europa dejando ignorar la razón del crimen; ó algún robo aereo, misterioso,

fioso, que persuadiese á las monjas que el diablo les había hecho una visita. Este último partido triunfó en el consejo secreto tenido en París antes de la partida. Luego todo se había pre visto para el éxito de una empresa que ofrecía á estos hombres, estragados con los placeres de París, una verdadera diversion,

Una especie de piragua de excesiva ligereza, fabricada en Marsella según un modelo malayo, permitió navegar en los arrecifes hasta el parage donde dejaban de ser practicables. Dos cuerdas de alambre, tendidas paralelamente á distancia de algunos pies en inclinaciones inversas, y sobre las cuales debían correr canastos igualmente de alambre, servían de puentes, como en China, para ir de una roca á otra. Los peñascos fueron también unidos unos á otros por un sistema de cuerdas y de canastos semejantes á los hilos sobre que andan ciertas arañas y con que envuelven un árbol; obra de instinto que los chinos, pueblo esencialmente imitador, han copiado los primeros, históricamente hablando. Ni las olas ni los caprichos de la mar podían desarrugar estas frágiles construcciones. Las cuerdas tenían bastante juego para ofrecer á los furores de las olas la coryadura estudiada por un ingeniero, el difunto Cachijo, el inmortal creador del puerto de Queburgo; la sabia linea mas allá de la cual cesa el poder del agua embravecida, curva establecida según una ley robada á los secretos de la naturaleza por el talento de la observación, que es casi todo el talento humano.

Los compañeros de Mr. de Montriveau estaban solos en aquel buque. Los ojos del hombre no podían llegar hasta ellos. Los mayores anteojos asentados desde las cubiertas por los marineros de los buques, que pasaban, no hubieran dejado descubrir ni las cuerdas perdidas en los arrecifes, ni los hombres ocultos en las rocas.

Después de once días de trabajos preparatorios, estos doce demonios humanos llegaron al pie del promontorio elevado unas treinta toses sobre la mar, trozo tan difícil de que trepase un hombre, como puede serlo á un ratón andar por los contornos de un vaso liso de porcelana. Esta mesa estaba afortunadamente rota. Su hendidura, cuyos dos labios presentaban una linea recta, permitió que se sujetasen á ella, á un pie de distancia, gruesas cuñas de madera, en las cuales atrevidos trabajadores aseguraron grampas de hierro, las cuales preparadas para adelantar concluían en una paleta agujereada sobre la cual fijaron un escalón hecho con una plancha muy ligera de abeto, que se adaptaba á las entalladuras de un mástil tan alto como el promontorio, y que fué sujetado en la roca desde la playa.

Con una habilidad digna de estos hombres, uno de ellos,

matemático profundo, calculó el ángulo necesario para separar gradualmente los escalones en lo alto y bajo del mástil, de manera que en su mitad se colocase el punto desde donde partiendo los escalones de la parte superior ganasen en forma de abanico lo alto de la reca, figura igualmente representada, pero en sentido inverso, por los escalones de abajo. Esta escalera, de una ligereza milagrosa y de solidez perfecta, costó veinte y dos días de trabajo. Un eslabón fosfórico, una noche y la resaca de la mar bastaban para hacer desaparecer enteramente sus huellas.

Así no era posible ninguna indiscrecion, y ninguna pesquisa contra los violadores del convento podría tener éxito.

Sobre lo alto de la roca había una plataforma circundada por todos lados por el precipicio cortado á pico. Los doce desconocidos, examinando el terreno con sus anteojos desde lo alto de la gavia, se habían asegurado de que, á pesar de algunas asperezas, podrían llegar fácilmente á los jardines del convento, cuyos árboles muy espesos ofrecían abrigos muy seguros. Allí sin duda debían ulteriormente decidir por que medios se consumaría el rapto de la religiosa.

Después de tan grandes esfuerzos, no quisieron comprometer el buen éxito de su empresa, esponiéndose á ser descubiertos, y se vieron obligados á esperar que concluyese el último cuarto de la luna.

Montriveau estubo, durante dos noches, envuelto en su capa, acostado sobre la roca. Los cantos de la noche y los de la mañana le causaron delicias inesplícables. Fué hasta el muro, para poder oír la música del órgano, se esforzó en distinguir una voz en aquel conjunto de voces. Pero, á pesar del silencio, el espacio no dejaba llegar á sus oídos sino los efectos confusos de la música. Eran suaves armonías en que los efectos de la ejecución no se hacían ya sentir, y de donde se desprendía el puro pensamiento del arte comunicándose al alma sin exigirle ni los esfuerzos de la atención ni las fatigas del entendimiento. Terribles memorias para Armando cuyo amor renacía en aquella brisa de música, donde quiso hallar promesas aéreas de felicidad.

El dia siguiente á la última noche, bajó al salir el sol, después de haber permanecido por espacio de muchas horas con los ojos clavados en la ventana sin reja de una celda. Las rejas no eran necesarias sobre aquellos abismos. Había visto luz durante toda la noche. Luego, el instinto del corazón, que engaña tan á menudo como dice verdad, le había dicho: —Ella está allí!.....

215 —Está ciertamente allí, y mañana la tendré, se dijo el mezclando pensamientos alegres con el tafido lento de una campana.

Estraña rareza del corazón! amaba con mas pasión á la religiosa perdida en los ímpetus del amor, consumida por las lágrimas, los ayunos, las vigilias y la oración; la muger de veinte y nueve años fuertemente experimentada; cuando no había amado a la joven inconstante, á la muger de veinte y cuatro años, á la sifida. Pero los hombres de alma vigorosa no tienen una prisa que los arrasta hacia las sublimes expresiones que nobles desgracias, ó impetuosos movimientos de pensamiento han grabado en la cara de una muger? La belleza de una muger dorada no es la mas atractiva de todas para los hombres que se sienten en el corazón un tesoro inagotable de consuelos y de afectos para difundirlos en una criatura bondadosa por debilidad y fuerte por el sentimiento? La belleza reciente, colorada, sencilla, lo lindo en una palabra es el atractivo vulgar de que se prenda la medianía.

Montriveau debía amar aquellas caras en que el amor se despertó en medio de los dobleces del dolor, y de las tristezas de la melancolía. Entonces un amante no hace brotar, á la voz de sus padronosos deseos, un ser enteramente nuevo, jóven, palpitante, que rompe por sí solo una envuelta bella para él, destruida para el mundo? No posee dos mugeres? la que se presenta á los demás pálida, descolorida, triste; luego la del corazón que nadie ve, un ángel que comprende la vida por el sentimiento, y no aparece en toda su gloria mas que para las solemnidades del amor?

Antes de dejar su puesto, el general oyó débiles acuerdos que salían de aquella celda, dulces voces llenas de ternura. Cuando volvió al pie de la roca donde estaban sus amigos, les dijo en algunas palabras, llenas de aquella pasión comunicativa aunque discreta cuya grandiosa expresión siempre respetan los hombres, que nunca, en su vida, había experimentado felicidades tan hechizadoras.

El dia siguiente por la noche, once compañeros decididos subieron en la sombra á lo alto de los peñascos, llevando cada uno un puñal, provision y todos los instrumentos que permite el oficio de ladrones. Llegados á la cerca, la pasaron por medio de escalas que habían fabricado, y se hallaron en el convento. Montriveau reconoció la larga galería abovedada por donde había ido poco hacia al locutorio, y las ventanas de esta sala. Entonces, sobre la marcha, se hizo y adoptó su plan.

Abriose paso por la ventana del locutorio que alumbraba la

parte destinada á las carmelitas; penetrar en los corredores; ver si en cada celda estaban inscritos los nombres; ir á la de la hermana Teresa; sorprender y tapar la boca á la religiosa mientras dormia; atarla y robarla; todas estas partes del programa eran fáciles para hombres que, á la audacia, á la destreza de los forzados, unian los conocimientos peculiares a la gente del mundo, y á los cuales era indiferente dar una puñalada para comprar el silencio.

La reja de la ventana fué cerrada en dos horas. Tres hombres se pusieron de centinela en la parte de afuera y otros dos quedaron en el locutorio. Los restantes, con los pies descalzos, se colocaron de distancia en distancia por enmedio del claustro donde se empeñó Montriveau oculto detras de un joven, el mas diestro de ellos, llamado Enrique de Marsay, que, por prudencia, se habia vestido con un hábito de carmelita semejante enteramente al del convento.

El reloj dio las tres, cuando la fingida religiosa y Montriveau llegaron al dormitorio. Pronto reconocieron la situación de las celdas. Despues, no oyendo ruido alguno, leyeron, con ayuda de una linterna sorda, los nombres afortunadamente escritos sobre cada puerta, y acompañados de las divisas místicas, de las estampas de santos ó de santas que cada religiosa escribe en forma de epígrafe sobre el nuevo papel de su vida, y donde revela su último pensamiento.

Habiendo Montriveau llegado á la celda de la hermana Teresa, leyó esta inscripción:

Sub invocatione sanctæ matris Theresæ

El lema era; *Adoremus in aeternum.*

De repente su compañero le puso la mano en el hombro, y le hizo ver una viva luz que iluminaba las baldosas del corredor, por la rendija de la puerta.

En este momento se reunió con ellos Mr. de Ronquerolles. Todas las religiosas están en la iglesia y comienzan un oficio de difunto, dijo él.

— Me quedo aquí, respondió Montriveau, retiraos al locutorio, y cerrad la puerta de este corredor.

Eutró vivamente haciendo preceder de la fingida religiosa que se echó su velo.

Entonces vieron en la antesala de la celda, á la duquesa muerta, colocada en el suelo sobre la tarima de su cama, y alumbrada por dos cirios.

Ni Montriveau, ni de Marsay dijeron una palabra, tan solo se miraron. Despues, el general hizo un ademan que quería decir: — Llevemosnola.

— Sabed, dijo Ronquerolles, que la procesion de las religiosas ha echado á andar, vais á ser sorprendidos.

Con la rapidez mágica que comunica á los entendimientos un último deseo, la muerta fué llevada al locutorio, pasada por la ventana y transportada al pie de los muros, en el momento en que la abadesa, seguida de las religiosas, llegaba para tomar el cuerpo de la hermana Teresa.

La monja encargada de guardar á la muerta había tenido la imprudencia de registrar la alcoba para saber sus secretos, y estaba tan ocupaba en ello que no sintió nada y salió entonces espantada de no hallar á su compañera.

Antes que estas mugeres estupefactas pudiesen pensar en buscarla, la duquesa había sido bajada con una cuerda hasta el pie de las rocas, y los compañeros de Montriveau habían destruido su obra.

A las nueve de la mañana, ningun rastro existia ni de la escala, ni de los puentes de cuerda; el cuerpo de la hermana Teresa estaba abordo; el bergantín fué al puerto á embarcar sus marineros y se ausentó en el dia.

Montriveau quedó solo en la cámara con Antonia Navarreins, cuyo semblante, durante algunas horas, resplandeció brillantemente para él, sublimes bellezas debidas a la calma particular que presta la muerte á nuestros restos mortales.

— Vaya, dijo Ronquerolles á Montriveau cuando este se presentó sobre la cubierta, era una muger, pero ahora no es nadie. Amarremosle una bola á cada pié echemosla á la mar, y no pensemos en ella sino como pensamos en un libro leido en nuestra infancia. Eh?

— Sí, dijo Montriveau.

— Tienes talento. En adelante ten pasiones, pero amor, fueras....

— Eso es una tontería! dijo Enrique de Marsay. Es menester no tomarlo sino como una droga que, en cierta dosis, aumenta el placer.

— Este es un hombre! exclamó Ronquerolles dando en el hombro de Marsay.

— Sí, esto no es para mí mas que un poema! dijo Montriveau cuando los remolinos de las olas se borraron en la estela del bergantín.

— Te se concede el poema, para satisfacer lo que te queda de debilidad humana, camarada, dijo de Marsay arrojando con gracia el humo de su cigarro. Tu duquesa.... la conocí. No valia lo que mi muchacha de ojos de oro. Y sin embargo salí una noche tranquilamente de mi casa para ir á plantarle un puñal en el corazón. No eras todavía de los nuestros!

FIN.

INDICE.

Páginas.

Prefacio..... 1

PRIMER EPISODIO.

UNA MUGER DESGRACIADA.

I.—Julia.....	5
II.—Ferragus.....	22
III.—La muger acusada	41
IV.—Donde ir á morir.....	75

EPISODIO SEGUNDO.

No TOQUEIS AL HACHA.

PARTE PRIMERA.

La Hermana Teresa..... 103

PARTE SEGUNDA.

El amor en la parroquia de Santo Tomás de Aquino 121

PARTE TERCERA.

La muger verdadera..... 373

PARTE CUARTA.

Dio's hace los desenlaces..... 211